

OBRAS PUBLICADAS

Democracia y Paz: Ensayo sobre las Causas de la Guerra

BGL. Juan Carlos Salgado Brocal

Medidas de Confianza Mutua

MGL. Juan Emilio Cheyre Espinosa

Antología Geopolítica de Autores Militares Chilenos

BGL. Carlos Meirelles Müller

Polemología Básica

General Bernardino Parada Moreno

La Influencia del Ejército Chileno en América Latina 1900 - 1950

GDD. Roberto Arancibia Clavel

Tras la Huella de Bernardo Riquelme en Inglaterra

GDD. Roberto Arancibia Clavel

Las ponencias que son expuestas en este texto nos muestran diferentes facetas de nuestra vida militar, vistas desde distintas perspectivas.

Las inquietudes del presente nos llevan al pasado, para entender las enseñanzas que nos dejó y proyectarlas hacia un futuro mejor, lo que reafirma la utilidad de la historia como disciplina.

En ese contexto, el CESIM publica este libro, el que nace de un encuentro académico organizado por el Departamento de Historia Militar del Ejército, efectuado en septiembre de 2003, en el cual participaron varios expertos en historia, tanto nacionales como extranjeros, los que aportan sus conocimientos sobre los temas tratados y permiten acceder a diversos antecedentes sobre el tema militar de nuestro país entre los siglos XVII y XIX, en forma precisa y entretenida, presentando datos clarificadores en materias que no sólo interesan a los militares, sino que a la comunidad en general.

Cesim CENTRO DE ESTUDIOS
E INVESTIGACIONES MILITARES

CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MILITARES

PRIMERA JORNADA DE HISTORIA MILITAR SIGLOS XVII-XIX



PRIMERA JORNADA DE HISTORIA MILITAR SIGLOS XVII-XIX
CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MILITARES

CENTRO DE ESTUDIOS
E INVESTIGACIONES MILITARES
Cesim

Creado en 1994, el Centro de Estudios e Investigaciones Militares (CESIM) es un organismo del Ejército de Chile cuya función es dirigir y gestionar la investigación y extensión en el ámbito de las ciencias militares e ingeniería militar, con el objeto de fomentar el conocimiento y dar respuesta a los requerimientos sobre temas relativos a la seguridad y defensa nacionales.

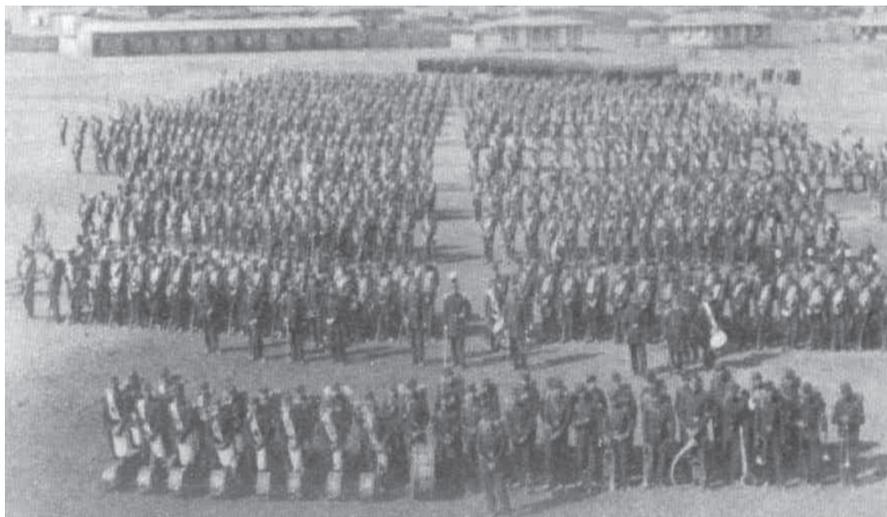
Para desarrollar sus tareas académicas el CESIM cuenta con un Departamento de Estudios Militares, un Departamento de Investigación, un Departamento de Extensión y un Centro de Documentación, los que orientan su acción hacia áreas tales como: estrategia militar y defensa nacional, fuerzas armadas y sociedad, colaboración al desarrollo nacional, e ingeniería militar y desarrollo tecnológico.

bl 1

b1 2

PRIMERA JORNADA DE HISTORIA MILITAR SIGLOS XVII - XIX

Departamento de Historia Militar



Regimiento 5° de Línea, Antofagasta, 1879.

Primera Jornada de Historia Militar, Siglos XVII-XIX

© CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MILITARES (CESIM)

DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR DEL EJÉRCITO

Derechos reservados

Registro de propiedad Intelectual N° 141.482

I.S.B.N. 956-7527-27-X

1ª Edición, agosto de 2004

Santiago de Chile

Impreso en Chile / Printed en Chile

ÍNDICE

Introducción	7
El Concepto de Historia Militar Apertura, General de División Roberto Arancibia Clavel	11
El Ejército del Reino Julio Retamal Ávila	33
Influencia militar española en la formación del Ejército de Chile General de División Miguel Simón Contreras	41
Composición social del Ejército del Reino de Chile Juan Eduardo Vargas Cariola	89
El Ejército nacional en la Independencia Cristián Guerrero Lira	95
Plan de Defensa del Reino de 1810 Coronel Luis Rothkegel Santiago	105
El Ejército de los Andes Teniente Coronel Guillermo Horacio Lafferriere	123
La gestación del Ejército del Perú Percy Cayo Córdova.	141
Del soldado romántico al soldado profesional Enrique Brahm García	153
El Ejército en la Guerra Civil de 1891 Gonzalo Vial Correa	183
Palabras de cierre General de División Roberto Arancibia Clavel	195

b1 6

INTRODUCCIÓN

“Todo pueblo debe mirarse en el espejo de su historia y revitalizar en sus raíces para proyectarse al futuro”.

El vocablo historia proviene del griego, y significa búsqueda, encuesta, entrevista e interrogatorio de un testigo de los hechos que se quieren exponer. Con los años, ha habido una evolución en su significado, pasando desde la simple narración de los hechos a la reconstrucción de los mismos a través de la investigación, el análisis de diversas fuentes y el empleo de fundamentadas hipótesis de trabajo.

Así, entonces, esta disciplina ha llegado a ser la que propone el conocimiento del pasado del ser humano, en determinadas circunstancias, lugar y época. De allí se deriva que el sujeto de la historia es la persona humana, considerada en una sociedad, incluyendo su desarrollo y evolución. A través del tiempo se ha podido observar que diversos acontecimientos han influido en el acontecer de las naciones y del mundo. Estos hechos son los que tienen un mayor interés para esta disciplina, de los cuales es necesario analizar sus causas y los efectos que han tenido o que pueden tener en una sociedad, en una institución o en la toma de decisiones futuras.

En el presente, el mundo vive con gran celeridad y los acontecimientos se precipitan sin que podamos frenarlos o a lo menos asumirlos con la rapidez que se requiere. Debemos, por lo tanto, observar prospectivamente, de tal manera de ser previsores y poder planificar para un futuro no inmediato, sino que más lejano. La historia, que es el estudio del pasado, nos dará herramientas válidas para no repetir errores del pasado y para entender en mejor forma el presente.

En ese contexto la historia militar ha constituido tradicionalmente una de las materias básicas en la formación de los oficiales de todos los ejércitos del mundo, ya que, según una de las tantas definiciones existentes sobre ella, “es parte de la historia general e indisolublemente integrada a ésta. No se limita a la historia de las batallas y de las guerras, sino que abarca, entre otros, los asuntos vinculados a la doctrina, educación, la tecnología, apoyo logístico, etc.”.¹

1

MANTEGAZZA, Federico. “Historia Militar: su impacto en el presente y en el futuro”. Artículo en: Military Review julio-agosto 1999, p. 4

En este sentido, los argumentos clásicos para incluir la historia militar dentro de la enseñanza que se les imparte a los profesionales de las armas han sido tradicionalmente los relacionados con aspectos culturales y con centro de gravedad en lo concerniente a la utilidad práctica que puede dar la historia militar en el ejercicio de la profesión.

Ante la necesidad de obtener lecciones, la historia militar aparece como un instrumento útil para aprender de la experiencia de los comandantes militares y sus acertadas o erradas resoluciones; de los tradicionales problemas en la paz y de los conflictos, cómo fueron enfrentados, y, principalmente, de la dinámica de la guerra, es decir, del conjunto de acciones, resoluciones, reacciones, actitudes y métodos que configuran la esencia misma del enfrentamiento bélico.

El conocimiento de la conducción de una fuerza militar en el campo de batalla, y la preparación del instrumento militar para enfrentar el fenómeno de la guerra, nos deben llamar a reflexionar con respecto a realidades actuales y también con respecto a procesos modernizadores institucionales, actualización de la doctrina, incorporación de nueva tecnología en los procesos de planificación y a nuevas formas de entrenamiento que permitan asegurar un buen desempeño futuro.

La historia tiene que servir, aunque imperfectamente, como un gran laboratorio, y los datos sobre el pasado deben ser empleados como una evidencia vital en la inevitable búsqueda de averiguar por qué el ser humano se comporta como lo hace en determinadas situaciones. Esta es, fundamentalmente, la razón de por qué no es posible permanecer lejanos de la historia, pues ofrece una amplia, básica y única evidencia para la contemplación y el análisis del funcionamiento de las sociedades, toda vez que la gente necesita tener algún sentido de cómo dichas sociedades funcionan para desarrollar sus propias existencias.

En segundo término, la historia ayuda a entender el cambio y cómo la nación en que vivimos llegó a formarse. El pasado provoca el presente y, por ende, el futuro. Cuando se desea conocer las razones de por qué algo ocurrió, se debe dirigir las miradas a situaciones vividas con anterioridad.

En el presente libro se unen el Centro de Estudios e Investigaciones Militares y el Departamento de Historia Militar para dar vida a una

nueva publicación. El CESIM, en una permanente búsqueda de excelencia en el cumplimiento de la tarea de dirigir y gestionar la investigación y extensión en el ámbito de las ciencias militares, se suma al esfuerzo del fomento al conocimiento de la historia militar, para lo cual publica este libro titulado “La Primera Jornada de Historia Militar. Siglos XVII - XIX”, el cual se basa en la jornada académica realizada en septiembre de 2003.

El objetivo de este encuentro permitió promover una instancia de reflexión y debate, para compartir información en relación a una etapa de la historia del Ejército de Chile, para lo cual se invitó a destacadas personalidades del ámbito académico nacional e iberoamericano.

Las exposiciones efectuadas durante la jornada permitieron contar con diferentes visiones de especialistas como Julio Retamal Ávila, el General de División del Ejército de España Miguel Simón Contreras, Juan Eduardo Vargas Cariola, Cristián Guerrero Lira, el Coronel Luis Rothkegel Santiago, el Teniente Coronel del Ejército argentino Guillermo Horacio Lafferriere, el historiador de la Universidad del Pacífico de Perú Percy Cayo, Enrique Brahm García, Gonzalo Vial Correa y el General de División Roberto Arancibia Clavel.

Como lo expresara en ese entonces Jefe del Estado Mayor del Ejército, General de División Roberto Arancibia Clavel, la mirada a nuestra historia militar desde el siglo XVII al XIX, que entregaron los diferentes enfoques de especialistas en esta disciplina histórica, permitió conocer con mayor profundidad diversos aspectos relacionados con el Ejército de Chile, tanto en su aspecto militar como social, acerca de nuestra Independencia, con visiones sobre el Ejército Nacional en esos días, el Plan de Defensa de Mackenna y del Ejército de los Andes. Asimismo antecedentes sobre el concepto y la mentalidad militar en la integración final de la Araucanía, la gestación del Ejército del Perú, la transformación de los soldados chilenos a fines del siglo XIX, y finalmente un enfoque del Ejército chileno en la Guerra Civil de 1891.

Al observar las diferentes ponencias podríamos ratificar que la historia, en particular la militar, es una herramienta útil para la toma de decisiones en el ámbito castrense. En este sentido, la jornada histórica realizada y el presente libro pretenden entregar, no sólo al mundo militar, sino que a toda la sociedad chilena, conocimiento de hechos que desde una perspectiva teórica muestran realidades del pasado que nos pueden ser de utilidad para proyectar el futuro.

bl 10

EL CONCEPTO DE HISTORIA MILITAR

GENERAL DE DIVISIÓN ROBERTO ARANCIBIA CLAVEL¹

Quiero, en nombre del Ejército de Chile, en primer lugar hacerles llegar el más afectuoso saludo a cada uno de ustedes en estas primeras jornadas internacionales de historia militar en las que tenemos el agrado de contar con representantes de Argentina, Chile, España y Perú. Se trata de dar una mirada a nuestra historia militar desde el siglo XVII al XIX con la riqueza que entregan enfoques diferentes de especialistas en esta disciplina histórica que cada vez esperamos tenga más adeptos para desentrañar nuestro apasionante pasado militar, que tanto puede enseñarnos.

Durante esta jornada tendremos la oportunidad de escuchar distintos enfoques sobre el Ejército del Reino en Chile, tanto en su aspecto militar como social. De allí saltaremos a nuestra Independencia para escuchar visiones sobre el Ejército nacional en aquellos días, el Plan de Defensa de Mackenna y del Ejército de los Andes. Asimismo podremos reflexionar sobre el concepto y la mentalidad militar en la integración final de la Araucanía, la gestación del Ejército peruano, la transformación de los soldados chilenos a fines del siglo XIX, para terminar con un enfoque del Ejército chileno en la Guerra Civil de 1891. Así, tendremos un panorama general de lo militar en la región entre el siglo XVII y el XIX, que fue el objetivo que nos trazamos.

Mis reflexiones al inaugurar esta jornada, y como una forma de introducción, van apuntadas a mostrar en forma general lo que ha sido la historia militar a través de los tiempos, sus grandes cultores, sus perspectivas, su realidad actual y, por sobre todo, reafirmar su utilidad como disciplina.

La historia militar es muchas cosas. Para algunos, el estudio de los generales y su gestión de mando, para otros el estudio de las armas

1

Se desempeñó como Jefe del Estado Mayor del Ejército, especialista en Estado Mayor y Profesor de Academia en las asignaturas de Historia Militar y Estrategia, Geografía Militar y Geopolítica, Magister en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Doctor en Historia de la misma casa de estudio y miembro de la Academia de Historia Militar y del Instituto O'Higginiano. Es autor de las siguientes obras: "Breve Historia Militar de Arica", "La toma de decisiones en las Crisis Internacionales: Teoría y Casos", "Tras la huella de Bernardo Riquelme en Inglaterra" y "La influencia del Ejército chileno en América Latina 1900-1950".

y los sistemas de ellas, de la caballería, la artillería, de los castillos y fortificaciones, del mosquete, la ballesta, el caballero de armadura, del acorazado y del bombardero estratégico. Es también el estudio de las instituciones, de los regimientos, de los estados mayores, las academias de guerra, los ejércitos y marinas en general, de las doctrinas estratégicas con las cuales éstos luchan y del ethos que los motiva. En un nivel más elevado, a través del estudio de la doctrina estratégica se puede introducir en el mundo de las ideas y en otra dirección a través del estudio de las relaciones entre civiles y militares. La guerra en fin es el gran escenario de la historia militar, donde el historiador es forzado a generalizar y a disectar, a calificar y particularizar y sobre todo a combinar análisis con narrativa, lo más difícil del arte del historiador. Así entonces también aparece la preferencia paradójicamente por el estudio de las fuerzas armadas en tiempo de paz, perdiéndose de alguna manera de vista el para qué están hechos los ejércitos. Los ejércitos son para combatir, por lo que se debe inferir, entonces, que la historia militar en último término debe ser acerca de la batalla.²

Desde esta perspectiva, entonces, se puede decir que la guerra ha sido consustancial al hombre desde que éste se organiza, y su origen podemos ubicarlo en las primeras luchas entre cavernícolas rivales buscando imponer sus voluntades provocándose la muerte a golpes de palos y piedras. A través de los años los medios y técnicas del conflicto han llegado a ser crecientemente sofisticados y complejos. Sin embargo, se ha podido constatar también que en todo este devenir no ha habido cambios en los objetivos fundamentales de las guerras. Es así que pese al advenimiento de las armas de destrucción masiva el hombre sigue recurriendo a la guerra para imponer su voluntad sobre otros.³

Una visión de la Historia de la Guerra

Los primeros encuentros de fuerza ocurrieron cuando grupos de hombres del paleolítico, armados con implementos de piedra, lucharon con otros grupos por comida, mujeres o tierra. También a lo largo de la prehistoria hubo otras motivaciones para la lucha, como los deportes, la urgencia de dominación o la necesidad de independizarse. La arqueolo-

2 KEEGAN, John. *The Face of Battle, The deficiencies of Military History*, Chatham, Kent, 1991, p. 27.

3 DUPUY, Ernst and Trevor, *The Collins Encyclopedia of Military History*, Harper Collins Publishers, 1993, p. XIX.

gía nos cuenta, definiendo la data de las fortificaciones de Jericó alrededor de 6000 aC y de Catal Huyuk (Anatolia) de 7000 aC, que el hombre neolítico ya combatía organizadamente cientos de años antes de la invención de la escritura o de la forma de trabajar el metal.⁴ La mayoría de las sociedades a continuación fueron aprendiendo el uso del metal junto con desarrollar formas de escritura, como fue el caso de Mesopotamia y Egipto alrededor de 3500 a 3000 aC, cuando empezó a usarse el cobre para hacer armas, implementos domésticos y elementos de decoración. Muchos años pasaron hasta que el hombre fue capaz de mezclar el cobre con estaño para producir el más resistente bronce. Procesos similares pueden advertirse en la Edad del Bronce en las culturas que se desarrollaron en el valle del Indo alrededor de 2500 aC y en el valle del río Amarillo en China en la misma época. La metalurgia del hierro empezó a reemplazar al bronce en el Medio Oriente alrededor del año 1000 aC y luego en Europa. Fue recién unos pocos siglos después que la Edad del Hierro apareció en India y en China.

La historia antigua, que comenzó con las culturas de la Edad del Bronce, es conocida por nosotros extensamente en los términos de la historia militar. Los registros están casi totalmente dedicados a las migraciones, guerras y conquistas. Alrededor de 1500 aC, sin embargo, ya podemos visualizar el actual curso de muchas de las constantes guerras del Medio Oriente y los comienzos de la organización militar primitiva y sus métodos de combate. Alrededor del siglo sexto aC ya hay registros más comprensivos y más o menos continuos de las guerras. Éstos muestran que tres de las cinco sociedades militares más grandes de la antigüedad florecieron antes del 600 aC.⁵

Las principales tendencias en el desarrollo de la guerra en este período fueron la introducción del transporte militar, ya sea por mar o tierra, y del carro de combate; el incremento de las tropas montadas, ya sea de bárbaros o tropas de élite de las sociedades por sobre las tropas a pie conformadas por soldados plebeyos, y la paulatina introducción del hierro y el acero, reemplazando el bronce en la producción de las armas.⁶

4 PRITCHARD, James. *The Harper Concise Atlas of the Bible*, Harper Collins Publisher, New York, 1991, p. 10.

5 HUMBLE, Richard. *Los sumerios, los hititas, los egipcios, los persas y los griegos. Warfare in The Ancient World*, Cassel Ltd., New York, 1980, pp. 8-10.

6 DUPUY, E., *op. cit.*, p. 2.

Entre el año 600 aC y el 400 aC hay una mayor seriedad en los estudios históricos, existiendo un tránsito entre la semileyenda y las historias confiables. En cuanto a las tendencias en la guerra misma, destacan una mayor explicación sobre el uso de las armas que no cambian mayormente y el inicio del desarrollo de las primeras tácticas y doctrina militar. Uno de los hechos más destacables en esta época pasa a ser el estudio serio de las guerras y de la forma de hacerlas, el cual es repentinamente evidente a partir del siglo V aC. Las primeras historias conocidas de Herodoto⁷ y Tucídides⁸ no fueron historias militares conscientes, pero inevitablemente ellas trataron principalmente acerca de acontecimientos militares. Alrededor de la misma época, en China, Sun Tzu estaba componiendo su tratado sobre el Arte de la Guerra, revelando una comprensión importante sobre los fundamentos prácticos y filosóficos de la guerra y del liderazgo militar tan iluminador como los estudios que pueden encontrarse hoy día sobre el mismo tema.⁹

Entre el año 400 aC y el 200 aC hay una clara emergencia de la estrategia y de la aplicación táctica de las armas combinadas, vale decir de la caballería, la infantería y la artillería. Junto a ello, en este período, hay una gran expresión de liderazgo militar. Así es dable destacar a genios como Alejandro y Aníbal y a otros líderes militares de menor brillo, pero de destacado desempeño, como Filipo de Macedonia, el padre de Alejandro; Amílcar, padre de Aníbal; los romanos Escipión, Marcelo, Nerón y Pirro de Epiro; Epaminondas y Xantipo de Grecia, Dionisio y Agatocles de Siracusa; el indio Chandragupta y el chino Shih Huang Ti y muchos otros. Aníbal es llamado el padre de la estrategia, aunque Alejandro no estaba menos enterado de los fundamentos de ésta.¹⁰ Por otro lado, hubo un mayor énfasis en la aplicación del concepto de guerra económica, en la que los líderes buscaban destruir la voluntad de lucha de sus adversarios atacando fundamentalmente sus fuentes de recursos junto con sitiar sus ciudades y fortalezas.

7 Esta es la exposición de las investigaciones de Herodoto de Halicarnaso, para que no se desvanezcan con el tiempo los hechos de los hombres, y para que no queden sin gloria grandes y maravillosas obras, así de los griegos como de los bárbaros y, sobre todo, la causa por la que se hicieron guerra. Heródoto, Los Nueve Libros de la Historia, Ed. Océano, Barcelona, 1999 (Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsicore, Erato, Polimnia, Urania y Caliope).

8 TUCÍDIDES, Historia de la Guerra del Peloponeso, Ed. Juventud, Barcelona, 1975.

9 Los elementos básicos que hay que considerar en el Arte de la Guerra son el camino, el clima, el terreno, el mando y la disciplina. Thomas Cleary, Sun Tzu, El Arte de la Guerra Ilustrado, Edaf, Madrid, 1999, p. 60.

10 HOLMES, Richard. The Oxford Companion to Military History, Oxford University Press, 2001, p. 397.

Los doscientos años siguientes de historia militar fueron testigos del crecimiento de dos grandes poderes militares, el Imperio Han de China¹¹ y el Imperio romano del mundo mediterráneo. Los casos de liderazgo militar excepcionales fueron menores que en el período anterior, destacando por sobre todos Julio César¹² y en un muy segundo plano figuras como Sulla y Lúculus. En cuanto a organización militar hubo progresos evidentes en el caso de los romanos, cuyas legiones resultaron victoriosas ante las falanges macedónicas, junto al uso de fortificaciones de campaña como bases ofensivas o defensivas. Entre los historiadores de este período destaca Polibio de Megalópolis, que reproduce los grandes éxitos romanos en la guerra.¹³

Hasta el año 200 dC puede hablarse de la “paz romana”, en la que no fueron muchos los grandes acontecimientos militares, salvo las regulares acciones aisladas en las diferentes provincias del imperio. Se trataba de que la estabilidad lograda y la extraordinaria superioridad militar eran demasiado sólidas como para que se vieran amenazadas por los factores externos. Son pocos los líderes militares de importancia en esta época dignos de mención, quizás Pan Chao de China y la figura de Kanishka, el emperador de Kushan (Afganistán moderno), los que pueden colocarse a la altura de los emperadores romanos del período que fueron grandes soldados a la vez, Tiberio, Trajano, Marco Aurelio y Séptimo Severo.

Entre el año 200 dC y el 400 dC nos encontramos frente a la declinación del Imperio romano y al desarrollo de la caballería. Las tendencias que pudieron observarse fue la derrota de las legiones romanas por los bárbaros germanos y una revolución táctica en cuanto a la declinación de la infantería ante un papel preponderante para la caballería. Entre los líderes se destacan los emperadores soldados como Claudio II, Aurelio Probus y Juliano; entre los generales, Caros, Constantino y Teodosio; los capitanes bárbaros como Estilíco, el árabe Odenatus , el chino Ssu Ma Yen, los persas Ardashir y Shapur I y en la India posiblemente Samadra-

11 Dinastía Han 206 aC-220 dC, John King Fairbank, China, una Nueva Historia, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996, p. 74.

12 Julio César no sólo se destacó como líder militar y político, sino que también como escritor, dejándonos sus comentarios sobre sus campañas en las Galias, un tratado sobre Analogía, otra obra llamada Anticatón y un poema titulado El Viaje. Suetonio, Vidas de los doce Césares, Ed. Océano, Barcelona, p. 34.

13 GODOY, Genaro. Las historias de Polibio de Megalópolis, Ed. Andrés Bello, 1970.

gupta. En cuanto a teoría militar, en este período aparece el trabajo de Flavio Vegetio Renato, que es un compendio de la teoría militar romana que no tuvo mayor influencia en esta época, pero sí fue una referencia obligada durante la Edad Media para los militares.¹⁴

Los doscientos años siguientes hasta el año 800 dC estuvieron marcados por la enorme influencia del Islam y sus conquistas de casi la mitad del mundo civilizado de la época. Notable fue también la resistencia opuesta por el Imperio bizantino al asalto musulmán, más trascendente que la resistencia opuesta por los francos en Occidente y de los chinos en el Oriente, a miles de kilómetros de la Mecca. Entre los líderes militares de la época resalta en forma especial el emperador bizantino Heraclio, y como líderes con cierta notoriedad el emperador chino T'ai Tsung, los indios Harsha y Pulakesin II, los musulmanes Khalid ibn al-Walid y Harun al-Rashid, los bizantinos Leo III y Constantino V y el emperador franco Carlomagno.¹⁵ La promesa de alcanzar el cielo hecha por Mahoma a los que murieran en las guerras religiosas contra los infieles llenó de espíritu guerrero a los árabes, que vieron facilitadas sus conquistas por las crisis de los Imperios de la época, desgastados por las luchas internas. Entre los avances importantes de las armas se encuentra el fuego griego utilizado por los bizantinos contra los que asediaban sus fortalezas. Constituyó el antecedente de lo que sería el lanzallamas. Entre los sistemas militares destaca el implantado por Carlomagno a los indisciplinados francos. En cuanto a tratados militares destaca el bizantino *Strategicon*, escrito por Mauricio antes de ser emperador y que tendría gran influencia positiva en el quehacer militar de los bizantinos.¹⁶

Entre los años 800 y 1000 sobrevino la época de la máscara y del hacha, el llamado período oscuro de la Edad Media, caracterizado por

14 Este escritor militar romano escribió entre el 383 y 450 dC su obra *De Re Militari*. Cerca de 150 copias sobrevivieron la Edad Media y su trabajo fue traducido al inglés, francés y búlgaro incluso antes de la invención de la imprenta. El énfasis de su trabajo fue en el entrenamiento de la infantería. Su trabajo es la mejor fuente sobre el ejército romano, al cual insta en su obra que vuelva a los tradicionales sistemas que describe en forma completa. Sus aforismos son famosos, entre ellos "si quieres la paz prepárate para la guerra". Arthur Ferrill, *The Reader's Companion to Military History*, Houghton Mifflin Company, New York, 1999, p. 487.

15 Carlomagno, Rey de los Francos y Emperador romano de Occidente (742-814 dC). Conquistó Lombardía y Sajonia, expedicionó a España y al sur de Italia. Edward J. Schoenfeld, *The Reader's... op.cit.*, p. 81.

16 *Strategicon* fue escrita alrededor del año 580 dC y tuvo gran influencia en los triunfos militares bizantinos. Su autor insistía en volver a la más estricta disciplina que había hecho grande al ejército romano. DUPUY, *op. cit.*, p. 233

las luchas sin objetivos y anárquicas. No hubo grandes capitanes que recordar. Las principales tendencias de esta época son el desarrollo del feudalismo en Europa, Japón y en el mundo musulmán, la superioridad del sistema militar bizantino, que fue capaz de sostenerse de intentos de conquista desde todas direcciones, la creciente fuerza de la migración turca avanzando contra la corriente musulmana hacia el este y la aparición de un número de Estados claramente identificables como los precursores de las naciones modernas.

Entre el año 1000 y 1200 dC hay un resurgimiento de la habilidad para conducir la guerra, ya que empieza a existir una mayor claridad en los objetivos políticos. Entre los líderes militares se destacan Ricardo Corazón de León de Inglaterra, Alexius de Bizancio, Alp Arslan entre los turcos selyúcidas,¹⁷ Saladino¹⁸ de Egipto y Siria y el normando siciliano Robert Guiscard. Entre las tendencias de la época es interesante destacar el continuo avance de los turcos hacia el oeste alcanzando el norte y sur del Mar Negro y el Caspio. La declinación del Imperio bizantino ante la potencia agresora del este. Luego la creciente centralización del poder en los reinos de Europa a pesar de los efectos inhibidores del floreciente sistema feudal y finalmente el acontecimiento más importante, que lo constituyen las Cruzadas con su fuerza militar, religiosa y cultural. En cuanto a las armas, la aparición de la ballesta fue uno de los aspectos más destacados junto al mejoramiento notable de las armaduras. Otro aspecto interesante en este período fue la intromisión de la Iglesia en asuntos militares como, por ejemplo, la llamada Paz de Dios, que disponía no dañar a los religiosos durante operaciones de guerra, a los que luego se agregaron los niños, los pastores, los comerciantes y los viajeros. Luego vino la llamada Tregua de Dios, que prohibía luchar los días domingos, a la que se le fue agregando días y durante las fiestas de la Iglesia. También se involucró la Iglesia en el control de armamentos, prohibiendo el uso de la ballesta por un Edicto del Vaticano en 1139 en las guerras entre cristianos.¹⁹

Los doscientos años siguientes hasta el 1400 podrían llamarse la época de los mongoles, ya que éstos fueron capaces prácticamente de

17 Sultán turco que dirigió personalmente su ejército contra los bizantinos derrotándolos y conquistando Anatolia en la famosa batalla de Mantzikert, Agosto de 1071. Walter E. Kaegi, *The Reader's...*, *op.cit.*, p. 281.

18 Derrotó definitivamente a los cruzados, liberando Jerusalén en 1187. Jere L. Bacharach, *The Reader's...*, *op.cit.*, p. 410.

19 DUPUY, *op.cit.*, pp. 307-308.

asolar casi todo el mundo conocido, a excepción de la Europa occidental. El líder más conocido y responsable mayor del poderío alcanzado por éstos fue Gengis Khan.²⁰ Sus sucesores no alcanzaron a imitarlo, pero también lograron victorias importantes, como Subotai, Chepe, Mangu y Kublai. En Occidente se destaca Eduardo I en Inglaterra, Du Guesclin en Francia, Tamerlán entre los tártaros, Baibars el mameluco y Murad en el Imperio otomano. En este período por primera vez, aunque tímidamente, aparece el uso de la pólvora en el campo de combate. Este lapso ve finalmente la disolución del Imperio bizantino y el término de las Cruzadas con la conquista de los Lugares Santos por los mamelucos.

A continuación entramos en el período del término de la Edad Media hasta el año 1500. Este siglo XV fue una época de cambio, ya que las mismas fuerzas científicas, culturales y económicas que inspiraron el Renacimiento, la repentina iniciación de las exploraciones a través de los océanos, el colonialismo y los cambios de los esquemas políticos a través del mundo también afectaron la forma de hacer la guerra. Ninguna nación ni líder dominó el mundo en esta época, pero sí se pueden recordar importantes conductores militares como Enrique V de Inglaterra, Juan Ziska de Bohemia, Janos Hunyadi de Hungría y los sultanes otomanos Murad II y Mohammed II. Además es importante destacar en este período a Juana de Arco. Entre los hechos importantes se destacan la caída de Constantinopla, el término de la Guerra de los Cien Años y también el fin de la Guerra de las Rosas en Inglaterra. El uso de la pólvora afectó estas acciones bélicas, asimismo provocó el renacimiento del profesionalismo militar ausente por mucho tiempo y una creciente importancia de la infantería. En cuanto a escritos y tratados, destaca el de Christine de Pisan sobre la guerra y la caballería.²¹

El siglo siguiente, hasta el 1600, estuvo marcado por la Reforma, que significó una amarga lucha religiosa que tuvo importantes efectos políticos, militares y culturales en el mundo entero. La pólvora siguió afectando notablemente el campo táctico, y el gran cambio se produjo en la guerra

20 Fundador del imperio mogol 1162-1227, el "gobernante feroz" es el significado de su nombre. Expandió sus dominios al norte de China y al Asia central. Se caracterizó por su tolerancia religiosa, por contratar soldados extranjeros, por aplicar una estricta disciplina y promover el comercio. Sus fuerzas de caballería fueron imbatibles y tuvo gran éxito en sitiar las ciudades del enemigo. Morris Rossabi, *The Reader's... op. cit.*, p. 180.

21 Se trataba de lo que los caballeros podían o no podían hacer en sus encuentros de lucha conforme estrictas reglas. Von Creveld, Martin. *The Reader's... op.cit.*, p. 253

en el mar, con el desarrollo de buques de guerra. En la guerra terrestre se destacan los españoles y los turcos, entre ellos Selim y su hijo Suleimán y Hernández González de Córdoba y el conquistador de Méjico, Hernán Cortés. También el conquistador de la India; el mogol Babur, y su nieto Akbar, el italiano Duque Alexander de Farnese. Entre los teóricos sobre temas militares destaca Nicolás Maquiavelo²² con sus famosas obras “El Príncipe” y “El Arte de la Guerra”, el alemán Albrecht Dürer y su obra sobre fortificaciones, y Niccolo Tartaglia con sus estudios sobre la fabricación de cañones y también Francois de la Noue y sus Discursos Militares y Políticos.

Los cien años que vienen a continuación, y que culminan en 1700, constituyen el comienzo de la guerra moderna. La pica va desapareciendo, las formaciones de infantería se fueron haciendo más lineales, la caballería empezó a sentir los efectos del fuego de la infantería y de la artillería, haciéndose esta última cada vez más móvil. Asimismo en su organización los ejércitos empezaron a conformar unidades y aplicar un sistema jerárquico que mejoraba la disciplina y el orden. Gustavo Adolfo de Suecia²³ fue uno de los impulsores de estos cambios aplicados en la Guerra de los Treinta Años, la Guerra de la Gran Alianza y la Guerra Holandesa. Otros líderes militares importantes fueron Maurice de Nassau, de Holanda; Henri de la Tour d’Auvergne, Vizconde de Turenne, y el brillante emperador manchú Kang-hsi. Entre los teóricos destaca especialmente Vauban en trabajos de ingenieros y fortificaciones.²⁴

El siglo siguiente en su primera mitad estará marcado por la supremacía militar de Europa y sus grandes capitanes, como Federico el Grande de Prusia,²⁵ Eugenio de Savoy de Austria, el Duque de Marlborough de Inglaterra, Carlos XII de Suecia y Pedro el Grande de Rusia, entre otros. En

22 El primero de los teóricos de la guerra moderna, gran admirador de Roma republicana, quería volver a la idea del soldado ciudadano. Su propósito era liberarse de la teología y de las reglas de caballería, colocando todas sus ideas en la forma más práctica posible. Van Cleveld, *op.cit.*, p. 254

23 General y rey de Suecia 1594-1632. Combatió en Dinamarca, Alemania, Polonia y Rusia. Fue la gran figura en la Guerra de los Treinta Años. Murió al mando de una carga de caballería en la batalla de Lutzen derrotando a los alemanes y consiguiendo la hegemonía de Suecia por setenta años en el Báltico. Gunther E. Rothenberg, *The reader's...*, *op.cit.*, p. 197.

24 Ingeniero militar francés (1633-1707). Su idea era combatir con el mínimo de pérdidas humanas. Llevó las fortificaciones a un gran nivel de perfección. Fue nombrado Mariscal de Francia por Luis XIV. Paul Sonning, *The Reader's...*, *op.cit.*, p. 487.

25 Rey de Prusia (1712-1786). Luchó con especial entereza al frente de sus tropas en la Guerra de los Siete Años contra una fuerte coalición compuesta por Rusia, Francia y Austria. Dennis Showalter, *The Reader's...*, *op.cit.*, p. 171.

la segunda mitad Federico alcanza su máxima expresión especialmente en el dominio de la maniobra. George Washington y Napoleón Bonaparte completan esta relación. La tendencia hacia la maniobra progresó en las tres grandes guerras del período, la Guerra de los Siete Años, la revolución norteamericana y las guerras de la Revolución Francesa.

El progreso del arte de la guerra se hace evidente en la llamada era de Napoleón. El desarrollo de las armas de fuego y la “leveé en masse” fueron finalmente asimilados en marcos concretos y consistentes de teoría militar y práctica. Ya hay congruencia entre armas, tácticas y doctrina. El mosquete y los cañones alcanzaron sus mayores capacidades en este período. Otros comandantes destacados fueron Arthur Wellesley, el Duque de Wellington; Gebbard von Blücher, el Archiduque Carlos de Austria y el mariscal francés Luis Nicola Davout. Entre los generales de Napoleón destacan especialmente Jean de Soult y André Massena. Los cañones Krupp empiezan a producirse y se emplean por primera vez los cohetes inventados por el inglés William Congreve. Entre los teóricos del tema destaca el propio Napoleón, que dejó una serie de escritos y pensamientos asistémicos, pero que en su conjunto y reordenados son un verdadero tratado de cómo hacer la guerra.²⁶ A él se agrega Jomini con su gran obra “Un resumen del Arte de la Guerra” y su “Tratado de las Grandes Operaciones Militares”. Karl von Clausewitz y su famosa “De la Guerra”,²⁷ una verdadera filosofía de la guerra que hasta hoy se estudia y según muchos está plenamente vigente, a los que se agrega el estratega del mar Alfred Thayer Mahan. Este período es destacable, ya que se puede empezar a hablar en forma consistente del profesionalismo militar, en otras palabras el comienzo de la carrera militar como una profesión, al establecerse en forma definitiva las escuelas militares tanto en Francia, Prusia, Inglaterra y Estados Unidos.

El progreso de la profesión militar se ve estimulado por personalidades como Helmut von Moltke en Prusia,²⁸ Grant y Lee en Estados Uni-

26 LUVAAAS, Jay. *Napoleon on the Art of War*, Touchstone, New York, 1999. Completa recopilación de sus trabajos y cartas de los que se deduce su visión del Arte de la Guerra.

27 VON CLAUSEWITZ, Karl, *De la Guerra*, Ed. Labor, Buenos Aires, 1994. El autor se refiere a la teoría y a la naturaleza de la guerra y luego a la estrategia y a los planes para ejecutarla.

28 Fue el gran organizador del Estado Mayor prusiano, que fue modelo para muchos países (1800-1891). Junto a lo anterior fue el estratega detrás de los triunfos de Prusia sobre Dinamarca, Austria y especialmente ante Francia en la guerra franco prusiana en 1870. Caleb Carr, *The Reader's.... op.cit.*, p. 308.

dos, Alfred von Schlieffen y Ardant du Piq. Los progresos en las armas de fuego, especialmente la artillería, en cuanto a utilizar la retrocarga, significó un importante avance, asimismo el uso del vapor y las primeras armas de percusión.

Así podemos decir que entramos a la era de la guerra total. Los conflictos limitados inician el siglo XX, como la Guerra Ruso-Japonesa y otras, hasta que se desencadena la Primera Guerra Mundial, entre cuyos líderes civiles y militares destacan Georges Clemenceau, “el Tigre”; el mariscal Joffre y Foch, entre los franceses, Pershing de EE.UU., Haig y Allenby por los ingleses, Hindenburg y Ludendorff entre los alemanes, Nicolás y Brusilov de Rusia, Oyama y Togo por el Japón, Pilsudski de Polonia. La gran mayoría de los ejércitos ya tenían Estados mayores permanentes, siguiendo los lineamientos de Moltke. El concepto de nación en armas de la era napoleónica ya era ampliamente aceptado por los países que contaban con detalladas planificaciones para la movilización de todos los recursos para ir a la guerra. Las armas más modernas, como las ametralladoras, la artillería de campaña mucho más móvil y de largo alcance, junto al mayor desarrollo de las fortificaciones, hicieron mucho más difícil los ataques frontales, lo que a la larga produjo su efecto en la inmovilización de los frentes y la consabida guerra de trincheras. El tanque nace como una forma de romper los frentes estáticos, siendo la principal innovación, como asimismo el transporte motorizado y los ferrocarriles, que alcanzan una decisiva importancia. La guerra alcanza a su vez un carácter tridimensional con el desarrollo acelerado de los dirigibles y los aviones de guerra, que se transformaron en elementos claves en las operaciones en el mar y en tierra.

Una paz mal negociada y los conflictos de intereses de las grandes potencias provocaron la Segunda Guerra Mundial, dando comienzo con su término a la era nuclear. Las tendencias observadas en la Primera Guerra continuaron adelante con singular empuje, perfeccionándose los motores de combustión interna y generando vehículos blindados de distintos tipos, de mayor movilidad y potencia. Los aviones alcanzaron mucho mayor capacidad de combate, pudiendo operar a grandes distancias con gran cantidad de bombas de alto poder explosivo. Asimismo, aparece el lanzacohete como arma antiblindaje y los cohetes precursores de los misiles, aplicados con éxitos relativos por los alemanes. El radar y el desarrollo de las comunicaciones quizás

pueden ser los avances más significativos durante el conflicto. Los estados mayores conjuntos y un mucho más completo desarrollo logístico fueron productos exitosos de esta guerra. Entre los líderes principales destacan Churchill, Roosevelt, Stalin y Chiang Kai Shek, junto con Hitler. Entre los líderes militares todavía permanecen frescos en la memoria nombres como Douglas Mac Arthur, Eisenhower y Montgomery, Bradley, Wavell, Manstein, Model, Rundstedt y Kesserling, Zhukov y en el campo táctico Patton y Rommel.

El desarrollo nuclear generó un fuerte impacto en la estrategia para el empleo de las fuerzas militares e impuso un nuevo ritmo a las guerras, que pasaron a ser de características limitadas, controlándose la espiral de violencia para evitar la destrucción mutua con armas nucleares. Ejemplos de estos conflictos de larga duración son los de Corea y Vietnam. El recurso a la fuerza siguió siendo un recurso válido para resolver los conflictos, ya sea bajo el amparo de las Naciones Unidas, nacida de la Segunda Guerra Mundial, o por decisiones unilaterales de los Estados normalmente con apoyo de las grandes potencias dominantes. El fin de siglo también ha sido testigo de un rebrote de los conflictos étnicos y religiosos que se mantuvieron encapsulados durante la Guerra Fría donde, fuera de las armas convencionales, el terror ha ido reemplazando otras formas de lucha.

Hasta aquí esta visión por cierto incompleta de lo que ha sido la historia de la guerra, haciendo mención general de los principales cultores y teóricos en un plano internacional. Faltaría mucho espacio para hacer un recuento específico desde esta perspectiva en lo que se refiere a nuestros conquistadores de ayer, a este continente y a nuestro país.²⁹ Pero, asimismo, creo que estos miles de años de guerras ya historiados de una manera tradicional, o con enfoques modernos, nos hablan de la gran tarea que tenemos por delante en nuestra región, que me atrevo a

29 Con respecto a España se puede señalar la gran difusión que se hace de los estudios de historia militar a través de la Revista de Historia Militar que edita el Instituto de Historia y de Cultura del Ejército español. Se destacan entre los trabajos las publicaciones extraordinarias que contienen las ponencias de los mejores especialistas españoles en el tema, en las Jornadas de Historia Militar que se realizan regularmente en España. El último número extraordinario de esta revista contiene importantes aportes en cuanto a Metodología y Recursos de Investigación de especialistas como Enrique Martínez Ruiz, Magdalena de Pazzis Pi Corrales, René Quatrefages, David García Hernán y María Teresa Hermozo de Baztán entre otros. Instituto de Historia y Cultura Militar, Revista de Historia Militar, Min. de Defensa, Madrid, año XLV, 2002.

decir que tiene importantes contribuciones en este campo con visiones tradicionales, siendo muy escasos los aportes desde la perspectiva de la nueva historia.³⁰

TENDENCIAS EN LA HISTORIA Y SUS EFECTOS EN LA HISTORIA MILITAR

Mucho se ha hablado en el ámbito de la historia de la existencia de una nueva historia, producto especialmente de una reacción ante la historia antigua, la de los acontecimientos. Ha sido la llamada Escuela de los Anales, la que mayor influencia ha tenido en el nuevo enfoque de la historia, pero que en el pasar del tiempo ya no es nueva, de allí que muchos académicos hablen hoy de una nueva historia. La historia militar no ha estado ajena a los cambios en especial debido a que justamente fue parte afectada en la crítica original.

30 Uno de los pioneros en esta tarea fue el alemán Hans Delbruck, que dedicó una parte de sus investigaciones a verificar los detalles de las batallas en los mismos lugares donde ocurrieron. El enfoque de las anécdotas, el de la antología, el del pensamiento de estado mayor, el tecnológico, el económico, el estratégico, el biográfico son distintas formas de acercarse para historiar la batalla, la que nunca estará exenta de la retórica del historiador o sea de una serie de convenciones y usos a través de los cuales el historiador hace su aproximación al pasado. Delbruck es considerado iniciador de la moderna aproximación científica y universal al tema que nos ocupa, en el que sintetiza lo militar con lo político en cuanto a la supervivencia nacional, a la unidad nacional y al prestigio dinástico. Hans Delbruck (1848-1929), autor de la Historia del Arte de la guerra, en cuatro volúmenes, es reconocido a través del mundo como uno de los trabajos más completos que han aparecido en el idioma inglés, analizando con vívidos detalles las tácticas y estrategias militares de la antigüedad. Delbruck separa la leyenda de los hechos, especialmente desde las guerras persas hasta la Guerra del Peloponeso en el período clásico. *The Art of War*, Univ. de Nebraska, 1990. En Francia en esta misma aproximación se destacan dos militares, Palat y Colin, aunque más reconocidos en los círculos patrióticos y profesionales. Entre los ingleses cabe destacar a Edward Creasy, que a través de su libro "Quince batallas decisivas del mundo", demuestra cómo la sabiduría griega, la virtud romana, la bravura de los sajones, el centralismo de los normandos y la fe cristiana, especialmente en su forma protestante, la libertad inglesa y la democracia francesa han sido salvadas de su extinción por algunas brillantes hazañas militares. Siguen a este gran autor inglés el Coronel Witton, Sir Basil Lidell Hart y luego J.F.C.Fuller con su conocida obra sobre las "Batallas decisivas del mundo occidental". Las visiones de toda esta generación de historiadores militares fueron afectadas de alguna u otra forma por las ideas de Ranke con sus explicaciones del cambio histórico y de la escuela económica de Marx, y por aquella del progreso que mostraba una mirada mucho más optimista del comportamiento humano que la que aceptaba el cristianismo en cuanto al mal comportamiento perenne del hombre. Jean Colin (1864-1917), Director de la Escuela de Guerra es considerado como uno de los más profundos estudiosos de las guerras napoleónicas. También un estudioso de Clausewitz. Su libro más conocido y con mayor influencia es *Las Transformaciones de la Guerra*, publicado en 1911. General Palat, seudónimo de Pierre Lehautcourt, "German Military Theory at the Outbreak of the War". *The Military Historian and Economist*, October, 1917, 357-371. Entre sus obras destacan *La Batalla del Somme* (1 julio de 1916 - 1 de enero de 1917), *La carrera al mar 1914*; *La Gran Guerra en el Frente Occidental* y *La Batalla de Lorena*. Editadas entre 1917 y 1925.

El objetivo esencial de la historia antigua o tradicional era la política nacional e internacional, no la local, donde la religión y la guerra-objeto de nuestro estudio-tenían un claro protagonismo. La nueva tendencia apunta en cambio a cualquier actividad humana, partiendo del supuesto de que todas ellas tienen una historia. Asimismo, se ha producido una intensa búsqueda de historias más comprensivas, de historia total, de historia de las ideas, de las realidades sociales y culturales que se han ido constituyendo en la larga duración al decir de Braudel.

Otro aspecto que incorpora la llamada nueva historia es la toma de distancia de una visión narrativa tradicional haciendo más énfasis en el llamado análisis de las estructuras, la larga duración, los cambios económicos sociales y los geohistóricos.³¹ Últimamente, sin embargo, se ha revitalizado el estudio de los acontecimientos y en el campo de la historia militar estamos de vuelta al estudio profundo de las batallas y su significado en el devenir.³² Así se ha pasado de la narración cronológica a base de los hechos destacados por los acontecimientos políticos y militares a una mirada diferente, y hay historiadores que vuelven a destacar la narrativa como una forma de relatar todos los acontecimientos verdaderos cuyo actor es el hombre. Así se considera a la historia como una novela verdadera. La trama, entonces, es una pregunta de la vida real que el historiador despeja a su antojo y en el que los hechos mantienen relaciones objetivas y poseen también una importancia relativa sin requerir necesariamente un orden cronológico. La dificultad aparece cuando se trata de normar y totalizar los tramos. Los historiadores, entonces, cuentan historias que son como los itinerarios que han decidido seguir a través del campo objetivo de los acontecimientos. Pero no se trata sólo de un relato, también hay que explicar, y la forma de hacerlo entonces es organizarlo en una trama comprensible. En el campo de la historia militar se trata un poco de repetir el aprendizaje del militar de antaño a través de acontecimientos reales ordenados de una forma en que se pueda explicar mejor lo que pasó.³³

La mirada tradicional acostumbraba a mostrar una perspectiva observando los hechos desde arriba, vale decir alrededor de la acción de

31 BURKE, Peter. Formas de hacer historia. Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 287.

32 KEEGAN, John. The Face of Battle, Ed. Ejército, Madrid, 1990, p.17 y Antonio Espino López, La Renovación de la Historia de las Batallas, en Revista de Historia Militar, Madrid, año XLIV, Nº 91. p. 160.

33 VEYNE, Paul. Cómo se escribe la Historia, Ed. Alianza, Madrid, 1997, p. 28.

los líderes militares, los grandes capitanes, los mariscales, considerando que el resto tenía un papel menor. La visión nueva considera, en cambio, una mirada desde abajo, una visión desde la cultura popular aplicada en nuestro ámbito, por ejemplo, en las experiencias, las costumbres, los anhelos, los temores y las metas de los soldados.

Asimismo, las fuentes que se usaban eran las tradicionales, como documentos, planes, disposiciones, órdenes, organizaciones, reglamentos, formularios, roles de pago, entre otros. Lo nuevo no se queda sólo en la historia, sino que retrocede a la prehistoria y utiliza como pruebas los objetos y la tradición oral. También incorpora la fotografía y la pintura, en sus distintas versiones para descifrar la trama que se busca establecer.³⁴ Estas nuevas visiones permitieron también cambiar la forma de explicar, ya no todo centrado como causa alrededor de las decisiones del rey o del general, sino también por una multiplicidad de otros factores que provenían de otros actores, quizás menos relevantes, pero cuyas acciones podrían ejercer importantes influencias.

Finalmente, en la busca de la objetividad, la historia perseguía determinar efectivamente lo que había pasado y cuál había sido la realidad. Ahora hay mayor amplitud en la aproximación a este aspecto, se busca aplicar el concepto de hetero-gloria, no todo es por lo que hizo el gran capitán, pueden haber un conjunto de voces diversas y opuestas a la hora de explicar los hechos. Alrededor de la guerra, entonces, esta perspectiva alcanza una mucho mayor riqueza.

Este análisis comparativo efectuado hasta aquí no agota en absoluto el vasto campo que la íntima relación de las ciencias sociales con la historia abre por delante y que muchos ya han intentado. Hay nuevas formas de hacer que arrojan muchas ideas para la historia militar. La historia de lo imaginario, por ejemplo, como ese conjunto de representaciones que desbordan el límite trazado por los testimonios de la experiencia y los encadenamientos deductivos que éstos autorizan dejando un campo abierto al historiador militar, donde no estarán

34 PESEZ, Jean-Marie. Historia Material Enciclopedia de las Ciencias Sociales, Madrid, 1985. Nacido en 1929, Agregado de Historia, Director de Estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, Director Adjunto del Centro de Historia y Arqueología Medieval de Lyon II. Anima, en el museo de Artes y Tradiciones Populares, el equipo "Antropología de la aldea medieval". Como arqueólogo dirige diversas excavaciones en emplazamiento de aldeas medievales en Borgoña, Sicilia y Grecia.

ajenos cuentos y leyendas sobre el particular, junto con la observación de la permanencia y evolución de los temas antiguos en la vida de los militares.³⁵

Asimismo, se hace aplicable el concepto de historia inmediata, es decir, las obras escritas sobre la marcha del acontecimiento, por sus propios actores. Algo visto, vivido y creado. Hay una vuelta al acontecimiento y de hecho, en el campo de la historia militar, este aspecto ha tomado relevancia en los últimos conflictos vividos, en que los historiadores se confunden con los periodistas, no sabiéndose por supuesto la conclusión de los que se transforma en crónica.³⁶

En cuanto a la historia de las mentalidades, las de antaño, la búsqueda del pasado, de ese pasado por conocer para traerlo al presente. Este concepto aplicado puede entregar interesantes resultados sobre la manera de pensar de los militares en las diferentes épocas.³⁷

Otro concepto para su aplicación es el de la Historia de las Estructuras, que plantea que la vida diaria de una sociedad se descompone en un conjunto de estructuras que se mantienen todas ellas en la larga duración, aunque cada una de ellas evoluciona a un ritmo propio. Los aspectos que tienen un carácter regular, repetitivo y por lo tanto previsible permiten tener una especie de memoria colectiva, especialmente válida en el estudio de la llamada mentalidad militar. Así, eligiendo adecuadamente los factores de seguimiento sobre la base de hechos y tendencias, ellos nos hablarán de ciertos referentes de conducta que se

35 PATIAGEAN, Evelyn. Historia de lo Imaginario. Enciclopedia de Ciencias Sociales, *op. cit.* Enseña historia de la antigüedad tardía y de Bizancio en la Universidad de París-X. Sus investigaciones se refieren a los mecanismos económicos y a la organización social de la época bizantina. Autora de diferentes artículos y obras, colabora especialmente en la revista *Annales*.

36 LACOUTRE, Jean. Historia Inmediata, Enciclopedia de Ciencias Sociales, Nacido en 1921. Licenciado en Derecho y Letras, diplomado de la Escuela de Ciencias Políticas. Gran reportero de *Le Monde*. Redactor diplomático en el *Nouvel Observateur*. Encargado de curso en el Instituto de Estudios Políticos de París y en la Universidad de Vincennes. "Fellow" en la Universidad de Harvard. Creador de la colección "La historia inmediata" en Seuil. Autor de numerosas obras.

37 ARIÈS, Philippe. Historia de las Mentalidades, Enciclopedia de Ciencias Sociales, *op.cit.* Nacido en 1914. Realizó sus investigaciones de historia al margen de una carrera no universitaria. Partiendo de la historia demográfica (historia de las poblaciones francesas y de sus actitudes ante la vida, 1948, se interesó por los fenómenos intermedios entre lo biológico y lo mental (familia, muerte) y sus consecuencias culturales (la educación, el tiempo histórico, la religión popular). Elegido en 1978 Director de Estudios en Ciencias Sociales.

mantiene en el tiempo.³⁸ También una visión antropológica da una perspectiva nueva para reconstruir el pasado, de allí la importancia de la historia de las costumbres, que no es otra cosa que una constante mezcla de comportamientos heredados de carácter permanente y de fenómenos de adaptación o de inserción. Aspectos, por ejemplo, relacionados con el hábitat, los uniformes, la alimentación, la salud y el comportamiento de los militares con respecto a la sociedad nos permiten conformar un repertorio histórico de la vida cotidiana muy interesante.³⁹

Otro enfoque es la historia de los marginados, aquellos que por una u otra razón son discriminados, rechazados, no tomados en cuenta. Estos aspectos pueden seguirse evidentemente en las sociedades centrando la mirada en los transgresores como delincuentes, herejes o simplemente en los olvidados o pasados por alto por raza, condición social o casta. Esta mirada al interior de las organizaciones militares puede arrojar luces interesantes de aspectos en general poco estudiados y que podrían explicar desde abajo algunos fenómenos ya observados.⁴⁰

EL USO Y EL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR

El estudio de la historia significa, por sobre todo, la búsqueda de la verdad que nos permita comprender el dinamismo de la actividad humana. Y nos sirva esta verdad para contribuir a la configuración de un futuro mejor, aportando los argumentos y razones deducidas. La idea no es demostrar cosas, sino por sobre todo averiguar algo.⁴¹

38 POMIAN, Krzysztof. Historia de las Estructuras, Enciclopedia de las Ciencias Sociales, *op. cit.* Nacido en 1934. Hace sus estudios y después enseña en la Universidad de Varsovia (Polonia). Desde 1973 encargado de investigaciones en el C.N.R.S. y de conferencias en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Ha publicado varios artículos y obras en francés y polaco.

39 BURGUIÈRE, André. Antropología Histórica, Enciclopedia de Ciencias Sociales., *op. cit.* Nació en 1938. Agregado de historia, profesor auxiliar en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Miembro del comité de redacción de la revista *Les Annales E.S.C.* Especialista en historia de las estructuras y de los comportamientos familiares, ha publicado numerosos artículos en diferentes revistas francesas y extranjeras.

40 SCHMITT, Jean Claude. Historia de los Marginados. Enciclopedia de Ciencias Sociales, *op.cit.* Nacido en 1946. Archivero paleógrafo y agregado de historia. Profesor asistente en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Autor de numerosos artículos y obras, sus investigaciones en antropología histórica estudian las relaciones entre clérigos y laicos en la sociedad feudal y más en concreto las relaciones entre cultura popular y cultura erudita de la Edad Media.

41 POINCARÉ, Jules Henri (1854-1912). *The Cambridge Dictionary of Philosophy*, Cambridge University Press, USA, 1995, p. 626.

Sabemos que la guerra es una forma repetitiva de comportamiento humano, por lo que el estudio de ella, junto con todo lo que lleva asociado particularmente al mundo militar, nos puede entregar importantes enseñanzas, no sólo para los uniformados, sino a la sociedad entera. Es el presente, nuestro presente, el que la historia militar enlaza con el pasado y el futuro. Acudimos al pasado en función de las preocupaciones presentes, las cuales se encaminan hacia la configuración del futuro.⁴²

Así podemos decir que la historia militar es un arte que supone la adquisición de una experiencia. Lo que nos engaña, y nos hace seguir esperando que un día alcanzará un nivel verdaderamente científico, se debe a que está llena de ideas generales y de regularidades aproximadas, como ocurre también en la vida cotidiana. Se trata, entonces, de ir junto a los acontecimientos analizados desde la posición de un observador posterior escuchando las voces diversas y opuestas de los muertos para que se oigan de nuevo.⁴³

La historia militar a veces ha servido como propaganda para construir mitos de manera de crear o sostener emociones y creencias. La historia de un regimiento, por ejemplo, enfatizando su gloria y apagando lo malo que pudo haber. Esta visión básica y selectiva del pasado generó en el tiempo un distanciamiento entre los escritores militares y los académicos. Así se estigmatizó este tipo de historia como la del “Tambor y la Trompeta” y desde el mundo académico se estableció la noción de que la guerra y lo militar no era en realidad tal como se pintaba, sino que estaba acomodada para servir otros fines. Sin embargo, paradójicamente muchos también han reconocido el valor del mito al que le dan una destacada función social.⁴⁴

Con todo, la labor del historiador militar, cualquiera sea su origen, es descubrir y registrar todo lo complicado y desagradable que las realidades de la guerra consideran. De allí que hay que acercarse al mito con mirada crítica, lo que puede desilusionar y causar dolor. Se trata, en definitiva, de decir la verdad para conformar los valores por los que se

42 SUÁREZ, Federico. La historia y el método de investigación histórica, Ediciones RIALP, Madrid, 1977, p. 121-122.

43 KEEGAN, *op.cit.*, p. 38.

44 HOWARD, Michael. The Causes of War, Unwin Paperback, London, 1983, p. 210.

luchó en la guerra y porque se defendieron, pero también para preservar la eficiencia militar para el futuro.

Así, entrar en las mentes de otras generaciones en la llamada “otredad de los viejos tiempos” es difícil y requiere de entrenamiento y mucha lectura. De allí que el esfuerzo hay que centrarlo en verificar la evidencia, a fin de establecer los hechos y luego ordenarlos en su conexión de causa y efecto. El número de hechos relevantes puede ser infinito y la idea no es sólo contestar algunas preguntas, sino dejar que los hechos hablen, escuchar las voces reales, no aquellas que nosotros queremos escuchar. No cabe la menor duda de que después de escoger, ordenar e interpretar, vamos a encontrar detrás de los hechos, detrás de Clío, a un historiador.⁴⁵

Las dificultades que nos encontramos no son menores, la evidencia a veces es confusa y contradictoria. Los testigos normalmente no quedaron en las mejores condiciones psicológicas para dar testimonios confiables de sus experiencias. A lo anterior se agregan las dificultades propias que imponen la lealtad y la discreción que a veces puede llevar a suprimir evidencias. Así también tratar de colocar orden artificial en el caos, haciéndolo racional es una verdadera blasfemia de la verdad caótica.

La historia militar es útil para los profesionales de las armas. Hay muchas dificultades en la realidad para poder probarse realmente en las operaciones. De allí que a través de su estudio podremos reconocer que las guerras se parecen entre sí, más que cualquiera otra actividad humana, por el peligro, el miedo, la confusión y por tratar de imponer la voluntad de unos sobre otros con violencia. Las diferencias, como lo hemos recordado en nuestro recorrido inicial por la historia militar, se producen por los cambios sociales y tecnológicos que hay que tener en cuenta. También se pueden observar la repetición de los errores, especialmente por falta de decisión de los líderes, generando con ella una lenta reacción.⁴⁶

Michael Howard nos propone tres reglas de estudio que es conveniente considerar.⁴⁷

45 KEEGAN, *op. cit.*, p. 50.

46 VON MOLTKE, Helmut. *The Art of War*, Hammersmith, New York, 1990, p. 45.

47 HOWARD, *op.cit.*, pp. 215-217.

- Un estudio en el tiempo que nos permita observar cómo la forma de guerrear se ha desarrollado a través de largos períodos históricos. Así, viendo lo que ha cambiado, se puede deducir lo que no lo ha hecho, y también aprender de las grandes continuidades en este campo, así como de las similitudes de las técnicas empleadas por los grandes capitanes, a través de los tiempos. Los principios de la guerra se van haciendo claros, los que hay que complementar con un claro sentido del cambio y aplicarlo con flexibilidad, lo que sólo la luz de una amplia lectura puede entregar.
- Un estudio en profundidad. Vale decir, escoger, por ejemplo, una sola campaña y explorarla cuidadosamente, no sólo de historias oficiales, sino de memorias, cartas, diarios e incluso de literatura imaginativa, hasta que se disuelva la bruma y se aclare la idea de la confusión y el horror de la experiencia real. Así dejar el orden atrás y recrear por un estudio detallado la misma presencia del caos, revelando la parte jugada no sólo por la habilidad, la planificación y el valor, sino también por los golpes de suerte. Así nos podemos acercar un poco más a lo que realmente sucedió.
- El estudio del contexto. Las campañas y batallas no son como juegos de ajedrez, ya que éstos son llevados a cabo totalmente aislados de su entorno y bajo estrictas reglas definidas anteriormente. En el caso de las guerras estamos ante conflictos de sociedades y pueden comprenderse si realmente se entienden las sociedades que están luchando. Las raíces de las victorias o de las derrotas es necesario buscarlas lejos de los campos de batalla, en factores políticos, sociales y económicos. Así se explica porque los ejércitos estaban constituidos de una forma determinada y porque los líderes se comportaban de una determinada manera. Si no se consideran estos factores las conclusiones que se obtengan pueden ser muy equivocadas.

Sin lugar a dudas toda historia ayuda a un sentido de pertenencia, y todos los hombres en forma consciente o inconsciente hacen uso de ella. En ella está la inspiración para los miembros nuevos de la sociedad a la que pertenecemos. En lo militar es una verdadera base de

datos para análisis operacionales, sistema de entrenamiento para comandantes prospectivos, una memoria institucional, en fin una fuente de recreación. Von Moltke decía: “la historia es el mejor sustituto para un ejército de paz”.

Clausewitz, por su parte, nos recuerda que la crítica histórica busca la relación entre los fenómenos y nos da la habilidad para juzgar. Nos guía para efectuar una deducción. Es así como la historia es como una escuela de arte, se busca entender acontecimientos que son únicos y de allí que hay que descubrir los hechos, seguir las huellas de los efectos hacia las causas para conformar la investigación y la evaluación de los medios. Así las preguntas no pueden quedar en un solo nivel, sino hacerlas desde arriba y desde abajo, como hemos recordado. No se trata sólo de saber lo que ocurrió en determinada campaña o guerra, sino de lo que podría haber pasado, no sólo de los medios usados, sino los que podían haberse usado. Así, la crítica está dirigida solamente a reconocer la verdad y no para actuar de juez. En síntesis saber por qué fue y cómo fue.⁴⁸

La presencia de todos ustedes alrededor del tema que nos convoca creo que es la demostración más clara del interés que nos une, cual es la Historia Militar, no la de los militares, muy técnicos pero poco científicos, según algunos, no de los académicos poco técnicos y muy científicos, según otros. Es la historia militar de todos a través de la cual, sumando esfuerzos, podemos seguir desentrañando el pasado para construir un futuro mejor.

Muchas gracias a nuestros panelistas y a cada uno de los participantes, esperando que nuestro diálogo nos permita reconocer nuevas realidades y así avanzar en el cultivo de tan apasionante disciplina.

48

COHEN, Eliot A. and GOOCH, John. *Military Misfortunes, The Anatomy of Failure in War*, Vintage Books, New York, 1990, pp. 45-46.

b1 32

EL EJÉRCITO DEL REINO

JULIO RETAMAL ÁVILA¹

Lo primero que interesa señalar al referirnos al Ejército del Reino de Chile es que en estas provincias del Imperio español no hubo un solo ejército real, sino dos. Uno es el denominado Ejército de Arauco o de la Frontera y otro es el Ejército de Valdivia o Batallón Fijo de Valdivia. Ellos son ejércitos distintos si se tiene en consideración su dependencia, porque, mientras el primero dependía de la Capitanía General de Chile, el segundo lo hacía del virrey del Perú, al menos hasta 1740, año en que por Real Cédula de 17 de septiembre pasó a depender de la Gobernación de Chile, para volver a depender del virrey del Perú en 1813.

Así, cuando se habla del Ejército de Chile debe, necesariamente, precisarse de qué ejército se trata. En nuestro caso, hoy, hablaremos del Ejército de Arauco o de la Frontera.

El estudio histórico del Ejército de Arauco importa una serie de problemas no siempre fáciles de resolver. Uno de ellos es poder contestar a la interrogante: ¿Cuándo fue creado el ejército? O, al menos, poder determinar desde cuándo está en funciones. Si atendemos a su financiamiento, requisito básico para su existencia y su funcionamiento, ya en 1600 Felipe III le solicita al virrey del Perú, don Luis de Velasco, la entrega de un situado proveniente de las Cajas Reales de Lima, por la suma de 60.000 ducados, alrededor de 80.000 pesos oro, para financiar su funcionamiento, es decir, ya en ese año existen dineros para llevar adelante el establecimiento de un ejército en Chile.

Dos años después, en 1602, el propio Felipe III dobla la cifra anterior y autoriza la existencia de tropas regulares en Chile, pero, atención, sólo por tres años. Un año más tarde, en enero de 1603, el monarca vuelve a doblar el situado, elevándolo esta vez a 212.000 ducados, al

1 Licenciado en Historia de la Universidad de Chile, Egresado de Derecho de la Universidad Católica, Licenciado en Ciencias de la Comunicación y Periodista, miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y de la Academia de Historia de la Iglesia. Es autor de una serie de publicaciones, entre las que se destacan: "Los siglos coloniales", "La economía colonial" "La cultura colonial" y "Testamentos de "indios" en Chile colonial 1564-1801" y "Estudios coloniales I y II". Actualmente es Director del Área de Historia en la Universidad Nacional Andrés Bello, Director de la Revista Humanidades y director del Centro de Estudios Coloniales.

mismo tiempo que fija un contingente de 2.000 hombres y, lo que importa desde el punto de vista institucional, dicta una Real Cédula creando el Real Ejército de Chile por cuatro años.

Un segundo problema que se nos aparece como una natural derivación del anterior: ¿por qué, entonces, el Ejército de Chile, que fue creado como un ejército temporal –sólo por cuatro años–, se mantuvo en el tiempo transformándose en un ejército permanente? La respuesta a esta interrogante debemos encontrarla en las cosas propias de la guerra, en los hechos circunstanciales que rodearon los primeros años de la actividad de ese cuerpo militar y, sobre todo, en la necesidad geopolítica de mantener un cuerpo armado capaz de soportar los embates internos y externos a los que se exponía Chile. Al respecto, cabe señalar que la existencia del ejército se prolongó año tras año y que nunca se cortó su financiamiento, y ello, a pesar de la transformación de la guerra de ofensiva en defensiva en la primera década del siglo XVII y de la práctica desde mediados de ese mismo siglo de un sistema de “parlamentos” que garantizaba, por períodos y lugares determinados, una paz relativa.

Otra incógnita que se debe resolver es ¿por qué se crea un ejército en Chile? Es cierto que desde fines del siglo XVI, desde 1580 en adelante, se está solicitando insistentemente al monarca, por parte de autoridades virreinales y de la Capitanía General, la creación o, al menos, el envío de tropas a Chile que permitiera terminar con la guerra. Pero las decisiones de las autoridades no siempre son fáciles de tomar en la metrópolis y, a menudo, el monarca debía iniciar una ronda de consultas antes de la determinación final. En el caso de una consulta como ésta, que involucraba la formación de un ejército, los pareceres de los diversos organismos asesores debieron ser, en su mayoría, favorables a la creación y, por ello, en 1600, el rey ordenó al virrey del Perú disponer de un situado para la manutención de un cuerpo militar con asiento en Chile. Cabe consignar que ese estipendio, visto a la luz de la realidad histórica del momento, parece ser insignificante, en especial si se considera el valor que tenían las vituallas y los pertrechos que debían traerse desde España o Perú, pero que en todo caso alcanzaba para sostener un cuerpo armado de relativa consideración.

Pero, más que los pareceres de los organismos consultados, son los hechos de Chile los que forzaron definitivamente las cosas. La realidad histórica se impuso a la teoría, y el rey se vio –en definiti-

va– obligado a tener que crear un ejército en Chile agujoneado por las circunstancias. Curalaba en 1598, con su secuela de muerte y destrucción, fue una realidad dura ante la cual no cabía sino tomar medidas precisas. También lo fue el hecho de que, un año después de ese desastre, pasaran por las costas chilenas piratas y corsarios, como Simón de Cordes u Oliverio Van Noor. Chile se encontraba amenazado desde dos frentes, en el interno por los mapuches del sur del Biobío, y en el externo por los holandeses e ingleses. El peligro era, pues, inminente; los súbditos reclamaban la atención urgente del monarca y, como además el peligro podía alcanzar al Perú, que era uno de los depósitos de riquezas imperiales, el socorro de esta tierra se hizo ineludible, urgente y necesario. La monarquía consideró a Chile como una región estratégica, no sólo por su cercanía al estrecho de Magallanes, sino también por ser la antesala del Perú, la barrera natural que el enemigo debía salvar necesariamente si quería apoderarse de la riqueza de las tierras peruanas.

Cualesquiera que hayan sido las razones que la monarquía haya tenido, lo cierto es que a partir del 1600 en Chile ya existía un contingente militar y recursos emanados de las cajas reales para la paga de los soldados y el avituallamiento del ejército. Poco después, en 1602, Alonso de Ribera, el gran organizador, ya contaba con un contingente de 2.000 hombres y un situado que le permitía mantenerlos en actividad, pero, y esto es interesante, éste no es un ejército profesional, es sólo un conglomerado de hombres enganchados en distintos lugares de la península y también de América. No son profesionales, porque, aunque reciben una paga, carecen absolutamente de disciplina, estudios y preparación militar, es decir, no son soldados, son hombres comunes que se enrolan y son conducidos a Chile, algunos resistiendo y otros confiados de que aquí podrían hacer algo más con sus vidas.

Ahora bien, si se trata de un ejército no profesional, para el líder, para el capitán, resultaba absolutamente necesario poner las cosas en orden, poner “disciplina militar” donde no la había. El mismo Ribera cuenta que nadie hacía guardia y que los caballos y las vacas, que acompañaban al ejército, pastaban libremente esperando ser tomadas por los indígenas; que él ha tenido que poner cuerpos de guardia nocturna, que no siempre se cumplían porque –claro– cuando tocaba el cambio de guardia, el que avisaba el cambio se iba luego a dormir y el relevo no siempre se levantaba a tiempo. Ocurría, entonces, que los indígenas

–con razón– atacaban en el momento del cambio de guardia, porque sabían de esta deficiencia disciplinaria que existía en el ejército.

A lo largo del siglo XVII se sucedieron numerosos problemas en torno al Ejército de Chile. Uno de ellos, tal vez el más interesante, era el problema del abastecimiento. El asunto se abordó no siempre con éxito, dado que Chile era, en esos años, una economía fundamentalmente autárquica que no producía excedentes que se pudieran vender dentro o fuera del país.

Ribera, con esa enorme capacidad organizativa que tenía, intentó abordar el problema creando estancias “del rey” destinadas a la producción de bienes de consumo para el ejército. Cultivó trigo en Catiray y en Quillota; crió vacas y yeguas en Catentoa e instaló un obraje de paños en Melipilla. Con ello sólo pretendía solucionar el problema del abastecimiento más inmediato: trigo y carne para mejorar la dieta alimenticia, vestidos para sortear el frío y yeguas para la monta de la caballería.

El éxito lo alcanzó rápidamente. Pese a ello, el obraje de Melipilla desapareció tempranamente; las estancias de Quillota y Catiray también desaparecieron muy rápido; la estancia de vacas de Catentoa en los inicios de la década del 20 estaba en decadencia y sólo en 1626 pudo ser reflotada por acción de Lazo de la Vega, para también desaparecer con posterioridad al alzamiento de 1655.

Cabe preguntarse ¿qué llevó al ejército o al gobierno de Chile a terminar definitivamente con esas estancias que proveían, que alimentaban y que vestían al ejército? Aunque la historiografía aún no ha encontrado una respuesta definitiva a esa interrogante, creemos encontrarla en una cuestión de carácter meramente económico, ya que –justamente– por esa época empiezan a aparecer los llamados asentistas del ejército, que son civiles, ex militares o aún oficiales activos que, siendo dueños de estancias o haciendas, contratan el aprovisionamiento del ejército. Así abren un poder comprador de trigo, de vacas o de géneros a lo largo del país y lo venden a un mayor precio al ejército; también aparecen los asentistas de rubros muy determinados, como es el caso del estanciero de Unihue y Villavicencio en Maule, Fernando de Mier y Arce, que amén de ser maestre de campo, muchas veces corregidor de Maule y Concepción y otras tantas alcalde de Concepción, es asentista de zapatos para el ejército. Por cierto, él no sabía hacer zapatos, pero tenía en sus

estancias más de 200 indios zapateros que, obviamente, le generaban un fuerte ingreso económico.

El abastecimiento del ejército se constituyó en uno de sus más serios problemas. El situado no siempre llegaba en forma oportuna –hay que considerar que éste venía del Perú y generalmente se remitía en especies y víveres, salvo una pequeña porción que se enviaba en moneda–, por lo cual, en forma permanente, el ejército sufre de falta de vituallas, de víveres, de calzado e incluso de armamento.

El problema creado por el retraso del situado era –obviamente– mayúsculo. En 1696 se suspendió por seis años, y cuando se volvió a enviar, algunos oficiales y parte importante de la tropa pensaron que se había repartido mal. La tropa –que por seis largos años había estado acantonada en los fuertes de la Frontera, se encontraba tanto en Yumbel como en Arauco, desprovista de todo al punto que no había calzado y aun las cuerdas con las que se amarraban las empalizadas– al tener noticia de que el gobernador, que era el encargado de repartir el situado, ya se había pagado su sueldo, reaccionaron violentamente y, encabezados por el teniente Luis de Contreras, se levantaron en armas. El gobernador, amparado en las milicias locales, logró contener el motín, aunque en verdad la resolución definitiva del conflicto sólo se logró dos años más tarde, cuando los soldados, esta vez al mando del capitán Marín de la Rosa, volvieron a alzarse en armas. Los reiterados motines ocurridos demuestran que al interior del ejército existían problemas derivados no sólo de la escasa disciplina militar, sino también de la falta de abastecimientos mínimos.

Otro elemento importante es el hecho de que en el ejército no existe un escalafón diferenciado entre oficiales y tropa y se puede, al menos en el siglo XVII, ingresar a él como oficial de baja graduación o como mero soldado. Hay por supuesto una jerarquía de grados militares, pero cualquiera, en virtud de sus méritos y de sus servicios, puede iniciarse como soldado y alcanzar el grado de general. Un ejemplo de lo anterior lo constituye el caso de Álvaro Núñez de Pineda y Bascuñán que, habiendo arribado a Chile como un simple soldado, llegó a ser el más destacado maestro de campo general; otro ejemplo de interés es el de Jerónimo de Quiroga, que empezó como soldado de muy corta edad, se enroló de escasos 12 años, y llegó también a ser maestro de campo general. Interesa pues destacar que en el ejército de Chile existe

una enorme movilidad social que permite el ascenso de los meritorios y capaces y esto es de extraordinaria importancia, porque a partir de ello podemos definir la conformación social de ese ejército como compleja y diversa, toda vez que se trata de un conglomerado humano que tiene una naturaleza peninsular y también criolla americana.

En 1602, la inmensa mayoría de sus integrantes provienen de la península y sólo un reducido grupo es oriundo de América, incluido Chile. Lo anterior es, a mi juicio, muy importante, porque sin duda que en una sociedad como la chilena de ese momento –que era una sociedad de dominación– el ser español le otorgaba al sujeto que lo ostentaba un timbre de superioridad. El ser español implicaba, por una parte, ser portador de sangre blanca y, por otra, la posibilidad nunca desechada de realizar conexiones y vinculaciones con sujetos de la península, especialmente si esas conexiones los acercaban al monarca, pues de él y sólo de él era posible obtener mercedes que les permitieran beneficios económicos y sociales.

El ejército regular establecido en Chile les pareció a los chilenos de principios del siglo XVII una verdadera liberación de la obligación de combatir, pues ellos, los chilenos, no tenían deseo de seguir combatiendo, lo que resulta comprensible si se piensa que son personas que conocen el fragor del combate y saben cómo pelean los mapuches. No desean combatir no por cobardía, sino porque anhelan dedicarse al cultivo de la tierra –no en vano han estado solicitando desde hace tiempo la liberación de la obligación de ser militar de parte de los encomenderos– y al engrandecimiento de sus familias.

Esta situación a mediados del siglo se revierte por varias razones. A comienzos de la década del 60 son muchos los nacidos en la tierra que quieren ingresar al ejército y ello por numerosos motivos, entre los cuales cabe citar el que, en 1610, se haya decretado la guerra defensiva que inició un período en que los ejércitos, acantonados en la frontera del Biobío, se relacionaron fácilmente con los indios amigos y se aumentara vivamente el mestizaje. Hay que advertir que, cuando se habla del Ejército de Chile, se debe tener en cuenta que ese ejército no está formado sólo por oficiales y soldados, blancos o mestizos, sino también por una enorme masa de indígenas, porque no es posible pensar en una campaña con un ejército de sólo 500 soldados blancos o mestizos, sino que debe tenerse presente que a ellos se le agrega una masa de 1.500 indios

amigos que son parte sustancial y sustantiva del ejército, al punto que existe la figura del capitán de amigos, que tan bien ha descrito Sergio Villalobos en un artículo notable.

Un estudioso del tema puede pasarse horas hablando de éste. Yo quisiera, finalmente, centrarme en un aspecto más, el que los soldados del Ejército de Chile, españoles o criollos, tienen, por la vía del servicio, posibilidad de acceder a premios en mercedes de tierra. El acceso a las mercedes de tierra nos interesa, porque, al tomar el soldado contacto con la tierra, deja de ser soldado y se transforma en ganadero u agricultor y, junto con estar militando en Arauco o en Yumbel, viven él y su familia en la estancia o la hacienda; es decir, se establece una relación entre ser soldado y ser dueño de tierra, que es interesante y extremadamente importante, porque podemos decir, sin temor a equivocarnos, que, del Biobío a Santiago, todas las persona cuya familia tenga más de 100 años de antigüedad en Chile, tiene algún antepasado soldado. Esto es muy importante, porque todos los chilenos tenemos en el fondo de nuestro ser mucho de soldado, y tal vez por ello, cuando una banda militar pasa frente a nuestra casa, salimos a mirarla y aun a seguirla mostrando con ello un verdadero signo atávico; es que el chileno siente al ejército como propio, y lo siente como propio cuando está inmerso en la sociedad y no separado de la sociedad.

b1 40

INFLUENCIA MILITAR ESPAÑOLA EN LA FORMACIÓN DEL EJÉRCITO DE CHILE

GENERAL DE DIVISIÓN MIGUEL SIMÓN CONTRERAS¹

1. *La institución militar en las Indias*

Antes de entrar de lleno en el tema principal de este trabajo, estimo conveniente exponer de forma sintetizada cómo y por qué apareció la institución militar en las Indias, así como la estructura político administrativa que, con carácter principal, se implantó en la América española a través de los más de dos siglos y medio de presencia en ella.

La institución militar en las Indias surgió en el mismo momento del descubrimiento, pues el territorio conquistado pasó inmediatamente a ser apetencia de otras naciones. América tuvo que ser defendida al mismo tiempo que conquistada, explorada y colonizada.

España obtuvo las tierras de las Indias en virtud de la Bula de Demarcación del Papa Alejandro VI en 1493, determinando para España los territorios descubiertos que se encontrasen situados 100 leguas al oeste de Cabo Verde, modificado dicho límite posteriormente por el Tratado de Tordesillas de 1494 entre España y Portugal, en el que se fijaba dicha línea en 370 leguas al oeste de la misma referencia.

Las empresas conquistadoras de las Indias se realizaron entre 1493 y 1560, respondiendo perfectamente al espíritu europeo del hombre del Renacimiento, que en su modalidad española, recién acabada la reconquista del territorio peninsular, se materializó en una tendencia a la conquista y colonización.

1 Ha desempeñado una serie de cargos en el Ejército español, fue Jefe del Estado Mayor de la Comandancia General de Melilla, posteriormente fue profesor de Estrategia en la Escuela Superior del Ejército y Jefe del Estado Mayor de la Capitania General de la Región Militar Centro. Formó parte de las Fuerzas de Estabilización de la OTAN en Bosnia- Herzegovina, como General de División se hace cargo del mando de apoyo logístico de la región militar sur, con destacamentos y apoyos a Bosnia y Kosovo, pasando a la situación de reserva en el año 2002. Es diplomado en las especialidades de carros de combate, operaciones especiales, paracaidistas, informática, Estado Mayor y logística y ha participado en varias comisiones de Historia Militar. Es licenciado en Educación Física por la Universidad de Madrid; actualmente realiza el Doctorado de Historia Contemporánea en la Universidad de Sevilla. Está en posesión de la Grandes Cruces del Mérito Militar, de la Real Orden de San Hermenegildo, y la de plata de la Guardia Civil, y otras condecoraciones españolas y extranjeras.

El individualismo renacentista dominado por el Estado en el continente europeo, en las Indias, se manifestó libremente. En el nuevo continente nadie inquiría sobre el origen o el pasado de las personas. Los únicos méritos y blasones eran las obras que estimaban necesarias los conquistadores para ser considerados hidalgos y obtener un escudo de armas. Sin este individualismo no puede comprenderse tanto riesgo, tanto heroísmo y tanto sacrificio económico del conquistador.²

A lo largo de la presencia española en América se pueden determinar cinco estructuras militares, cada una de las cuales aparece por razones de orden práctico y desaparece por otras razones. Son, pues, el sistema militar de la Hueste, el servicio prestado por los encomenderos, las fortalezas regentadas por éstos, las plazas fuertes o presidios de la Corona, y el Ejército regular y las Milicias.³

El primero de ellos, la Hueste, es el más primitivo de todos. La monarquía española tuvo un papel pasivo en la empresa americana, pues tenía agotadas sus arcas debido a las continuas guerras y rápidamente se dio cuenta de que no podía sufragar los enormes gastos que ésta acarrearía. La conquista fue más bien una labor de caudillos, aunque el capitán de cada grupo era más un jefe compañero que un señor feudal de mesnada. La Corona otorgaba un título de mando mediante una licencia en la que imponía el recibir el quinto real de los beneficios obtenidos y el resto era para los hombres que formaban la hueste, los que tenían que hacer frente a todos los gastos de cualquier tipo que la empresa conllevaba, así como obtener todo tipo de impedimenta y armas necesarias. Los individuos se alistaban voluntariamente, por lo general mediante el sistema de levas.

La Hueste desaparece cuando, finalizada la fase de conquista, se pasa a la de colonización, pues el capitán y el soldado son propietarios de tierras o de minas y se asientan en el terreno. A partir de ese momento es preciso establecer un nuevo sistema que permita defenderse de los ataques externos o interiores, apareciendo los encomenderos.

2 Historia del Ejército de Chile. El Ejército del Reino de Chile (1603-1810). Estado Mayor General del Ejército. Colección Biblioteca Militar. Tomo I. Edición 1980-83.

3 MARCHENA Fernández, Juan. Oficiales y Soldados en el Ejército de América. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1983, p. 45.

Consistía la encomienda, según la legislación de Indias, en “el amparo o patrocinio que se encargaba a alguno por merced real sobre una porción de indios para enseñarles la doctrina cristiana y defender sus personas y bienes”. El sistema de encomiendas obligaba a los propietarios de tierras y a los colonos a tener armas y gente preparada para la guerra y concurrir cuando fuese requerido para ello, a cambio de una serie de exenciones y beneficios. Pasado el tiempo, este sistema daría lugar a la aparición de las milicias.

Al mismo tiempo que funcionaba la prestación de los encomenderos, la Corona permitió que algunos adelantados estableciesen fortalezas y recintos fortificados en lugares y puertos de la costa americana, recibiendo por ello rentas, sueldos y exenciones. El sistema no funcionó y determinó, a finales del siglo XVI y durante el siglo XVII, como consecuencia de las acciones holandesas y británicas principalmente, levantar con cargo a la Real Hacienda un sistema de fortificaciones apto para hacer frente a las incursiones que ponían en peligro las costas y el comercio español, instalando en dichas fortificaciones a guarniciones fijas, que dieron lugar a las Compañías de presidios, que actuaban con el apoyo, en caso necesario, de los vecinos del lugar movilizados por el Gobernador de la Plaza afectada por el peligro.

En el siglo XVIII, recién terminada la Guerra de Sucesión, Felipe V se preocupa de esta seria cuestión, y adopta una serie de medidas importantes. La primera fue establecer las bases y acciones para contar con una escuadra eficaz que protegiera el comercio de las Indias y las costas de piratas, corsarios y marinas enemigas. Su creación estuvo inicialmente a cargo del ministro Patiño, siendo continuada posteriormente por Ensenada, contándose a partir de 1736, como resultado del programa, con una flota aceptable.

Complementario de la acción anterior fue la creación de las unidades fijas que debían guarnecer los puntos más importantes, ya que las Milicias no eran eficaces para ello, comenzando a crear los regimientos y batallones fijos. En concreto se crean en Chile en 1753 los batallones fijos de Valdivia y Concepción.

Y, por último, se comenzó a enviar regularmente unidades de la península, que muchas veces cedían todo o parte de sus efectivos a los Regimientos fijos, regresando solamente unos cuantos oficiales y soldados.

En consecuencia, el ejército existente en las Indias estaba constituido por cuatro grupos:⁴

- El Ejército de Dotación, constituido por las unidades fijas adscritas a lugares. Su organización estaba basada en las ordenanzas generales del Ejército, aunque con reglamentos particulares para cada una de ellas.
- Las Tropas Peninsulares de Refuerzo, que temporalmente se desplazaban a las Indias, a los puntos considerados más débiles, reforzando éstos y regresando posteriormente a la península, dejando parte de sus hombres para reforzar las unidades fijas.
- Las Milicias Regladas, cuyo desarrollo principal se efectúa en el reinado de Carlos III a partir de 1764 en Nueva España por Ricla y O'Reilly, publicándose en 1769 en La Habana el primer Reglamento de Milicias, que luego se aplicó a todos los territorios para la creación de las milicias provinciales. Existieron toda clase de Milicias Regladas: de blancos, de pardos, de morenos... Para su organización e instrucción se contaba con los Oficiales de Asamblea, que eran profesionales desplazados desde la península.
- Las Milicias Urbanas, que pueden considerarse como descendientes de las antiguas milicias gremiales o locales. Sus características eran distintas unas de otras, pues las había con fuero o no, con o sin sueldo, etc. Hacían instrucción los domingos por la mañana, sus oficiales no tenían real despacho, y solían proceder de las familias acomodadas de la localidad.

Así como Felipe V fue el creador del ejército peninsular moderno, Carlos III fue quien organizó verdaderamente el Ejército de Ultramar, poniéndolo bajo las disposiciones de las ordenanzas generales. No obstante, al ser un ejército eminentemente defensivo, difería en cuestiones de movilidad del de la península, cuestión que se nota principalmente en la artillería, que casi toda era fija y defensiva, para las fortificaciones de las plazas.

4 Estos datos están extraídos de la obra de M. Gómez Ruiz y Alonso Juanola, *El Ejército de los Borbones. Tropas de Ultramar siglo XVIII*. Volúmenes 1 y 2. Servicio Histórico Militar de España, 1992.

2. Organización político administrativa de las Indias⁵

El gobierno de las Indias se desarrolló ya en el siglo XVI, a través de virreyes, capitanes generales, gobernadores y audiencias, siendo estas últimas las primeras que se implantaron en los distintos territorios que se iban descubriendo y ocupando. El virrey representaba la máxima autoridad en el territorio de su jurisdicción, pero las cuestiones judiciales dependían de las audiencias.

El primer virreinato creado fue el de Nueva España, en 1534, y llegó a tener una gran extensión, pues incluía por el norte gran parte de la zona occidental de los actuales estados de California, Texas, Nuevo México, Arizona, Utah, Nevada y parte de Colorado, pertenecientes a Estados Unidos desde 1848; en él hubo cuatro audiencias, la primera de las cuales se situó en Santo Domingo (isla Española) en el año 1551. El segundo virreinato creado fue el de Perú el 1 de marzo de 1543, que en principio se llamó de Nueva Castilla, y de él llegaron a depender siete audiencias desde Panamá a Buenos Aires, estableciéndose en Concepción la de Chile el 27 de agosto de 1565.

Los dos siguientes virreinos los crearon los Borbones en el siglo XVIII, segregando territorios al inmenso Virreinato del Perú. El tercer virreinato en el orden de creación fue el de Nueva Granada, que vio su luz en 1717, desapareciendo al poco tiempo para volver a crearse en 1739. El último virreinato creado fue el del Río de la Plata el 10 de agosto de 1776, que comprendió las provincias de Santa Cruz de la Sierra, Paraguay, Tucumán, Cuyo y Potosí, estableciéndose la audiencia en Buenos Aires.

Para modernizar este sistema, Carlos III en 1782 estableció la Real Ordenanza de Intendencias, teniendo éstas jurisdicción en las cuatro cuestiones más importantes de la administración: hacienda, justicia, policía y guerra. Los intendentes reemplazaron a los antiguos gobernadores y los subdelegados a los corregidores. Dependían para unas cuestiones del virrey y para otras del intendente general. En Chile se crearon dos.

A finales del siglo XVIII, la división territorial en las Indias orientales u occidentales era:

5

Ibidem.

- Virreinato de México o Nueva España.
- Virreinato del Perú.
- Virreinato de Nueva Granada.
- Virreinato de las Provincias del Río de la Plata.
- Capitanía General de Cuba.
- Capitanía General de Guatemala.
- Capitanía General de Filipinas.
- Capitanía General de Chile.
- Capitanía General de Venezuela.
- Gobernación y Comandancia General de Puerto Rico.
- Gobernación y Comandancia General de Santo Domingo.

3. El Virreinato del Perú

El Virreinato de Perú, ya citado, se creó el 1 de marzo de 1543, comprendiendo en el siglo XVI –por aplicación del Tratado de Tordesillas– todas las tierras 350 leguas al oeste de las islas Cabo Verde y al sur de Panamá, que hubiera conquistado la Corona española, no sufriendo variaciones hasta el siglo XVIII, con la creación en 1717 del Virreinato de Nueva Granada o Santa Fe, y en 1776 del Virreinato del Río de la Plata, así como el reconocimiento que se hizo a favor de Portugal de “lo ocupado” en la Amazonia y Matto Grosso, quedando a partir de 1777 con una extensión algo superior al actual territorio del Perú, ya que aunque Chile pertenecía al virreinato, sus gobernadores disfrutaron siempre de una gran autonomía. Al crearse la Capitanía General de Chile en 1778, ésta fue prácticamente autónoma, aunque dependía teóricamente del virrey del Perú para asuntos de gobierno y guerra.

Durante la primera mitad del siglo XVIII, los efectivos del Virreinato del Perú, incluyendo Chile, fueron muy escasos. Hasta que en 1740 los ingleses se aventuran seriamente a dar la vuelta por el Cabo de Hornos. El criterio de defensa que prevalecía en esos primeros cuarenta años se refleja en la opinión escrita en 1736 por el Virrey Marqués de Castelfuerte, en la Relación de Gobierno para el relevo, a su sucesor Marqués de Villagarcía, en el que dice: “que ha manifestado la experiencia en el exceso de gasto...han hecho que se tire muchos millones de oro sin que haya quedado defensa alguna permanente”.

Según lo manifestado anteriormente, el virrey no quería tropas fijas ni temporales; sólo quería la defensa de Lima y el puerto de Callao.

Al principio de la citada relación dice que en todo el virreinato ...no hay más plazas importantes de defensa que Portovelo, Cartagena, Santa Marta, Santiago de Chile, Valdivia y Buenos Aires. No especifica siquiera el número de soldados que tiene en su jurisdicción, y por la lectura de la citada relación se deduce fácilmente que no eran la defensa y el Ejército los asuntos que le preocupaban fundamentalmente, con la excepción de fortificar las plazas citadas.

Con los reglamentos de 1753 para Callao, Valdivia, Concepción, Valparaíso y Chiloé, redactados por el Virrey Manso de Velasco, se va conformando formalmente el ejército de dotación fija, y desde la recluta iniciada por Amat y hasta finales de siglo, se consolida la formación de las Milicias Regladas o Disciplinadas y las Milicias Urbanas.

Aunque hemos presentado al Ejército de Ultramar como un todo, nada más lejos de la realidad, ya que las enormes distancias existentes entre los distintos puntos de los territorios de los virreinos, los distintos grupos de indígenas y sus actitudes ante los españoles, las enormes diferencias climáticas y el aislamiento de España, hacían que en cada uno de ellos o de las capitanías generales se pudieran apreciar importantes características diferenciadoras.

A lo largo del nacimiento y evolución de la institución militar española en el Reino de Chile durante los más de dos siglos y medio de su existencia, se produjeron tres hechos notables, que de forma sobresaliente han influido en la propia personalidad de Chile y en la de sus actuales Fuerzas Armadas, pues se han mantenido en el tiempo y son productos de la herencia española. Estos hechos fueron:

- *Las Guerras del Arauco, en las que ...no sólo se fundieron las razas, sino que fue naciendo, también, el soldado chileno, heredero de la enorme capacidad del araucano y del selecto guerrero español que arribó a nuestra tierra. Por ello no es aventurado afirmar que el Ejército de Chile no nació en la Independencia, sino que tuvo sus orígenes desde los mismos tiempos de la Conquista.*⁶
- *La arquitectura militar y civil del Reino de Chile.*

6

Historia del Ejército, *op. cit.*

— *Las Ordenanzas Generales de Carlos III, dictadas en 1768, y principalmente el Tratado II, que han sido el dogma de la profesión, el código moral y la regla ética de la milicia española y de 16 naciones hispanoamericanas. Sus artículos tienen, unos, rango de ley, otros de decreto, pero todos conservan la fuerza de la más pura tradición militar.*⁷

4. El Ejército Real de Chile⁸

El Ejército de Chile, como un conjunto, fue el primero de ultramar que puede considerarse como tal, pues hasta finales del siglo XVIII, bajo el reinado de Carlos III, ninguna otra parte de los dominios de la Corona en América tuvo un ejército permanente tan importante. Hasta esa época se mantenían las milicias de voluntarios, que se levantaban cuando había algún peligro y se disolvían cuando éste pasaba.

La población aborigen de Chile no era homogénea. El río Maule separaba dos modos de ser, de vivir y de reaccionar distintos, que en gran medida determinaría la futura evolución del país. Los indios al norte del Maule se hallaban más desarrollados culturalmente y tendían a una vida agrícola, más apacible y sedentaria. En el siglo XV fueron anexionados por los incas, de donde recibieron nuevas influencias civilizadoras. Diego de Almagro pasó entre ellos en 1536 sin excesivas dificultades. En cambio los indios al sur del Maule, que recibieron el nombre de araucanos, estaban aún en la fase de cazadores recolectores, y eran levantiscos, aguerridos e indóciles a la dominación ajena. Su espíritu de independencia se opuso por igual a las tropas de los incas como posteriormente a las avanzadillas exploradoras de Almagro.

Con Valdivia llegaron aproximadamente 150 españoles y unos mil yanaconas del Perú. Al llegar al valle del Mapocho fundó la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo (febrero 1541), y posteriormente Concepción (3 marzo 1550), Imperial (abril 1551), Valdivia (febrero 1552), Villarrica (abril 1552), y el fuerte Arauco, Tucapel, Confines de Angol y el fuerte Purén en la primavera de 1553.

7 GÁRATE Córdoba, José M^a. "Las raíces del alma militar de San Martín y del Cuerpo de Granaderos a caballo" en Revista de Historia Militar N^o 46 del Servicio Histórico Millar, 1979, p. 28.

8 Notas extraídas del artículo sobre El Ejército Real de Chile. Torres Marín, Manuel.

Desde la llegada de Pedro de Valdivia, y una vez asentados los conquistadores españoles en el territorio chileno, desde el primer momento tuvieron que combatir constantemente contra los indígenas. Después de las rebeliones iniciales que acabaron con la destrucción de Santiago y La Serena recién fundadas, los indios de norte del Maule se sometieron y, por el proceso del mestizaje, fueron absorbidos. Sin embargo los araucanos inicialmente estuvieron pasivos, probablemente impresionados por los nuevos elementos de combate, pero al comenzar Valdivia a fundar nuevos núcleos de población en la rica Araucanía se produjo un primer levantamiento en 1553.

La mayor sorpresa fue la capacidad para la guerra de los araucanos, pues desarrollaron tácticas para hacer frente a los españoles, se apropiaron con éxito del caballo, y hasta utilizaron las armas de fuego cogidas al enemigo. Esto, unido a un clima frío y lluvioso, ríos caudalosos y montes y bosques intransitables, hacían muy penosas las campañas.

Los araucanos, encabezados por Lautaro, indio de verdadero talento militar, disponían de unos 40.000 hombres. Los organizó en batallones de acuerdo con sus habilidades: piqueros, maceros, flecheros, de caballería e infantes con macanas. Ideó el sistema de formación de piqueros en tres líneas (Alejandro Magno contra los persas –334 aC) y la combinó con el ataque de honderos por los flancos (Aníbal contra los romanos– 211 aC).⁹

En 1553 los araucanos derrotaron a Valdivia en 1554, muriendo él en el combate, destruyeron los fuertes y ciudades, y pusieron en peligro la conquista del territorio. Comenzaba así la secular Guerra de Arauco, que puede decirse no finalizó hasta los últimos años del siglo XIX, cuando Chile llevaba ya muchos años de independencia. El virrey de Perú mandó a su propio hijo, don García Hurtado de Mendoza, con refuerzos. Entre ellos acude Alonso de Ercilla, que más tarde cantará el conflicto en su epopeya “La Araucana”. Se restableció la situación, se exploró el territorio, se fundaron nuevas ciudades y fuertes, pero Arauco no estaba sometido.

En 1598 se vivió uno de los momentos más críticos, cuando el Gobernador Oñez de Loyola fue derrotado en Curalaba, muriendo junto

9

Historia del Ejército, *op.cit.*

a la mayor parte de sus hombres. Así comenzó el siglo XVII, con un gran signo de interrogación sobre el futuro de Chile.

Por los años 1630 escribió Luis Tribaldos de Toledo, Cronista Mayor de Indias, una “Historia general de las continuadas guerras y difícil conquista del gran reino y provincias de Chile, desde su primer descubrimiento por la nación española hasta la era presente”. Analizando el título, desde su primer descubrimiento, es decir desde la entrada del Adelantado Diego de Almagro, había pasado ya un siglo; no obstante las continuadas guerras seguían y la difícil conquista se seguía manifestando igual. Todo el continente estaba prácticamente sometido a la Corona de Castilla y aparentemente en paz; sólo en Chile persistía la guerra y el estado de alerta permanente. El eje de dicha frontera era el río Biobío, que cumplió una misión similar a la línea de presidios creada en la frontera norte frente a los apaches, en las provincias internas del Virreinato de Nueva España.

Quizás la situación más interesante desde el punto de vista militar en el siglo XVII americano fuera la Guerra de Arauco, ya que dio lugar a la formación de un importante contingente de tropas que estructural, económica y políticamente llegó a actuar como un ejército, nivel que no llegaron a alcanzar las diseminadas guarniciones esparcidas por el resto de América.¹⁰

La opinión del profesor Marchena resume lo que era la vida de estas tropas en América en general, relegadas a una vida de guarnición, lo que suponía aislamiento, inmovilismo, apego a la vida local y, como consecuencia, deterioro de la disciplina y la eficacia. No así en Chile, como veremos.

Desde 1541 hasta la independencia de España, el ejército estuvo en un constante proceso de perfeccionamiento y madurez. En los dos siglos y medio del gobierno del reino, los documentos más importantes que afectaron al Ejército de Chile, fueron.¹¹

10 MARCHENA Fernández, Juan. “El Ejército de América: el componente humano”. Revista de Historia Militar. Año XXV, Nº 52, Madrid, 1981, pp. 119-154.

11 OÑAT, Roberto y ROA, Carlos. Régimen legal del Ejército en el Reino de Chile. Universidad Católica de Chile. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Santiago, 1953.

- La Real Cédula de 1603, impartida por el Rey Felipe III, que al establecer el pago mensual de las tropas dio origen al ejército permanente.
- El Real Placarte de 26 de abril de 1703, que concedió nueva dotación y sueldos al ejército, dictado bajo la monarquía de Felipe V.
- El Reglamento de Manso de Velasco, de 1 junio de 1753, como consecuencia de la Real Cédula del 22 mayo de 1748 dada por Fernando VI, en la que autorizaba la redacción de reglamentos generales o particulares, fijándose las dotaciones de tropas sin tomar en cuenta lo que hasta entonces existía.
- La Ordenanza General del Ejército, expedida por Carlos III en San Lorenzo del Escorial el 22 octubre de 1768, vigente en Indias en virtud de la Real Orden de 20 de septiembre 1769.
- El Reglamento y Ordenanzas del Gobernador Jáuregui, aprobadas por Carlos III el 4 de enero de 1778.

No existían, al comenzar el siglo XVII en el reino de Chile, delimitaciones exactas de los diferentes efectivos del ejército, ya que, como anteriormente se ha señalado, la organización de las fuerzas armadas del Chile indiano en la segunda mitad del siglo XVI se encontraba íntimamente relacionada con el régimen de las encomiendas y éste con las empresas de conquista.

La llegada del Gobernador don Alonso de Ribera y Zambrano el 9 de febrero de 1601, sargento mayor de los tercios peninsulares, militar de gran experiencia pues había estado en las campañas de Flandes, a bordo de la Armada Invencible, en las guerras de Francia, y en las que había destacado siempre por su heroico valor y pericia, marcó una nueva era para el Ejército de Chile.

A su llegada se encontró con un país arruinado, una fuerza armada casi inexistente y unos enemigos muy crecidos en moral de combate. El estado de las huestes españolas era deplorable: pocos en número, faltos de organización y disciplina, mal armados y peor equipados. La labor del nuevo gobernador fue impresionante. Armó a sus hombres, les impuso disciplina, los instruyó, organizó una verdadera infantería sobre la caballería que hasta aquel momento era la principal en el combate, utilizó a los indios amigos y estableció talleres y explotaciones agrícolas para poder abastecer a la tropa.

En 1602 el Ejército de Chile tenía una compañía de Capitanes Reformados con 42 hombres y un Estado Mayor u Oficiales Mayores de Campo; la caballería constaba de 220 hombres y la infantería de 240, existiendo en los fuertes y puestos en la frontera cerca de 400 soldados, lo que hacía un total aproximado de 1.060 hombres. La unidad fundamental era la Compañía y no se conoce que se agruparan en una organización superior. Existían también los encomenderos y los colonos que, como se ha señalado, debían colaborar en la defensa del territorio.

Sin duda, el mérito más importante de Alonso de Ribera, como Gobernador y Capitán General de Chile, fue lograr de Felipe III, en enero de 1603, una Real Cédula, que daría lugar a la creación de un ejército permanente, cambiando por completo la situación. Hasta entonces, cada año habían tenido que salir a la campaña los colonos y pobladores, abandonando durante la primavera y el verano sus casas y actividades, frenando el desarrollo del país y sin tener una gran eficacia en el combate.

El ejército quedó formado por 15 compañías de infantería de 100 hombres cada una, 7 compañías de caballería de 70 hombres cada una, más una compañía llamada de Guión compuesta por 40 soldados distinguidos, que recibían el nombre de Capitanes Reformados y servían de guardia al gobernador. La mayor parte de los integrantes eran españoles, criollos chilenos y algunos individuos reclutados en Perú.

La Real Cédula citada fijaba por primera vez los sueldos que debían pagarse en el ejército, que eran los mismos que los de los soldados que servían en España; con ello se estimó que se iba a contribuir poderosamente a la pacificación de los araucanos, al permitir un mayor alistamiento de tropas y por la liberación del servicio militar obligatorio de los encomenderos.

Dado que prácticamente no se disponía de medios de pago, Alonso de Ribera consiguió que de Perú se enviase anualmente a Chile una importante cantidad de dinero, el real situado, para sufragar los gastos bélicos.

Con este ejército de unos 2.000 hombres, con sueldo y régimen reglado por las ordenanzas que regían en España, se fueron guarneciendo las plazas y fuertes que se crearon en la frontera, para defenderla de

las incursiones de los indios. La situación en el reino durante el siglo XVII se presentaba muy inestable, al no estar dominada la zona de terreno bajo el control de los indios araucanos.

En cuanto a su plan de campaña, Alonso de Ribera cambió por completo la forma de actuar de sus antecesores. En lugar de diseminar sus fuerzas, decidió concentrarlas para penetrar en la Araucanía y estableció una línea de fuertes para contener a los indios, sin dejar enemigos a sus espaldas. Se renunciaba así al dominio inmediato de la zona, pero establecía un equilibrio que más tarde permitiría su conquista. Esta idea estratégica, incomprendida y criticada en su tiempo, a la larga dio los resultados apetecidos.

Pese a sus grandes éxitos en la guerra y alejar el peligro que se cernía en Chile desde la muerte de Oñez de Loyola, produjo una gran desilusión en la Corte que no se dominase a los araucanos. Esto, unido a una serie de críticas y enfrentamientos con el obispo de Santiago, hizo que en 1605 el rey lo alejase de Chile, nombrándolo gobernador de Tucumán.

Asumió el gobierno de Chile Alonso García Ramón, veterano militar que había estado en múltiples guerras, y que ya había ejercido dicho gobierno y conocía sus dificultades, siguiendo con los araucanos la estrategia de Ribera, que ya empezaba a dar sus frutos. Con los refuerzos de soldados que fueron recibiendo, alcanzó el ejército la cifra de unos 3.000 hombres.

Pero el desconocimiento real de la Corona de lo que sucedía en Chile impuso a García Ramón la tarea de concluir la Guerra de Arauco en tres años y la obligación de actuar de acuerdo con el Padre Luis de Valdivia, que había sido recomendado al gobernador desde Lima, el cual estableció la llamada Guerra Defensiva, que resultó ser un absoluto fracaso e hizo regresar al Padre Valdivia a Perú en 1606.

En 1608 se reorganiza el ejército de acuerdo a una Real Cédula dada por Felipe III al conocer la despoblación de las ciudades al sur del río Biobío, ordenando mantenerlas. Vicente Carballo Goyeneche llama a esta Real Cédula el Primer Reglamento de Chile. García Ramón formó dos cuerpos de tropas, uno con mil hombres que dedicó a guarnecer los fuertes de la línea de la Frontera, y con el resto organizó dos grupos

móviles para acudir a donde fuera necesario. Pero los araucanos se sintieron libres al estar el ejército inmovilizados al norte del Biobío, realizando muchas incursiones.

En abril de 1610 García Ramos tuvo una gran victoria, pero en los últimos cuatro años había perdido unos 2.000 hombres. Nuevamente se efectuaron propuestas de abandonar Chile, pues en aquellos años el país consumía, en armas y soldados, más que todo el resto de América. Fue la aparición constante de corsarios ingleses y holandeses que disputaban el Pacífico lo que aconsejó lo contrario, pues hubiera significado la pérdida de Perú.

La confianza que había puesto el rey en el plan del padre Valdivia hizo que disminuyera el número de hombres en Chile, y por Real Cédula de 8 diciembre de 1610 estableció una nueva organización reduciendo la cifra a 1.600 hombres. Murió García Ramón en 1610 y se nombró Gobernador a Juan Jara Quemada, que en 1611 hace una campaña desgraciada contra Ainavilú, dando comienzo a una nueva rebeldía araucana, siendo ésta apaciguada ante una epidemia de viruela que se había producido entre los indios el año anterior.

Nuevamente designó el rey a Alonso de Ribera como Gobernador de Chile, por Real Cédula de 23 de febrero de 1611, pero ya era un hombre enfermo y estaba al final de su vida, llegando a Santiago del Nuevo Extremo el 27 de marzo de 1612. La presencia nuevamente del jesuita Valdivia con instrucciones del virrey sobre la guerra defensiva dificultó su gobierno y, tras algunos éxitos, en marzo de 1617 solicitó su relevo, falleciendo tan insigne militar y gobernante el día 9 de dicho mes.

La Guerra del Arauco tuvo importantes consecuencias para Chile, y todos los historiadores coinciden en destacar su importancia para la nacionalidad que se creó con acusadas características propias.

Desde el punto de vista étnico, el conflicto obligó a reforzar constantemente el elemento español, el cual perecía normalmente en los combates, pero dejaba su herencia de sangre a través de su familia criolla, o de un mestizaje continuo con indígenas. Por otra parte, los propios araucanos modificaban su genética a través de la mezcla frecuente con mujeres españolas y chilenas raptadas.

La situación de peligro permanente y aislamiento del territorio creó unas actitudes de orden, cohesión, sentido de supervivencia y amor al suelo tan difícil de mantener, que en el siglo XVII darían origen a rasgos de patriotismo chileno bajo la base de lealtad al rey. Como consecuencia, el ejército naciente, que se iba constituyendo sobre los nacidos en el país, comenzó a desarrollar unas excelentes aptitudes militares.

La línea de fuertes de Alonso de Ribera, y la presencia en ellos del Ejército, determinó que una faja de terreno coincidente con el río Biobío fuera durante tres siglos la divisoria del Chile gobernado desde Santiago y la Araucanía rebelde. Esta faja fue conocida con el nombre de la Frontera y la ciudad más importante de la zona fue Concepción, que se convirtió en la capital militar.

Las hostilidades con los araucanos continuaron durante todo el siglo XVII con ritmo variable. Se produjo una gran derrota española en Las Cangrejeras en 1629, y una gran victoria en La Albarrada. Los refuerzos españoles siguieron llegando, así como el Real Situado, sujetos siempre a los conflictos en los que España participaba en Europa. Al finalizar el siglo, durante el reinado de Carlos II, la situación en Chile se hizo angustiosa, pues la Corona estaba exhausta en hombres y dinero. También a los araucanos les sucedía igual, debido a la disminución de hombres por la lucha y las enfermedades. El Reino de Chile, en medio de tantas dificultades, seguía su crecimiento material y el desarrollo de su personalidad, si bien a un costo inverosímil para España, pues todo era echar hombres y recursos en una empresa que no le proporcionaba beneficio tangible alguno.¹²

¿Por qué no renunció España a una aventura tan costosa? Sin duda, fueron el ideal guerrero y el ideal misionero, ambos unidos, los que en el siglo XVII dieron una resolución común de permanecer en el país, así como en el siglo posterior la importante situación estratégica de Chile, en relación con la defensa del Perú respecto a naciones enemigas de España y el dominio del Pacífico Sur, determinó su presencia.

El desestimiento español habría sido una catástrofe irreparable para Chile; habría significado su muerte como nación cuando daba las primeras señales de vida. Lo que hubiera ocurrido entonces puede ser

12

TORRES, *op. cit.*, p. 22.

tema de conjeturas, pero los pueblos no reposan en conjeturas sino en hechos históricos. Con infinito sacrificio, con sufrimientos y con penurias, el Ejército Real se mantuvo en la Frontera; y, bajo su amparo, el germen de la vida nacional plantado en Chile pudo agarrarse al suelo con sólidas raíces y cubrir el territorio con ramas. Ése es el mérito grandioso de aquel ejército tan escasamente conocido y apenas recordado.¹³

Con pequeños retoques, a lo largo del siglo XVII ésta fue la orgánica y misión que desempeñó el Ejército en Chile, siendo principal preocupación el continuo deterioro de su disciplina y eficacia, así como el envejecimiento del personal que lo componía.

El cambio radical que supuso para el ejército peninsular la llegada de los Borbones también se sintió en el Ejército de Chile, materializándose las reformas en una Real Cédula de 26 de abril de 1703, conocida como “Real Placarte de 1703”, que marcó la evolución de dicho ejército en el siglo XVIII. El Real Placarte reorganizó el Ejército de Chile siguiendo todavía la estructura de los antiguos Tercios, ya que, hasta la Real Ordenanza de 28 de septiembre de 1704, no se organizarían en el ejército peninsular las unidades llamadas Regimientos, con compañías de 50 hombres. El total de hombres que alistó fue de 2.019 plazas, sobre la base de 8 compañías de infantería a 138 hombres (14 de PLM, 93 arcabuceros y 31 mosqueteros cada una), 5 compañías de caballería a 103 hombres, 21 artilleros, 1 compañía de infantería y otra de caballería como las anteriores para la isla de Chiloé, y 1 compañía de infantería para Valparaíso.

Esta organización se mantuvo durante 50 años y, con estas fuerzas y algún escaso refuerzo de España, se posibilitó la defensa de las costas y la vigilancia de la Frontera de los ataques de los indios araucanos. En ese período, la guerra contra los araucanos declinó y se transformó en una especie de tregua armada, que no una paz, como lo demostró el gran levantamiento araucano de 1723. Después comenzó una práctica denominada de parlamentos, en los que ambas partes se daban seguridades mutuas que muchas veces no se cumplían.

Respecto a Valdivia, en 1645 poseía un contingente de tropas fijas, que osciló durante el siglo XVII y principios del XVIII, desde las 900

13

Ibidem, p. 23.

plazas iniciales, las 699 de mayo de 1679 y las 600 de abril de 1723.¹⁴ Hasta 1740 dependió directamente del virrey del Perú, que la agregó a la Capitanía General de Chile, cuando la gobernaba don José Manso de Velasco.

A mediados de siglo se produce una nueva reorganización, como consecuencia de abandonar ya la idea de dominar a los araucanos por las armas, lo que permitía efectuar una reducción del ejército. En 1748, Fernando VI dictó una Real Cédula por la que autorizaba al Virrey del Perú don José Antonio Manso de Velasco, militar de larga experiencia y antiguo Capitán General de Chile, a confeccionar para el Ejército del Reino un Reglamento, que sale a la luz en 1753, dictando en un documento normas para Concepción, Valparaíso, Chiloé e islas de Juan Fernández y otro para Valdivia.

Quedó el ejército formado por 16 compañías con un total de 750 hombres, para guarnecer la Frontera, y su distribución a través del territorio era: Chacao y San Miguel de Calbuco, Concepción, Plaza de Arauco, fuerte de Tucapel, Plaza de Purén, fuertes de Santa Juana y Talcamávida, fuertes de Los Ángeles y Nacimiento, Plaza de Yumbel, Valparaíso e islas de Juan Fernández. Asimismo a Valdivia se le asignó una guarnición de 363 infantes.

Se mejoraron los sueldos, se regularon la distribución del Real Situado y las leyes penales militares, se dictaron disposiciones sobre los ascensos, etc., adaptándolo todo ello a las necesidades de Chile.

Respecto a la Guerra de Arauco, y siguiendo con la práctica de los parlamentos, el Gobernador Amat, en febrero de 1760, reunió a 30 caciques en Santiago, obteniendo promesas de apaciguamiento y sometimiento. Posteriormente, el capitán general O'Higgins, que ya había celebrado un parlamento con los indígenas en enero de 1784 en el campamento de Loquilmo, logró lo mismo en Negrete, en el parlamento que sostuvo en 1793 con los cuatro Butalmapus de indios de Chile: el de Arauco, el de Angol, el de Colúe y el de los Pehuenches. No obstante la Frontera siguió fijada en el río Biobío, y las plazas y fuertes siguieron guarneciendo la misma, siendo su capital Concepción.

14

Referencias a la obra *Flandes Indiano. Las fortificaciones del Reyno de Chile. 1541-1826*, de G. Guarda. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1990.

La Ordenanza General del Ejército de 1768, titulada “Ordenanzas de S.M. para el régimen, disciplina y servicios de sus Ejércitos”, fue la última y más importante de cuantas rigieron el ejército del Reino, no sólo por lo que representó en organización y evolución del derecho militar, sino porque su aplicación colocó a dicho ejército, en el aspecto administrativo, en el mismo plano de las más perfectas de las grandes potencias de la época. En teoría, el Ejército de Chile tuvo las mismas calidades y atributos que el de la península, aunque fue preciso, debido a que se trataba de una serie de compañías diseminadas y muchas veces aisladas, el dar una reglamentación propia sin abandonar el cumplimiento de dichas ordenanzas generales. En sus ocho tratados se atendió a todo lo necesario para un ejército.

En cumplimiento de reales órdenes, el Capitán General Jáuregui propuso al virrey del Perú un nuevo reglamento para el Ejército del Reino, que fue aprobado por Carlos III en 1778, dando una nueva estructuración a las fuerzas armadas. La fuerza total del nuevo ejército era de 1.150 plazas, distribuidas en 23 compañías de 50 hombres; de ellas 14 eran de Dragones, 7 de Infantería y 2 de Artillería. El Ejército de la Frontera quedó compuesto por 6 Compañías de Infantería y 12 de Dragones. Las 5 restantes se distribuyeron por las Plazas y Fuertes del Reino.

Entre las muchas cosas significativas, se ordenaba que se debían leer a todos los soldados las ordenanzas generales para que no pudieran ignorar sus obligaciones ni penas impuestas por la ignorancia de aquéllas.

La organización dada por Jáuregui subsistió inalterable hasta la independencia del reino, y vino a satisfacer necesidades que las Ordenanzas Generales del Ejército español podían ni siquiera prever, por cuanto provenían de necesidades y problemas regionales.

Se redistribuyeron las tropas existentes, estableciéndose dos batallones de infantería, uno en Concepción y otro en Valdivia, dos compañías de artilleros con 100 hombres, un cuerpo de caballería para la ciudad de Santiago, y una asamblea de 32 oficiales y sargentos para disciplinar milicias de caballería. Incluidos cirujanos, capellanes, armeros y tambores, quedó el ejército permanente con una fuerza de 1.900 hombres.

También se preocupó Jáuregui de reformar las Milicias, como una reserva del ejército y para el orden interno del país. Creó en Santiago dos regimientos, llamados del Príncipe y de la Princesa, con 600 hombres cada uno, y un Regimiento de Infantería de 800 plazas, llamado del Rey, y mejoró la organización del batallón del Comercio, con 200 hombres, y del batallón de Artesanos, con 150, Estableció cuerpos análogos en otras ciudades, teniendo en cuenta el aumento de población, con lo que se elevó la fuerza de las Milicias del Reino a un total de 15.586 plazas.¹⁵

La organización dada por Jáuregui con el Reglamento y Ordenanzas estudiados subsistió inalterable hasta la independencia del reino. De ellos podemos decir lo mismo que expresamos al referirnos a la reforma de Manso de Velasco y al Real Placarte de 1703. Vinieron a satisfacer necesidades que las Ordenanzas Generales del Ejército español no podían ni siquiera prever, por cuanto provenían de problemas regionales del territorio chileno, de sus hombres y de sus intereses. Éstas fueron dictadas para regir las armas hispanas doquiera se hallaran sus defensores; aquéllas, a las de un reino excepcionalmente distinto a los demás. El enorme mérito de estas disposiciones locales fue, pues, considerar concretamente las necesidades del ejército, dándoles el remedio que un solo conocimiento exacto de ellas podía arbitrar.¹⁶

A finales del siglo XVIII, el Reino de Chile, que nunca fue una dependencia rica y decorativa como los virreinos del Perú y México, había alcanzado ya una estructura formal modesta, pero firme, dentro de la cual latía ya un alma colectiva. Seguía existiendo la Frontera, pero los araucanos no eran ya los mismos del siglo XVI, pues el contacto secular con los españoles, unas veces bélico y otras pacífico, había hecho mella en sus costumbres.

Una constante que creó grandes dificultades al Ejército Real de Chile fue su financiación, que tendría una gran influencia posteriormente en el control del ejército previo a la independencia. El Real Situado casi siempre llegó tarde y escaso y ... a veces eran los vecinos los que ayudaban con sus caudales al pago de las tropas, pero conforme los grupos oligárquicos criollos van acaparando todo el poder económico y por tanto constituyen por si mismos unos depósitos económicos importan-

15 BARROS Arana, Diego. Historia General de Chile, Santiago, 1884, tomo VI, pp. 363-366.

16 OÑAT y ROA, *op.cit.*, p. 99.

tes, serán éstos los que se encarguen de suministrar estos caudales a cuenta del próximo Situado.¹⁷ Marchena señala que... “podemos afirmar que a finales del siglo (XIX) son los grandes capitales criollos los que están financiando el sistema militar, tanto directamente, con los préstamos anuales, como indirectamente, puesto que en caso de que todos a la vez solicitaran la devolución íntegra de sus créditos, no tenían las cajas reales americanas capacidad alguna de respuesta monetaria”.¹⁸

Por otra parte el ejército se hacía cada vez más chileno y menos español. En 1602, de 738 hombres contabilizados como combatientes, 557 eran peninsulares (75,5 %) y el resto de distintas procedencias, entre los que había únicamente 41 chilenos (5,4%). En cambio, a finales del siglo XVIII, ya la tropa era en casi su totalidad chilena. La oficialidad seguía siendo española en los grados superiores, pero una parte importante de las graduaciones inferiores era criolla. Así, en el Ejército de Dotación, mientras en 1740 el número de oficiales peninsulares era del 62,5 %, el de criollos el 34,6 % y el de extranjeros el 2,3 %, en 1800 los tantos por cientos correspondientes eran del 36,4%, del 60% y del 3%.¹⁹

Respecto al sitio de nacimiento de los oficiales, “...del total de criollos, nada menos que un 71,3% eran naturales de la misma plaza donde estaban sus unidades de guarnición, lo cual indica, aparte de que su movilidad era nula, que existían... determinados intereses económicos extralimitares que le imposibilitaban los desplazamientos (propiedades, comercio, etc.)”.²⁰

Por otra parte, la Real Orden de 29 de noviembre de 1760 indicaba: “Exclusivamente se permitirá sentar plaza de cadetes en las unidades de América a los Hijos de Oficiales, Hijos de Ministros de Reales Audiencias, Hijos de Oficiales Reales, y a aquellos naturales de América que hagan constar limpieza de sangre, por papeles e instrumentos fidedignos de ambas líneas”. “Por tanto se produce una equiparación formal entre los nobles de sangre (peninsulares) y los nobles de vida (criollos), puesto que el requisito de la limpieza de sangre era de fácil consecución y más aún para aquellos cuya distinción económica y social era

17 MARCHENA, *op. cit.*, p. 25.

18 *Ibidem*, p. 27.

19 *Ibidem*, p. 112.

20 *Ibidem*, p. 120.

elevada en principio... Esto produjo una vinculación entre el ejército y la oligarquía...”.²¹ Los requerimientos de cuna subsistieron en los primeros años de la Independencia, hasta que el Director Supremo don Bernardo O’Higgins abolió los títulos en la naciente República.

Como resumen y conclusión de lo anterior, afirma el profesor Marchena “...que la oligarquía criolla no sólo compuso mayoritariamente el ejército en América; no sólo se encargó de buena parte de su financiación; no sólo le dio prestigio al que lo necesitaba; sino que además lo controló y lo utilizó para sus fines, tanto durante la segunda mitad del siglo XVIII como durante los sucesos independentistas. Lógica consecuencia de todo ello fue la necesidad, de 1815 a 1820, de enviar a América todo un nuevo ejército de sustitución, para enfrentarse, precisamente, a este Ejército de Dotación, transformado en ejército nacional, que defendía los intereses de estas clases dominantes criollas que, por razones de muy diversa índole, estaban por la Independencia, si no en todo el continente, sí al menos en buena parte de él”.²²

Al comienzo de la conferencia se ha tratado, con carácter general, la organización y el desarrollo que tuvieron en América las Milicias. Respecto a las Milicias en el Reino de Chile, desde los primeros tiempos de la Conquista, las Milicias se formaron con todos los ciudadanos en estado de cargar armas, procedentes de los encomenderos y los colonos, por lo que puede asegurarse que su existencia es anterior al Ejército de Dotación.

El 5 noviembre de 1556, el Cabildo de Santiago realiza la primera manifestación mediante un acta y se preocupó que los vecinos concurrieran a detener a los mapuches de Lautaro. Hasta Alonso de Ribera, con la creación del ejército permanente, no se tuvo el concepto de Milicias, pues hubo que complementar siempre a los soldados. Estaban ubicadas en las distintas plazas y localidades, pero no eran muy eficaces desde el punto de vista ofensivo, pues su armamento consistía principalmente en lanzas y espadas.

La principal característica de las Milicias fue su temporalidad, aunque estaban organizadas como el ejército. La Asamblea de Caballería era la encargada de impartirles la instrucción.

21 Archivo General de Indias. Santo Domingo, 1093. Citado por Marchena en p. 129.

22 MARCHENA. *op. cit.*, p.140.

Se clasificaban en:

- Milicias Disciplinadas: Sometidas a la reglamentación del ejército, con menores exigencias, y representaban el primer refuerzo para el Ejército de Dotación. Sus comandantes solían ser profesionales, nombrados por el rey a propuesta del capitán general. Debían solicitar permiso al monarca para contraer matrimonio, vestían uniforme y gozaban de fuero.
- Milicias Regladas: Con obligaciones parecidas, pero no contaban con planas mayores veteranas, ni asambleas instructoras, ni otros servicios.
- Milicias Provinciales: La componían las milicias urbanas y las fronterizas. Pertenecían a los partidos (distribución política y administrativa colonial) y dependían de las autoridades civiles o militares que las reclutaban.

Los intendentes provinciales eran los encargados de poner en pie de guerra tanto a las fuerzas de línea como a las Milicias Disciplinadas o Regladas de su jurisdicción. Se consideraba que todo ciudadano estaba obligado a defender el territorio en caso de amenaza externa y con algunas restricciones si era interna.

El Reglamento de Cuba para las Milicias se aplicó en Chile más tarde que en otros virreinos, como consecuencia a que en este reino estaban bastante organizadas y eran muy numerosas, debido a los continuos levantamientos araucanos. Su reglamentación comenzó con una Real Orden de 11 de noviembre de 1768, en la que, como se ha indicado anteriormente, se mandó crear en Santiago el Regimiento de Infantería del Rey y los de Caballería del Príncipe y la Princesa, aunque su formación no tendría lugar hasta 1777. Dicho reglamento ordenaba que todos los individuos entre los 15 y los 45 años tenían la obligación de enrolarse en las milicias de su región; en caso de guerra sólo la inutilidad o aptitud lo determinaba.

Las Milicias estaban formadas prácticamente por los hijos de Chile. A mediados del siglo XVIII, su efectividad como parte de la organización defensiva del reino era mucho mayor de lo que se pudiera imaginar, alcanzando a finales de dicho siglo su mayor grado de organización, reemplazando al ejército en la no menos delicada tarea de resguardar el extenso territorio del reino de las posibles invasiones foráneas, reprimiendo al mis-

mo tiempo el bandolerismo en los campos y ciudades apartadas, realizando la conducción de reos, y efectuando la labor preventiva policial.

El número de criollos en los mandos de las unidades de Milicias era casi total. Estaban afectados prácticamente todos por las circunstancias socioeconómicas anteriormente expuestas, y, cuando llegaron los combates por la independencia, la oficialidad fue casi totalmente afín a la emancipación.

Así llegó el Ejército Real de Chile al comienzo del siglo XIX. La situación en España ante la invasión de las tropas napoleónicas fue el detonante para la emancipación política de Chile, a la que siguió una cruenta guerra de independencia que sacudió por igual al viejo ejército y a todos los cuerpos e instituciones de la sociedad chilena.

Sin entrar en los pormenores de aquellas operaciones bélicas, cabe señalar dos cuestiones fundamentales: la primera es que el conflicto fue, como en toda América, una guerra civil entre los hijos del país, ya que el número de oficiales peninsulares era muy pequeño, y tropa española no existía prácticamente en las unidades,²³ ni llegó nunca de España, en refuerzos importantes. No todos los americanos querían la independencia y no todos los españoles se oponían a ella. El segundo aspecto de interés fue la actitud que asumieron los araucanos. Se podía prever que, viendo desguarnecida la Frontera y el Reino de Chile en una guerra intestina, iban a aprovechar la ocasión para alzarse en armas y afirmar su autonomía. El hecho es que, durante la guerra, permanecieron tranquilos. Sólo al final de la misma, perdida toda la posibilidad de refuerzos, las tropas reales buscaron refugio en la Araucanía y, unidos a soldados irregulares o incluso bandoleros, los araucanos sostuvieron una guerra despiadada, que, en el fondo, era la misma de siempre. Era como si el araucano intuyera que, abolida la autoridad real, quedaba en Chile una estructura civilizada que, de hecho, era la misma a la que había hecho resistencia durante dos siglos y medio.²⁴

Una vez aplastado el levantamiento araucano, lo que requirió varios años, las tropas chilenas tomaron de nuevo sus puestos para

23 MARCHENA, *op. cit.* En su obra demuestra la práctica inexistencia de tropa peninsular, que casi todos eran criollos o mestizos, y la ínfima calidad de dicha tropa.

24 TORRES, *op. cit.*, p. 28.

montar guardia en la Frontera. Las banderas habían cambiado, pero la consigna era la misma. Durante el medio siglo (1830-1880) que estuvo el ejército chileno desempeñando estas penosas y obscuras funciones, mantuvo el tradicional espíritu de sacrificio, disciplina y cumplimiento del deber de aquel Ejército Real español, situado en la zona del Biobío, de modo que, cuando en 1879, una guerra exterior de amplias proporciones impuso a Chile fuertes exigencias, su ejército fue capaz de cumplir eficazmente sus cometidos, infundiendo el espíritu citado a los efectivos movilizados.

Finalizada esa guerra exterior y habiendo regresado las tropas al país, el gobierno de Chile dispuso de un contingente suficiente para resolver el secular problema de la Araucanía, pues terminaron por someterse e integrarse en la vida y la economía de Chile. Puede decirse así que el antiguo sueño de Pedro de Valdivia se veía cumplido y se superaba el obstáculo que como tal había planificado su solución Alonso de Ribera. El resultado fue que "...durante los casi tres siglos de lucha no sólo se fundieron las razas, sino que fue naciendo, también, el soldado chileno, heredero de la enorme capacidad del araucano y del selecto guerrero español que arribó a nuestra tierra. Por ello no es aventurado afirmar que el Ejército de Chile no nació en la Independencia, sino que tuvo sus orígenes desde los mismos tiempos de la Conquista".²⁵

5. La arquitectura militar y civil de Chile²⁶

Desde el comienzo de la conquista, "...deben adscribirse a los conocimientos prácticos de los primeros descubridores, conquistadores y pobladores de la tierra, la autoría de las fortificaciones primarias de Chile", por precarias que fuesen, encabezando los trabajos el propio Valdivia, tanto en la preparación de los terrenos agricolamente aprovechables como en la construcción de los elementales fuertes. Lo mismo realizarían los gobernadores García de Mendoza y Alonso de Ribera.

Posteriormente es significativo el número de ingenieros, al servicio de la Corona española, procedentes de los territorios italianos pertenecientes a la misma. Más adelante serían los ingenieros peninsulares con

25 Historia del Ejército, *op. cit.*, p. 211.

26 GUARDA Geywitz, Gabriel. Las fortificaciones del Reino de Chile y sus arquitectos. Publicado en Boletín de la Academia Chilena de la Historia N° 87, Santiago, 1973, pp. 223 a 262.

experiencia en la guerra de Flandes e Italia los que hicieron su presencia en el Flandes Indiano.

Es a partir del siglo XVIII, con las promociones del Real Cuerpo de Ingenieros Militares de España, ubicado en Madrid y uno de los más reputados de Europa, cuando se regulariza la acción de los técnicos peninsulares. Otros, aunque no estuvieron en Chile personalmente, realizaron sus obras de forma delegada.²⁷

El flanco suroccidental de América, al penetrar por el Estrecho de Magallanes o el Cabo de Hornos, presentaba una costa con puertos aptos para aguadas, reparaciones de barcos, etc., y para el desembarco y ocupación territorial, además de ser la antesala del Virreinato de Perú, lo que le daba un alto valor estratégico.

Las apetencias de otros países hacen que el inglés Drake ataque a Valparaíso en 1578, que los holandeses se instalen en Chiloé, al mando de Baltasar de Cordes a principios del siglo XVII, y, sobre todo, que la armada de Hendrick Brouwer en 1643, entre otros, contribuyera a la creación de los conjuntos más importantes de fortificación en los puertos, contra los ataques de grandes escuadras enemigas.

Sería la Guerra del Arauco la que llenaría de fortificaciones el terreno entre los ríos Biobío y Toltén, para protegerse de las continuas incursiones de los indígenas y dar seguridad a las comunicaciones en la zona central y austral. En la línea del Biobío se construyeron las plazas más interesantes desde el punto de vista arquitectónico, influyendo éstas posteriormente en la futura urbanización de la zona. Las fortificaciones iniciales, que tuvieron el interior de las ciudades, sucumbieron entre 1598 y 1604 en la llamada “ruina de las siete ciudades”, estimándose hasta 65 fortificaciones las realizadas en aquella zona.

También hubo una notable influencia en el trazado de las ciudades que tuvieron relación con estas plazas fuertes. Destacan las defensas de La Serena, Talcahuano y la isla de Juan Fernández, pero los grandes conjuntos fortificados fueron Valparaíso, Valdivia y Chiloé.

27

GUARDA, Gabriel. Flandes Indiano. Las fortificaciones del Reino de Chile (1541-1826). Ediciones Universidad Católica de Chile, 1990.

En Valparaíso se construyeron siete puestos fortificados, siendo los más significativos La Concepción (1676), el Castillo de San José (1684), buen ejemplo de la escuela llamada Hispanoamericana de Formación Permanente Abaluartada por estar ingeniosamente adaptada a los accidentes del terreno y con elementos defensivos fuera de las normas clásicas, el Fuerte de San Antonio (1762) y el Fuerte del Barón de fines del XVIII.

Valdivia y el Real Felipe del Callao fueron las fortificaciones más importantes del Pacífico. La ciudad de Valdivia estaba guarnecida de doble muralla y torreones circulares, por estar 18 kilómetros de puerto, río arriba. Además de la fortificación de la ciudad, ascendió a 17 el número de puestos fortificados en el estuario (más de cien cañones del 24 con bala roja). En 1820 fue forzado por tres buques de Crochrane que efectuó un desembarco mar afuera y lo atacó por la gola. El sistema lo componían cuatro castillos, cuatro fuertes y nueve baterías. El más importante era el castillo de San Sebastián, comenzado a construirse en 1764.

Respecto a Chiloé, la fortificación de la bahía de Ancud data desde la fundación de San Carlos, hacia 1758. Aunque las fortificaciones de la isla no fueron muy importantes, el conjunto, por su estratégica situación y la belleza de su emplazamiento, resulta una muestra valiosa de arquitectura militar.

El trabajo de los ingenieros militares en las Indias rebasa el campo exclusivo de las fortificaciones: arquitectura religiosa, trazado y delimitación de villas y ciudades, construcción de canales, caminos y tajamares, hacen que sus nombres estén vinculados a su historia y desarrollo.

Sus viajes a través de los virreinos enlazan con parentescos estilísticos las distintas obras. Puede señalarse la actuación de hasta un total de 44 ingenieros muy distinguidos, entre el elevado número que proyectaron y realizaron obras en la Capitanía General de Chile, significando que, de un total de 333 planos catalogados con sus firmas, 236 se refieren a Chile, y de 78 escritos-propuestas, 49 pertenecen a dicho territorio. Destacan entre otros Nicolás de Abos y Padilla (fuertes Frontera y catedral de Concepción); el Virrey Amat, ingeniero y matemático (Nacimiento); Carlos de Beranger²⁸ (interviene en Valdivia, Chiloé); y Juan

28

NAVARRO Abrines, M^a Carmen. Carlos de Beranger, un ingeniero militar en el Virreinato del Perú. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona. Departamento de Historia Moderna, 1996.

Garland, de quien fue ayudante delineador Ambrosio O'Higgins (trabajó en Valdivia, Santiago, Fuertes).

6. Las ordenanzas militares españolas y su influencia en el Ejército de Chile²⁹

A lo largo del nacimiento y evolución de la institución militar española en el Reino de Chile durante los más de dos siglos y medio de su existencia, se produjeron tres hechos notables, que de forma importante han influido en la personalidad de la creación de Chile como nación y en la de sus actuales Fuerzas Armadas. Estos hechos principales, entre muchos otros, fueron:

- Las Guerras de Arauco, en las que “...no sólo se fundieron las razas, sino que fue naciendo, también, el soldado chileno, heredero de la enorme capacidad del araucano y del selecto guerrero español que arribó a nuestra tierra. Por ello no es aventurado afirmar que el Ejército de Chile no nació en la Independencia, sino que tuvo sus orígenes desde los mismos tiempos de la Conquista”.³⁰
- La arquitectura militar y civil del Reino de Chile, pues, desde el comienzo de la Conquista, “...deben adscribirse a los conocimientos prácticos de los primeros descubridores, conquistadores y pobladores de la tierra, la autoría de las fortificaciones primarias de Chile, por precarias que fuesen,³¹ continuando los trabajos los ingenieros del Real Cuerpo, tanto en la construcción de fuertes, como en el diseño y trazado de pueblos, ciudades y defensas costeras, y dando con ello un sello característico español”.³²
- Las Ordenanzas Generales de Carlos III, dictadas en 1768 e implantadas en los ejércitos españoles, destacando principalmente el Tratado II de las mismas, “...que ha sido el dogma

29 Este apartado está basado casi exclusivamente en la obra de SALAS López, Fernando de. *Ordenanzas militares en España e Hispanoamérica*. Editorial MAPFRE. S.A., Madrid, 1992.

30 *Historia del Ejército de Chile*, Estado Mayor General del Ejército. Colección Biblioteca Militar, Tomo I, p. 211.

31 GUARDA Geywitz. *Las fortificaciones*, *op. cit.*

32 Para el tema de Ingenieros Militares ver la tesis doctoral de M^a. Carmen Navarro Abrines. *Carlos de BERANGER, un ingeniero militar en el Virreinato del Perú*. Universidad de Barcelona. Departamento de Historia Moderna, 1996.

de la profesión, el código moral y la regla ética de la milicia española y de 16 naciones hispanoamericanas. Sus artículos tienen, unos, rango de ley, otros de decreto, pero todos conservan la fuerza de la más pura tradición militar”.³³

Es difícil determinar cuál de estas tres circunstancias puede considerarse la principal, pero no hay duda de que las raíces formadas por estos hechos notables sobre el Reino de Chile han facilitado la formación moral y material del eficaz Ejército chileno, siendo las ordenanzas españolas las que han aportado la base espiritual para las Fuerzas Armadas de dicho país.

Las instituciones militares, para desarrollar su actividad, se han regido siempre por normas escritas, tanto si afectan a comportamientos éticos, como si se limitan a detalles concretos de su actuación técnica.³⁴

En los siglos posteriores a la conquista de América las ideas y conceptos vertidos en dichos textos, compendio de toda la actividad militar, fue calando en el alma y espíritu de las generaciones de soldados consagrados al servicio de la Corona, creando una sucesión de hábitos y costumbres propios de las tropas españolas como consecuencia de seguir las directrices de estos libros que contenían todas las normas necesarias para combatir, realizar servicios de guarnición en tiempo de paz, aplicar los criterios de la justicia militar, y acomodarlas al medio social o geográfico donde se asentaban, imponiendo al mismo tiempo la forma de comportarse entre compañeros, superiores y subordinados, con la población civil, etc.

El final de la Reconquista en España, acaecida en el año 1492, coincide en el tiempo con el descubrimiento de América y con el Renacimiento (finales del siglo XV hasta mediados del siglo XVII), silenciosa y auténtica revolución político social en Europa, que creó un nuevo espíritu, con la renovación de los clásicos, el humanismo e importantes inventos. Pero ese culto al hombre tuvo expresiones diferentes en Italia y en España, ya que el espíritu religioso, en la lucha contra el musulmán,

33 GÁRATE Córdoba, José M^º. “Las raíces del alma militar de San Martín y del Cuerpo de Granaderos a Caballo”. Revista de Historia Militar Nº 46 del Servicio Histórico Militar, 1979, p. 28.

34 Este comunicación se ha basado de forma importante en la obra de Fernando de Salas López. Ordenanzas militares en España e Hispanoamérica. Editorial MAPFRE. S.A., Madrid, 1992.

había consolidado en los españoles su fe católica. Los moriscos y judíos conversos que abrazaron el cristianismo trataron de fundirse con la población, aunque muchos de ellos siguieron conservando sus creencias, dando lugar a un nuevo concepto, pleno de altivo orgullo: la limpieza de sangre, que tenía un alto valor social en la época.

Entre 1492 y 1809, la limpieza de sangre, y por lo tanto religiosa, era exigencia en dos instituciones tan importantes como la Iglesia y la Milicia, que van a pedir a sus miembros la prueba de dicha condición, unida a la legitimidad de su nacimiento, además de la de nobleza e hidalguía de su estirpe en su caso, según los criterios establecidos en la segunda mitad del siglo XII, en que una gran parte de la población probaba ser noble o hidalgo de España o podía adquirir esta condición en los campos de batalla, pudiéndola transmitir a sus hijos.

Esta condición de cristiano viejo, consecuencia de la limpieza de sangre, se reflejaba en todos sus actos, alcanzando una notable resonancia cuando se practicaba el oficio de soldado, recogándose estas circunstancias en las leyes de los ejércitos y en las ordenanzas militares.

La evolución de los ejércitos ha sido siempre el resultado de dos intereses antagónicos: modernización y tradición. En los ejércitos de los primeros Austrias ya se aprecia la diferencia con las huestes medievales en cuanto a organización y métodos, pero persisten la mayor parte de los condicionamientos morales del Medievo, tales como la limpieza de sangre, siendo recogido en los textos militares. Esta herencia gravitará mucho en los soldados, para los cuales el tema del honor está muy vinculado al nacimiento y a la clase social a la que pertenecían. Ha de pasar el tiempo, prácticamente hasta el siglo XVIII, para que con las Ordenanzas de Carlos III sean las virtudes militares del valor, la disciplina, el cumplimiento estricto del deber, etc., los nuevos parámetros que juzgarán la vida del soldado y que la milicia sea la fuente fecunda de prestigio social y nobleza.

Las primeras ordenanzas de las que se tiene conocimiento en las Indias son Las Ordenanzas de Hernán Cortés. Este conquistador, tras fundar la ciudad de Veracruz, destruye sus naves, vence a los tlaxcaltecas y entra en México. Los aztecas se sublevan y el 1 de julio de 1520 Cortés es derrotado. Reorganiza sus tropas y el 7 de julio vence en la Batalla de Otumba.

En el asedio a la Ciudad de México, el 22 de diciembre 1520, redacta las Ordenanzas, primer código militar publicado en América.³⁵ Se mezclan en ella la referencia a fuertes castigos a quien incumpliera las órdenes en el combate, con el espíritu religioso de la finalidad de la Conquista. Dos principios fundamentales del arte de la guerra son expresados: la fe en la victoria y la voluntad de vencer; y para coordinar la acción en el combate señala a la bandera como punto de reunión, y el ruido del tambor para alertar e impulsar el ataque. También señala normas para el derecho de gentes y sobre el reparto del botín de guerra.

Pero al mismo tiempo en los Países Bajos, donde España estaba combatiendo, al hacerse cargo el Duque de Alba del gobierno de Flandes, encargó al Maestre de Campo del Tercio de Lombardía, Sánchez de Lodoño, la redacción de unas normas que sirvieran a las tropas de guía y enseñanza. Éste, con su gran conocimiento de las Partidas, otras obras castrense y, sobre todo, con su gran experiencia en la guerra, las terminó en 1563, titulándolas “Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado”. En ella se describían la táctica de empleo de los tres tipos de unidades existentes, las obligaciones de todos los escalones de mando, observaciones sobre el armamento, marchas y un articulado sobre leyes penales.

Todos los conceptos vertidos en su obra por Sancho de Lodoño no sólo fueron la base de empleo de los Tercios españoles, sino que influyeron en las posteriores ordenanzas e inclusive fueron tenidos en cuenta por la Junta que redactó las Ordenanzas de Carlos III, destacando entre dichos conceptos el valor otorgado a la disciplina y a la subordinación, pilares básicos para la existencia de un ejército.

Es de destacar que, durante los siglos XV al XVIII inclusive, las tropas españolas actúan en casi todos los escenarios estratégicos del orbe, contra los ejércitos y marinas más importantes de la época, contabilizándose su presencia en 395 conflictos en toda Europa, Africa, América, islas próximas a Asia, y en los tres océanos.

Esta inmensa actividad bélica, con independencia del extraordinario esfuerzo que supuso para España en hombres y medios, produjo una elevada serie de normativas basadas en las circunstancias de cada

35

Se encuentran en el Archivo de Indias de Sevilla.

caso. Su recopilación inicial más importante fue la llevada a cabo por Felipe II en el año 1569, al publicar la Recopilación de las Leyes de estos Reynos, que recogió ampliamente toda la normativa militar de la época, preparando para América en 1573 unas ordenanzas que tituló Ordenanzas del descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias.

El declive del Imperio español en el siglo XVII se reflejó en la situación de las tropas hasta tal punto que Felipe IV hubo de promulgar la nueva ordenanza de 1632 "...por cuanto la disciplina militar de mis Ejércitos ha decaído en todas partes de manera que se hallan sin el grado de estimulación que por lo pasado tuvieron...". Este ordenamiento tuvo larga vida, pues rigió a los Ejércitos españoles durante el triste período que comenzó con la secesión de Portugal y finalizó con la Paz de Utrecht en 1714.

El año 1700 es un punto de inflexión en la historia española, pues, como consecuencia del agotamiento de la Casa de Austria, se produjo el relevo por la de Borbón, dando lugar a la Guerra de Sucesión. Durante el siglo XVIII, el espíritu renovador, cartesiano y ordenancista de los reyes de la Casa de Borbón dejó su marca en los ejércitos españoles existentes en el continente europeo y en los territorios de las "Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierra Firme del Mar Océano", tal como denominaban los reyes a estos dominios del nuevo continente.

El mencionado espíritu renovador de los Borbones se tradujo en una serie de ordenanzas militares que reorganizaron la institución militar en España, publicándose no menos de trece textos en los años de reinado de Felipe V, siendo la más importante la de 1728. Si bien este rey efectuó algo de gran trascendencia, como fue ordenar en 1758 la publicación de una Colección General de Ordenanzas Militares, tras el examen por una Junta de todos los documentos existentes entre 1551 a 1757 que había reunido José Antonio Portugués, al que se debe tan extraordinaria iniciativa y trabajo. Dicha publicación se demoró bastante, efectuándose en 1764.

El año 1759 tendrá una gran importancia para España en general y para la institución militar en particular. A la muerte de Fernando VI, se hace cargo de la Corona su hermano Carlos, hijo también de Felipe V, que desde 1735 era Rey de las dos Sicilias (Nápoles y Sicilia), ocupando el trono español con el nombre de Carlos III.

En el reinado de Carlos III puede apreciarse que la legitimidad del Estado no se había planteado todavía. Las monarquía por derecho divino, característica de las absolutas, consideraban a las personas del reino no como vasallos en la Edad Media, sino como súbditos de una Corona, a la vez paternalista, indulgente, despótica y arbitraria. En aquella época el término déspota no tenía el sentido actual de tirano, dictador o autócrata, sino era un concepto equivalente al de autoridad absoluta. Será el pacto social el que legitima al Estado naciente de la Revolución Francesa (1789), que convierte a los súbditos en ciudadanos.

Cuando Carlos III se relacionaba con el ejército o la armada, se transformaba en el rey de derecho divino exigente de sus atribuciones. Se ha dicho que sobre su casaca de filósofo se colocaba la armadura bruñida típica de los retratos militares de la época. No obstante es la época de la Ilustración, donde la idea política del siglo XVIII, el despotismo ilustrado, hace que se transforme el pensamiento de Luis XIV “El Estado soy yo”, al de Federico el Grande de Prusia que dice “El Rey es el primer funcionario de la Patria”.

Al amparo de las vacilaciones doctrinales de ese período, empieza a germinar en los virreinos y capitanías americanas el espíritu de conciencia propia, que posteriormente se transformaría en ánimo independentista, y encontraría su momento histórico en la invasión napoleónica del territorio peninsular, acontecimiento que creó graves enfrentamientos de todo tipo, al defender unos españoles las ideas liberales opuestas a las tradicionales cargadas de concepciones absolutistas.

Al comenzar a reinar Carlos III, en 1759, encuentra que sigue vigente la última ordenanza proclamada por Felipe V en 1728, pues su hermano y antecesor Fernando VI solamente completó algunas normas de su padre, ya que se dedicó principalmente a ordenar la economía, puesto que tantos años de guerras habían dejado exhausto al país. A la vista de “los defectos” que tenían, decide abolirlas, publicando unas en 1762, que recogen grandes cambios e ideas y sobre todo la experiencia de los trabajos realizados para la Colección General de Ordenanzas Militares, pero suspendió su publicación. Dada su similitud con las de 1768, pueden considerarse como un anteproyecto de éstas.

Uno de los grandes méritos de Carlos III fue el saberse rodear de destacadas personalidades de la época, unos nacidos en España y

otros venidos con él desde Nápoles. El rey, durante su adolescencia y formación, recibió las ideas de Feijóo (1676-1764), consideradas las propias de un monarca ilustrado, en las que era más importante el modelo a imitar el de los príncipes que pretendían alcanzar la mayor justicia y paz para sus territorios, que los que se hicieron famosos por sus conquistas militares. Pese a ello, las circunstancias de la época lo hicieron participar en bastantes conflictos militares.

Surgió así la figura de don Pedro Abarca Bolea, Conde de Aranda, personalidad muy conocida, pues destacó en muchas funciones de la administración del Estado y en el campo político, hasta el punto de que con su mentalidad de ilustrado, y a la vista de lo sucedido con la independencia de las colonias norteamericanas en 1776, elevó una propuesta basada en conceder la independencia a los virreinos, conservando solamente Cuba y Puerto Rico para la Corona, e introduciendo príncipes de la familia real para gobernar México, Perú y la Costa Firme, con el título de rey, bajo la dependencia del soberano español, que adquiriría la dignidad de emperador. La propuesta no tuvo éxito, pero pudo haber cambiado el signo de la historia americana.

El Conde de Aranda recibió en 1767 el nombramiento de Presidente de la Junta que el rey había formado para dar la última mano a la Ordenanza General para sus Ejércitos. El resto de vocales de la juntas eran personajes militares prestigiosos, debiendo destacarse al Coronel don Antonio Oliver. Todos ellos eran conocedores de la gran obra del Marqués Santa Cruz de Marcenado titulada Reflexiones Militares (1724-1730), que sirvió de guía en los conceptos éticos y de estilo de mando.

Sin duda alguna, la obra realizada por la junta citada ha sido la de mayor trascendencia en el conjunto de tratados de reglamentación que a lo largo de la historia se han efectuado para los ejércitos de España. Estableció con claridad y firmeza el régimen interno de los mismos y, con algunas adaptaciones, los de los dominios americanos. Fue titulada como "Ordenanzas de S.M. para el régimen y disciplina y servicio de sus ejércitos" y en América fueron conocidas también con el nombre de Reglamento de Cuba.

El reglamento alcanzó a los virreinos y fue el último y más importante de cuantos rigieron al Ejército del Reino de Chile, no sólo por lo que significó en cuanto a organización y evolución del derecho militar,

sino porque con su aplicación colocó al Ejército Real en el mismo plano administrativo que las más perfectas de las grandes potencias de la época y, como veremos posteriormente, tuvo vigencia en Chile hasta después de la independencia, aunque su espíritu y alguno de sus artículos aún perduran.

La obra estaba organizada en ocho Tratados y cada uno de ellos se componía en varios Títulos:

- 1er Tratado: Composición de las unidades de Infantería, Caballería y Dragones. El reclutamiento era voluntario, pero se exigían determinadas condiciones.
- 2º Tratado: Obligaciones de todos los grados hasta el soldado. Se especificaban los ascensos, la forma de llenar vacantes, y la sucesión en el mando, sobresaliendo como novedad respecto a anteriores ordenanzas, las órdenes generales para oficiales, que componen el Título 17 del Tratado II.
- 3º Tratado: Honores militares, banderas y estandartes, inspectores de las Armas, Revistas de Comisario y Juras de Bandera.
- 4º Tratado: Formaciones de la Infantería y su instrucción.
- 5º Tratado: Similar que el anterior, pero para Caballería y Dragones.
- 6º Tratado: Servicios de guarnición, misiones de los distintos cargos, salvas, Milicias. Desertores, marchas y alojamientos.
- 7º Tratado: Servicios de campaña, Destacamentos y, como curiosidad, el Título 19 trata del reglamento de mesa para oficiales generales, y de otros grados en campaña.
- 8º Tratado: Justicia, fuero militar, faltas y delitos, consejos de guerra, degradaciones y testamentos.

En el título de la obra se marca, sin vacilación absolutista, que es “para la Disciplina, Subordinación y Servicios de mis Ejércitos”, y, como ya se ha indicado, presenta una novedad fundamental respecto a las anteriores ordenanzas, posiblemente lo más importante de la obra, como fueron las órdenes generales para oficiales, que componen el Título 17 del Tratado II, y que en su mayor parte son originales de la junta, yendo dirigidas directamente a formar el espíritu de los componentes de los ejércitos.

Comienza el II Tratado con los artículos para el soldado, definiendo en el número 5 lo que es el espíritu militar y dejando constancia desde

el principio que la trilogía básica de la actividad militar la componen el valor, obediencia y exactitud en el servicio.

Las ordenanzas van dirigidas al hombre y su finalidad es crear el carácter de cada uno de los personajes, según su graduación, y grabarlo en todos y cada uno de los modelos formados, con independencia de las cultura y nacionalidades de éstos, adquiriendo dicho hombre una nueva personalidad al vestir el uniforme militar por primera vez, o al colocar las distintas divisas de graduaciones en el mismo.

Cualquier soldado que amolde su conducta al modelo señalado en las ordenanzas debe tener la honrada ambición de los ascensos y para merecerlos "...son cualidades indispensables el invariable deseo de merecerlo, y un gran amor al oficio. Ascendido a cabo ha de mostrar ese carácter dulce y enérgico que le va a permitir cumplir con su deber a la par que se hace querer y respetar de sus subordinados. Como sargento, ha de presentar una conducta ejemplar, teniendo con los soldados y cabos un trato sostenido y decente, y dándoles a todos el usted...", siendo un gran concedor de los pequeños y básicos detalles del oficio militar, y también un gran auxiliar de los oficiales de su unidad.

Son de especial relevancia los artículos del soldado que dedica al centinela, dándole unas grandes atribuciones, iniciativa, e incluso actuar con legítima desobediencia, no permitiéndole entregar su arma más que al cabo y a su comandante de la guardia.

Pero la pieza fundamental de estas ordenanzas, lo que ha resistido el paso del tiempo y lo que ha marcado el espíritu y forma de ser de la oficialidad hispanoamericana, como ya se ha indicado, han sido las valiosas órdenes generales para oficiales.

Uno de los conceptos revolucionarios de estas ordenanzas es que los privilegios de sangre ceden ante la valoración del fiel y exacto cumplimiento del deber, pues no ignorando el rey que la milicia ha sido la primera y mayor fuente de nobleza, señala en el artículo 3 de las órdenes generales para oficiales que: Los oficiales tendrán siempre presente que el único medio para hacerse acreedores al concepto y estimación de sus jefes, y de merecer nuestra gracia, es el cumplir con las obligaciones de su grado; el acreditar mucho amor al servicio, honrada ambición, y constante deseo de ser empleados en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, para dar a cono-

cer su valor, talentos y constancia. No hay concesiones al nacimiento, a la nobleza de apellidos, ni a la riqueza personal ni familiar.

Siguiendo los métodos de enseñanza de la Ilustración, la reiteración y repetición de ideas es frecuente. Así al subteniente le hace saber "...que ni su nacimiento ni su antigüedad deben lisonjear su confianza para el ascenso...", y, por el contrario, se valoran la reputación de su espíritu y honor, la opinión de su conducta y el concepto de su buena crianza, cuestiones a las que debe atender con especial dedicación.

Refiriéndose al oficial en general señala en el artículo 12 las condiciones básicas que debe poseer, le manda que si alguno es reprendido por su jefe por alguna falta cometida y trae a colación su nacimiento, aprobaciones que ha tenido de otros jefes u otras razones ajenas en aquella ocasión, del sentimiento que debe causarle su falta, y del sentimiento con que debe oír a su superior, será "mortificado" con proporción a la irregularidad del caso.

Cuando estos criterios de igualdad se aceptaron y se impusieron en todos los ejércitos europeos como consecuencia de la expansión de las ideas de la Revolución Francesa, ya estaban consolidados entre nuestras tropas.

Sin embargo, no se atrevió el rey a cambiar las normas para el ingreso de los oficiales en el ejército, y para seguir con la unidad de procedencia, valora en los cadetes el nacimiento y concede el don a los hijos de capitán y nietos de tenientes coroneles pero sólo para conceder preferencia en caso de igualdad. Será la constitución española de 1812 la que eliminará cualquier discriminación, y Fernando VII el que en 1829 suprimirá las pruebas nobiliarias y de limpieza de sangre para ingresar en el ejército y la armada.

Establecieron las ordenanzas la total y permanente disponibilidad para el servicio, prohibiendo expresamente murmurar, poner dificultades, "...debiendo reservar su queja hasta haber concluido la acción a que se destine, y únicamente en el caso de que el servicio no se atrase, la podrá significar a su inmediato superior".

Se van convirtiendo así en un recetario que se esculpe en la memoria para la mayor parte de las situaciones que pueden presentarse en

guarnición o campaña, ordenando desvelo en el servicio y, aunque no estimula la iniciativa, da la pauta para aquellos casos no prevenidos en los que debe actuar según su situación, caso y objeto, debiendo en los lances dudosos elegir el más digno de su espíritu y honor.

Marcan perfectamente las ordenanzas lo que son acciones distinguidas tanto en ofensiva como en defensiva, pero es en los artículos 20 y 21 de las órdenes citadas donde se expresan los límites a llegar en las acciones defensivas, siendo el 21 el que de una forma clara y contundente requiere el carácter heroico, al señalar que el oficial que tuviere orden absoluta de conservar su puesto a todo coste, lo hará.

En cuanto al principio de responsabilidad, en el artículo 56 le señala de forma terminante al general en jefe del ejército cual debe ser su actitud ante las decisiones a tomar y en el artículo siguiente define que todo mando militar debe residir en uno solo, y éste responder de sus operaciones. Ningún jefe militar dirá a subalterno suyo que proceda de acuerdo con otro: elegirá siempre el mejor, le encargará el todo, y le dejará la libertad de tomar el dictamen que quisiere, por la responsabilidad que le queda de los sucesos.

Es de considerar que en el primer artículo dedicado a cada jerarquía le ordena que debe saber todas las obligaciones de sus subordinados.

Puede decirse que son estas ordenanzas las que marcaron lo que en su día se conoció en Europa como mandar a la española. Señala al mando que debe ejercer la autoridad sin que se confunda lo graciable o el dulce trato con la debilidad, ya que el que lo ejerce debe mantener la obediencia en todo e inspirar el valor y el desprecio de los riesgos, pero haciéndolo compatible con el buen trato. Pero es el artículo 5 del cabo el que marca las esencia del saber mandar, pudiendo hacerse extensible a cualquier mando en general.

En los artículos del sargento establece ya una barrera de trato, pues respecto a sus subordinados establece que éste deberá ser distante, sostenido y decente,... y dará a todos el usted.

Al capitán le asigna veladamente la misión más importante en la formación de los subordinados: saber detalladamente las obligaciones

de los subordinados, "...las advertencias para los oficiales, y las leyes penales, para enseñarlas y hacerlas cumplir en la Compañía que mandare...", siendo el único responsable ante sus jefes de la disciplina y todo el gobierno de su Compañía.

A los tenientes coroneles, a los que asigna el mando de batallón y que puede sustituir al coronel, le señala también funciones tácticas: Inteligencia en el servicio, maniobras de guerra y gobierno económico de la tropa..., debe tener resistencia a la fatiga.

Al coronel, dada la importancia de su cargo, le asigna una larga lista de misiones, pero le insiste en la subordinación, la obediencia del inferior al superior, el servicio se hará con exactitud, la disciplina en sus subordinados y será un continuo ejemplo.

En resumen se destaca como característica del mando a la española el lograr en los subordinados:

- Profunda subordinación
- Prontitud en la obediencia.
- Exactitud en el desempeño de sus obligaciones.
- Los servicios se harán puntualmente y en arreglo a ordenanzas.
- Ánimo e interior satisfacción, y convencimiento de ser tratados con equidad.

Para lo cual, todo jefe deberá:

- Hacerse querer y respetar.
- Tener una conducta prudente y prestigio profesional.
- Predicar con el ejemplo.
- Mantener su unidad sobresaliente en subordinación y disciplina.

Este sistema de mando ha sido trasladado a las actuales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas españolas (1978) y son desarrollados en los artículos, 87, 91, 96, 99, 100 y 101, entre otros.

Respecto a los premios y castigos, se efectúa lo mismo a todos los miembros del ejército. Existen los castigos corporales muy duros,

que eran lo frecuente en la época, pero gradúa los que debe realizar el cabo y el sargento respecto al soldado. Intimida a los superiores que no hagan cumplir sus cometidos a los subordinados, y castiga como crimen la desertión, la desobediencia en caso de guerra, y la cobardía ante el enemigo. Como ya se ha indicado, hasta 1836, en el reinado de Isabel II, no se abolirán los castigos corporales.

Reúne en el mismo título las Revistas de Comisario y las Juras a la Bandera, conservándose en nuestros días la esencia de la fórmula empleada en el juramento.

Llega a tal punto la reglamentación de los actos que puedan influir en la eficacia del ejército, que le dedica el Título 19 del Tratado VII al Reglamento de mesa para oficiales generales y demás grados en campaña.

En cuanto a la orgánica de las unidades, no vuelve a hablarse del tercio y aparece ya la figura de regimiento, pasando a ser la unidad fundamental el batallón en lugar de la compañía; se le asignan dos banderas a cada batallón desplegando tácticamente en “medio batallón de la derecha y medio batallón de la izquierda”, necesitando solamente dos banderas para agruparse en lugar de las tres que le asignaba la Ordenanza de 1728.

Respecto a la justicia y consiguientemente al fuero militar, es claro que la jurisdicción militar es notoria en la Edad Media y se encuentra claramente en las Ordenanzas de Felipe IV en 1632, en las Reales Ordenanzas de Flandes en 1701, en las de 1728 de Felipe V, y posteriormente en las de 1768 de Carlos III. Esta última le da tal importancia, que le dedica el Tratado VIII entero y 11 Títulos. Se mantuvieron en vigor hasta que en 1884 se publicó el primer Código Penal para el Ejército español. También comenzaron a desgajarse de las ordenanzas los reglamentos tácticos y lo referente al armamento.

En la época en que se redactan las ordenanzas prevalecían los criterios de quien manda debe juzgar, y el concepto de ejemplaridad. El primer Borbón, en las Ordenanzas de Flandes de 1701, crea los mal denominados Consejos de Guerra, ya que se ejecutaban también en tiempos de paz. En estas ordenanzas se establecen Consejos de Guerra de dos tipos: en función de la clase de persona sometida al tribunal, y

en razón a las faltas o delitos que se hubieran cometido. En razón a la persona existían el “ordinario” o el de “oficiales generales”, y en razón del delito, “el consejo de guerra de Cuerpo” y el “de Plaza”. Es exhaustiva la normativa de cómo realizarlos y cómo llevar a efecto el cumplimiento de las penas.

Los delitos que se juzgaban en el Consejo de Guerra de oficiales generales eran:

- Entrega de la plaza, fuerte o puesto que mandaba.
- Mantener correspondencia con el enemigo.
- Abandono de puesto o desaparición de alguna tropa en acción de guerra.
- Al que en comisión de servicio se le hubiese ordenado guardar secreto y revelare alguna circunstancia, podía ser condenado a muerte, destierro o privación de empleo.

Carlos III hace referencia a la Pragmática, que, con fuerza de ley, publicó en 1716 su padre Felipe V, sobre duelos y desafíos, señalando duras penas a quien incumpliera la ley que los prohibía.

Con detallado esmero, al igual que se efectuó la redacción de las ordenanzas, se aplicaron las mismas al ejército en América, y en 1775 aparece una Real Orden que es altamente aclarativa al respecto, donde se da cuenta del envío de ejemplares para su aplicación, nombrando responsables de la custodia y difusión de los mismos. Con anterioridad se habían publicado también ordenanzas para la Plaza del Callao (1753), para Cartagena de Indias (1768), y posteriormente para las Milicias de la isla de Cuba (1769), siendo estas últimas la base para la reglamentación de las Milicias de Chile.

Poco después de publicarse las Ordenanzas de Carlos III y al año siguiente de su muerte en 1788, se produce la Revolución Francesa, cuya influencia en el ámbito militar español tuvo gran trascendencia, que, según Villamartin en su obra *Nociones del arte militar* de 1864, se concretaron en: Desaparición de los privilegios, aunque Carlos III se había adelantado en 25 años en su implantación; la cuna fue sustituida por la eficiencia. La muerte de los privilegios refuerza la causa nacional, y como consecuencia da vigor a la unidad militar. Nace una nueva estrategia, pues los ejércitos profesionales se ven desbordados por el número

de individuos de los ejércitos de ciudadanos en armas, efectuándose la conscripción con el criterio de igualdad que responde al criterio de la nación en armas. Aparece una nueva táctica, pues la empleada por los ejércitos profesionales (Federico de Prusia) requería una complicada táctica y larga instrucción que el ciudadano soldado no podía asumir, adoptándose la solución de alargar los frentes de ataque y lanzar oleadas de infantería con un criterio de ofensiva a ultranza para penetrar y rebasar ampliamente el despliegue artillero y logístico enemigo, táctica que tuvo vigencia hasta la Primera Guerra Mundial.

Todas estas influencias se dejaron sentir en el reinado de Carlos IV, que se vio obligado en 1800 a publicar unas ordenanzas sobre los reemplazos en el ejército, con criterios actualizados que se emplearon en 1808 al comenzar la guerra de la independencia española, y en la que lucharon muchos oficiales que posteriormente se enfrentarían en las guerras de emancipación americanas.

En cuanto a España, y como toda obra humana, estas ordenanzas necesitaron con el tiempo ser actualizadas, afectando dicha actualización a la mayor parte de sus Tratados excepto al segundo, y recogiendo José Muñiz y Terrones en 1880 hasta 36.000 disposiciones. Desde 1847 se hallaba constituida una Junta de Reforma, pero nunca cumplió su cometido, probablemente debido a la agitada vida política española durante el siglo XIX, que contempló la lucha mantenida en el territorio nacional peninsular y en el americano, donde pugnarón las ideas liberales de la Revolución Francesa y las ideas tradicionales. Estas últimas consideraban la religión como fundamento de la vida individual, familiar y social, y en el aspecto político la autoridad del rey era la base. Ante este "tumulto" de ideas, es posible que se decantasen por no innovar un cuerpo legislativo que servía para mantener unido y estructurado al ejército, con un sentido de deber y disciplina.

En pleno siglo XX se presentó en España nuevamente la necesidad de adaptar las Ordenanzas de Carlos III a las nuevas transformaciones de la sociedad, realizándose las últimas modificaciones por José Martínez Carrillo y Ramón Rubio Sanza en 1920, Salinas y Benítez en 1969, e Izquierdo y Mer en 1975, observándose que en ninguna de las dos etapas de gobiernos republicanos, ni en la guerra civil de 1936, fueron modificadas.

El Ejército de Tierra español constituyó en 1976 una Comisión denominada de Normativa de Moral Militar, de la que este comunicante tuvo el honor de formar parte. Al acabar dicha Comisión sus trabajos, fue ampliada dando entrada a representantes de los otros ejércitos, siendo el esfuerzo de éstos el antecedente de los trabajos que realizó otra posterior Comisión, que se materializaron en el Proyecto de revisión y actualización de las antiguas ordenanzas.³⁶ El 20 de diciembre de 1978 el Congreso aprobó y promulgó, por la Ley 85/1978, las nuevas Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, siendo sancionada dicha Ley por S.M. el Rey don Juan Carlos I, las cuales son conocidas actualmente como las Ordenanzas del Rey don Juan Carlos I.

Las nuevas ordenanzas "...ponen su acento en el patriotismo de las Fuerzas Armadas, exclusivamente consagradas al servicio de la Patria..."; "...en la disciplina, que nos obliga a todos por igual, pues como dijera Sánchez de Lodoño", "sería andar por las ramas hacer ordenanzas y estatutos para enfrenar y tener a raya a los que han de obedecer, si no se introducen primero todos los necesarios en los que han de mandar..."; "...en el sentimiento del honor, que impulsa a obrar siempre bien..."; "...en la mutua lealtad..."; "...en la eficacia en el servicio y muy especialmente en el combate..."; "...en la dignidad del hombre y en el respeto de sus derechos inviolables, sin otras limitaciones que las derivadas de la necesaria protección de la defensa nacional, las exigencias de la disciplina y la defensa de la unidad de las Fuerzas Armadas".³⁷

La gran convulsión político social que representó para España el hecho de que las ideas de la Revolución Francesa fueran sembradas en nuestro territorio por los ejércitos napoleónicos, hicieron del siglo XIX uno de los más agitados de la historia española, dando paso a nuevas repúblicas hermanas en el continente americano. Su nacimiento fue doloroso por los enfrentamientos militares entre las tropas fieles a la Corona y las que, siguiendo a los caudillos americanos, propugnaban la separación y la independencia. Todas llevaban en sus mochilas las mismas ordenanzas, las promulgadas por Carlos III, donde la inspiración de la disciplina, sentido del deber, modo de mandar, organización de las tropas y leyes penales, eran similares en ambos ejércitos.

36 Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas. Introducción histórica, p. 14. Primera edición (restringida de 5.000 ejemplares). Talleres del Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, 1979.

37 *Ibidem*, pp. 14-15.

Con estas ideas básicas empezaron a funcionar los nuevos ejércitos americanos, y lo esencialmente importante y trascendental es que resistieron el paso demoledor del tiempo y se siguen manteniendo en nuestros días incorporadas las partes más permanentes de las ordenanzas a los distintos textos militares. Al mismo tiempo que tenía en cada lugar la evolución política natural, los militares de las nuevas repúblicas seguían adaptando sus normas de comportamiento, en el fondo y en la forma, a las que habían estado vigentes antes de las sucesivas emancipaciones, lo que prueba inequívocamente que el espíritu militar que predicaban había calado en la esencia de los pueblos y sus ejércitos. Esto ha dado lugar a un tronco común dotado de unidad idiomática y de principios. Toda una profunda huella del pensamiento español en el ordenamiento militar de las nuevas naciones.

En Chile comenzó el movimiento emancipador el 18 de septiembre de 1810. Cinco años después el nuevo gobierno sintió la necesidad de adaptar las ordenanzas vigentes de Carlos III a la nueva situación política, pero se limitó a hacer una nueva edición de dichas ordenanzas, publicadas en Santiago de Chile en 1815, cuya vigencia duraría 24 años, hasta el 25 de abril de 1839.

Siendo Presidente de la República chilena el general don Joaquín Prieto, el 25 de abril de 1839 firma un decreto que promulga la ordenanza para el régimen, disciplina, subordinación, y servicio del Ejército de la República. En dicho decreto señala que "...se proceda a la reforma de la ordenanza, sin faltar a la letra en las materias que están de acuerdo con aquellas, habiéndose solamente suprimido o modificado los títulos y artículos innecesarios, o que pugnan con el espíritu o la forma de gobierno adoptado".

Se recogieron todos los decretos y otras disposiciones relacionadas con la institución militar publicadas desde 1817, "...valiéndose del articulado de las ordenanzas españolas, adaptadas a la situación política de la nación...".³⁸ Se conservó, por tanto, el espíritu de la obra de Carlos III y, sobre todo, el título de las "órdenes generales para oficiales". Con razón, al reeditarse esta ordenanza en 1923, con autoriza-

38

Historia del Ejército, *op. cit.*, Tomo IV, p. 13.

ción del gobierno, el entonces coronel Lara Espinoza³⁹ dice en comentario al capítulo:

“Este Título constituye, sin duda, un verdadero tratado moral y un código de honor militar. Sus preceptos y disposiciones son tan sabios, atinados y justos que, en todo tiempo y lugar, tendrán aplicación y jamás perderán su oportunidad. Podrá cambiar la organización de los ejércitos, su táctica, servicios y procedimientos de todo orden, pero el fundamento filosófico de estas órdenes jamás podrá alterarse y los principios que ellas contienen y determinan no pueden ni deben experimentar variación alguna”.⁴⁰

Estuvieron en vigor hasta 1925 con numerosas modificaciones; la Primera Guerra Mundial las hizo inoperantes, pero el espíritu de las órdenes generales para oficiales siguió estando presente.

Años después de la publicación de Portales, el capitán chileno don Rafael Garfias preparó la tercera edición de las ordenanzas, publicándolas en 1872, significando en las mismas que el Congreso Nacional estaba próximo a discutir un nuevo proyecto de Código Militar. Se realizó una nueva edición en 1882 a cargo de don Darío Risopatrón.

En 1890, dos profesores de la clase de ordenanzas, de la Escuela Militar, el sargento mayor graduado del Ejército, don Víctor Valdivieso Vidal, y el capitán don Arístides Pinto Concha, realizaron una nueva edición. Un extenso trabajo de más de 2.000 páginas, que mereció los elogios del Estado Mayor General en 1901, fue realizado por el Subintendente General del Ejército don Carlos Bravo Valdivieso, y el jefe de la Sección de Intendencia del Ejército don Luis C. González Bañados.

El Ministerio de Defensa Nacional de Chile publicó en 1972 el reglamento de disciplina para las Fuerzas Armadas (D.N. L-347). La lectura de este reglamento es una muestra moderna de actualización,

39 Es muy interesante el trabajo realizado por el coronel del Ejército de Chile don Rodolfo Ortega Prado, titulado Ordenanza General del Ejército. 1923. Anecdótico. El citado coronel desempeña actualmente el cometido de Agregado Militar en España.

40 Historia del Ejército de Chile, *op. cit.* Tomo IV.

conservando el vigor y el espíritu de las antiguas ordenanzas. El Ejército de Chile tuvo una gran influencia francesa a partir de 1850, siendo posteriormente sustituida por la “prusiana” a finales del siglo XIX, pero así como en el aspecto externo dejó huellas muy sensibles, esta influencia externa no afrancesó ni germanizó el espíritu contenido en sus ordenanzas.

Es de significar que muchos de los conceptos, e incluso la letra del Reglamento mencionado en vigor, recogen la letra y el espíritu de la obra de 1768, tal como se señala a continuación:

- Respecto al artículo 1 de las Órdenes Generales para Oficiales (OGPO.):
 - el artículo 2: Todo militar debe manifestarse siempre conforme con el sueldo que recibe y el empleo que ejerce.
 - el artículo 3: A todo militar se le permite reclamar...
 - el artículo 5: Todo inferior que hable mal de un superior comete falta grave....

- Respecto al artículo 2 de las OGPO.:
 - el artículo 5 ya indicado.

- Respecto al artículo 3 de las OGPO.:
 - el artículo 6: El militar debe tener presente que el único medio de hacerse acreedor al buen concepto y estimación de sus jefes...

- Respecto al artículo 5 de las OGPO.:
 - el artículo 7: El más grave cargo que puede hacerse a un militar, y muy particularmente a los oficiales, es el demostrar falta de carácter...

- Respecto al artículo 7 de las OGPO.:
 - el artículo 10: El superior no podrá disculparse con la omisión o descuido de sus inferiores...

- Respecto al artículo 6 de las OGPO.:
 - el artículo 12: Los militares, de acuerdo con la jerarquía, tienen la responsabilidad del puesto que ocupan...
- Respecto al artículo 12 de las OGPO.:
 - el artículo 15: Los militares que sean negligentes en el cumplimiento de sus obligaciones tiene muy poco valer militar...
- Respecto al artículo 21 de las OGPO.:
 - el artículo 21, que no sólo mantiene la numeración, sino que literalmente es igual: El oficial que tuviere orden absoluta de conservar su puesto a toda costa, lo hará. Por cierto que, en la reimpresión del Reglamento para las Fuerzas Armadas, efectuada en el año 1975 (DN. L-911), en este artículo no se ha colocado una coma después de la palabra “costa”, dejando indeterminada la orden imperativa.

Hemos visto cómo el espíritu de las Ordenanzas de Carlos III ha influido muy positivamente en la formación del actual Ejército de Chile, pero no debemos olvidar que, cuando la junta presidida por el Conde de Aranda las redactó, recopilando, recogiendo y expresando todos los valores que encerraba el mando a la española, que se había formado con el saber y la experiencia de hombres curtidos en combates en todos los escenarios del mundo, se tuvo en cuenta lo que puede considerarse la síntesis de los valores y virtudes que sostienen espiritualmente al soldado, y están reflejados en los versos de gran resonancia platónica –expuestos a continuación–, que fueron escritos por el gran dramaturgo, poeta y soldado de la Infantería española don Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), contemporáneo de aquellos guerreros españoles que conformaron el espíritu de Chile en las guerras del Arauco, y que la oficialidad española aprende de de memoria en las academias militares:

Calderón de la Barca
soldado de la infantería española (1600-1681)

*Ese ejército que ves,
vago al hielo y el calor,
la República mejor,
y más política es,
del mundo; aquí nadie espere
que ser preferido pueda
por la nobleza que hereda
sino por la que él adquiere;
porque aquí a la sangre excede
el lugar que uno se hace,
y sin mirar cómo nace,
se mira cómo procede.
Aquí la necesidad
no es infamia; y si es honrado,
pobre y desnudo un soldado,
tiene mayor calidad
que el más galán y lucido;
porque aquí, a lo que sospecho,
no adorna el vestido al pecho,
que el pecho adorna al vestido;*

*y así, de modestia llenos
a los más viejos verás,
tratando de serlo más,
y de parecerlo menos.
Aquí la más principal
hazaña es obedecer,
y el modo como ha de ser
es ni pedir, ni rehusar.
Aquí, en fin, la cortesía,
el buen trato, la verdad,
la fineza, la lealtad,
el honor, la bizarría,
el crédito, la opinión,
la constancia, la paciencia,
la humildad y la obediencia,
fama, honor y vida son,
caudal de pobres soldados
que en buena o mala fortuna
la Milicia no es más que una
Religión de hombres honrados*

b1 88

COMPOSICIÓN SOCIAL DEL EJÉRCITO DEL REINO DE CHILE

JUAN EDUARDO VARGAS CARIOLA¹

Mi interés por el Ejército de Chile se lo debo a don Mario Góngora. Cuando le comenté que partía a España, me sugirió que investigara al ejército. Él sabía que existía una documentación importante y que aquí, en nuestro Archivo Nacional, era más bien escaso el material que se podía encontrar. Al poco tiempo que llegué a Sevilla pude comprobar que don Mario Góngora tenía razón. Los legajos correspondientes a la Audiencia de Chile y a la Audiencia de Lima contenían una valiosa información. Allí estaban, en efecto, los antecedentes sobre el gobierno militar, reclutamiento, organización, abastecimiento, financiamiento y estilo de vida del ejército. El problema radicaba en cómo interpretar esta información. En este sentido, debo reconocer que soy deudor de la llamada Nueva Historia Militar, entendiendo por tal la corriente que desde fines de la Segunda Guerra Mundial procuró mirar la vida militar con los ojos de la Escuela Francesa de Les Annales. Una de sus grandes representantes –el historiador francés André Corvisiere– trataba de explicar esa nueva orientación diciendo que la historia de las batallas no agotaba la vida militar. Era parte importante de ella, sin duda. Pero también lo era tener en cuenta que lo económico y lo social, así como las mentalidades, ayudaban a entender al mundo de los ejércitos. Los estudios de Corvisiere –entre los que destacaría *Armées et sociétés en Europe de 1494 a 1789*– y los del historiador inglés Geoffrey Parker –entre los que mencionaría el Ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659– me resultaron capitales para entender al mundo militar chileno. No puedo dejar de reconocer, sin embargo, que el libro de Álvaro Jara, titulado *Guerra y Sociedad*, también representó una ayuda inestimable para alcanzar ese propósito, con el agregado de que esta investigación, al haber sido hecha antes de que aparecieran los trabajos citados, debe considerarse como uno de los estudios pioneros en el nuevo enfoque que comenzaba a tener los temas militares.

1 Profesor titular de Historia de América en el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile y Doctor en Historia de América de la Universidad de Sevilla. Ha trabajado la historia política chilena del siglo XX, la historia económica chilena del siglo XIX, la historia militar del siglo XVII, la historia diplomática del siglo XX y la historia de la vida privada en Chile en el siglo XIX, entre otros temas. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: "José Tomás Ramos Font: una fortuna chilena del siglo XIX" y "España a través de los informes diplomáticos chilenos 1929-1939.", en colaboración con Carmen Gloria Duhart y Juan Ricardo Couyoumdijan

De las lecturas que hice de las obras de los anteriores hubo un tema que me motivó especialmente: saber si los componentes de nuestro ejército, al igual que en Europa, podían ser considerados como “gente ruin”, vagabundos o vagamundos, como indicaban las fuentes. Esta inquietud mía no era fácil de satisfacer, toda vez que sólo podría abordarse si encontraba las fuentes que me permitieran conocer cómo eran los soldados y oficiales que componían ese cuerpo militar. Como se sabe, la documentación que posibilita el acceso a esa información corresponde a las llamadas “muestras”; esto es, documentos en los que se estampaba, entre otras cosas, la edad y señas físicas, el lugar de nacimiento y la identidad social de los hombres (si se acepta como tal el “don” que se antepone a algunos nombres). Pero las “muestras” son casi imposibles de encontrar, por lo que optamos por buscar indirectamente los datos que nos sirvieran para clasificar socialmente a los miembros del ejército.

Con tal objeto, y guiándonos por las orientaciones que proporcionaban Corvisiere y Parker, recurrimos a la documentación relacionada con el reclutamiento que se hacía para el ejército. Lo primero que pude comprobar al respecto es que todos los años llegaban desde fuera del país un cierto número de soldados que oscilaba entre los 50 y los 100 soldados; sumando las levas anuales, llegué a la conclusión de que habían llegado cerca de 9 mil en la primera mitad del siglo XVII, procediendo la gran mayoría de ellos del virreinato peruano. Las cantidades levadas en el Reino de Chile y en Europa son, en verdad, mucho menos significativas.

En el caso del Virreinato del Perú, los datos posibilitaron establecer que el 80% fue reclutado en Perú. Es interesante consignar que estas levas se realizaban debido a que el ejército perdía muchos hombres todos los años; esto ocurría, en primer lugar, porque buena parte de los enganchados venían contratados por dos años, pudiendo abandonar las filas después de cumplir con esa obligación; no menos importante era el hecho de que otros abandonaban las filas por enfermedad, algunos morían y otros, por las más diversas razones, se fugaban de los lugares donde servían. Aunque no me atrevo a generalizar, hay información que permite sugerir que a comienzos del siglo XVII el ejército, entonces compuesto por cerca de 2 mil hombres, perdió cerca de 300; esto es un 15%, aproximadamente; y que hacia 1620, cuando lo integraban bastantes menos soldados, se contabilizaban pérdidas anuales cercanas

al 35%. Éstas eran las bajas, en suma, que las levas debían tratar de cubrir.

Las ciudades chilenas –y nuestro mundo rural– carecían de fuerza demográfica suficiente para realizar esos enganches. Hacerlo en España era atractivo, sobre todo porque se creía que los hombres que allí se levaban eran de mejor calidad militar que los que se enganchaban en América. Pero esta alternativa casi nunca se contempló: el alto costo que significaban trasladar hombres desde España a la Frontera del Biobío hacía preferible buscar en otros lugares. Teniendo en cuenta las limitaciones indicadas se entiende que el virrey del Perú, responsable militar de nuestro ejército, optara por llevar en Perú y Ecuador. Se trataba de territorios cercanos y en los que, en comparación con nuestro país, se contaba con población abundante.

El punto estaba en tratar de saber quiénes venían a Chile. Una primera aproximación la obtuve revisando la Recopilación de Leyes de Indias. En esta obra encontré una disposición de Felipe II en la que el monarca hacía una serie de consideraciones sobre el tema de las levas. Señalaba, en efecto, que el ideal era que las autoridades optaran por la población vagabunda, destinando la misma para servir militarmente en Chile. Las autoridades peruanas parecen haberse guiado por dicha orden, toda vez que en las levas que he estudiado predominaba la población vagabunda reclutada en las calles de Lima, Quito, Riobamba o Cuenca, por mencionar tres o cuatro ciudades que recuerdo en este momento. Pero al examinar más finamente la documentación sobre enganches, se advierte que entre sus componentes, en el caso de los realizados en Lima, había españoles y americanos, contándose entre estos últimos a chilenos, peruanos, ecuatorianos y mexicanos. No quiero desviarme del tema. Pero no puedo dejar de subrayar que esa composición deja en evidencia un trasiego fantástico en el mundo del siglo XVII, propio de una población que no tiene una actividad laboral fija y que busca, en una y otra ciudad, formas de subsistencia.

La documentación, al describir a los americanos que integraban las levas, indica que buena parte de ellos eran mestizos. Este dato, por lo demás, se comprueba cabalmente al contrastarlo con la afirmación del Gobernador Laso de la Vega en el sentido de que, a comienzos de la década de 1630, el ejército estaba compuesto en sus tres cuartas

partes por mestizos e indios. No pude dejar de preguntarme, después de establecer esa realidad social, si la presencia de mestizos era algo casual o si correspondía a algo más complejo, que la documentación no traslucía. No pretendo dar una respuesta categórica sobre el particular. Pero algunos indicios mueven a pensar que las autoridades, que consideraban que los mestizos eran un grupo social peligroso, estimularon su enganche como forma de desembarazarse de una población que no vivía en “policía” y a la que, por añadidura, se le cargaba el baldón de ser vagabunda.

Los mestizos americanos y los vagabundos europeos, con todo, no eran los únicos miembros de las levas que se hacían en Perú y Ecuador. En este sentido, resultó sorprendente comprobar que entre el 10% y 15% de esos enganches correspondía a “desterrados”; esto es, hombres a los que la justicia de Lima condenaba a servir en Chile por los delitos que habían cometido.

Así pues, y a modo de resumen, podríamos decir que quienes venían desde América, con las excepciones que se quieran, eran principalmente vagabundos, de los cuales un cierto número era peninsulares y criollos, y mestizos la gran mayoría. Esta composición –creo– correspondía a la que los tratadistas –o proyectistas, si se quiere– identificaban como “la sangre caliente que existe en toda sociedad”; también se referían a ella calificándola como “humores o tumores” que había que extirpar, toda vez que correspondía a un sector social que no se podía redimir; esto porque, a diferencia del siglo XVIII, no se estima posible cambiar sus negativas conductas y comportamientos, las que tanto daño hacen a la sociedad. Es por eso que algunos plantearon, llevando el argumento al extremo, que si no hubiera guerras habría que idearlas, porque ellas eran el instrumento para desembarazarse de quienes representaban un peligro que era menester eliminar.

Sin llegar a esos extremos, no cabe duda de que la Frontera chilena cumplía en cierto modo la función de recibir gente que el mundo que vivía en “policía” prefería ver alejada. Este cuadro social, al compararlo con el que trazan Parker y Corvisiere para Europa, resulta muy similar. En los ejércitos de todas partes parecía optarse por la “gente ruin”, muchas veces llevada a servir por la fuerza y que cuando iba por su propia voluntad lo hacía –como dice don Quijote– para “satisfacer una necesidad, porque si tuviera dineros no fuera de verdad”.

Es cierto que la inmensa mayoría de los miembros del ejército en el siglo XVII tuvieron esa condición; o si se quiere, y hablando en el lenguaje social del antiguo régimen, eran plebeyos. Pero también hay que reconocer, a fin de dar un panorama social completo del ejército, que un corto número, que en buena medida podría identificarse con la oficialidad, tenían la condición de hidalgos. Como era de esperar, estos últimos estimaron que era una deshonra servir, en los fuertes y tercios, o en la ciudad de Concepción, con los vagabundos y desterrados que llegaban como soldados, y pidieron que las autoridades enviaran hombres que no tuvieran esas características.

Así y todo, resulta interesante apreciar que esas diferencias sociales tendieron a mitigarse cuando surgían entre soldados y oficiales ciertos vínculos que los convertían en amigos o “camaradas”, como los denominan los documentos. En este sentido, hay que tener en cuenta que muchos de los que estaban en los fuertes tercios eran hombres solos, bien porque carecían de familia o porque sus parientes se encontraban lejos. Este hecho explica que tendieran a establecer vínculos entre ellos, los que se fortalecían en medio de la soledad, padecimientos, diversiones y alegrías que compartían.

Los peligros que amenazaban la vida militar, por otra parte, eran un gran estímulo para provocar una suerte de espíritu de cuerpo, que también contribuía a mitigar las diferencias sociales. Una de las grandes amenazas que experimentaron los miembros del ejército se produjo a raíz del motín que, a comienzos del siglo XVIII, se organizó a fin de exigir sus pagas. La reacción del gobernador –que era la máxima autoridad del Ejército– provocó la unión de todos los que habían participado, entre los que se encontraban oficiales y soldados.

Así, pues, podría sugerirse que en el mundo militar se daban las condiciones para que las diferencias sociales tendieran a resquebrajarse y para que sus hombres propendieran a participar de un cierto espíritu de cuerpo que permitía identificarlos como miembros del Ejército de Chile.

b1 94

EL EJÉRCITO NACIONAL EN LA INDEPENDENCIA

CRISTIÁN GUERRERO LIRA¹

Muchos autores han dedicado sus esfuerzos y sus páginas a escribir sobre la independencia de nuestro país. Entre ellos sobresalen Diego Barros Arana, los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna y varios otros que sería largo enumerar, al igual que referirse al contenido y calidad de sus obras, las que han marcado el desarrollo posterior de la historiografía nacional.

En ellas, y por razones obvias, el ejército es uno de los “actores colectivos” más destacados, así como en el nivel individual lo son muchos militares. Y ello no es producto de la casualidad: la vinculación existente entre el proceso de independencia y la institución castrense es más que patente.

El camino hacia la autodeterminación política, que se inició muy dubitativamente en 1810 y que se caracterizó en sus comienzos por un marcado acento autonomista, contó con detractores dentro y fuera del territorio de Chile. Esas diferencias de opinión política –que encontraban su origen en la desarticulación del Estado imperial español, un fenómeno que repercutió en Chile agudizando una crisis política propia, la derivada del ascenso al gobierno de Francisco Antonio García Carrasco– no pudieron ser resueltas por la vía del entendimiento, por lo que, al producirse la exacerbación de las pasiones, debieron ser resueltas por las armas.

La política colonial implementada por los gobiernos transitorios de España (vale decir, la Junta Central, el Consejo de Regencia y las Cortes Generales y Extraordinarias de Cádiz) fue obligando a los colonos ameri-

1 Licenciado en Historia de la Universidad de Chile y Doctor en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: “Bibliografía de don Eugenio Pereira Salas”, en colaboración con Cristián Guerrero Yoacham y Luz María Fuchslocher; “Breve Historia de Estados Unidos de América” junto con Cristián Guerrero Yoacham; “Grandes Biografías. Figuras de la Historia de Chile”, en colaboración con Fernando Ramírez M. e Isabel Torres D.; “La Contrarrevolución de la Independencia en Chile” y “O’Higgins y la independencia americana”, Seminario Internacional Francisco de Miranda y Bernardo O’Higgins en la emancipación hispano-americana. Actualmente se desempeña como profesor en el Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, en la Universidad Nacional Andrés Bello, Universidad Finis Terrae y en la Universidad Diego Portales. Además es Consejero Nacional del Instituto O’Higiniano de Chile.

canos a transitar desde las posturas fidelistas iniciales a la sustentación de ideas de ruptura de los lazos de dependencia y subordinación que durante cerca de trescientos años los habían unido con su metrópoli peninsular.

En efecto, las primeras reacciones ante la prisión de Fernando VII y su reemplazo por José Bonaparte fueron de fidelidad, y si dos años más tarde, con la instalación de la Junta Gubernativa del Reino, se dio, inadvertidamente en todo caso, el paso inicial de lo que sería la revolución de independencia, ello fue una consecuencia lógica de la dilación en una respuesta clara de las autoridades centrales ante las demandas de reformas políticas, económicas y sociales que se hacían desde las colonias. Se hablaba de igualdad de derechos, pero la praxis política mostraba algo radicalmente distinto, puesto que las declaraciones en tal sentido no encontraron un correlato en la realidad que se vivía, y tampoco lo hallaron posteriormente en la anhelada constitución política que las Cortes preparaban, la que muchas veces fue presentada como la solución a gran parte de las reclamaciones que se habían hecho.

Así, la adopción de ideas más radicales parecía algo inevitable, y también necesario para quienes sostenían opiniones más extremas y decididas.

La participación de las fuerzas militares en los acontecimientos que en forma paralela se desarrollaban en Chile fue decisiva, y puede rastrearse hasta los decisivos días de julio de 1810, cuando, al no poder contar con su apoyo, el gobernador y brigadier Francisco Antonio García Carrasco debió renunciar en vista de las presiones que en su contra ejercía la aristocracia santiaguina. Un elemento fundamental en la aceleración de esta “dejación” del cargo fue, precisamente, el hecho de que el ya aborrecido gobernador no contó con el apoyo de las tropas militares, tal como se señala en el acta levantada en la ocasión.

Alrededor de dos meses después, en la asamblea del 18 de septiembre, se dio vida a la Junta Gubernativa del Reino, en la que también es posible constatar la presencia de militares, profesionales, como es el caso de Francisco Javier Reina, y también “aficionados”, como su Presidente y hasta ese mismo día Gobernador, Mateo Toro Zambrano.

Afirmar y demostrar que la participación de las tropas militares en el desarrollo posterior del proceso de independencia, especialmente a

partir de 1813, resultó fundamental es una tarea inoficiosa, incluso desde el punto de vista de la lógica más elemental. Lo significativo es que esa acción fue desarrollada por un ejército que, como institución, no pasaba de ser un conjunto de hombres que recién asumía la condición de cuerpo armado, con una estructura y características que se fueron definiendo en forma paralela al desarrollo de los hechos, de armas o no, en los que debió participar.

Si bien lo anterior es algo claro, cabe preguntarse ¿cuál fue el Ejército de Chile que participó en la guerra de la independencia?

La respuesta es bastante simple. El ejército que tomó parte activa en este proceso era una institución que acababa de nacer y estaba en pleno proceso de formación. Fue, en medio del mismo conflicto, que inició la ruta de su profesionalización. Lo anterior no implica, necesariamente, que sus raíces más antiguas puedan rastrearse hasta 1604, cuando se dio vida al ejército profesional de la Frontera.

Una de las primeras características que se destacan de este “nuevo ejército” es su composición. Fundamentalmente se trataba de tropas que eran reclutadas en pueblos y ciudades y, por lo tanto, no profesionalizadas en materias bélicas. Esta observación también es válida al referirse a su oficialidad. Basta con señalar que el segundo Comandante en Jefe, es decir el propio Libertador O’Higgins, únicamente tenía la preparación propia de los cuadros de milicias al momento del estallido del conflicto. El mismo buscó un método eficiente para adquirir los conocimientos requeridos, y su gran mentor en estas materias fue Juan Mackenna, quien en febrero de 1811 le escribió:

“Como V.M. ha llegado de un salto a la cima de la escalera, debe suplir por el estudio lo que hubiera debido aprender en el campamento. Con ese objeto, búsquese al sargento de dragones que tenga la mejor reputación como instructor, consígale una licencia y lléveselo a su casa. Con él pronto aprenderá el uso de la carabina, de la espada y de la lanza y los ejercicios de caballería e infantería en que su padre acostumbraba adiestrar a su regimiento. Monte, entonces, a caballo; hágase práctico en el manejo de la espada y de la lanza, y cuando sepa bien su uso, puede ya reunir una compañía de su regimiento para ejercicios de instrucción, ayudando a su sargento en la tarea, porque de

ningún modo puede aprender V.M. tan bien como enseñando a los demás”.²

Varios eran los oficiales que compartían esta falencia, tal como es fácil de advertir en las páginas del Diario Militar de José Miguel Carrera, y especialmente los que provenían de los cuerpos milicianos, organizaciones a las que se habían unido más por obtener los correspondientes fueros que por contribuir a las necesidades militares del territorio, fenómeno que no sólo se producía en nuestro país, sino que también en otras latitudes.

El que las tropas se conformasen utilizando el sistema de reclutamiento no es novedad, pues éste era, y sigue siendo, en el caso de una guerra, el mecanismo más utilizado. Aún así, no deja de ser interesante anotar que cierto grupo de personas, en razón de la actividad que desarrollaban, estuviese exento de realizar este servicio militar. Tal era el caso de aquellos que se dedicaban al procesamiento del salitre, quienes por decreto del 2 de julio de 1813 quedaron libres de “leva y servicio militar, ínterin permaneciesen en este útil trabajo, y hagan constar que todas las cantidades que refinan las conduzcan a la casa fábrica de pólvora”.³

Evidentemente, en el caso anterior se trataba de una actividad que resultaba vital para la continuidad del esfuerzo bélico, y de ahí la situación de privilegio que se establecía. Otro tanto sucedía con mineros, cateadores y pirquineros, eximidos por resolución firmada por el gobierno el 13 de septiembre siguiente.⁴ En julio de 1814 se estableció una medida similar en beneficio de los inspectores de policía de los cuarteles o barrios en que se había dividido a la capital.⁵

El grado de masividad del reclutamiento estaba condicionado por varios factores, pues quienes fuesen incorporados a las tropas debían ser instruidos y equipados adecuadamente, tarea esta última que resultaba compleja y llena de dificultades materiales. En todo caso, ello no era obstáculo para la preparación de futuros contingentes. En mayo de 1813 se estableció la obligatoriedad del alistamiento y de la presentación

2 Archivo de don Bernardo O'Higgins, tomo I, pp. 7 y ss.

3 Monitor Araucano, tomo I, N° 38, sábado 3 de julio de 1813.

4 Monitor Araucano, tomo I, N° 69, jueves 16 de septiembre de 1813.

5 Monitor Araucano, tomo II, N° 61, viernes 25 de julio de 1814.

en los cuerpos militares, del porte de las respectivas papeletas que certificasen tal hecho, y se decretó adicionalmente que, para beneficio de la correspondiente preparación militar de los ciudadanos, las tiendas de comercio no funcionasen en las tardes, llegándose incluso a ordenarse la recolección de las armas que estuviesen en manos de civiles.⁶

La urgencia y relativa masividad del reclutamiento impedían que éste fuese selectivo, a fin de alejar de las filas a quienes potencialmente pudiesen incurrir en conductas indecorosas e incluso criminales. De este fenómeno, que en todo caso no fue común, encontramos una prueba en el Monitor Araucano publicado el 22 de marzo de 1814, en el que se puede leer el siguiente “aviso al público”:

“Se han encontrado en poder del soldado de la Gran Guardia, José Antonio Muñoz, un mantón de sarga de seda con blonda, un viso de raso rosa, y una bolsita con 12 pesos y medio. Se dice que este mismo soldado ha vendido otras prendas de oro como un rosario y una peineta. El Gobierno, que persigue los vicios y desea escarmentar a los viciosos, ha mandado publicar esta noticia para que los dueños de estas prendas ocurran⁷ por ellas, acreditando la propiedad, y descubriendo las circunstancias del robo, para castigar ejemplarmente a los delincuentes”.

Tres días después, se informaba que, además de esos objetos, se habían hallado en su poder:

“Un par de hebillas de oro, tres cubiertos, doce reales en plata, una manta, cinco pellones, cuatro varas de pontiví, [y] un sombrero de jipijapa. Este robo se hizo a un don N. Aranela, cerca de Peumo, por los soldados Muñoz, José Antonio Briceño, Marcos Cabezas y Tomás López, todos nacionales, acompañados de Francisco Azócar, granadero. Los cuatro últimos han sido aprehendidos en las Palmas, y se les han tomado las especies siguientes: cincuenta pesos en dinero, cuatro tenedores y una cuchara de plata, dos chapas de fuste de id, veinte y siete piezas de herraje de id, dos platos id, un freno, herraje id, un jarro, id, una camisa de hombre a medio coser, un reboso rosado, una sábana

6 Monitor Araucano, tomo I, N° 14, sábado 8 de mayo de 1813.

7 Concurrán.

de brín, tres camisones, dos pañoletas, dos pares charratelas de plata, una id de oro, dos puñales cacha de plata, tres pares de calzones, tres mantas, tres caballos, tres pares de espuelas, uno de plata, otro de fierro, y otro de alquimia, un par de pistolas y dos fusiles cortados”.⁸

En todo caso, esto era, a juzgar por otros testimonios, un problema común a ambos ejércitos en conflicto: en 1816, tras el correspondiente juicio, un soldado del batallón de infantería de la Frontera fue fusilado al encontrársele culpable de un delito similar.⁹

La deserción era otra de las situaciones que se presentaban con frecuencia, obligando a las autoridades pertinentes a tomar las medidas respectivas. Al igual que en el caso anterior, se daba en ambos bandos en conflicto. Explicar las motivaciones de este fenómeno puede llegar a ser una materia en extremo difícil, pues éstas pueden ir desde situaciones de tipo afectivo familiar en personas de una sensibilidad mayor, hasta otras muchísimo más complejas de índole sociológica, tal como las ha enfocado en un reciente estudio el profesor Leonardo León, para quien la deserción se debería a la profunda oposición de intereses entre el bajo pueblo y la aristocracia dirigente.¹⁰ Entre ambas puede establecerse un sinnúmero de explicaciones más, cabiendo incluso la posibilidad de considerar los problemas derivados de las condiciones de la vida en campaña, las que se transforman en un conjunto de factores que actúan en forma simultánea: problemas de alimentación, inclemencias del tiempo, agotamiento, falta de vestuario adecuado, etc. Sobre estos últimos puntos no deja de ser significativo un testimonio de José Miguel Carrera, quien, en la anotación correspondiente al 14 de febrero de 1814, señala en su Diario Militar que:

“es verdad que en algunas cosas me mostré pesado; estaba empeñado en que el señor General –se refiere a Bernardo O’Higgins– me dijese el destino que había dado a 50 carpas que tenía en la división cuando estuvo en Diguillín, y el pobre señor no

8 Monitor Araucano, tomo II, N° 28, martes 22 de marzo de 1814 y N° 29, viernes 25 de marzo de 1814, respectivamente

9 Gaceta del Gobierno, 19 de enero de 1816.

10 LEÓN, Leonardo. “Reclutas forzados y desertores de la patria: el bajo pueblo chileno en la guerra de la independencia, 1810-1814”, en Historia N° 35. Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2002, pp. 251-297.

sabía de ellas, aunque era público que el Comandante Muñoz y el Capitán Prieto permitieron que las tropas las despedazasen para hacer pantalones, reduciendo las 50 a 16”.¹¹

La anotación anterior nos lleva a otro de los problemas, o realidades que se debieron enfrentar en este proceso de conformación del ejército: su avituallamiento y mantención.

Una guerra origina una serie de trastornos económicos que el Estado debe enfrentar. Conformar, equipar y mantener tropas necesariamente implica un gasto. En el caso de la guerra de independencia este desembolso está aún por calcularse, pero algunas cifras permiten dimensionarlo provisoriamente: entre abril y septiembre de 1813, la Tesorería de Santiago destinó, en promedio, un 56,95% de sus ingresos para financiar los gastos militares. Para el año siguiente se destacan los meses de junio, cuando la asignación llegó al 70,50%, y febrero, cuando se empinó hasta el 72,07 por ciento.¹²

Fue por ello que los distintos gobiernos promovieron la donación de dinero y especies que llegaban desde las ciudades y pueblos del país, y cuyos montos y especificaciones se encuentran especificados en la prensa de la época.

Paralelamente, las tropas debían ser provistas de una serie de elementos, tales como cabalgaduras, armas y uniformes. Las armas utilizadas provenían fundamentalmente del extranjero, como es posible inferirlo del juicio que las autoridades realistas incoaron en contra de Juan Diego Barnard a partir de noviembre de 1814, cuando se le acusó de tráfico de armas (120 pistolas y 120 espadas y sables finos).¹³ Igualmente ocurre con las negociaciones emprendidas entre las autoridades y el comerciante inglés Diego Whitaker en noviembre de 1810, en las que se pedía a este mercader aprovisionar a las tropas de 10.000 fusiles, 3.000 pares de pistolas, 6.000 sables de caballería y 16.000 balas, entre otros elementos.

11 Diario del brigadier general don José Miguel Carrera Verdugo. Academia de Historia Militar, Santiago, 1986, tomo I, p. 67.

12 GUERRERO Lira, Cristián. La contrarrevolución de la independencia en Chile. Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 2002, p. 241.

13 Mayores detalles sobre este proceso en Cristián Guerrero Lira, La contrarrevolución de la independencia en Chile, pp. 156-157.

Sin embargo, hay antecedentes que permiten afirmar que en el país existía una incipiente “industria militar”. De hecho, por decreto del 21 de junio de 1813 se agradeció y gratificó a José Antonio Díaz por haber fabricado un fusil, otorgándosele, además, el título de Alférez de Milicias.¹⁴ En 1814 ya funcionaba la casa fábrica de fusiles del Estado, cuyas labores incluían la fabricación y reparación de diversos elementos relacionados con armas de fuego y otros artículos militares. Ese mismo año se fundieron dos obuses, tal como se comunica en el Monitor Araucano del 19 de abril, labor en la que participaron el fundidor de la Casa de Moneda, Pedro Pascual Rodríguez, y el entonces teniente coronel de artillería Manuel Blanco Encalada.

La provisión de equinos y mulares era un aspecto que causaba infinidad de problemas tanto a la caballería como al transporte de pertrechos, debiendo reglamentarse el procedimiento a seguir en la prorrata de estos animales en los distintos partidos. Como ello generara una presión sobre los hacendados, quienes también debieron proveer de bestias al ejército realista, de acuerdo al ritmo de ocupación de los territorios por parte de las fuerzas en conflicto, en agosto de 1813 se decretó la suspensión del derecho de ocho reales por cabalgadura que se cobraba por la introducción de éstas por la vía cordillerana.¹⁵ En esta materia, un curioso incidente tuvo lugar allende los Andes en febrero de 1814 cuando a la provincia de Cuyo arribó Pedro Silva, comisionado por el gobierno de Santiago para adquirir cabalgaduras y ganado vacuno para el uso militar. En un exceso en el cumplimiento de su cometido llegó incluso a apropiarse del ganado equino perteneciente a algunas comunidades indígenas de la zona. Las autoridades de Mendoza debieron intervenir en el asunto para lograr la restitución o pago del valor de las bestias.¹⁶

El vestuario de las tropas también fue una preocupación permanente, llegándose incluso, en agosto de 1814, a conformarse una comisión especial para ocuparse de este rubro.¹⁷

Todas las situaciones que hemos referido no hacen otra cosa que dar cuenta del proceso de formación del ejército en medio de las campañas de la guerra durante la Patria Vieja.

14 Monitor Araucano, tomo I, N° 34, jueves 24 de junio de 1813.

15 Monitor Araucano, tomo I, N° 61, sábado 28 de agosto de 1813.

16 Archivo Histórico de Mendoza, Época Independiente, 235:6 y 235:8.

17 Decreto firmado por José Miguel Carrera, Uribe y Muñoz el 1 de agosto de 1814. Monitor Araucano, tomo II, N° 66, martes 2 de agosto de 1814.

Tras la batalla de Chacabuco, y con la pretensión de iniciar operaciones militares de mayor envergadura, es decir, trasladar fuerzas militares al Perú, corazón y cerebro de los realistas en Sudamérica, necesariamente debía pasarse a una etapa distinta, la que debía estar más caracterizada por la profesionalización que por la valentía y el arrojo.

Durante la Patria Vieja la guerra había tenido el carácter de guerra civil. Esto resulta fácil de comprender si se considera que la expedición realista comandada por el brigadier Antonio Pareja incluía alrededor de 50 soldados y algunos oficiales. La que en 1814 encabezó Gabino Gaínza era, en realidad, un refuerzo que apenas se empinaba a los 800 hombres. Las excepciones son las que arribaron a nuestro país bajo la dirección de Mariano Osorio en 1814 y 1818. Todos estos comandantes, al igual que los del Ejército chileno, debieron proceder al reclutamiento para dar forma a sus contingentes.

Llevar la guerra al Perú, al propio terreno enemigo, implicaba enfrentarse a las tropas virreinales, muchas de ellas fogueadas en los campos de batalla del Alto Perú. Era necesario contar con un grado de profesionalización mayor y por ello se decretó la fundación de la Academia Militar, el 16 de marzo de 1817. También existía otra circunstancia, más local si se prefiere, pero de igual importancia: la defensa del territorio ante una nueva invasión por parte de contingentes provenientes del virreinato, tal como efectivamente ocurrió al año siguiente cuando arribó, por segunda vez, el general Mariano Osorio al mando de 3.606 hombres.

En sus memorias, Jorge Beauchef indica que “se trataba de formar el ejército que debía tener la república, y al efecto apareció un decreto del Jefe del Gobierno con este objeto que ordenaba el establecimiento de una escuela militar, e invitaba a los jóvenes de buenas familias a entrar en ella”.¹⁸

En el texto del decreto fundacional se expresa claramente la necesidad de contar con oficiales formados profesionalmente:

18 FELIÚ Cruz, Guillermo. *Memorias militares para servir a la historia de la independencia de Chile del Coronel Jorge Beauchef. 1817-1829 y epistolario (1815-1840)*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1964, p. 98.

“Considerando de la importancia que es, y las ventajas que deben resultar a los ejércitos de la patria el tener un depósito de donde puedan sacarse oficiales ya formados, e instruidos para llenar las vacantes de los regimientos, cubrir los cuerpos de milicias cívicas, y aun tomar cuadros enteros para levantar prontamente un nuevo ejército en caso necesario”.

En otras palabras se requería de oficiales “formados” e “instruidos”, ya no bastaba con la improvisación que buena o malamente resultara de las acciones bélicas.

Lo anterior era reafirmado al disponerse que el objetivo central del nuevo establecimiento era:

“Formar una academia teórica y práctica de donde puedan sacarse a los seis meses oficiales, sargentos y cabos con los conocimientos tácticos necesarios para las maniobras de batallón y escuadrón, e igualmente instruidos en todo el mecanismo del servicio para que puedan desempeñar debidamente los cargos y empleos a que sean destinados en lo sucesivo”.

Concordando con ello se ordenaba que todos los oficiales que a ese momento no tuviesen una destinación, no serían admitidos en las tropas sin “que primero haya precedido su agregación a la Academia Militar”, a lo que se agregó la extinción de la “clase de cadetes” en los regimientos, estableciéndose una verdadera carrera para los futuros oficiales del ejército.

Para evitar los males ya conocidos, al menos entre la oficialidad, los individuos que ingresasen al establecimiento, en cualquiera de las tres secciones que éste tendría, debían destacarse por su probidad: en la primera figurarían todos los cadetes “que actualmente sirven en el ejército y los jóvenes distinguidos por su honradez y buena conducta”; en la segunda los individuos de “buena conducta, que sepan leer y escribir”, y en la tercera los oficiales con experiencia, cuyo destino sería finalmente decidido por el gobierno sobre la base de “su conducta, su aplicación y sus adelantamientos”.

Así, en medio del proceso que dio vida a la nación independiente, se empezaba a formar, de un modo más definitivo, el ejército de Chile.

PLAN DE DEFENSA DEL REINO DE 1810

CORONEL LUIS ROTHKEGEL SANTIAGO¹

Después de haber escuchado la presentación del profesor Cristián Guerrero, hemos conocido al Ejército de la Independencia haciéndonos ver las ventajas y desventajas de la precaria organización militar, quedando en evidencia que no fue una tarea fácil para la Junta de Gobierno la creación de esta fuerza militar, ni menos pensar en una cuestión espontánea de días o meses. Se refirió con profundidad investigativa a la profesionalización, a la instrucción, al entrenamiento, a la disciplina y a la conformación de las milicias, datos que en su conjunto fueron la base fundamental que le dio estabilidad y proyección a las unidades para desarrollar en el tiempo sus propias capacidades y cumplir con eficiencia la importante tarea de la defensa territorial.

Pero estas consideraciones que acabamos de atender, sorprendentemente las encontramos como previsiones en el Plan de Defensa del Reino que se elaboró en 1810 con el propósito de crear una estructura de defensa inexistente en los comienzos del movimiento revolucionario. Sin embargo, la historiografía nacional que se refiere directamente al comportamiento del citado Plan, o hacen reseñas de su contenido, nos dan a entender la imposibilidad de su ejecución, haciendo mención a la precaria situación económica de la República incapaz de solventar los gastos que esta empresa demandaba.

Esta posición tan radical de la historiografía abre un signo de interrogación que coloca en dudas la calidad del estudio y si este documento se transformó en realidad. Esta interrogante quedará planteada como hipótesis que intentaré resolver durante la exposición.

Con la idea de situarse en el momento histórico que nos interesa, me referiré rápidamente al principal acontecimiento del siglo XIX que da origen al estudio de dos tesis de la Independencia.

1 Oficial de infantería, de especialidad Estado Mayor, Profesor de Historia Militar, ex Comandante del Regimiento N° 7 "Esmeralda", Magíster en Planificación y candidato a Magíster en Historia en la Universidad de Santiago. Actualmente se desempeña como Jefe del Departamento de Historia Militar del Ejército.

Al producirse el movimiento emancipador en Chile se inicia la Patria Vieja, denominación tradicionalmente aplicada al período de la historia que se extiende entre septiembre de 1810 y octubre de 1814. El suceso en que toma origen es la reunión de ciudadanos en un Cabildo abierto el 18 de septiembre instalándose la Junta Nacional de Gobierno. Continúa con la convocación y elección del primer Congreso Nacional, el motín de Figueroa que pretendió suspender ese proceso,² la fundación de la primera publicación como lo fue la “Aurora” de Camilo Henríquez, los intentos de legislación constitucional, la organización de los primeros cuerpos armados de línea, la conformación de las unidades de milicias, para finalizar en octubre de 1814 con la derrota del Ejército patriota en Rancagua.

Una de las tesis la encontramos en el planteamiento del historiador Jaime Eyzaguirre. Éste se preocupa de fragmentar la unidad histórica 1810-1814 en dos etapas que reúnen ideales y afinidad de propósitos divergentes. La primera, entre 1810 y 1811, se caracteriza por los movimientos sociales autocráticos que se ajustan a la denominada “revolución constitucional y autonomista,” pasando por una política conservadora de los derechos del rey durante su cautiverio. La segunda etapa, entre 1812 y 1814, conocida como la “revolución separatista” relata los acontecimientos que dieron cauce y estímulo al espíritu de independencia.³

Conocido el planteamiento apuntado por Eyzaguirre, particularmente en el ideario de 1810, no podría dejar de hacerme la siguiente pregunta. Si existió la voluntad de lealtad al rey ¿por qué no se pensó en fortalecer a la fuerza de soldados veteranos que guarnecían la capital y el sur del territorio? ¿Por qué se ajustaron las normas para organizar una fuerza militar nueva? Domingo Amunátegui Solar ratifica en parte la tesis de Eyzaguirre argumentando que la junta debía gobernar al país, “en representación de Fernando VII, mientras este monarca permaneciera lejos del trono que legítimamente le pertenecía”,⁴ pero extrañamente cuando

2 AMUNÁTEGUI Solar, Domingo. Nacimiento de la República de Chile (1808-1833). Establecimientos Gráficos Balcells & Co., Santiago, 1933, pp. 15-16.

3 EYZAGUIRRE, Jaime. Historia de las Instituciones Políticas y Sociales de Chile. Ed. Universitaria, Santiago, 1979, p. 60. Pero, la tesis se muestra en profundidad en el libro Ideario y Ruta de la Emancipación Chilena. Cap. V.

4 AMUNÁTEGUI, *op. cit.*, p. 13.

se refiere a la Junta, dice que “este alto cuerpo adoptó con energía las medidas reclamadas por las circunstancias. A fin de aperebirse contra la probable agresión del virrey del Perú, la Junta dotó de nuevos batallones al ejército de línea y a las milicias...”.⁵ Lo curioso de Amunátegui es que si se reconoce la legitimidad del rey ¿por qué el virrey del Perú es visto como el adversario de la República?

Los sucesos acontecidos en Europa con la abdicación de Fernando VII provocaron el instantáneo alzamiento del pueblo peninsular que finalizó con el Consejo de Regencia. Asimismo las personas cultas de la Capitanía General iluminaron su quehacer para lograr arreglar una fórmula de gobierno central autónomo. Si vemos con atención el discurso pronunciado por don José Miguel Infante en el Cabildo Abierto de Santiago el 18 de septiembre de 1810,⁶ se trata de una proclama en que se fundamentaron categóricamente las razones para proceder a instalar en Chile una Junta de Gobierno, además de conciliar las agrupaciones que discutían la reforma social que los gobernaría. El orador apela a la conciencia y a la razón de los asistentes para lograr la aceptación de su planteamiento, ajustado estrictamente al pensamiento jurídico y político tradicional hispano y defendió la tesis autonomista sin contradecir las disposiciones emanadas de los organismos metropolitanos.⁷

Se suma a lo anterior el Acta de la Instalación de la Primera Junta de Gobierno. En la última parte del texto señala que “todos los cuerpos militares, jefes, prelados religiosos y vecinos juraron en el mismo acto obediencia y fidelidad a dicha Junta instalada así en nombre del señor don Fernando VII, a quien estará siempre sujeta, conservando las autoridades constituidas y empleados en sus respectivos destinos...”.⁸

En ambas instancias, vale decir el discurso de José Miguel Infante y el Acta de la Junta, queda clara la lealtad hacia el rey cautivo y a una monarquía que parecía derrotada, pero no se alejaron las esperanzas de llevar adelante un programa de transformaciones que pusiera ciertos

5 AMUNÁTEGUI, *op. cit.*, p. 14

6 Discurso pronunciado por don José Miguel Infante en el Cabildo Abierto de Santiago el 18 de septiembre de 1810, en Colección de Historiadores de Chile, tomo XVIII.

7 GÓNGORA, Álvaro y otros. Chile 1541-2000 una Interpretación de su Historia Política. Ed. Santillana del Pacífico S.A. Santiago, 2000, p. 114.

8 Acta de la Instalación de la Primera Junta de Gobierno, en Colección de Historiadores de Chile, tomo XVIII.

límites al absolutismo y promoviera el desarrollo general del reino resguardando los equilibrios para mantener la unidad aristocrática.

Rápidamente enunciaré los motivos fundamentales que dieron origen a la “revolución separatista” según Eyzaguirre: a) la convicción de que era ilusorio el retorno del rey legítimo al trono; b) la resistencia de los burócratas españoles radicados en América a aceptar alguna reforma; c) la desilusión de los criollos frente a las Cortes de Cádiz; d) la campaña activa de los pequeños grupos de separatistas, y e) las acciones hostiles del virrey del Perú.⁹

También debo mencionar la contraparte. Me refiero a la tesis de Hernán Ramírez contraria a la de Eyzaguirre. Enfatiza que con la acción emancipadora que comenzó en septiembre de 1810, se “inicia en Chile el movimiento que había de conducirlo a la completa separación de España”.¹⁰ Existen dos planteamientos que son el sostén de esta teoría. Primero, el desarrollo y manifestación de una nueva entidad histórica –la sociedad chilena– que ya a comienzos del siglo XIX aparecía perfectamente formada. El segundo planteamiento se refiere a la necesidad de romper el enclaustramiento económico, zafarse de las limitaciones que gravitaban sobre su comercio internacional y abrir efectivas posibilidades de expansión a una potencialidad productora que se encontraba contenida.¹¹

Sin profundizar en una investigación de la Patria Vieja, he querido rescatar estas dos posiciones para colocarlas en evidencia junto al propósito fundamental de las previsiones contenidas en el Plan de Defensa.

Retomando la idea central, como es conocida, una de las primeras obligaciones que asume la Junta es la organización de la fuerza militar, instruir las y equiparlas; decretar la libertad de comercio con otros países con la idea de asegurar la rápida adquisición de material bélico y apresurarse en fortalecer las relaciones con la Junta de Buenos Aires. Así lo demuestran los intentos de conformación de un batallón de veteranos

9 EYZAGUIRRE, *op.cit.* p. 63.

10 ACUÑA, Manuel y CIFUENTES, Manuel. Ciencias Sociales. Ed. Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1970, p. 15.

11 El planteamiento de la tesis de Hernán Ramírez, bastante extensa e interesante, en donde se desmenuza cada uno de los factores principales que se han citado, se presenta en el libro de Hernán Ramírez Antecedentes Económicos de la Independencia de Chile.

de 630 plazas y el inicio de las negociaciones para obtener desde Inglaterra el armamento y equipo necesario para una renovada organización militar.¹² Además, el 19 de noviembre de 1810 se decretó el establecimiento de una fábrica de armas, bajo la dirección de don José Antonio Rojas.¹³ No obstante, los intentos de conformar estas primeras unidades de línea, las propuestas para obtener el equipamiento, como también colocar en marcha la fábrica de armamento no tuvieron éxito.

Estas indicaciones dirigidas con impetuosidad por la Junta de Gobierno ¿por qué no tuvieron éxito? ¿Existían opiniones divergentes en el seno del gobierno que confirman las teorías de Eyzaguirre y Ramírez? Quiero pensar que ambas tesis están en la razón. Ni la libertad absoluta ni la lealtad incondicional al rey. Por lo tanto las aspiraciones para resguardar los intereses de la República no fueron fáciles.

Para conocer una moción capaz de dar satisfacción a las necesidades que demandaba el país para rechazar cualquier intento de agresión externa, en octubre de 1810 la junta le solicitó al cabildo acordase los medios y arbitrios para poner al reino en el mejor estado de defensa.

Las discusiones entre la junta y el cabildo, puestas en evidencia por el procurador de la ciudad don José Miguel Infante, retrasan la puesta en marcha de la organización y formación de los cuadros del ejército. A través de la exposición de fecha 6 de noviembre¹⁴ se obtiene la autorización para que el cabildo nombrase a los ciudadanos reconocidos y elaboraran el mencionado informe. Sin duda que la Junta de Gobierno interfiere directamente en la designación de estos ciudadanos por los motivos indicados anteriormente.

12 BARROS Arana. Historia de Chile. Santiago, tomo I, pp. 251-252.

13 *Op.cit.*, p. 253.

14 Este informe se encuentra publicado en "Egaña en la Patria Vieja 1810-1814". Se refiere en forma extensa a las diferencias de opinión surgidas entre la Junta de Gobierno y el Cabildo de Santiago por la manera en que se debía proceder a la elaboración del Plan de Defensa del Reino. Este informe finaliza diciendo: "en esta virtud, sírvase Usías suplicar a Su Excelencia permita se lleve a debido efecto la enunciada citación de los vecinos nombrados, o lo que Usías hallaren por más conveniente". Según nos señala Diego Barros Arana, los vecinos convocados fueron: el Superintendente de la Casa de Moneda don José Santiago Portales, el oficial real don Manuel Fernández, don José Antonio Rojas, don Manuel de Salas, el Sargento Mayor don Juan de Dios Vial, el Capitán de ingenieros don Juan Mackenna, don Martín Calvo Encalada, don Manuel Manso, don Agustín Olavarrieta, don Juan Egaña, don José Samaniego i Córdoba i el Coronel de Ingenieros don Manuel Olaguer Feliz.

Fray Melchor Martínez explica que “el día 10, por nuevas instancias del Cabildo se le concedió facultad para tratar el Plan de Defensa que convenía este Reino asociándose para el efecto con los sujetos más inteligentes en la materia (...) y, por último, después de varios altercados y disputas, nada se determinó, concluyendo con nombrar una comisión de tres sujetos, que fueron don Juan Mackenna, don Juan Egaña y don José Samaniego, para que con meditación y tiempo organizaran un plan de defensa que deberá presentarse al Cabildo para su conocimiento y aprobación. En efecto éste se perfeccionó en breve tiempo por Mackenna, único de la comisión que podía tener alguna inteligencia; pero aunque fue presentado y aprobado nunca se puso en práctica por la impotencia y debilidad del Reino, que no puede soportar tales gastos”.¹⁵

Este documento, conocido como el “Plan de Defensa de Juan Mackenna”, extendido con fecha 27 de noviembre, fue expuesto en una extensa memoria, notable por su claridad, demostrando amplios conocimientos geográficos del país. En cuanto a la redacción, en los escritos publicados por Raúl Silva Castro se señala que “hay quienes creen que la intervención de Egaña habría de ser muy exigua, ya que el Plan de Defensa es como un informe de Estado Mayor para el cual aquél no tenía por qué estar preparado”.¹⁶ Alega desde su punto de vista la participación que le pudo haber a Egaña en la escritura final del informe al comparar el estilo de Mackenna con los documentos escritos por él sobre la conducta militar de los Carrera que elevó al gobierno en julio de 1814. “Por todos esos documentos puede aseverarse que no intervino en la redacción del Plan de Defensa, a pesar de ser materia netamente militar (refiriéndose a Mackenna). Como ésta no era de la especialidad de Egaña, puede concebirse que Mackenna proporcionó a éste apuntes que aquél revistió de las galas del estilo hasta producir un documento que llama la atención por la llaneza agradable de la forma”.¹⁷

Al respecto, cabe hacer presente que Fray Melchor Martínez señala que el plan “se perfeccionó en breve tiempo por Mackenna”,¹⁸ sin

15 MARTÍNEZ, Fray Melchor. Memoria Histórica sobre la Revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814. Editorial Universitaria, Santiago, 1964, p. 152.

16 SILVA Castro, Raúl. Egaña en la Patria Vieja 1810-1814. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1959, p. 53.

17 *Ibidem.*

18 MARTÍNEZ, *op.cit.*, p. 152.

desechar la participación de las otras personalidades designadas en la comisión.

Conocido el Plan de Defensa de Juan Mackenna,¹⁹ es la representación clásica de un proceso de análisis que aborda diferentes factores geográficos y militares y los efectos que en cada caso en particular son necesarios de conocer, además de las proposiciones sin circunscribirse a sugerencias compartimentadas que dificultan la visión de conjunto.

La forma de actuar de una fuerza militar, de organizarla, instruirla y entrenarla es una parte trascendental de un Plan de Defensa, pero en este caso el general Mackenna se preocupa de colocar en evidencia la necesidad de desarrollar una estructura integral con objetivos a largo plazo que trascienden en el tiempo. De esta forma se caracteriza por ser un “Plan de Desarrollo Estratégico” que se aleja absolutamente de ser una noción urgente con objetivos inmediatos. Identifica las necesidades desde lo general a lo particular, como lo son la instalación de fortalezas en los principales puertos de Chile; la organización de nuevas instituciones como la Escuela Militar; el personal necesario para conformar cada una de las dotaciones de las unidades y los gastos que esto significaba para el gobierno.

Diego Barros Arana nos entrega una visión general del mencionado documento que ratifica las características de un Plan Global a largo plazo. “Según ese informe, el plan seguido hasta entonces para la defensa del reino adolecía de graves defectos, imponía muchos gastos inútiles, i era necesario modificarlo radicalmente. Proponía una considerable reducción de las tropas que guarnecían a Valdivia, por creer que

19 El General Juan Mackenna, irlandés de nacimiento, llega a España en 1872 incorporándose a la Real Academia de Matemáticas de Barcelona para seguir la carrera de ingeniero, graduándose como Ingeniero Militar en 1791, pasando a desempeñarse en el Ejército de Operaciones de Rosellón con motivo de la ruptura de relaciones entre España y Francia. En 1787 participó en la guerra contra los marroquíes en la guarnición de Ceuta, África, y se distinguió en el sitio de la Plaza de Rosas a comienzos de 1795. Con el grado de Capitán, en octubre de 1796 parte hacia el Perú, siendo recibido por Ambrosio O'Higgins, quien lo nombra Gobernador Político y Militar de Osorno con entera independencia del gobierno de Chile. Tras el fracasado intento de incorporar la provincia a territorio chileno, el Virrey Abascal ordena el traslado de Mackenna hacia Santiago colocándose a las órdenes del Gobernador García Carrasco en 1809. En enero de 1811 fue nombrado gobernador de Valparaíso y en septiembre miembro de la Junta de Gobierno. Como coronel, ocupó el cargo de Comandante General de Ingenieros. Después de haberse reunido con Bernardo O'Higgins en Mendoza, muere en las cercanías de Buenos Aires en noviembre de 1814 tras sostener un duelo con Luis Carrera.

esta plaza no tenía importancia militar que se le atribuía, i pedía que se mejorasen las fortificaciones de Talcahuano, de Valparaíso i de Coquimbo. Chile debía tener, según Mackenna, un ejército permanente de poco mas de mil hombres bien armados i disciplinados, i organizar las milicias provinciales en número de 25.000 hombres, divididos en tres grandes cuerpos correspondientes a las tres circunscripciones de Coquimbo, Santiago i Concepción. Estos cuerpos o divisiones serían puestos bajo el mando de otros tantos comandantes de asamblea, ayudados por oficiales expertos que se encargasen de la instrucción de la tropa en ejercicios doctrinales, i en las grandes revistas que debían verificarse cada año durante quince días con simulacros militares o batallas finjidas que pueden ejecutarse con dos o tres regimientos. Mackenna detallaba además la cantidad y clase de armamento que se necesitaba para la ejecución de este plan, i proponía también la creación de una escuela militar en que pudieran formarse oficiales instruidos i aptos para disciplinar la tropa. Ese plan, fundado en el estilo de las condiciones del país, que no exigía nada que fuese imposible y que no habría sido difícil realizar con constancia i voluntad, mereció la aprobación del cabildo, i fue pasado a la junta gubernativa para que sirviese de base a la organización militar (sic).²⁰ Se suman a lo anterior las adecuadas recomendaciones dirigidas al gobierno para que este adquiriera el material necesario para el futuro ejército.

Por tal motivo, queda ratificado que estamos frente a un documento que excede las características propias de un “Plan de Defensa”; más bien se identifica como un texto exhaustivo que propone la organización del país, no para una contingencia, sino que para enfrentar con éxito una empresa estratégica.

Fundamentado con estos parámetros, ¿cómo es posible que un Plan de Desarrollo Estratégico se implemente con la urgencia requerida y cuente con el debido sustento económico para llevarlo adelante? ¿Cuánto tiempo se necesitaría para llevar adelante esta iniciativa?

Retomo, entonces, la introducción de Cristián Guerrero y el planteamiento de la hipótesis inicial, para llegar a establecer cuál fue la importancia del plan y cómo se cumplió.

Para proceder al análisis, es viable hacer presente que las ciencias militares identifican cuatro elementos que son incorporados conceptualmente en la conducción estratégica de una fuerza. Me refiero al Escenario donde se va a actuar, las Fuerzas que entrarán en contacto, el Objetivo y los Principios de la Guerra, por lo que aparentemente resultaría aplicable el enfrentamiento de estos elementos con el Plan de Mackenna. Sin embargo, en esta oportunidad no resulta conveniente practicar este ejercicio, sino más bien extraer del mismo plan los objetos más relevantes que son recurrentes por el autor, señalándonos una línea metodológica de análisis incorporando los siguientes elementos: a) el enemigo, b) la situación geográfica, y c) la estructura de defensa.

El enemigo

Mackenna hace ver que el principal enemigo del reino es Napoleón. "Si en los inexcusables arcanos de la Provincia está decretada la pérdida de España, entonces Bonaparte dueño absoluto de la mayor parte y mas bella de Europa, cuya población excede de nueve millones de almas; libre igualmente de todo enemigo continental y aun del recelo de tenerlo de su reciente enlace con la casa de Austria (...) subyugará la América Española..."²¹

En el año 1813, el brigadier Pareja desembarca en las costas del sur de Chile, pero este plan se desinteresa del problema que podría provocar el virreinato, para privilegiar la presencia de la flota francesa y con ello un posible desembarco de las fuerzas napoleónicas en alguna parte del litoral de América del Sur.

Barros Arana no tiene la misma posición. Hace ver que los patriotas, previendo el cambio de gobierno en Chile (se refiere al establecimiento de la Junta), "debía traer más tarde o más temprano un rompimiento con el virrey del Perú",²² lo cual motivaría el envío de tropas tal como lo había hecho para reprimir las revoluciones de Buenos Aires y Quito. Por lo tanto, los patriotas "querían organizar en Santiago i en provincias, cuerpos militares con que hacer frente a ese peligro".²³

21 MARTÍNEZ, *op.cit.*, p. 152.

22 BARROS Arana, *op.cit.*, p. 251.

23 *Ibidem.*

¿Por qué Mackenna identifica tan claramente a Napoleón como el adversario común?

Ante la prisión y destierro del Rey legítimo Fernando VII, se entendió que el monarca no podía ejercer el poder; por lo tanto había vuelto al pueblo organizándose Juntas de Gobierno guardadores de los derechos del soberano.

Los cabildos americanos recogieron tal inquietud y activaron en diversos sitios la instalación de Juntas de Gobierno: en Quito, Caracas, Buenos Aires y en septiembre en Santiago. Todos, inicialmente, juraron fidelidad a Fernando VII y tuvieron el propósito de autonomista y de reforma, pero no de separatismo, y aquí tomo la visión de Jaime Eyzaguirre ya conocida y explicada.

Sin embargo, los personajes más destacados, partidarios de la independencia, apoyaron con entusiasmo la instalación de las juntas, porque cooperaban a la realidad de sus ideales.

Retomando la pregunta referida a Napoleón, libre de todo enemigo continental, dedicaría todos sus esfuerzos de su vasto imperio a la construcción de bagajes y reorganización de la marina para subyugar la América española, país el más interesante del mundo para las potencias mercantiles, no sólo por sus ricas producciones naturales, sino que estando enteramente destituido de fábricas y artes, por consiguiente es indecible su consumo de géneros europeos. Es lo que refleja Mackenna. Asume cabalmente que el enemigo de Chile es el enemigo del rey.

Cito textual: “Poca meditación se necesita para persuadirse del mucho número de bagajes que en poco tiempo podrían construirse en los puertos y arsenales... y dirigirse con tropas de desembarco a cualquier provincia de la América, que en su actual estado indefenso sería fácil presa del usurpador –se refiere a Napoleón– Chile tiene más costas que defender que ningún otro país del globo (...) Cualquier enemigo ultramarino, que intente la conquista del Perú, primeramente atacará a Chile, y desde aquí dirigirá sus operaciones contra aquel Reino, y sus inmediateces”.²⁴

24

MARTÍNEZ, *op.cit.*, p. 153.

Mi percepción personal es que Mackenna comprometió su análisis a la posición antagónica del estratega en contra de España, sin tomar en cuenta la situación de los ejércitos franceses. De ser así, habría notado que el problema del general no estaba en el fin del mundo, sino bajo sus propias narices (en Europa). La imbatible Inglaterra, el principal rival de Francia, causaba complicaciones a las aspiraciones de incorporar nuevos territorios al imperio. El acercamiento con Rusia para involucrar a este país en los intentos expansionistas hacia el norte y sur de Europa, además de ir en contra de la India, resultan ser los contratiempos de Napoleón que tiene que resolver, aunque en cada una de estas partes la situación fue muy cambiante, sin poder consolidar su posición en los escenarios que el emperador deseaba. Además, debe enfrentar la insurrección de Austria y la renuncia de su hermano Luis al trono de Holanda, y en 1812 iniciaba la campaña de Rusia.

Respecto al caso particular con la monarquía, recordemos que las flotas navales de Francia y España combatieron a la británica en Trafalgar (1805) y en 1807 Napoleón ocupa la península para controlar los puertos de Portugal originándose los levantamientos armados de Madrid en contra de las fuerzas de Murat. En el mismo año el general Castaño derrota al general Dupont en la batalla de Bailén, situación inaceptable para Napoleón, quien personalmente conduce a la victoria a más de 300.000 hombres, colocando definitivamente a su hermano José en el trono.

No me referiré a la disputa por el poder entre Carlos IV y Fernando VII, que es otro episodio de inestabilidad de la monarquía aprovechada hábilmente por Napoleón.

Por lo tanto, es difícil pensar que la fuerza naval y parte de los ejércitos fueran derivados hacia la América del Sur, sin antes haber consolidado el imperio, como ser, haber derrotado a Inglaterra.

Sin embargo, Mackenna en una de sus partes hace ver que el sistema de las relaciones políticas con el Perú ha de variar y muy luego, aconseja al gobierno que no debe desprenderse de Chiloé ni permitir por más tiempo que dependa de un reino distinto,²⁵ por lo tanto, no pierde

25 En este sentido, los territorios, comprendido el de Arauco, dependían del virreinato (que era el sostenedor de las fuerzas veteranas y cancelaba los erarios). Estas fuerzas fueron las que conformaron las unidades realistas que en 1813 recuperaron el territorio a favor de la Corona.

de vista que en algún momento, sin definirlo, podrían surgir problemas con el virreinato.

La situación geográfica

En lo general, el análisis de la situación geográfica de Chile que presenta el plan, sustentado en los principales obstáculos naturales del territorio, como lo son el desierto de Atacama por el norte que impediría el avance del enemigo que pretendiese penetrar al reino; el Cabo de Hornos por el sur, estéril e inútil, y la majestuosidad de la cordillera de los Andes por el este con sus pequeños y estrechos “pasos” o “boquetes” que un reducido destacamento puede defender el más aseQUIBLE de ellos contra un ejército, hacen del territorio una verdadera fortificación que debe de preocuparse de proteger el flanco abierto como es el litoral.

Estos factores fundamentales determinaron que la escuadra francesa debía aproximarse por el Cabo de Hornos y su primer objeto, como es lógico, sería el apoderarse de algún puerto con características naturales para soportar a los buques y abastecer a la tropa.

En lo particular, es razonable el estudio descriptivo efectuado a los principales puertos de Chile. Se refiere en detalles a Chiloé (San Carlos), Valdivia, Concepción, Valparaíso, Coquimbo, Huasco y Copiapó. Los aspectos más relevantes que se tuvieron en consideración para seleccionarlos fueron las características climáticas de los puertos, capacidad natural de la bahía para el fondeadero de la flota y la producción de víveres de la zona para el abastecimiento de la tropa, la producción agrícola, la calidad de la tropa y las fortalezas para la defensa de los principales puertos.

Concluye que deben existir tres grandes fuertes para la defensa de costa: Talcahuano, Valparaíso y Coquimbo.

La estructura de defensa

Esta parte es lo sustantivo del plan. El análisis previo involucra antecedentes descriptivos y reflexivos que son destinados a dar a conocer a quien lo lee las condicionantes o ventajas y desventajas para fundamentar la organización de la fuerza. En esta parte se desprenden cuatro

consideraciones particulares que en su conjunto permiten satisfacer el propósito final: a) los (recursos) con que se cuentan; b) la construcción de las fortalezas; c) la organización de un ejército, y d) la población.

Referido a las fortalezas ubicadas en Talcahuano, Valparaíso y Coquimbo, deben ser guarnecidas²⁶ con cuatro Campos Volantes. Este concepto hay que entenderlo como una unidad o núcleo defensivo ubicado en un sector o área determinada que tiene la capacidad de desplazarse con oportunidad hacia la zona de desembarco, para impedir que ello ocurra y, en la eventualidad de que el desembarco tenga éxito, este núcleo debe ser capaz de bloquear las rutas de avance del adversario.

Además de estos Campos Volantes que están próximos a la costa, se señalan tres Cuerpos de Reserva ubicados hacia la profundidad con la misión de proteger directamente Coquimbo, Concepción, Valparaíso y principalmente Santiago, que es la capital. En cuanto a la organización, se fijan tres Divisiones (Coquimbo, Concepción y Valparaíso) y cada una de ellas conformadas por un Destacamento de Costa y uno del Interior, los que reflejan los Campos Volantes y Cuerpos de Reserva.

Lo anterior se complementa con un conjunto de acciones, como, por ejemplo, el traslado a la capital de las fuerzas de veteranos que están situadas en Valdivia, reforzar Concepción con parte de esas fuerzas de veteranos, designar comandantes de asambleas²⁷ y otras consideraciones.

Les estoy haciendo una descripción de esto para que veamos la magnitud de lo que significaba el Plan Mackenna y lo que se pretendía.

Prefiero no hacer un juicio de valor sobre este plan, ya que al reflexionar con factores de análisis propios de la guerra moderna sobre

26 El término "guarnecer" es utilizado en el vocabulario militar y se entiende como tal el instalar tropas en un determinado lugar, con un mando centralizado y adecuados medios de enlace. Por lo tanto "guarnecer" las fortificaciones significa asignar unidades militares en cada una de ellas, con una misión por cumplir. En este caso, los mencionados Campos Volantes son los encargados de proteger las fortificaciones y bloquear los posibles desembarcos.

27 Los 25.000 hombres que debían provenir de la ciudadanía no eran fuerzas permanentes. Éstas serían citadas a instrucción por un período de 15 días al año. Cada oportunidad en que se juntaban los ciudadanos para cumplir con la instrucción se denominaba "Asamblea". Sin embargo, los mandos sí eran una estructura permanente ubicada en el lugar donde se citaba a la "Asamblea", con el propósito de controlar y entrenar a las milicias en los lugares de trabajo o donde vivían.

un documento elaborado hace más de 193 años no se obtiene un buen resultado. La contextualización debe hacerse con y en los escenarios bélicos de la época (Europa) y educación militar del general Mackenna. Así y todo, en forma superficial me parece una concepción absolutamente defensiva.

Pero, preguntémosnos: ¿cuáles eran las condiciones reales del país para llevar adelante una organización integral capaz de enfrentar una posible ocupación?

Enfrentando el plan con la situación del país, es definitivo que no se estaba en condiciones de llevar adelante tal organización, por los siguientes motivos:

- Solamente en armamento significaba un costo de 167.000 pesos, sin considerar el establecimiento de una fábrica de armas que se cumple más adelante (incluso hubo un nombramiento de un jefe para establecer la reparación y elaboración de armas y se le solicitó a la Junta de Buenos Aires que mande personal especialista para instruir en eso, lo que tampoco tiene éxito); la construcción de los fuertes artillados, que ya los vimos; movimientos del personal, y abastecimientos. Por otra parte, el establecimiento de las unidades de línea tenía un costo de 163.700 pesos en sueldos anuales (no las milicias).
- La economía de la naciente república no estaba en condiciones de solventar tal gasto en forma inmediata, independiente de los intentos que se hicieron para comprar armamento a Londres y Estados Unidos. Dos años más tarde se hizo realidad la llegada del armamento.
- Además, no resultaba fácil la movilización de las milicias. Se necesitaba una fuerza de 25.000 hombres provenientes de las labores agrícolas. Muchos se mostraron contrarios a esta medida, porque disminuía la mano de obra. Estaba también la reticencia de la población para enrolarse al ejército. Tampoco existían oficiales capacitados para instruir a la tropa.
- Las fuerzas veteranas se encontraban en las provincias del sur. Eran difíciles de trasladar por su arraigo a la zona. Había necesidad de guarnecer la “línea de la frontera” y existía fuerte obediencia a la monarquía. Recordemos que existían fuertes en Talcamávida, Mesamávida, Yumbel, Tucapel, Los Ángeles,

Nacimiento, Santa Juana, Santa Bárbara, San Carlos, Mulchén y Arauco.

¿Con qué tiempo se debe llevar adelante la empresa para lograr los efectos esperados?

Aunque existió la necesidad inmediata de prepararse para una eventual ocupación –tal como lo señala Mackenna– no se fijó un límite de tiempo, más bien quedó atado a las actividades que se necesitaba desarrollar. Mackenna dice: “propongo este conjunto de acciones o de actividades”. Él estaba consciente de que se tenía que hacer en forma inmediata; sin embargo, las actividades que debían cumplirse excedían el número de lo que se debía de cumplir, las que claramente resultaban ser superiores. Estimo que un plan de esta envergadura no estaba ajustado a las necesidades inmediatas.

¿Cuál es la situación de los aliados internacionales?

El aliado más seguro era la Junta de Buenos Aires. Se le solicitó que hiciera el encargo de armas a Inglaterra o a Estados Unidos, junto con requerirle una cantidad de fusiles y sables recibidos al este de la cordillera. Barros Arana señala que este encargo no fue afortunado. Buenos Aires no estaba en condiciones de apoyar las necesidades del gobierno de Chile, específicamente en cuanto armamento.

Por lo tanto, podemos concluir que este documento estaba sujeto a ciertas “presunciones básicas”²⁸ que debían cumplirse para hacerlo realidad:

- Primero: un erario nacional solvente.
- Segundo: apoyo de los ciudadanos para integrar las unidades con oficiales capacitados para su instrucción y entrenamiento.
- Tercero: éxito en las negociaciones para la obtención de armamento.
- Cuarto: que el virrey continúe solventando el erario de los veteranos en el sur.

28

Esto significa que el plan está sujeto a ciertas condicionantes que deben “darse” o “cumplirse” de lo contrario es muy difícil que se coloque en ejecución.

Por otro lado, el privilegiar excesivamente los factores geográficos, como queda de manifiesto en esa parte, hacen ver posiciones estáticas como lo son las fortificaciones de costa. Quizás la proposición de la creación de una Escuadra Nacional le hubiera otorgado mayor movilidad al plan y no habría sido necesario esperar al adversario en el propio territorio.

Sin embargo, es evidente la preocupación de Mackenna, en ciertos aspectos que en el futuro se hicieron realidad, como los siguientes:

- Incorporación de Chiloé: en la creencia de que las relaciones políticas con el Perú iban a variar muy luego, y que en nada le interesaban, aconseja que por ser una importante posición no se debe permitir por más tiempo que dependa de un reino distinto.
- Con respecto al trato con los indígenas: establece providencias preventivas, como el manifestar las grandes ventajas que les han de resultar del sistema de gobierno —él propone el nombramiento de tres o cuatro diputados que tratasen directamente con el gobierno los medios de estrecharlos en lazos de paz y comercio, y si es posible devolverles la ciudad de Imperial.²⁹
- Establecimiento de una Escuela Militar: en vista de no existir ningún establecimiento ni colegio que reciba a los jóvenes para que se dediquen a la carrera militar y puedan adquirir los conocimientos necesarios “para todos los cadetes indistintamente de los cuerpos veteranos del reino”. Como modelo, fija el colegio de Segovia.
- Visión de conjunto: concluye su documento indicando que todo lo informado tiene carácter de parcial, por cuanto la idea principal consiste en un plan combinado por toda la América española para su defensa general, cuya noticia liberraría de esfuerzos europeos para maquinarse una empresa contra la más débil posesión.

Cabe destacar que este informe fue la base para la organización de las unidades de línea que se necesitaban en Santiago, quedando

29

Si bien es cierto, esta proposición no resultó, se deja constancia de ello como una forma de demostrar su preocupación y previsión en lo que más tarde fuera la práctica gubernamental que logra la pacificación en la década de 1880.

ratificado por decreto expedido por la Junta de Gobierno de fecha 2 de diciembre de 1810, con un total de 1.723 plazas, distribuidas en infantería, caballería y artillería.

Por lo tanto, me atrevo a dar cuenta de dos grandes conclusiones:

- El Plan de Defensa de Mackenna, por el título se puede advertir que no es tal. Lentamente se va transformando en un documento integral bastante descriptivo, detallado en varias de sus partes y reflexivo. Como resultado se obtuvo un documento de desarrollo estratégico que involucraba a las principales organizaciones gubernamentales en la toma de decisiones, imposible de llevarlo adelante con la urgencia requerida por las condiciones que vivía en país. Ello queda demostrado con la organización de una fuerza militar de línea que se circunscribía exclusivamente a la defensa de la capital con regulares condiciones de operatividad por la falta de oficiales preparados y contingente experto, aunque actuó con éxito al restituir el orden en abril de 1811 ante el “Motín de Figueroa”.
- Las previsiones contenidas en este documento fueron una realidad en el tiempo, como ser:

- Adquisición de armamento y equipamiento de una fuerza militar entrenada. Prueba de eso es el envío de refuerzos a la provincia de Mendoza.
- Incorporación de Valdivia al territorio nacional en el año 1820.
- Incorporación de Chiloé al territorio nacional con las expediciones del general Ramón Freire a partir de 1823.
- La creación de la Escuela Militar por el general Bernardo O’Higgins en marzo de 1817.
- Creación de la primera Escuadra Nacional por el general Bernardo O’Higgins.

Estas reflexiones podrían tener una explicación. Este plan pudo haber sido concebido en dos grandes momentos: aquellas acciones que debían ser abordadas en forma inmediata y otras a largo plazo. De ser así, es razonable que las acciones ejecutadas principalmente en el gobierno de O’Higgins tuvieron una mirada al conocido Plan Mackenna.

Volviendo a la hipótesis inicial, por las características del documento ya explicadas puedo entender que el trabajo de Mackenna no tuvo resultados inmediatos, pero es muy posible que en largo plazo sí.

EL EJÉRCITO DE LOS ANDES

TENIENTE CORONEL GUILLERMO HORACIO LAFFERRIERE¹

Me presento ante ustedes con dos sentimientos: el orgullo y la admiración. El orgullo por poder representar a mi ejército en esta tan importante Primera Jornada de Historia Militar en Santiago, la admiración por el pueblo de Chile que supo dar hombres de la talla de O'Higgins, de un Prat y de esa Cuarta Compañía del Sexto de Infantería "Chacabuco".

Mi currículum les indica que no están en presencia de un historiador ni de un académico. Soy un oficial de infantería interesado en el tema de la historia militar y convencido de que la historia militar le sirve al oficial en actividad para adquirir experiencia, para conducir operaciones. En ese espíritu de tratar de sacar experiencia es que voy a desarrollar esta exposición. Pretendo que tengan una idea del esfuerzo que resultó crear de la nada esa herramienta formidable que fue el Ejército de los Andes y al mismo tiempo que es uno de los objetivos que vamos a ver más adelante, el grado de interacción que hubo entre chilenos y argentinos para que esa gran empresa pudiera ser llevada hacia un fin tan noble como fue conquistar la independencia de la Argentina y de Chile.

Vamos a ver las preliminares de la campaña, la preparación del Ejército de los Andes, la planificación del cruce de la cordillera, el cruce mismo con los itinerarios de las diferentes columnas y finalmente algunas conclusiones.

No podemos concebir al Ejército de los Andes sin las personalidades relevantes de O'Higgins y San Martín. Ellos tuvieron más coincidencias de las que a priori se nos pueden ocurrir. Nacieron en la misma

1 Oficial de Estado Mayor del Ejército argentino, veterano de guerra, instructor de andinismo, esquiador militar, aptitud especial en Mecanizados. Participó de las operaciones militares desarrolladas en las islas Malvinas, también estuvo con el Batallón Ejército Argentino III en Croacia. Fue Segundo Jefe del Regimiento de Infantería "Teniente General Pedro Eugenio Aramburu". Ha publicado numerosos artículos sobre historia militar y sobre temas militares en las siguientes publicaciones: Revista Militar- Círculo Militar Argentino; Revista de la Escuela Superior de Guerra del Ejército Argentino; Manual de Informaciones del Ejército Argentino; Military Review (Escuela de Guerra del Ejército de Estados Unidos de Norteamérica); Revista Ejército (Ejército de España). Es autor del libro "Ensayos militares de la guerra del Golfo Pérsico del año 2003". Actualmente se desempeña como Jefe de la Sección Planes de la Escuela de Infantería "Teniente General Pedro Eugenio Aramburu".

época, en hogares rurales, se educaron en Europa, volvieron a Sudamérica para formar ejércitos, supieron de victorias y derrotas, concibieron al ejército que servían como un instrumento para lograr un objetivo político concreto, cual era la independencia de sus respectivos países, conocieron la ingratitud de mucho de sus contemporáneos e inclusive murieron lejos de sus patrias. San Martín y O'Higgins son el elemento clave para comprender el tema del Ejército de los Andes y mi objetivo fundamental es hacer notar la interacción que hubo entre chilenos y argentinos para concretar esta empresa.

Vamos a ver un poco los preliminares de la campaña. Son muchos los aspectos, pero me voy a referir a los puntos más importantes.

En septiembre de 1814 el general San Martín venía de dejar el Ejército del Norte, que era una agrupación militar que tenían las Provincias Unidas del Río de la Plata, como se conocía la Argentina en esa época, y que trataba de llegar a obtener una victoria contra los realistas que estaban en Perú intentando hacer el camino por el Alto Perú, la actual Bolivia. En ese accionar ese Ejército del Norte tuvo una gran cantidad de éxitos y una similar cantidad de rotundos fracasos que llevó al convencimiento de que ese camino no era el más adecuado para tratar de lograr la derrota de los realistas que estaban en Perú. San Martín también tenía problemas de salud, y logró que el gobierno lo mandara hacia Cuyo como gobernador. En un momento dado algunos historiadores argentinos consideran que a San Martín se le planteaban dos opciones. La primera era pasar a ofrecer sus servicios militares directamente en Chile, porque su situación con algunos políticos argentinos era realmente muy mala, no estaba siendo muy bien considerado ni bien visto y llegó a pensar en dar sus servicios en territorio chileno; y la otra era colocarse al frente de una división auxiliar de argentinos que estuvieran combatiendo en Chile.

Todas estas opciones cambian radicalmente con Rancagua. Esta batalla es una muestra indudable del valor de Chile para poder pelear por su independencia y la decisión de O'Higgins de continuar la lucha aún en la adversidad, organizando del otro lado de la cordillera una fuerza militar. Cambia esto cuando San Martín ve que todo Chile había caído nuevamente en manos de los realistas. Cuando se entera de que una gran cantidad de emigrados iba a empezar a arribar al otro lado de la cordillera, es decir, sobre territorio argentino. Organiza lo que podríamos

considerar, en términos de nuestro tiempo, una gran ayuda humanitaria para esa gente, reuniendo una apreciable cantidad de animales, comida, y otros elementos para poder ayudarlos. Es en ese momento, el 11 de octubre de 1814, cuando San Martín toma contacto por primera vez con el futuro libertador de Chile, O'Higgins, solicitándole que se haga cargo de todas las fuerzas chilenas que venían entrando a territorio argentino.

Toda la creación del Ejército de los Andes se desarrolla en un marco estratégico general malísimo y que inclusive iba empeorando a medida que el ejército estaba más próximo a iniciar la campaña, es decir, el cruce propiamente de la cordillera. Al momento cuando cae Chile, las Provincias Unidas del Río de la Plata, Argentina, era el único territorio que todavía no había sido sometido por los realistas. En el Alto Perú, Bolivia, se produce un verdadero desastre para las armas argentinas que es Sipe-Sipe, donde queda abierta completamente la ruta del norte para que las fuerzas del Alto Perú cayeran directamente desde esa dirección sobre el centro de Argentina. Asimismo, las diferencias internas que había en Argentina provocaron luchas civiles entre algunos caudillos, como nosotros conocemos a algunos hombres fuertes que había en las provincias, los que se rebelan contra la autoridades argentinas y en el mismo momento que estamos en guerra contra los realistas, en la Argentina estamos en una guerra civil haciendo que los recursos sean cada vez más escasos para poder ser dirigidos hacia el esfuerzo real que tenía que haber sido dado en la guerra contra los realistas. Asimismo, se produce en la Banda Oriental, como se conocía en esa época la actual República Oriental del Uruguay, una invasión del Imperio portugués, que hace también que el gobierno argentino se vea en la disyuntiva de qué hacer, apoyar a los caudillos que querían combatir en Uruguay, contra los imperialistas que venían de Brasil, o apoyar otro tipo de acciones militares contra los realistas. Todo un dilema. En ese entorno también se establece en Argentina un congreso que buscaba la independencia y la creación de una constitución que primero se estuvo reuniendo en Tucumán, en el norte de la Argentina, el cual nombra en mayo de 1816 al coronel Juan Martín de Pueyrredón. Sin entrar en consideraciones políticas muy profundas sobre los problemas en ese momento de la Argentina, él es otra clave para el Ejército de los Andes, porque, ante este panorama tan difícil de la situación estratégica general, decide que el apoyo debía ser dado a la guerra contra los realistas. Esto le cuesta la enemistad manifiesta del resto de los caudillos, sobre todo de la zona del litoral.

Sobre la preparación del Ejército de los Andes, los militares tienen tendencia general a enamorarse de las grandes maniobras. En Argentina decimos las flechas, las grandes flechas que caen en la profundidad del dispositivo enemigo con gran iniciativa, velocidad, vehículos blindados que se mueven y en cambio a mirar con ojos de aburrimiento y de sopor todos los aspectos que tengan que ver con la logística. Esto porque la logística en realidad al militar lo lleva hacia el planeta tierra, porque hay que considerar cuestiones como alimentar a la tropa, darle munición, abastecimiento, dónde dormir, es decir de ese tipo de cosas es de lo que vamos hablar a continuación: los problemas logísticos para crear al ejército. Posteriormente iremos viendo cómo se fue formando directamente en lo que tenga que ver con lo militar para hacer la guerra, pero los ejércitos marchan sobre sus estómagos, como decía Napoleón en esa época y aún hoy.

El principal problema era crear el ejército y sostenerlo. Ese era el gran dilema, porque se sabía que había un enemigo con el cual se iba a enfrentar el realista. Se tenía la idea general de qué plan se podía llegar a emplear, pero el problema es que había que crear un ejército. Para la creación de ese ejército y de esa fuerza militar había que tener en cuenta cuál era el ambiente operacional en el que se iba a desarrollar la campaña, que iba a ser por supuesto la cordillera de los Andes, el principal problema a sortear. Una cordillera cuyos pasos tenían alturas que iban entre los 5.000 y los 3.400 metros, en un frente operacional donde se iban a desarrollar las acciones, es decir, donde iban a estar distribuidas distintas fuerzas de aproximadamente 800 kilómetros con recorridos máximos y mínimos entre 750 y 380, sin caminos que posibilitaran el empleo de carros rodados y por supuesto con una cordillera que no ofrecía recursos de relevancia para sostener a un ejército de relativa magnitud en operaciones.

Es clásica esta comparación que veremos. Tenemos los distintos pasos de la cordillera, en un frente que tiene 800 kilómetros. En comparación vemos un frente de 200 kilómetros, dos pasos que utilizó Napoleón en su momento, uno el monte Enis de 3.600 metros y el de San Bernardo de 2.500 metros. Pensemos en los recursos que tenía Francia en aquella época y en los pobres recursos que había en la Sudamérica del siglo XIX para montar un ejército para valorar la magnitud del esfuerzo que fue cruzar esta cordillera, con la fuerza que pudieron reunirse en la zona de Cuyo.

Para sostener logísticamente y crear este ejército se elaboró un Estado Mayor. Éste no tenía las características que posee para los militares de hoy un Estado Mayor. Para nosotros, hoy, es un órgano que está para asesorar al comandante en todo lo que tenga que ver en el planeamiento de una operación militar y para asistirlo una vez que se ha decidido sobre el curso de acción a tomar. Este Estado Mayor es una estructura hecha para crear organizaciones logísticas y conducirlas, que dieran servicios y abastecimientos a las fuerzas militares. Es para concretar lo que era el Ejército de los Andes. Estaba dividido en secciones o también en algunas fuentes las denominaban mesas. Había una primera mesa o sección que estaba dedicada a lo que tuviera que ver con artillería e ingenieros que se dividía en dos partes, un parque de artillería y armería, del cual dependía una maestranza, y una fábrica de pólvora; la segunda sección o mesa, destinada a la infantería y caballería, manejaba el tema de la remonta y de la veterinaria. La remonta le decimos en el Ejército argentino a todo lo que tiene que ver con la obtención del ganado y su cambio cuando es necesario. Además había una comisaría de guerra dividida en dos mesas o secciones, una con todo lo que tiene que ver con intendencia, es decir la comida, el vestuario y proveeduría y sanidad, y una cuarta sección que se encargaba del tema de finanzas del cual dependía el Batán de Tejada.

Algunos detalles importantes para ver cómo interactuaban en este Ejército de los Andes. El servicio de finanzas estaba a cargo del capitán Juan Gregorio Lemus. Este servicio tenía por misión recaudar todos los recursos económicos necesarios para poder organizar el ejército. La idea, o por lo menos la intención, que se tenía, era tratar de vivir lo menos posible del territorio chileno, es decir tratar de hacer la menor cantidad de requisas posibles y en lo que fuera factible pagar por lo que se usara. Se llevó una escrupulosa contabilidad de todos los recursos, registros de cuánto dinero se les daba a los espías y en qué oportunidad, para obtener información de lo que estaba pasando en territorio chileno. Para que se den una idea, un cañón de bronce en esa época salía alrededor de 1.200 pesos, un fusil de los que usaba la infantería alrededor de 14 pesos y los sueldos de un sargento eran alrededor de 2 pesos, medio sueldo mensual, que en realidad no he podido determinar a qué se estaban refiriendo, pero estoy suponiendo que habría sido un doble de lo que podría haber cobrado un sargento para un oficial. Los cabos cobraban 12 reales por semana y un soldado un peso a la semana.

Los recursos que se podían obtener en Cuyo eran bastante escasos. Cuyo, en comparación con otras provincias, de las que componen la actual Argentina, estaba más retrasado que el litoral o la zona de Buenos Aires. Dependía mucho del intercambio comercial con Chile, pero éste se ve cortado abruptamente a partir de los hechos de Rancagua, por lo cual una fuente de recursos, que era la imposición del comercio, estaba trunca. La gobernación de Cuyo en esta época estaba comprendida por las provincias actuales de San Juan, Mendoza y de San Luis. Las fuerzas militares que había ahí eran exiguas y de bajísima calidad y en eso coincidió en cuanto a que las milicias de aquella época, por lo menos en la Argentina y todas las que se remontaban en las provincias, eran de una aptitud prácticamente nula para el combate. La misión principal de estas milicias era atender el problema del indio. Mendoza, toda la zona de Cuyo y el sur de la misma estaban asediadas permanentemente por los malones. Así es que la primera preocupación era hacer frente a esa amenaza, y no eran fuerzas militares como para imponerse a un ejército regular. Sí, había en Cuyo algunos artesanos o mano de obra con cierto grado de calificación que tenían utilidad y son importantes para nuestro caso, porque servían para confeccionar o mantener algunos de los pertrechos que un ejército a principio del siglo XIX necesitaba. Así tenemos herreros, talabarteros, mineros, arrieros, ingenieros prácticos. Teniendo a estos ingenieros prácticos me refiero a técnicos, gente con una cierta habilidad para manejar metales, y bastantes jinetes experimentados por haber pertenecido a cuerpos de blandengues, que eran unidades de caballería de milicia que hacían frente a los malones en el sur del Cuyo.

Para obtener recursos en esta parte de finanzas se recurrió a un montón de arbitrios. Básicamente la imposición sobre los realistas o personas que no estuvieran a favor de la causa. A esas personas se les hizo pagar o se les requisó gran cantidad de bienes y dinero. Hay un caso muy curioso: un señor Martínez de Rozas, que era un patriota que había en la zona de Cuyo y que muere dejando una herencia no escrita, no bien completa, y San Martín interpreta que este patriota habría querido donar 12.000 pesos para el ejército, así que directamente los expropia y los manda a un fin no particular.

El parque de artillería que habíamos mencionado estaba a cargo del Comandante Regalado de la Plaza, que vino de Buenos Aires, y de un chileno, el capitán Picarte. Este parque de artillería y armería cumplía las funciones que hoy podríamos mencionar de una especie de gran

depósito, donde se ejecutaban tareas de mantenimiento menor. Todo aquel material necesario para el ejército, armamento, medios de atalajes como monturas y otro tipo de cosas necesarias como cargar material en el ganado. Cuando había alguna reparación de una importancia mayor se la mandaba a la Maestranza, que en un primer momento dependía de ellos. La dotación inicial, es decir, con cuánta munición se estaba trabajando para dotar al ejército, era de solamente 100 tiros por soldado de infantería y 5 piedras, que no son para arrojar, sino para que el fusil pudiera producir la chispa y disparar; y 120 tiros por pieza de artillería, que es una cifra aun relativamente importante. No se podía preparar material pesado, porque no se iba a estar en condiciones de ejecutar el traspaso de la cordillera con el mismo. El peso del material era un factor crítico e inclusive se trajeron de Buenos Aires dos anclajes o dispositivos que servían para el mejor traslado del material de cierto peso inevitable, como era la artillería de la época, que quedaron, cuentan algunos historiadores de la Argentina, sobre la cordillera y que no se recuperaron o se perdieron después de haberse producido el cruce.

La maestranza estaba a cargo de un fraile, fray Luis Beltrán. Dice el general Mitre, un historiador muy conocido en la Argentina, que Beltrán era una especie de enciclopedista de la ciencia. Conocía de química, física, explosivos. Era una especie de Vulcano. Así lo mencionan en la fragua donde estaba permanentemente haciendo cosas. En esta Maestranza, que después se transforma en un Parque, se construían armas, llegándose a emplear para ello campanas que había en alguna iglesia de Cuyo. También le sucedió esta situación a Pedro el Grande, el cual tuvo algún problema con la Iglesia en su tiempo. Se reparaba todo tipo de efectos de importancia y estaba organizada esta maestranza por oficios: carpinteros, torneros, herreros, rienderos etc., con un total de 102 operarios, un número bastante importante para la época.

La pólvora era otro tema crítico para el Ejército de los Andes. En las Provincias Unidas del Río de la Plata había dos fábricas de pólvora: una en Córdoba y otra en La Rioja. La de Córdoba era la que mayor producción tenía, pero voló y se perdió y la que había en La Rioja tenía una escasa producción. Se le encomienda que quede a cargo de esta fábrica de pólvora que se crea en Cuyo al sargento mayor Álvarez Condarco. Este es un personaje que aparece a lo largo de la campaña del Ejército de los Andes con cierta asiduidad. Era un hombre con muchos conocimientos de topografía y técnica. Se le encomienda ejecutar la pre-

paración de la pólvora, para lo cual se ocupa más de un millón y medio de kilogramos de salitre impuro y 800 de purificado que había en Mendoza. Se llegaron a producir 23 kilos de pólvora por día hasta que se agota totalmente la existencia del salitre. Posteriormente la pólvora comenzó a arribar desde Buenos Aires y desde otros lugares más.

Todos estos los problemas eran críticos, pero el de la remonta y la veterinaria era grave. Había una lamentable escasez de ganado caballar y mular. Se hizo una gran cantidad de requisa en todo el ganado de la zona de Cuyo y el ejército marchó a la campaña del cruce de la cordillera con cerca de 11.000 mulas y entre 12.00 y 1.500 caballos. Después del cruce de la cordillera a la caballería patriota solamente le quedaban alrededor de 200 caballos en condiciones de combatir, por lo cual hubo que hacer una urgente remonta en Chile, pues el ejército había perdido la caballería.

El Servicio de Intendencia y Proveeduría estuvo a cargo de un señor Domingo Pérez. El abastecimiento de alimento también fue una cuestión de gran importancia y hubo acá un detalle que quizás viene de la experiencia europea que se pudo haber traído porque se trataron de crear depósitos tanto en los dos caminos de Uspallata y en la zona de Manantiales. Como depósito secundario en Leiva y Los Patos para que la tropa pudiera hacer uso de esos abastecimientos en la medida que iba progresando. Además se creó otra reserva de materiales en Cuyo para hacer frente, en caso de la eventualidad de que fueran derrotadas las fuerzas en territorio chileno y tuvieran que replegarse. Se decía en esa época que el soldado para combatir la puna o soroche debía llevar ajo, cebolla, aguardiente y vino. Quizás sea una licencia para levantar el espíritu de la tropa, no sé qué validez científica haya tenido, pero de hecho los historiadores afirman que la tropa marchó probablemente muy feliz con estas vituallas. No se evidenció hambre. Esto en los ejércitos de los siglos XVIII y XIX no era un tema menor, hacía que los ejércitos se comportaran de manera indisciplinada e hicieran padecer a la población civil para satisfacer sus necesidades alimenticias. Que no hayan sufrido hambre es todo un avance para la época.

El Servicio de Sanidad. Aquí estamos ante otro tema importante, que por lo menos para la Argentina fue toda una novedad. Estuvo a cargo, en un principio, de un peruano, que según algunos historiadores sirvió también en el Ejército de la Patria Vieja. Se llamaba Juan Isidro Zapa-

ta. Había una carencia absoluta en Cuyo de instalaciones sanitarias. Eso era común en las Provincias Unidas del Río de la Plata, con excepción de ciudades importantes, como eran Córdoba o Buenos Aires. Se creó un cuerpo médico militar con médicos que inclusive vinieron de Buenos Aires, y además una legislación sanitaria. Se crearon hospitales militares, se vacunó contra la viruela a todo el ejército, se hizo una gran matanza de perros para evitar el problema de la rabia, se organizaron dispensarios antivenéreos y se hicieron botiquines de campaña, de forma tal de darle a las distintas unidades de combate que iban a cruzar la cordillera la necesaria aptitud como dar un servicio de sanidad eficiente a las tropas.

Hay una lista de todo el personal médico que sirvió en el Ejército de los Andes, desde un teniente coronel médico a cargo hasta enfermeros, practicantes, empíricos, boticarios y una gran cantidad de gente que constituyó un hospital de campaña que marchó al otro lado de la cordillera con el Ejército de los Andes.

El Batán de Tejada era un molinero de Cuyo el cual dio sus instalaciones donde se hacía harina para crear un mecanismo para preparar telas. Trabajó con un chileno, Dámaso Herrera, que parece tenía mucho conocimiento en todo el tema de las telas. ¿Cuál era el problema? Las telas que había dado la provincia de San Luis eran muy delgadas y de pésima calidad y no estaban en condiciones de darle el abrigo necesario a la tropa para el cruce de la cordillera. Entonces se recurrió a la técnica del abatanado, que por lo que pude averiguar consistía en someter las telas a una serie de golpes, hasta tanto –por un proceso para mí hasta ahora mágico–, se agrandaban las mismas. Se usó como maquinaria el molino que se modificó para que pudiera hacerse el golpe de las telas. Éstas fueron teñidas por mujeres de Mendoza, y una señora de Chile, doña Dolores Prast de Huysi, quien estuvo a cargo de la comisión de mujeres que creó la bandera del Ejército de los Andes. Esta bandera inclusive tenía bordadas algunas joyas y se dice también que habrían sido donadas para este fin.

Algunas conclusiones parciales sobre este tema logístico tiene que ver con aspectos eminentemente militares. La organización de este elemento logístico respondía a la necesidad de la tropa de la fuerza militar organizada. Se aplicó la experiencia europea en la organización para el combate de forma tal de darle a cada una de las columnas que iba a conformar el ejército la autonomía mínima necesaria como para operar sin estar dependiendo directamente de un comando superior. Se aprovechó íntegramente los

recursos de la zona, que es un principio logístico todavía vigente. Además se ve cómo chilenos y argentinos colaboraron en esta causa común de organizar un ejército para remontar la cordillera. El tema de las provisiones de los apoyos y los depósitos adelantados de reserva era toda una novedad en las disposiciones militares en la Argentina de aquella época.

Vamos ahora a la formación de las fuerzas del Ejército de los Andes. Éste se formó sobre la base mínima de las milicias, ésas que mencioné al principio, de emigrados chilenos que vinieron luego de Rancagua, de algunas fracciones de ejército auxiliar argentino que estuvieron combatiendo en Chile. Algunas de ellas, a las órdenes de Las Heras, estaban dando seguridad en los pasos cordilleranos ante la eventualidad que se produjera un ataque realista sobre el territorio de Cuyo. ¿De qué forma perdieron la oportunidad los realistas de accionar simultáneamente desde el norte y desde el oeste para aplastar a la revolución en ese momento? Vinieron contingentes desde Buenos Aires y se hizo una leva con personal de Mendoza y empezaron aparecer los negros. Nosotros en Argentina denominamos así a esas unidades de libertos que formaron el actual Batallón Infantería 8 que hoy es Regimiento de Infantería Mecanizado 8 y lleva el nombre de quien fuera su Comandante de División en Chacabuco, el General O'Higgins; el Batallón de Infantería 7, el Batallón N°1 de Cazadores, un batallón de artillería que se forma con unas piezas que vienen desde Buenos Aires y con artilleros que vienen también desde Chile y el Regimiento Granaderos a Caballo que estaba formado de 4 escuadrones. El regimiento estaba en realidad disperso en la geografía de las Provincias Unidas; había 2 escuadrones en el Alto Perú, el tercero y cuarto en Buenos Aires y se pide que los mismos vuelvan y se reúnan en Mendoza. Además se crea un quinto escuadrón que se denomina Escuadrón Escolta, básicamente con jinetes de la región de Cuyo. Hay un aspecto importante: se constituyeron fuerzas para que operaran como reserva en caso de un revés. No solamente se previeron esas fuerzas, sino la logística para hacer frente a una derrota ante los realistas.

Un ejército se forma con recursos, pero se necesita instrucción para organizarse una máquina militar. Para eso se tomó un sector de un terreno de un campamento que se llama El Plumerillo, aproximadamente a 4 kilómetros al noreste de la ciudad de Mendoza. En ese lugar, del que algunos historiadores dicen que no era un terreno demasiado apto desde el punto de vista de la salud, estaba muy cerca de Mendoza y facilitaba las relaciones políticas en ese momento. El soldado llegaba y

tenía un período inicial de 30 días aproximadamente y después se lo iba agrupando en las distintas organizaciones mínimas y ahí creciendo para poder trabajar de manera conjunta como una organización militar.

Había un gran problema, que es la falta de profesionalidad en los cuadros del ejército, oficiales y suboficiales. No había escuela para oficiales y suboficiales y eso se fue de alguna manera paliando con lo que nosotros llamamos en Argentina la “escuela de regimiento”. Una vez que la tropa terminaba sus actividades diarias, los oficiales iban a esa escuela en cada uno de los regimientos y se trataba de darle algún conocimiento del desarrollo de algún tema táctico o ejemplificado de cuestiones de historia militar, de manera de otorgar cierto grado de preparación a personas que en realidad carecían de ella. Se usó algunos oficiales que venían de las milicias de la zona de Cuyo y como soldados distinguidos ingresaron al ejército, hasta tanto fueran mejor capacitados para poder desempeñarse como oficiales. Un importante tema es la integración que hubo de oficiales y personal chileno en el ejército. Se los empleó en el Estado Mayor, en el Batallón de Artillería, del Batallón 11, del Batallón Cazadores, el Regimiento Granaderos, el Escuadrón Escolta. Hasta el secretario del entonces comandante en jefe era un chileno, el señor José Ignacio Zenteno. Este aspecto de integración de los oficiales chilenos es importante por dos causas. Tenían experiencia de guerra, porque habían estado peleando con los realistas recientemente, y conocían el terreno donde se iba a operar y eso para una fuerza militar es de una gran importancia.

La inteligencia fue también un tema de mucha importancia para el Ejército de los Andes. La inteligencia estaba dirigida a tres aspectos fundamentales. Primero, obtener información sobre el enemigo y sobre el terreno y negarle al enemigo información sobre lo que se estaba haciendo para operar sobre territorio chileno. La obtención de información se hizo con la ayuda de una gran cantidad de emigrados chilenos, que, operando con nombres falsos, algunos de ellos pasaban información de manera constante de lo que se estaba sucediendo en Chile, con grave riesgo de su vida. La gran cantidad de información que estos espías proveían se elevaba al gobierno de Buenos Aires en informes de carácter reservado, en los cuales se hacía mención de cuánto se había pagado. Se había dado una remesa para que se pudiera pagar a determinados informantes. De tal forma se iba pintando la situación de acuerdo a la información que se obtenía en el territorio de Chile.

Otro aspecto de inteligencia de gran relevancia es la obtención de información sobre el terreno donde se iba a operar. Acá aparece de nuevo el sargento mayor Álvarez Condarco. Él junto con otros miembros del ejército realizaron comisiones por los distintos pasos por los que se iba a operar, en los cuales se anotaba dónde había agua, qué tipo de suelo había para el paso de las tropas, si existía posibilidad o no de vivaquear o alojarse en los mismos. Toda esa información fue levantada en diferentes croquis y distribuida posteriormente a cada uno de los comandantes divisionarios de forma tal de que tuvieron estos datos que resultan revelantes para el franqueo de la cordillera. Inclusive, se llegó a cronometrar las rutas, tomar el tiempo para tener determinaciones de cuánto iba a ser la duración del paso de un lugar a otro.

La contrainteligencia se basaba en negarle al enemigo información sobre lo que estaba realizando el Ejército de los Andes. Una prioridad fue tratar de conocer quiénes eran los informantes que desde Cuyo abastecían de información a los realistas en Chile. Se aplicaron técnicas que hoy denominamos de desinformación por medio de formas quizás no muy elegantes. Bajo amenaza de muerte, en muchos casos, se hacía escribir cartas con información mitad falsa o mitad real que llevara a engaño a los realistas. Un caso importante, el del padre Bernardo López, que venía desde Chile a territorio argentino y es capturado por uno de los piquetes de guardia. Se sospecha que podía estar pasando información a los realistas y se lo condena directamente a muerte y cuando pide un confesor, le expresa que por favor él iba a colaborar. A partir de ese momento él le dio los nombres de algunas personas que estaban realizando tareas como informantes para los realistas. Hubo algunos espías, cuentan los historiadores, que fueron detenidos y trasladados a San Luis, condenados a prisión y trabajos forzados, de cuatro a cinco años. En septiembre de 1816 se efectúa, con la idea de engañar a los realistas sobre las operaciones que podrían llegar a realizar el Ejército de los Andes, una importante reunión de San Martín con los pehuenches en la zona de San Carlos, en el sur de Mendoza. En medio de una fiesta que dicen que duró alrededor de cinco o siete días, se los convenció de alguna manera, parece ser que se llevaron bebidas, dinero y algún tipo de vituallas, de que la cuestión iba a ir por el sur y parece que los pehuenches esa información la llevaron al otro lado de la cordillera.

Las fuerzas militares que se terminaron de organizar en grande formaron el Ejército de los Andes, propiamente dicho, de aproximada-

mente 4.000 efectivos, con la misión de operar contra los realistas en Chile. Un ejército chileno que se esperaba movilizar de alrededor de otros 4.000 hombres. Entre maestranza, baqueanos, milicias, hospital móvil, unos 1.200 hombres para proporcionar lo que conocemos como servicio de apoyo de combate a este ejército durante el tránsito de la cordillera; una guardia cívica de reserva en Cuyo como de 3.000 hombres y el cuerpo de blandengues de 250 hombres para ser frente al tema crónico del indio en Mendoza; este problema se va a solucionar recién en el año 1879 en Argentina.

La organización del Ejército de los Andes respondió a la siguiente estructura. Estaban los batallones de Infantería 1 de Cazadores, el 7, el 8 y el 11, el Regimiento Granaderos a Caballo con cuatro escuadrones más un quinto escuadrón como batallón escolta y un batallón o grupo de artillería. Ésta era la organización del Ejército de los Andes, pero no la organización para el combate, que la vamos a ver más adelante.

También existían colores diferentes en los uniformes que tenían algunas de las unidades, para lo cual hay una explicación, que vamos a tratar de encontrar más adelante.

COLUMNA	ORGANIZACIÓN	RUTA
Tcnl ZELADA (columna engaño)	130 hombres (50 Mil C – 80 I)	Paso Comecaballos (La Rioja)
Tcnl CABOT (columna engaño)	140 hombres (80 Mil C – 60 I)	Paso de Guana (San Juan)
Columna principal	<u>Yang:</u> Brig Soler (2 Esc C – 2 Ca/BI 7- BI 1 – 5 Pza A) <u>Grueso:</u> Grl O Higgins (BI 7(-) – BI 8(-) – Esc C – EM <u>Retg:</u> (Esc Escolta – Hosp Mov – A Camp (-) – Pque Maes) 3.000 hombres	Paso de los Patos (Mendoza)
Columna secundaria	<u>1er Elon:</u> Cnl Las Heras (BI 11 – 30 Gran – 2 Pza A) <u>2do Elon:</u> Cap Beltrán (7 Cñ – 2 Ob – 1 Esc C Mil)	Paso Uspallata (Mendoza)
Cap Lemos (columna engaño)	30 Milicianos – 25 Blandengues	Paso del Portillo (Mendoza)
Tcnl Freyre (columna engaño)	80 Infantes (BI 7, 8 y 11) 25 Granaderos	Paso del Planchón (Mendoza)

En la organización para el combate para el cruce de la cordillera había dos columnas que eran relevantes. Una columna principal, donde iba a ir la masa del ejército, y una columna secundaria. La columna principal por el paso de Los Patos llevaba una vanguardia a cargo del Brigadier Soler. El grueso a cargo del general O'Higgins y una retaguardia con los hospitales con el escuadrón escolta y otros elementos más. Esta columna iba por el paso de Los Patos. La columna secundaria, a cargo de Las Heras, estaba organizada en dos escalones, uno al mando de Las Heras propiamente dicho y el segundo del Capitán Beltrán que iba por Uspallata. Según los historiadores, el paso Uspallata era el que mejores condiciones tenía para cruzar la cordillera y es precisamente por el cual va a marchar el material más pesado del Ejército de los Andes. Después teníamos una serie de columnas en el norte, una columna del teniente coronel Zelada, que es dada por el Ejército del Norte del General Belgrano, la columna del teniente coronel Cabot, la columna del capitán Lemos y la columna del teniente coronel Freire, que tenían misiones diferentes.

El esquema general del Plan de Campaña contemplaba un objetivo político: la independencia de Chile y un objetivo militar: tratar de derrotar a los realistas en una sola batalla una vez producido el cruce.

La idea era invadir con fuerzas importante sobre Los Patos y Uspallata, con las fuerzas principales, y amenazar para tratar de llevar a un engaño a los realistas en otras zonas para obligarlos a los mismos a diseminar sus fuerzas.

En la ejecución de la maniobra se quiso engañar a los realistas. La idea era que la fuerza militar iba a ir por el sur y accionar sobre Santiago desde dirección sur al norte. En realidad las cuatro columnas fueron de engaño y las dos columnas principales terminan confluyendo sobre el valle del Aconcagua.

Este es el orden de batalla. Parece un poco confuso, pero la guerra es un poco así. El análisis del orden de batalla realista y el propio del Ejército de los Andes permite ver que estamos en presencia de fuerzas similares en cuanto a los números y de las capacidades de una y otra. El problema en la guerra no es tener más o menos fuerza que el otro, sino que es cuando soy más fuerte que el otro en un momento dado. El tema es que este plan de engaño sirvió para que los realistas dispersaran en

exceso sus fuerzas. Sería también el motivo de otra conferencia tratar de buscar la explicación de ¿por qué los realistas no designaron de una forma temprana un comandante operativo que se hiciera cargo de todas las fuerzas que disponían y dar un combate de una forma diferente al que hicieron?

A continuación vamos a ver cada una de las columnas. La columna del teniente coronel Zelada la dio el Ejército de Belgrano, que estaba operando sobre el Alto Perú. Esta columna estaba compuesta por 50 hombres del Ejército del Norte y 80 milicianos. La columna pasó por la zona de La Rioja, por el paso de Comecaballos, en dirección a Copiapó. Tuvo después enlace con la columna de Cabot, que venía más al sur. Chocó con una pequeña flota española que venía desprendiéndose de La Serena en dirección al norte y contribuyó a crear un engaño sobre las fuerzas realistas, sobre cómo podía venir el ataque.

La columna que venía inmediatamente al sur era la de Cabot, con el siguiente detalle. 20 hombres del Batallón 1 de Cazadores, 20 hombres del 8, 20 hombres del Regimiento Granaderos a Caballo. ¿Cuál podría haber sido la explicación? Esto lo discutimos en la Maestría de Historia de la Guerra en la Argentina y la única conclusión a la cual llegamos es que se trató también de algún tipo de engaño, para que las tropas realistas que pudieran estar en los pasos dando seguridad creyeran que eran la vanguardia de otros escalones de esas unidades que más a la retaguardia pudieron avanzar. Es la única explicación racional para esta mezcla de tropas, porque no creo que haya sido por un problema de representatividad o porque todas estuvieran en todos lados. Tiene que haber respondido a algún criterio de lógica militar.

Ochenta milicianos que también avanzaban con ellos iban en dirección a La Serena y Coquimbo cruzaron por el Paso de Guana. Antes de San Juan todas estas columnas tuvieron una serie interminable de escaramuzas, acciones y reacciones. Muy importante en éstas, es que empezamos a ver por primera vez, el 7 de febrero, la incorporación de insurgentes chilenos que se fueron plegando a estas tropas. En este aspecto vamos a ver la importancia que tiene Freire en la columna del sur y en el gran levantamiento que el produce en esa zona.

Desde el punto de vista militar es importante destacar que cada una de las columnas buscó cuanto antes mantener algún enlace con las

que estaban al norte o al sur, de manera de mantener la integridad de las fuerzas como un todo, a pesar de que ellas estaban dispersas en un frente muy amplio.

A continuación mostraremos por dónde fue la columna de Uspallata. Por Puente del Inca, la columna que iba más al norte va a pasar muy tenuemente casi al sur; la columna sirvió de guarda flanco sur a lo que vendría hacer el grueso si se quiere del Ejército de los Andes franqueando la cordillera, que confluye todo sobre el valle del Aconcagua.

La división del coronel Las Heras, que es la que pasa por Uspallata, estaba organizada con granaderos, un batallón de infantería y piezas de artillería. Esto responde a un criterio que hoy podríamos denominar de armas combinadas y significa que cada una de las divisiones tuviera la suficiente autonomía de las tres armas que había en esa época, como para poder combatir o dar un combate, aunque sea menor, con cierta independencia operativa y dar el combate con apoyo de fuego, con elementos mínimos de caballería, etc. Esto es experiencia de Europa, es indudable. Atrás marchaba lo que quedaba del batallón de artillería, el tren de campaña con todos los elementos logísticos y, por supuesto, otra vez los famosos milicianos de los que ya hemos hablado bastante.

Esta columna va saliendo en diferentes fechas. El primer escalón y el segundo van por la zona de Uspallata. Tiene un combate de Pilleutas, otra serie de combates que se van produciendo y llegan a recibir una orden de parte del Comandante del Ejército de detenerse por 48 horas, porque la columna estaba avanzando más rápido de lo que era aconsejable para permitir la confluencia que iba principalmente al norte en oportunidad. Ahí llega el 3 de febrero la orden de detenerse por cuarenta y ocho horas, alcanzando su zona de reunión el 8 de febrero sin mayores inconvenientes.

La columna principal estaba organizada en dos divisiones importantes. Una vanguardia al mando de Soler con una organización de un Escuadrón de Caballería del Regimiento Granaderos y cuatro compañías de infantería, que venían a conformar un batallón, y otro agrupamiento con un escuadrón de caballería, un batallón de cazadores y una batería de artillería. Como se ve, hay presencia de las tres armas nuevamente y un criterio divisional para el empleo de la organización.

El grueso del ejército venía a cargo de O'Higgins, y vuelve a repetir este tema del equilibrio de fuerza con el agregado del hospital de campaña. Esto es muy importante para la época. No era común por lo menos en las Provincias Unidas del Río de la Plata atender al problema de la evacuación y la atención de los heridos. La cuestión de los heridos tiene que ver directamente con la moral de la tropa, porque un soldado que sabe que existe un sistema sanitario que mínimamente está en condiciones de darle algún tipo de ayuda en caso de ser herido, combate de una forma diferente a que cuando sabe que eso no es posible.

Estas columnas salen en diferentes horarios y días, y logran confluir después con la de Las Heras en la oportunidad que estaba prevista. San Martín en realidad es el último en salir, bastante después que la columna del general O'Higgins, que ya había partido y se une al Ejército en pleno movimiento. En Argentina hay una tendencia a creer que San Martín cruzó en un brioso caballo blanco y que en algún lugar se detenía para ver el pasaje de sus tropas como si fuera un Napoleón, viendo cruzar el Beresina; pero no, cruzó enfermo, en muy malas condiciones, y lo más probable montado en una mula, como lo hizo también la infantería patriota que lo hiciera montada para tratar de preservarla del rigor de la marcha sobre la cordillera. Eso es lo que hay que rescatar de estos próceres, que supieron sobreponerse a todas sus limitaciones.

La columna que va al sur de la del Coronel Las Heras, que he denominado como una columna del guardaflanco sur, que sale del famoso fuerte San Carlos, llevaba blandengues y milicianos y se reúne con los aborígenes, que también iban en dirección sur.

Y la última columna es la de Freire, que llevaba otra vez hombres del 7, del 8, del 11, del Granaderos, milicianos, en número no determinado, pero muy importante, también gran cantidad de armamento. Freire tenía relaciones, y la experiencia de los insurgentes que estaban peleando en el sur de Chile y tenía la misión de abastecerlo del armamento necesario como para que pudieran iniciar acciones de mayor relevancia contra los realistas. Es así que van a poder ver cómo se le llegan a incorporar más de 2.000 hombres a los cuales puede abastecer, creo que parcialmente, de armamento para poder formar las fuerzas que libertarían finalmente a Chile. Se incorporan primero 600 chilenos y más adelante se levantan e incorporan 2.000 más.

Unas conclusiones desde el punto de vista militar. Planeamiento detallado: hay un pensador, el viejo Moltke, quien decía algo que todos sabemos, que ningún plan resiste los primeros cinco minutos o disparos, de acuerdo a quien lo traduzca. Sin embargo un planeamiento detallado le ayuda al militar a tener opciones y una idea de lo que se va a operar. Este ejército tenía un planeamiento de detalle, tanto en las operaciones militares que iba a desarrollar como en los aspectos logísticos para el sostenimiento de la campaña. Había un equilibrio importante entre las fuerzas de combate y logística; y éste no es un dato menor. Los militares tenemos tendencia a priorizar las fuerzas de combate, pero nos olvidamos de que todas ellas necesitan de organizaciones, instruidas y equipadas para sostenerlas, y eso tiene mucha importancia. El engaño, la dispersión y la concentración, todo eso contribuyó a generar cierta sorpresa sobre el enemigo. La sorpresa para el enemigo no es que caigan en una hora que no previó, no es solamente eso. La sorpresa es cómo me están atacando, en qué lugar me están atacando, con qué agrupamiento y con qué dispositivo. Eso se logró con armas combinadas, que es esa integración que vimos en las distintas divisiones de tropas de caballería, de infantería y de artillería que pueden darle cierta independencia operacional a cada uno de los comandantes divisionarios para hacer frente a las contingencias de la lucha.

Y me permito exponer algunas conclusiones para chilenos y argentinos de hoy. Nuestras patrias fueron creadas por la sangre de chilenos y argentinos. Tenemos mucho en común. Este Ejército de los Andes fue una muestra de la magnitud de empresa que chilenos y argentinos podemos llevar adelante juntos. El futuro tiene una sola constante: el cambio y la velocidad con que éste se va produciendo. Estamos en un mundo de grandes transformaciones, en la medida que juntos las podamos enfrentar mayores van a ser las capacidades que vamos a tener para lograr resultados más importantes. Finalmente, ¿cuál es el legado del Ejército de los Andes? El legado del Ejército de los Andes es el abrazo de Maipo, entre San Martín y O'Higgins, entre chilenos y argentinos. Me permito terminar con unas palabras que mencionó el actual Comandante en Jefe del Ejército de Chile en Buenos Aires unos pocos meses atrás. “Una vez más la común historia de Argentina y Chile se unen en un abrazo fraterno y una vez más la larga trayectoria de hermandad convoca a nuestros ejércitos”.

LA GESTACIÓN DEL EJÉRCITO DEL PERÚ

PERCY CAYO CÓRDOVA¹

El trabajo que presento es tributario de algunos textos que quisiera mencionar, porque creo que parte de este interesantísimo aporte para ubicar la historia del Ejército de Chile que se empieza a escribir es un poco acercarnos a algunas fuentes. En el caso que voy a exponer, hay tres textos de la colección Mapfre que pudo utilizar alguno de los presentes. Cuando me puse a revisar qué cosas podía haber con respecto al Ejército realista, sobre nuestro Ejército colonial, en la misma colección encontré tres tomos que he leído con atención, que me han servido en última instancia poco, porque ya han sido tocado los temas “El Ejército y Milicias en el Mundo Colonial Americano,” de Marchena Fernández; el libro de Fernando Salas López “Ordenanzas Militares en España e Hispanoamérica”, donde se descubre que esas ordenanzas de las cuales nos habló con mucha sapiencia don Miguel Simón Contreras no sólo tuvieron sus consecuencias en Chile, sino que en Perú, en Nueva Granada, etc. Es el libro que más está vinculado a los temas militares, de tal manera que creo que es en parte lo que habría que revisar cuando se escribe el origen de nuestros ejércitos, cuando digo nuestros es peruano, chileno, neogranadino.

Luego también es tributario el trabajo que voy a hacer rápidamente de una Historia del Ejército del Perú empezada a escribir hace muchos años, tres tomos de ella, titulados “De las luchas emancipadores e independientes”, pero no alcanza hasta 1814, la rebelión de Pumacahua. Luego hay un trabajo juvenil, del historiador peruano cuyo centenario de nacimiento se recuerda este año, Jorge Basadre, publicado en la Revista Mercurio Peruano el año 1928, “Bosquejo sobre la clase militar en los primeros años de la República”. A pesar de ser un trabajo juvenil, Basadre

1 Bachiller en Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Doctor en Historia de la misma casa de estudios. Miembro vitalicio del Instituto Riva-Agüero, entre otros. Es autor de una serie de publicaciones, entre ellas se encuentran: “La Guerra con Chile”, en Historia del Perú, Tomo VII, “El Ejército y la Marina del Perú Republicano, antes de la Guerra con Chile”, en: “En torno a la Guerra del Pacífico; “Historia de una Frontera”; “Perú y Ecuador: Antecedentes de un largo conflicto”; “Francisco Bolognesi” y Balance del Militarismo Peruano. Actualmente se desempeña como profesor principal de la Universidad del Pacífico, como Secretario de la Academia Nacional de la Historia y Miembro de la Comisión encargada de conmemorar el nacimiento del doctor Jorge Basadre Grohmann.

tenía entonces solamente 25 años, enseña mucho ese texto. Y después la colección documental de la Independencia del Perú, que tiene unos 90 gruesos tomos, 9 volúmenes dedicados a los temas de la Guerra de la Independencia. También voy a utilizar algunos textos constitucionales del Perú para ver cómo se forma o a qué apunta en los primeros de ellos la organización de nuestro ejército, y se puede comparar por ejemplo con el Ejército chileno, para lo cual voy a utilizar ese texto que ustedes conocen mejor que yo, “Los Anales de la República”, de don Luis Valencia Avaria, a quien rindo homenaje una vez más, quien estuvo en el Perú mucho tiempo y nos enseñó mucho de don Bernardo O’Higgins, particular personaje al cual le tenía una gran pasión.

Sobre la gestación de nuestro ejército, hablo ahora del Perú, quisiera iniciar esta charla citando unas palabras de don Mariano Felipe Paz Soldán; él dice lo siguiente: “El Perú no tenía Ejército propio; multitud de jóvenes peruanos que abandonaban las comodidades del hogar doméstico, o que interrumpían sus estudios o sus lucrativas profesiones, tenían la dolorosa necesidad de llevar escarapela extranjera; y sin embargo la gloria que éstos alcanzaban adornaban los laureles del ejército auxiliar”. Esto explica por qué se decidió crear un cuerpo denominado “Legión Peruana de la Guardia”, nombrándose como jefe al inglés Guillermo Miller, cuyo nombre está muy ligado al origen del Ejército peruano. Con razón Miller le podía decir al Presidente José Rufino Echeñique el 30 de abril de 1853, 32 años más tarde de la creación de nuestro ejército: “... yo fui el primer oficial que llevó la escarapela del Perú, y el que formó su primer regimiento”. Sé que el nombre de Miller también está vinculado a la historia chilena, no sé si a la infantería de marina especialmente.

El decreto por el cual se creaba el primer cuerpo del Ejército peruano se publicó en la Gaceta del Gobierno de Lima Independiente, el 18 de agosto de 1821. A la letra decía: “Consultando la dignidad del gobierno y el aumento de la fuerza física que debe sostener la independencia del Perú, he dispuesto crear un cuerpo, cuyo eminente privilegio sea servir de modelo a los demás, por su valor en los combates, y su disciplina en todas circunstancias. Por tanto ordeno y establezco lo que sigue:

- Se formará un cuerpo denominado Legión Peruana de la Guardia, compuesto por ahora de un Batallón de Infantería, dos Escuadrones de Caballería, y una Compañía de Artillería volante de cien plazas.

- El comandante en jefe de esta legión será el mariscal de campo Marqués de Torre-Tagle, inspector general de todas las Guardias Cívicas.
- El jefe del batallón de la guardia será el Coronel don Guillermo Miller...”

También ese día se publicaba, con la rúbrica de San Martín y de Bernardo Monteagudo, una proclama invitando a la juventud a enrolarse en ese ejército. Así nació el Ejército peruano que lograda la independencia más tarde, y que debió mantenerse pronto alerta ante las tensiones existentes en su contorno. La indeterminación de las fronteras dio pronta ocasión a que nuestros vecinos septentrionales pretendieran desconocer legítimos derechos que el Perú sostenía sobre Tumbes, Jaén, Maynas, como antes habían desconocido los que se poseían sobre Guayaquil; además se presentaron las tensiones muy explicables –y no estoy hablando de los días de la Confederación, sino mucho antes– ante la esperanza o expectativa de muchos de reunir (digo deliberadamente re-unir) el Bajo y el Alto Perú.

Ciertamente el Perú, terminada la lucha por la independencia en años muy inmediatos, vivió una situación bastante difícil.

Así los ejércitos se hicieron factor indispensable en la vida del país. Tal vez por ello pronto vio establecerse un militarismo que se prolongó por décadas y cuya máxima expresión la constituye que recién para 1872 –vale decir medio siglo después de proclamada la independencia–, llegó al poder un gobernante civil, fruto de las urnas: don Manuel Pardo.

Hemos mencionado el origen del ejército en el decreto del 18 de agosto de 1821, pero ese ejército, como sucede en los demás países, creemos, no surgió de la nada, sino heredó mucho del propio ejército que había derrotado en el ejercicio de las armas. Puede ser una paradoja, pero como lo señala Fernando Salas López en el libro mencionado, lo mismo sucede para Chile –por no citar otros casos– respecto de las ordenanzas que hemos mencionado, y que el señor general nos explicó con mucha erudición, y alguna gracia además, con respecto a los datos de la comida. Lo importante es que, a pesar de la ruptura del vínculo político con la metrópoli, esas ordenanzas se mantuvieron, las

ordenanzas de Carlos III, y a través de ellas pervivió la legislación española. En el fondo la independencia fue ruptura, pero fue continuidad. No creo que ningún hecho que aparezca como ruptura obvie totalmente el pasado, y quiero respaldarme en una expresión de San Martín, genial en mi opinión, cuando cinco meses más tarde del desembarco de Paracas, ante la necesidad de la ruptura, no quiere que haya un vacío legislativo, y entonces proclama el Estatuto Provisional, que es una especie de pre constitución que se dio en el Perú, porque no había congreso en ese momento. El 12 de febrero de 1821 recordando ahí San Martín la batalla de Chacabuco, tal vez por eso escogió ese día, para desde el Cuartel General de Huara dar este Estatuto Provisorio, cuyo numeral décimo octavo decía: “Todas las leyes, ordenanzas y reglamentos que no estén en oposición con los principios de Libertad e Independencia proclamados, con los decretos expedidos desde el ocho de septiembre anterior y con lo establecido en el presente, quedan en su fuerza y vigor, mientras no sean derogados o aborregados por autoridad competente”.

No quería pues San Martín que hubiera un vacío de tal manera que mucho de la legislación española, claro que en este caso se ha apuntado más a legislación militar, a las ordenanzas, pero por ejemplo el primer código civil que se dio en el Perú fue en 1852, mientras tanto rigió prácticamente el código civil español en todo aquello que no se opusiera. Obviamente ocurrió lo mismo con el primer código penal de 1863. Hasta entonces las normas que rigieron fueron las españolas. Ciertamente esto que debió ser algo transitorio se convertiría –en el caso de la legislación militar– en algo muy prolongado; en el caso peruano esas ordenanzas estuvieron vigentes hasta 1896-1897, durante el régimen de Piérola; realmente sustituidas, y también ocurrió eso en otros espacios de América del Sur. De esas ordenanzas de Carlos III incluso los títulos se mantienen. El documento respectivo aparece en el mismo orden: “Ordenanza de su Majestad para el régimen disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos”, el mismo título queda en el Perú, claro que no dice: “sus ejércitos”, dice: “servicios del Ejército del Perú”.

Ciertamente nuestras independencias, unas más otras menos, mantuvieron una continuidad en muchos aspectos con el régimen con el que rompían. Cuánta razón llevamos cuando hablamos de que la historia es continuidad, por más que se atreviese muchas veces por períodos de grandes cambios.

En el Perú, cuyo solo nombre aparecía como hipérbole de riqueza, como algunos lo han mencionado, no es un elogio hacia el Perú, sino que así se ve el situado, y la imagen de un país muy rico, en el Perú, digo, se tuvo desde el tiempo virreinal a las milicias como forma de servicio militar obligatorio. Ciertamente aquellas localidades que despertaron mayor ambición en los días de conflicto de España, ya sea con Inglaterra, Francia y Holanda, fueron las que se constituían en emporios de riqueza; fue el caso de Nueva Granada, especialmente en localidad tan acaudalada como Cartagena, estas milicias fueron puestas a prueba en los días de la rebelión de Tupac Amaru, que bien sabemos alcanzó hasta espacios de Nueva Granada.

Para el caso peruano y chileno habría que tomar en cuenta la actividad de don Manuel Amat y Junient, que aquí en Chile fue capitán general y presidente de la Audiencia, en el Perú fue virrey nada menos que durante 15 años desde fines de 1761 hasta 1776; y en el Perú Virreinal, Amat sería el gestor de la organización de la población en milicias y de la nobleza en un regimiento de caballería; entonces era indispensable estar preparados ante algún posible ataque inglés.

En el Perú el notable trabajo de Guillermo Lomas Villegas sobre “Las defensas militares del Virreinato del Perú” demuestra que no solamente Amat se dedica al tema; se irá mucho más atrás con Melchor de Navarra y Rocafuller, el duque de la Palata, que levantó entre 1681 y 1687 la muralla de Lima; la que parece que militarmente no tenía tanta fuerza, pero hizo de Lima una ciudad amurallada, como lo fue también la ciudad de Trujillo, por orden del mismo Navarra y Rocafuller. Más o menos las dos murallas cayeron muy próximas en 1870. Esa fue la herencia que recibió el Ejército del Perú independiente y que se transformaría en el Ejército del Perú.

Mas, siendo el Perú el centro del poder económico, político, social, cultural, etc., España concentró ahí más su poderío. No es casual que los movimientos independentistas que convergerían en el Perú, en Lima, partieran de la periferia, de los espacios más distantes de la vieja sede del mayor poder hispano: desde Buenos Aires y desde Caracas.

Eso podría explicar por qué en el Perú convergería, más que en cualquier espacio americano que luchara por su independencia, gente de los más variados orígenes, muchos de los cuales quedaron en el país.

Esta expresión podría parecer exagerada, por lo que desearía fundamentarla en un testimonio de uno de los más brillantes soldados europeos, en mi opinión, que participaron en nuestra independencia. Hablo ahora de Perú y Chile. Me refiero al ya mencionado Guillermo Miller, soldado inglés que luchó en la península española cuando se materializó la invasión de las águilas napoleónicas al territorio metropolitano. No desarrollaré su biografía, pero bastaría recordar que estuvo en Waterloo, que en septiembre de 1817 estaba en Buenos Aires, que fue asignado al Ejército de los Andes, que cruzó a Chile, que estuvo en Las Tablas, en las inmediaciones de Valparaíso, y se incorporó después a la campaña libertadora, asistió a la independencia de Chile, etc. Lo que quiero es recordar sus expresiones, que recogiera en sus excelentes memorias, cuando presencié la revista de las tropas que realizó Bolívar en el llano entre Rancas y Pasco, en la región central del Perú, en las vísperas de lo que fue la Batalla de Junín, el 2 de agosto. Bolívar pasa revista y viendo Miller este espectáculo dice lo siguiente: “Nada puede exceder al interés y entusiasmo de aquel día, en que todo contribuía a aumentar lo romántico de la escena. Cerca de aquel punto habían sido batidos los realistas cuatro años antes por el general Arenales; la vista que ofrece la meseta en que las tropas formaban, que se eleva majestuosamente más de mil doscientos pies sobre el nivel del mar, es quizá la más hermosa del mundo. Al poniente se ven levantar los Andes, que a costa de tantas fatigas acababan de atravesar; al oriente se extienden hacia los dominios del Brasil enormes ramificaciones de la cordillera, y al norte y sur cortaban el horizonte montañas cuyas elevadas cumbres se pierden en el firmamento. En este llano, rodeado por objetos y vistas tan grandiosas, y al margen del magnífico lago de Reyes, nacimiento principal del río de las Amazonas, el mayor de cuantos se conocen, estaban reunidos hombres de Caracas, Panamá, Quito, Lima, Chile y Buenos Aires; hombres que se habían batido en Maypo, en Chile, en San Lorenzo, en las orillas del Paraná, en Carabobo, en Venezuela y en Pichincha, al pie del Chimborazo”. En ningún otro espacio, creo yo, hubo esta conjunción de gente de nuestro subcontinente y más allá de nuestro subcontinente. Y continúa Miller: “en medio de aquellos americanos, valientes, defensores de la libertad y la independencia de su patria, había algunos extranjeros fieles aún a la causa, en cuyo obsequio habían perecido tantos otros paisanos suyos. Entre los que sobrevivían a tantos peligros y tantas fatigas se hallaban hombres que habían combatido en las orillas del Guadiana y del Rhin, y que habían presenciado el incendio de Moscú y la capitulación de París. Tales eran los hombres reunidos en aquel punto, haciendo causa común; americanos o europeos, todos

estaban animados del deseo unánime de asegurar la existencia política de un vasto continente, al paso que los vivos de las tropas, su alegría y su entusiasmo llenaba de ardor y de consuelo a sus jefes, y su corazón se entregaba a esperanzas y presagios halagüeños”.

Larga la cita, pero demuestra pues que en Junín –lo mismo ocurriría en el escenario de Ayacucho– convergen todos los ejércitos, personas de distintos espacios no solamente de América del Sur. Fue una guerra de las naciones, podríamos decir. Así Arenales, habiendo nacido en España, peleaba por la patria. Por eso no hablamos de españoles y peruanos, españoles y chilenos, se habla de realistas y patriotas; alguien dijo “la guerra civil”; eran los que pensaban que había que mejorar la situación, pero algunos pensaban que bajo un rey, otros pensaban con una república.

El origen del Ejército peruano atravesó pues una larga gestación; gentes de distintos orígenes participaron en las luchas prolongadas por nuestra independencia; uso el “nuestra” ahora con el restringido sentido de peruano, por serlo quien habla; lo que quisiera significar es que los ejércitos se constituyeron con gentes de los más diversos orígenes; evado intencionalmente el uso de “diversas nacionalidades”, pues el sentimiento de nacionalidad no se sintió incompatible con la defensa de otros espacios distintos al que uno había nacido.

Así el primer texto constitucional que se dio en el Perú –el de 1823–, que en la práctica nunca rigió, dio amplias facilidades para adquirir la nacionalidad peruana; el texto bolivariano –la constitución vitalicia–, reconocía como peruanos a los “Libertadores de la República, declarados tales por ley del 12 de febrero de 1825”. El último texto constitucional que cito en esta perspectiva es el de 1828, por no rebasar el límite de 1830, que consagra esta convocatoria; allí se lee que son ciudadanos de la nación peruana: “los extranjeros que hayan servido o sirvieren en el Ejército y Armada de la República”. Vale la pena reflexionar sobre cómo, al inicio de nuestra vidas como entidades independientes, más bien haber vestido un uniforme era signo de reconocimiento sin ninguna reserva para poder integrar la nacionalidad peruana.

Así se fue originando la profesión militar en el Perú; junto a esa ausencia de vallas para los extranjeros se puede notar desde entonces que el vestir uniforme fue oportunidad de cambios en el orden social;

en una sociedad que por mucho tiempo mostró una muy escasa movilidad, el ejército se convirtió en casi la única forma de ascenso social; a pesar de la ruptura del vínculo político con la metrópoli, en el fondo las normas que se dieron no lograron cambiar la realidad social. En el Perú se abolieron pronto los títulos nobiliarios. Los abolió Bolívar; sin embargo 20 ó 30 años después la gente se seguía saludando en la calle: “¿Cómo está, señor marqués?, ¿Cómo está, señor conde?” y por supuesto el marqués procuraba que su marquesita se casara con un condecito. De tal manera, aunque se dio la legislación, en la práctica no funcionó. Lo mismo pasó con la abolición de la esclavitud, que bien sabemos se abolió tantas veces en el Perú; el próximo año debemos conmemorar el sesquicentenario de la abolición definitiva. Entonces quiero decir que el ejército fue un medio casi único de movilidad social; a veces hemos pensado que un hombre como Santa Cruz, con los ancestros que tenía, o el mismo Gamarra o La Fuente, conocido aquí porque estuvo con Blanco Encalada en la primera expedición restauradora, cuya madre era una mujer muy humilde, nunca hubieran llegados a ser magistrados de la república si no hubiera sido por el hecho de vestir el uniforme militar.

Los hombres nacidos en el espacio hoy peruano, y otros fuera de él, me refiero a los militares que contribuyeron y que se integraron a mi país, que participaron en las luchas de la independencia, pudieron gozar de una sólida situación económica. Por eso muchos se quedaron en el Perú, ya que el Estado peruano les reconoció algunas propiedades que habían sido decomisadas a españoles emigrados. Caso ilustre es el de don Bernardo O’Higgins, a quien se le concedió las haciendas de Montalván y Cuiba, situadas en el valle próximo al sur de Lima, llamado Cañete. El caso de don Bernardo es diferente a otros; él, víctima de incomprensiones, no pudo volver a la patria que añoraba entrañablemente; otros, colombianos, británicos, argentinos, alemanes y de tantas otras nacionalidades, se establecieron en el Perú y formaron allí sus familias.

Así fue surgiendo lo que llegaría a ser el Ejército del Perú. El país atravesó tiempos álgidos: la retirada de don José de San Martín, el gobierno por el congreso constituido por tres diputados que integraban una junta; el desacierto de tal decisión y otros acontecimientos que no voy a tocar, desembocaron en el llamado Motín de Balconcillo, que encumbró a José de la Riva Agüero; éste, que había sido excelente conspirador

mostró escasas capacidades para el ejercicio del poder; devinieron fuertes enfrentamientos internos que llevaron a que don José Bernardo Tagle fuera elegido por otra facción; llegado Simón Bolívar en aquellos días, inclinó la balanza a favor de Riva Agüero, que sería destituido y deportado; como consecuencia de tales desbarajustes, quedó encumbrado en el poder, en la práctica poder omnímodo, Bolívar, que en extraordinaria labor prepararía la campaña final que desembocó en el triunfo de Ayacucho en diciembre de 1824.

Mientras tanto el Perú iniciaba sus esfuerzos por constituirse como Estado; en ello jugaron rol importante los textos constitucionales; así se darían en el período que abarcan estas breves palabras, las constituciones de 1823, 1826 y 1828; asimilamos la bolivariana o vitalicia, aunque algunos la niegan como peruana. Los textos respectivos afirmaron el rol de las Fuerzas Armadas; el del 23 consagró “La defensa y seguridad de la República demanda una Fuerza Armada permanente”, que describe en un número de 17 artículos, mayor que en cualquier otra. La Constitución del 26 es muy breve en el tema, incluso menciona “un resguardo militar cuya principal incumbencia será impedir todo comercio clandestino”. Bolívar está pensando en su sueño sudamericano y simplemente el ejército no es pensado como en las otras constituciones. En la constitución del año 28 hay cinco artículos de la “Fuerza Pública”, que señala se compone del Ejército, Milicia Nacional y Armada, y aparece por primera vez un artículo que tantas veces no se comprende; es el artículo 146, que consagra que “la fuerza pública es esencialmente obediente; no puede deliberar”, lo que aparece también en otras constituciones, y que no apareció en las constituciones chilenas del 22, ni del 23, ni del 28, y recién aparece en el artículo 157 de la constitución de 1833, la longeva constitución de ustedes, amigos chilenos, que rigió hasta 1925.

“La Fuerza Pública es esencialmente obediente: no puede deliberar”. En el fondo aquí, en Chile, funcionó más esta consigna que en otros espacios y no entre nosotros, en el Perú; me acojo como otros expositores a la poesía; no es don Pedro Calderón de la Barca, pero es Felipe Pardo, hombre que vivió aquí, estuvo muy cerca de don Joaquín Prieto, muy cerca de Portales; él tuvo gran desilusión al ver que desgraciadamente en el Perú, por la misma razón que los ejércitos fueron muy urgentes, al tener pronto problemas externos, el ejército se convirtió en algo deliberante; don Felipe Pardo en cuarteta decía jocosamente:

“el soldado es obediente
y jamás debe ser deliberante
a menos que ocurriese el caso urgente
de algún pronunciamiento interesante”.

Mas en el Perú la Fuerza Armada se constituiría en elemento básico y fundamental a partir de esta primera etapa que estudiamos en esta jornada, que abarca hasta 1830; dentro de nuestra periodificación clásica, acuñada por Jorge Basadre, la primera etapa de nuestra historia se denomina de la “determinación de la nacionalidad”; ya lo dije en una oportunidad anterior, ante la presencia de algunas de la personas que están aquí, pero ahora me repito; el Perú, tal vez más que ningún otro Estado, emergió a la vida independiente con fronteras muy indeterminadas, podríamos decir que con un difuso espacio nacional, o para el caso más exactamente estatal; mas si bien en esta etapa el país vivió continuas rivalidades internas que dieron origen a muchos problemas, también nos vimos muy pronto, cuando el país recién se establecía, inmersos en dos conflictos externos; uno fue la presencia en Bolivia de Sucre, obviamente con las tropas que eran colombianas. En el Perú tuvimos la fatiga de la presencia de Bolívar. El tema da para mucho; estrictamente él había cumplido su gran misión hasta el 9 de diciembre del año 24, pero bien sabemos que era hombre de gran ambición de poder, y que en Lima encontró un ambiente muy apropiado para que pudiera sentirse en esa situación, por lo cual permaneció en ella mucho tiempo; entonces surgieron sentimientos antibolivarianos. Lógicamente la presencia de un ejército extraño cuando ya no había ejercicio necesario de las armas, pues el ejército realista había capitulado, era ya un ejército de ocupación al cual había que mantener, etc.; hubo rechazo también de las mismas tropas que querían regresar a sus tierras. Todo esto dio origen a algunos motines en enero del año 27, por los cuales se puso fin al gobierno de Bolívar, quien había abandonado el Perú ya el 3 de septiembre de 1826. Esto irritó mucho a Bolívar y ya era prácticamente previsto que le iba a declarar la guerra al Perú. Entonces Gamarra, como prefecto del Cuzco, también alentó el descontento que se había dado en Bolivia, porque ahí permanecía el ejército con Sucre y las tropas eran grancolombianas, gente de distintos espacios: eran colombianos, eran venezolanos; en el Alto Perú se sentían sometidos por aquellas tropas ya ajenas. Bien sabemos que Gamarra alentó ese descontento, porque si Bolívar le declaraba la guerra al Perú, como al fin se la declaró, y Bolívar era Nueva Granada o Gran Colombia, que significaban toda la frontera

norte del Perú, y al sur estaba Sucre, entonces Perú estaba en la mitad del emparedado. De este modo Gamarra alentó y llegó a intervenir y las tropas grancolombianas acantonadas en Bolivia fueron expulsadas (Tratado de Piquiza, 6.VII.1828). Bolívar efectivamente nos declaró la guerra, pero aquél es uno de los conflictos que habría que entender más como un problema de personas. No había en Gran Colombia un sentimiento contra el Perú; en verdad se han manejado distintas causas; creo que dentro de las causas de la guerra, esa infeliz primera guerra, la gota fue la invasión a Bolivia o, yo diría, una campaña a Bolivia, porque allí no hubo ninguna batalla; los bolivianos estaban también hartos y se desprendieron de Bolívar. Creo que hubo otras razones, que se dan en el origen de nuestros conflictos, y fue que Bolívar necesitaba cohesionar su frente interno; Bolívar está en decadencia, en su laberinto diría García Márquez, y entonces desde Caracas, Páez, desde Colombia, Santander, desde lo que hoy en día es Ecuador, Juan José Flores, cada uno buscaba su autonomía, y la manera que creyó Bolívar que iba lograr unificar, cohesionar ese frente interno, era declarando la guerra al Perú; y efectivamente nos la declaró; pero hoy día cada vez más hay el convencimiento de que fue la misma personalidad de Bolívar la que provocó el conflicto.

Sin embargo, hay un elemento más que contribuyó a esto y fue la necesaria presencia en el Perú de tropas que con el paso del tiempo se las identificó como extranjeras; voy a leer un decreto del Congreso Peruano, del 1 de octubre del año 27, donde se ordena al ejecutivo “que sin demora reclamara de los gobiernos de Bolivia y Colombia el regreso de todos los oficiales y soldados peruanos, que contra su voluntad fueron enrolados y remitidos a esas repúblicas por Bolívar”.

Este es capítulo que está en el meollo del surgimiento de nuestros ejércitos; nos hemos ocupado en la historia demasiado de las calesas, olvidando a las rabonas (como se les llamó en el Perú) o cantineras (como me parece se les llamó aquí en Chile) y a los reclutas, la mayoría forzados a enrolarse.

La historia del ejército no es tan sólo la de los grandes jefes –lo ha mencionado en sus palabras inaugurales el general Roberto Arancibia–; también es la del soldado anónimo, el que sufrió terriblemente la recluta; en el caso peruano había quedado acordado, cuando con desesperación se reclamaba la presencia de Bolívar y sus tropas en el Perú, que las bajas que ocurrieran en ellas se cubrirían con personal peruano –oficiales

o soldados-; esa causa comúnmente no se menciona –no creo que debamos decir que se oculta– en ese conflicto.

Pero concluida la guerra no tenía sentido que los peruanos permanecieran fuera, integrando fuerzas extranjeras.

La gestación de nuestros ejércitos es también esa historia. Así con una legislación precaria, bastante copiada de normas coloniales –tal vez no ineficaces–; con oficialidad mayoritariamente no profesional; con muchos extranjeros enrolados en sus filas, nació el Ejército del Perú, según este breve ejercicio que he querido hacer y que abarca hasta 1830.

Felicito a los organizadores; creo que es una gran idea este inicio de este plan Clío para la historia del Ejército de Chile; agradezco la invitación que se me ha hecho; creo que este cambio de ideas es positivo, pues siempre aprendemos unos de otros; ojalá que, motivados por tan cordial ambiente, nuestro quehacer trascienda para que desde nuestra disciplina, la historia, nuestro oficio –profesores universitarios, diplomáticos, hombres de armas etc.–, contribuyamos a que esa historia que es el recuerdo de la memoria, la revisemos para encontrarnos en lo que hubo de común; así contribuiremos a una mejor comprensión que deberá alcanzar al hombre común de nuestros pueblos, desde nuestra también común historia latinoamericana.

DEL SOLDADO ROMÁNTICO AL SOLDADO PROFESIONAL

ENRIQUE BRAHM GARCÍA¹

1. Autocrítica tras la Guerra del Pacífico

Es tradicional que los países que resultan triunfadores en cualquier tipo de conflagración bélica, precisamente apoyándose en la victoria, tiendan a descuidar su preparación militar o a creer que los métodos que los llevaron al triunfo debían ser por ello necesariamente los mejores, resistiéndose a introducirle modificaciones, dejando de lado cualquier intento modernizador.

Las armas, táctica y estrategia vencedora tienden a sacralizarse. Al contrario, suele ser el vencido el impulsor de reformas y de profundos procesos de renovación.

Por eso no deja de resultar sorprendente el hecho de que dentro del Ejército chileno, vencedor de una coalición de países como la constituida por Perú y Bolivia en la Guerra del Pacífico, se levantaran inmediatamente de terminado el conflicto voces críticas contra la conducción de esa campaña y la organización y funcionamiento de las tropas chilenas durante la misma.² Dicha guerra se habría ganado en forma heroica, sólo gracias al patriotismo, valentía y arrojo del soldado chileno,³ sin que se hicieran notar otras virtudes militares de tipo profesional.

1 Titulado de abogado en 1981, Licenciado en Derecho y en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile, y Doctor en Derecho por la Universidad de Frankfurt. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: "Propiedad sin libertad: Chile 1925-1973"; "Hitler y la Segunda Guerra Mundial", "José Gabriel Ocampo y la Codificación Comercial Chilena" (en colaboración con Raúl Bertelsen y Andrés Amunátegui); "Régimen de gobierno en Chile ¿Presidencialismo o Parlamentarismo? 1925-1973" y "Preparados para la guerra. Pensamiento militar chileno bajo influencia alemana 1885-1930". Actualmente se desempeña como Director de Estudios de la Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes en donde dicta los cursos de Historia del Derecho y de Historia del siglo XX.

2 Incluso antes de que dicho conflicto terminara, el general Emilio Sotomayor y el almirante Patricio Lynch empezaron a exigir una renovación de nuestras Fuerzas Armadas. En concreto, y en 1882, el general Sotomayor "dirigía un oficio al Ministerio de Guerra con sugerencias sobre la contratación de un instructor alemán. Tal fue el origen de la venida a Chile del capitán de artillería D. Emilio Körner". Estado Mayor General, Historia del Ejército de Chile, Santiago, 1985, Tomo II, p. 97.

3 Cfr. MEDINA, Ernesto, Los altos comandos militares, Berlín, 1913, p. 85.

“La guerra que empezó en 1879 nos sorprendió sin preparación alguna”, decía ya en 1885 D. Risopatrón Cañas en carta a Alberto de la Cruz, director de la “Revista Militar”.⁴ Y era ésta una afirmación constantemente repetida en la literatura militar de la década de los ochenta.⁵ La valentía del soldado chileno ya no bastaba. A fines del siglo XIX, período quizá culminante en el desarrollo de un espíritu de base racionalista que había llevado a un primer plano indiscutido lo científico y lo técnico, no podían seguirse juzgando las guerras con parámetros románticos, como todavía fue el caso durante las guerras napoleónicas, en las nuestras de la independencia o aquella de 1837 contra la Confederación Perú-Boliviana liderada por Santa Cruz. En lo militar el romanticismo irracional habría llegado definitivamente a su fin –se pensaba– con las guerras que acompañaron el proceso de unificación de Alemania. La Guerra Franco-Prusiana de 1870, en la que ambos contendores con apenas algunos años de anticipación a la del Pacífico se habían enfrentado utilizando un armamento similar al de chilenos, peruanos y bolivianos, había marcado el comienzo de una nueva era en la historia militar, haciendo patente la necesidad de transformar radicalmente la forma de conducir la guerra.⁶ La era de las glorias napoleónicas y de los militares franceses quedaba superada y en su reemplazo se imponía sin discusión el modelo prusiano triunfante. Como certeramente resume William Mc Neill, “hasta 1871 los prusianos habían demostrado dos veces cómo se ganaba una guerra relámpago contra una potencia. Ellos necesitaron sólo tres semanas para derrotar a los austríacos y no más de seis para tomar prisionero a Napoleón III. Era impensable que no se diera la primacía a este ejemplo sobre las largas campañas de la guerra civil americana o el sitio de Sebastopol, que se extendió por todo un año. Como consecuencia, el prestigio militar de Prusia creció enormemente. De ser la potencia europea de menor importancia pasó a dominar la totalidad del territorio alemán, lo que la transformaría en modelo en asuntos militares para todo el mundo”.⁷ Había surgido un nuevo paradigma, el modelo de una ciencia militar forjado o personificado en la figura del Jefe del Estado Mayor prusiano Helmuth von Moltke. Su fulgurante triunfo sobre Napoleón III y el glorioso ejército

4 Revista Militar, 9.4.1885, p. 23.

5 Cfr. Revista Militar, 1.9.1887. BOONEN Rivera, Participación del Ejército en el desarrollo y progreso del país, Santiago, 1917, p. 36. Del mismo autor, Estudio sobre la reorganización y planta del ejército, Santiago, 1888.

6 Cfr. DÍAZ, Francisco Javier, La Guerra Civil de 1891, Santiago 1942, p. 15.

7 MC NEILL, William, Krieg und Macht. Militaer und Gesellschaft vom Altertum bis heute, München, 1984, p. 225.

francés encandiló a los militares de todo el mundo y los chilenos no serían la excepción. Ese sería el parámetro con el cual se juzgaría la Guerra del Pacífico; de ahí que saliera tan malparada. “El ejército alemán”, decía por ejemplo un conocido oficial chileno, “el más perfeccionado elemento de guerra que existe, probó al mundo, en su famosa campaña contra Francia, que la dirección de la guerra estaba también sujeta a operaciones y cálculos de precisión matemática”.⁸

“Imitemos a la Prusia”, era el llamado que hacía el teniente A. Berguño,⁹ país que pese a sus triunfos no había permanecido en la indolencia sino que seguía perfeccionando su máquina militar con todavía mayor entusiasmo que antes. “Tengamos presente”, agregaba Berguño, “que la guerra ya no es un oficio como lo fue en los primitivos tiempos, ni un arte propiamente dicho, sino una ciencia positiva con sus principios fundamentales inmutables”.

La conclusión a la que se llegaba era que en futuras guerras contra enemigos de primer nivel y bien preparados (lo que habría distado mucho de ser el caso de peruanos y bolivianos en 1879) ya no bastarían para obtener la victoria ni bizarras cargas de caballería ni bravos y agueridos ataques de la infantería con bayoneta calada, aunque se derrochara valentía y arrojo, sino que pasaría a ser indispensable la instrucción del ejército, el estudio profundo de los oficiales¹⁰ y la conducción cuasi científica de las operaciones. El profesionalismo sería decisivo.

2. Las nuevas armas

Según un historiador militar británico, “los cuarenta años comprendidos entre 1830 y 1870 fueron testigos de un cambio en el modo de hacer la guerra, tanto en tierra como en el mar, mucho mayor que el experimentado en toda la historia moderna anterior, o en toda la historia previa”.¹¹ Mientras que William Mc Neill ha sostenido que los inicios de la industrialización de la guerra pueden datarse en los años cuarenta, cuando la aparición de los ferrocarriles, la producción masiva y semiindustrializada de armas, la aparición de los fusiles de retrocarga alemanes

8 BULNES, Manuel. *Revista Militar* 1.12.1885, p. 567.

9 BERGUÑO, A. *El Ensayo Militar*, 1888, p. 35.

10 Hasta el día de hoy la formación de los oficiales sigue siendo el requisito clave para su ascenso en el Ejército chileno.

11 Cambridge University Press, *Historia del Mundo Moderno*, Barcelona, 1979, Tomo X, p. 221.

y los esfuerzos franceses por utilizar la fuerza del vapor para terminar con la supremacía británica en el mar, comenzaron a transformar de raíz las estructuras militares de los países europeos.¹²

La mayor parte de estos adelantos demostrarían su poder transformador del arte de la guerra en el conflicto de Crimea de 1854-1855. Si Francia e Inglaterra, pese a sus numerosos errores en la conducción de la campaña, terminaron por imponerse, ello se debió a la superioridad técnica que habían alcanzado sobre el Ejército ruso, gran potencia mundial luego de terminadas las guerras napoleónicas. En efecto, la flota de buques a vapor de los aliados europeos occidentales les permitió abastecer a sus tropas de una manera muchísimo más eficiente que las carretas tiradas por bueyes de los rusos, los que todavía no entraban a la era del ferrocarril.¹³

Más todavía, el sitio de Sebastopol fue de alguna manera un adelanto de lo que sería la lucha en el frente occidental durante la Primera Guerra Mundial.

En cambio, muchos se engañarían con los resultados del enfrentamiento entre franceses y austríacos del año 1859, que terminó con el triunfo de los primeros, cuya infantería, cargando en forma masiva, arrolló al ejército de los Habsburgo. Ello los llevaría a concluir que, pese al perfeccionamiento de las armas de fuego, la llave para alcanzar el triunfo seguía estando en el valor y en el arrojo y que por tanto el soldado francés debía seguir siendo fiel al espíritu ofensivo y al ataque en masa que había caracterizado a los gloriosos ejércitos del primer Napoleón, conclusión que los llevaría al fracaso en la guerra franco-prusiana de 1870-71.

En el último tercio del siglo XIX sería el modelo prusiano el que se impondría como paradigma para todos los ejércitos del mundo. Los triunfos rápidos y decisivos que obtendrían las tropas de los Hohenzollern sobre los daneses, austríacos y franceses, en contraste con la lentitud que caracterizó las acciones de la guerra civil norteamericana, parecían ser una convincente demostración de la superioridad militar de

12 Cfr. *op. cit.*, pp. 199 y 234.

13 Por ejemplo, según McNeill, *op. cit.*, p. 204, en un solo día los aliados fueron capaces de disparar no

Europa o por lo menos de Prusia sobre los americanos. No se vio o no se quiso ver que las razones del rápido triunfo sobre los austro-húngaros se podían encontrar en la tradición de los Habsburgo de negociar rápidamente la paz luego de la primera derrota importante. Mientras que en el caso de la guerra con Francia, si bien Napoleón III fue derrotado ya al comienzo de la guerra, en una perfecta batalla de aniquilamiento como lo fue Sedán, los prusianos debieron seguir combatiendo varios meses en territorio francés.¹⁴

En todo caso, no cabía duda de que el ejército prusiano conducido por Helmuth von Moltke había asimilado y desarrollado al máximo los elementos de la guerra moderna: organización y conducción de las operaciones por el Estado Mayor General, conformado por oficiales con un grado de formación superior, y utilizando ese nuevo medio técnico que era el telégrafo; ejércitos de masas gracias al sistema de conscripción; rapidísima movilización haciendo uso de los ferrocarriles; empleo de las armas más modernas como fusiles de retrocarga y piezas de artillería Krupp de última generación utilizadas de la forma más eficiente.

La conclusión de dichos conflictos, en lo que a la táctica de combate se refiere, sería el reconocimiento definitivo de la importancia que tenía el fuego en el combate moderno, con lo cual la defensiva se veía reforzada de tal manera que obligaría a los atacantes a eliminar el orden cerrado, el ataque en columnas, y diluir sus tropas para evitar los efectos mortíferos tanto de la fusilería como de las granadas de la artillería de campaña. Esta última arma alcanzó una gran importancia (los cañones Krupp neutralizaron la superioridad de los fusiles Chassepot franceses en Sedán y otorgaron el triunfo a los prusianos), no siendo ya posible alcanzar la victoria sin su apoyo, por lo que se requería su presencia adelantada en el campo de batalla para apoyar a la infantería propia y neutralizar las defensas enemigas. En definitiva, el fuego se imponía definitivamente sobre la táctica de choque, dominante desde las guerras napoleónicas.¹⁵

14 menos de 52.000 granadas sobre la fortaleza de Sebastopol.
Cfr. NIPPERDEY, Thomas, *Deutsche Geschichte 1866-1918*. Bd. II. *Machtstaat vor der Demokratie*, München, 1993.

15 Cfr. MÜLLER, Christian, "Anmerkungen zur Entwicklung von Kriegsbild und operativ-strategischem Szenario im preussisch-deutschen Heer vor dem Ersten Weltkrieg", *Militärgeschichtliche Mitteilungen*

Con todo ello la caballería perdía mucho de su importancia. Su razón de ser, que era el choque, la carga contra la línea enemiga, pasaba a ser suicida, aunque los jinetes se negaran a reconocerlo; la doctrina oficial de la caballería no aceptaba en ninguna parte la conclusión de que no había lugar para ella en un campo de batalla dominado por las armas modernas. Mantenía en cambio y hasta acrecentaba su importancia para la exploración y en el desarrollo de operaciones rápidas dirigidas a cortar las líneas de comunicación enemigas, en los cada vez más extensos campos de batalla, como había quedado demostrado en la Guerra de Secesión norteamericana.¹⁶

Las experiencias obtenidas por los militares profesionales en las guerras de unificación de Alemania se verían confirmadas en las guerras posteriores, como la ruso-turca de 1877-78, la de los Boers de 1899-1901 y la ruso-japonesa de 1904-05. Pese a que no todos lo quisieron ver, dichos conflictos mostraron con claridad que la infantería protegida por trincheras y fortificaciones y convenientemente armada con armamento moderno era capaz de provocar cuantiosísimas bajas a un ejército atacante. Más todavía si se considera que las armas habían seguido perfeccionándose al introducirse nuevos explosivos y generalizarse el uso del acero para la artillería, la que, gracias a la introducción de carros que rectificaban el retroceso, había aumentado su velocidad de tiro.

3. Importancia de los estudios militares

El proceso autocrítico respecto a la guerra del 79, impulsor de reformas en la línea del paradigma prusiano, era ya un hecho a partir del año 1885. También en materia de táctica y de estrategia habría llegado el momento de “reformular absurdas y viejas prácticas, de sustituirlas con otras más en armonía con el espíritu moderno, de devolver a España sus hoy día vetustas leyes y reemplazarlas con otras de más adelantado criterio”.¹⁷

El énfasis que se pone en estimular los estudios y la formación militar, la preocupación de los oficiales por ponerse al día y estudiar científicamente su profesión queda en evidencia ya en el hecho de que a partir de ese año hayan empezado a publicarse una serie de revistas

57 (1998), pp. 394 ss.

16 Cfr. HOWARD, *op. cit.*, p. 140.

militares. El 1 de abril de 1885 aparecía el primer número de la Revista Militar de Chile, dirigida por Alberto de la Cruz, y editada por el Círculo Militar. El año 1888 se agregaba a ella “El Ensayo Militar”, y a ellos se unirían el “Boletín Militar”, editado en Valparaíso desde 1893, y el Memorial de Estado Mayor General del Ejército, que subsiste hasta el día de hoy, en Santiago desde 1899.

“Es evidente que el estudio es hoy la ocupación favorita de nuestros oficiales”, se afirmaba enfáticamente en uno de los primeros números de la Revista Militar,¹⁸ “por eso es menos explicable que cerebros así robustecidos con esa gimnasia, no apliquen su fuerza intelectual a la difusión de los conocimientos militares por medio de nuestros propios órganos de publicidad, impulsando de ese modo esta especie de renacimiento científico militar que estamos viendo operarse en nuestro Ejército”.

La proliferación de periódicos y de revistas militares en Chile se explica también porque es lo que se está haciendo en los ejércitos europeos, “que han creado periódicos para consignar en ellos sus adelantos, para mostrar sus esfuerzos en interés de la ciencia y que deben servirnos de modelos para que tratemos de marchar a la par en la senda del perfeccionamiento”.¹⁹

Los modelos europeos resultaban decisivos. En las revistas de dicho continente se encontrarían “los últimos progresos militares”.²⁰ De ahí también la importancia que adquieren las relaciones del Ejército chileno “con centros de estudios militares de América y aun de Europa”²¹ y el estudio de idiomas extranjeros por parte de la oficialidad.²²

En este ambiente militar, que vive con la mirada centrada en Europa, es donde se acentúa cada vez más “un propósito de reaccionar contra los antiguos sistemas” aprovechando “las lecciones que nos dan aquellos países que dedican una constante atención a su estado militar”.²³

17 Revista Militar, 1.12.1885, p. 559.

18 Revista Militar, 1.3.1886, p. 68.

19 Revista Militar, 1.9.1886, p. 5.

20 Revista Militar, 1.4.1885, p. 5.

21 Revista Militar, 15..3.1886, p. 1.

22 Cfr. Revista Militar, 1.8.1885, p. 265.

Resumiendo la esencia del nuevo espíritu que se pretendía imponer, decía el teniente coronel Salvo en la conferencia con que inició sus actividades el Círculo Militar: "... es muy difícil que se pueda ser más instruido que un militar para quien la ciencia de la guerra no tiene secreto alguno. Así en adelante la victoria será del más sabio".²⁴

4. Imitación de modelos extranjeros

Sin duda uno de los hechos más notorios que se deriva del análisis de la literatura militar chilena a partir del año 1885 es la apertura de la oficialidad a modelos extranjeros y fundamentalmente europeos.

El acontecimiento más relevante y conocido de esa orientación, como ya se ha señalado, fue la contratación del capitán del Ejército alemán Emilio Koerner como instructor del Ejército chileno en 1885, punto de partida para la llegada de un numeroso contingente de oficiales de esa nacionalidad que –en continua rotación– se mantendrán en servicio hasta el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial.²⁵ Ellos constituyeron durante

23 Revista Militar, 1.11.1886, p. 193.

24 Revista Militar, 1882, p. 21.

25 La bibliografía al respecto es abundante. Cfr. por ejemplo la Historia del Ejército de Chile editada por el Estado Mayor General del Ejército, tomo VII, "Reorganización del Ejército y la influencia alemana (1885-1914)", Santiago, 1982. Son clásicas ya las obras de Nunn, Frederick, *Yesterday's Soldiers: European Military Professionalism in South America, 1890-1940*, Lincoln/Londres, 1983. Chilean Politics. The honorable mission of the Armed Forces, 1920-1931, Alburquerque, 1970. The Military in Chilean History: Essays on Civil - Military Relations, 1810-1973, Alburquerque, 1976. "Emil Körner and the Prussianization of the Chilean Army: Origins, Process, and Consequences, 1885 - 1920", *Hispanic American Historical Review*, 50:2 (1970). Muy crítico en relación al papel de Körner, Sater, William, y Herwig, Holger, *The Grand Illusion. The Prussianization of the Chilean Army*, University of Nebraska, 1999. Un resumen de las tesis allí sostenidas puede encontrarse en Sater, William F., "Reformas militares alemanas y el ejército chileno", *Revista de Historia* 7, Concepción, 1997. A nuestro juicio dichos trabajos, sin un sólido respaldo documental, son injustamente duros tanto con los efectos de las reformas impulsadas por los instructores alemanes como con el papel personal de Körner. Da la impresión de que, desde una perspectiva norteamericana, se critica la reforma por el solo hecho de ser alemana. Por otra parte, parecen desconocerse las realidades propias de los países sudamericanos, de tal forma que el hecho de que el ejército chileno no llegara a funcionar exactamente como su modelo ya se considera como fracaso. Un comentario crítico de la obra de Sater y Holger (por Frederick Nunn) puede encontrarse en *The Hispanic American Historical Review*, 81.1 (2001). Otra reseña es la de Gazmuri, Cristián, en *Journal of Military History* 64/4 (2001). Fischer, Ferenc, *El modelo militar prusiano y las Fuerzas Armadas de Chile 1885-1945*, Pécs (Hungría), 1999. Blancpain, Jean-Pierre, "L'armée chilienne et les instructeurs allemands en Amérique latine (1885-1914)", *Revue historique*, CCLXXXV/2, pp. 347ss. Schaefer, Jürgen, *Deutsche Militärhilfe an Südamerika*, Düsseldorf, 1974. Quiroga, Patricio, y Maldonado, Carlos, *El prusianismo en las Fuerzas Armadas Chilenas. Un estudio histórico, 1885 - 1945*, Santiago, 1988. Maldonado, Carlos, "Körner y la intervención alemana: Acerca de la presencia militar del imperialismo alemán en Chile (1886 - 1900)", *Estudios Latinoamericanos*, N° 11, Varsovia,

todos esos años el núcleo central del profesorado de los distintos institutos militares del país y muy principalmente de la Academia de Guerra.

En forma paralela un contingente relativamente importante de oficiales chilenos empezó a ser enviado al extranjero para que fueran asimilando los principales adelantos en materia militar desarrollados por las grandes potencias, tanto en lo referente a material de guerra como a la instrucción y doctrina militares.

Ya el año 1885 se encontraban en Europa los oficiales chilenos mayor Jorge Boonen Rivera y sargento mayor Juan G. Matta, preocupados sobre todo de estudiar el modelo militar alemán. El primero escribirá un trabajo sobre la Academia Militar de Prusia²⁶ y otro sobre las Escuelas de Guerra del Imperio Alemán²⁷ y el segundo analizará la instrucción militar en Alemania.²⁸

A ellos seguiría una pléyade de oficiales chilenos que visitaron Alemania –nación que concentró siempre el mayor número de militares chilenos–, Austria, Francia, Inglaterra, Suiza, España, Italia, Bélgica y Estados Unidos de América, normalmente como culminación de sus estudios en la Academia de Guerra.²⁹

Por otra parte fue tomando también gran desarrollo la actividad diplomático-militar, sobre todo después de la Guerra del Pacífico, cuando el mayor Boonen se hizo cargo de una comisión militar en Inglaterra que, a partir de 1886, fue presidida por el almirante Juan José Latorre. Ya en 1913 había agregados militares de Chile en Berlín, Madrid, Viena, Roma, Londres y Tokio. Todo lo anterior sin considerar la misión militar en Berlín, la naval en Londres y un par de oficiales que estudiaban aviación militar en Francia, ni los observadores militares en el Japón, vencedor de la Rusia de los Zares en la guerra de 1905, y en Italia durante la guerra de ese país contra Turquía. Por lo demás las misiones militares eran relativamente numerosas. En Madrid en 1917 había 12 oficiales chilenos, y en una fecha tan tardía como 1927, en una Alemania derrotada con un reducido ejército profesional y sin posibilidad de desarrollar armas ofen-

1988.

26 Cfr. Revista Militar, 15.2.1886, p. 732.

27 Cfr. Revista Militar, 1.11.1885, p. 469.

28 Cfr. Revista Militar, 15.12.1885, p. 573.

sivas, según se disponía en el Tratado de Versalles, todavía integraban la misión militar 22 oficiales.³⁰

El entusiasmo que produce en la oficialidad chilena el contacto y la observación de la realidad bélica europea es realmente notable. En carta fechada en Essen en agosto de 1890 decía por ejemplo el coronel Diego Dublé Almeyda: “Lo que verdaderamente me causa envidia es el admirable ejército alemán. Asistí en Berlín a la formación que hubo con motivo de la entrada del zar de Rusia. Tres días anduve medio atontado de la impresión que me causara. Hay que ver esto”. Luego agregaba: “... hay veces que tomo el tren para Düsseldorf en los días de grandes ejercicios y maniobras a una hora de aquí y me llevo horas enteras observándolos sin perderles pisada. ¡Qué ejercicios, qué cosas tan útiles ponen en práctica! ¡Qué disciplina! ¡Admirable, admirable!”.³¹

La identificación con los modelos europeos llegó a tal grado que al estallar la Primera Guerra Mundial, con el pretexto de “observar”, el mayor Arturo Ahumada, que presidía en ese momento la misión militar en Berlín, y sus oficiales “se marcharon tranquilamente al frente, participando en todas las operaciones que van desde el bombardeo de Lieja hasta la batalla del Marne”.³² Todo esto con uniforme alemán y agregados al Estado Mayor del general Von Emmich.

Esta mimetización con lo europeo alcanza incluso al ambiente, al clima bélico que se vive en el viejo continente. Sabido es que los años finales del siglo XIX y primeros del XX coinciden con lo que se ha llamado la época del imperialismo, período durante el cual la competencia colonial, un nacionalismo exacerbado y la vulgarización y difusión de una filosofía social-darwinista llevaron a que se viviera en un ambiente militarista, en un clima constante de guerra, en que ésta se consideraba casi inevitable.³³ Los militares chilenos captaron desde muy temprano ese ambiente. En un artículo de la Revista Militar de 1 de marzo de 1887 titulado “A Europa”, se afirmaba: “... cuando en el viejo continente ha de desarrollarse en breves días la más tremenda de las luchas humanas,

29 Cfr. Reseña histórica de la Academia de Guerra, Santiago, pp. 28, 66, 90, 137, 150, etc.

30 Cfr. BARROS van Buren, Mario, Historia Diplomática de Chile, Barcelona, 1970, p. 634.

31 Revista Militar, 1.11.1890, p. 258.

32 Barros van Buren, *op. cit.*, p. 634.

33 Cfr. DUROSELLE, J.B., Europa de 1815 a nuestros días, Barcelona, 1978. Dülffer, Jost y Holl, Karl (Hg.), Bereit zum Krieg. Kriegsmentalität im wilhelminischen Deutschland 1890-1914, Göttingen,

en que el arte militar entra como único factor de parte de todos los contendientes”, el gobierno debía vencer todos los obstáculos para enviar comisiones de oficiales a Europa “que vayan a beber en la inagotable fuente del saber militar de aquellas naciones la enseñanza teórica y práctica del arte de la guerra en sus múltiples manifestaciones”.

Los ejércitos europeos y aun algunos extraeuropeos eran detalladamente analizados desde la perspectiva de su posible imitación por el chileno. Artículos sobre el ejército suizo,³⁴ francés³⁵ e incluso ruso,³⁶ aparecían continuamente en las publicaciones militares de nuestro país. Particularmente constantes y destacadas eran las referencias al aparato bélico japonés, luego que éste humillara al Imperio ruso en la guerra de 1905. Según el mayor Enrique Monreal, la senda recorrida por el Japón “es profunda y llena de enseñanzas, y el ejemplo más elocuente para los pueblos nuevos que luchan también para asegurarse una respetable situación en el medio mundial que les corresponde”. El ejemplo nipón era tanto más atrayente en cuanto era un “discípulo aventajado del gran Imperio Germano”.³⁷

Naturalmente el gran modelo durante todos los años que cubre este trabajo lo fue siempre el Ejército alemán. Ni siquiera la derrota final en 1918 sirvió para disminuir la admiración chilena hacia lo germano. En forma explícita lo decía el Memorial del Ejército de Chile en un editorial publicado apenas terminada la conflagración mundial: “Nadie puede negar, ni aún sus afortunados vencedores, que el ejército alemán cumplió en brillante forma su difícil misión. El frente interno, que tanto cuidaron los dirigentes aliados, falló en Alemania, y según parece a causa de la enorme escasez de materias primas provocada por el bloqueo enemigo”.³⁸

Admiración por lo alemán, que era sólo ligeramente atemperada en algunos casos por un cierto dejo crítico contra lo que se estimaba una copia servil y cuasi automática que a veces dejaba sin considerar las particularidades nacionales. “Cuántos errores gravísimos no se han cometido al querer transplantar doctrinas extranjeras en abierta oposición contra nuestro espíritu nacional”, afirmaba el capitán Alberto Muñoz en

1986.

34 Cfr. Revista Militar, 1.11.1893, p. 320 ss.

35 Cfr. Boletín Militar, 1895, p. 219 ss.

36 Cfr. Memorial del Estado Mayor General del Ejército, 1927, p. 274 ss.

37 Memorial, 1912, p. 923.

un trabajo de 1914.³⁹ Pero igual se hablaba de la “sabia obra alemana” a la que sólo faltaría dotar de “un alma netamente chilena”.⁴⁰

Similar era la posición del general Carlos Sáez, quien, pese a afirmar que “nuestra defensa nacional debe inspirarse en un concepto realista de las propias necesidades”, cuidándose de ser meramente imitativa de modelos europeos, reconoce que precisamente gracias a la “docilidad” con que siguió el modelo alemán “pudimos progresar en un principio con tal rapidez que en poco tiempo nuestro pequeño ejército pasó a gozar dentro y fuera del continente sudamericano de un prestigio que el tiempo se ha encargado de robustecer día por día”.⁴¹

Se coincidía también en un cierto orgullo revalorizador de la profesión militar que derivaba directamente de la posición que estaban ocupando en la sociedad los ejércitos dentro de las principales naciones europeas y particularmente en el Imperio alemán. Los soldados estaban dejando de ser un grupo social relativamente marginal dentro de la sociedad, como lo habían sido durante largo tiempo.⁴² En el viejo continente se habría comprendido que “la carrera militar puede y debe ser tan científica, tan elevada y tan digna de las consideraciones de los gobiernos y de las sociedades como lo es cualquiera carrera civil”, exigía Juan G. Matta desde Berlín.⁴³ Y el general Boonen reconocía como uno de los principales beneficios que habían recibido nuestras fuerzas armadas de la presencia de los instructores alemanes el que “levantaron el nivel social del ejército, lo prestigiaron ante el país y formaron un sólido núcleo de jefes que hoy llega hasta los más altos grados de la jerarquía militar y asegura el porvenir de nuestras instituciones”.⁴⁴

5. La guerra considerada como una ciencia

Tras los triunfos del ejército prusiano brillantemente conducido por Moltke que en tres rápidas campañas aniquiló a Dinamarca y a dos

38 Memorial, 1918, editorial “Al final de la gran guerra”.

39 MUÑOZ Figueroa, Alberto, El problema de nuestra educación militar, Santiago, 1914, p. 59.

40 *Ibidem*, p. 110.

41 SÁEZ, Carlos, Estudios Militares, Santiago, 1933, pp. 3 y 111.

42 Cfr., por ejemplo, la sentencia de la Corte Suprema de 4.2.1842 (Gaceta de los Tribunales de 26.2.1842) en la que teniéndose en consideración un senado consulto de marzo de 1824 y una circular del mismo día se condenaba al reo “a 2 años de trabajos públicos al presidio urbano, los que se le conmutan en igual tiempo de servicio en el Ejército”.

43 Revista Militar, 1.1.1886, p. 638.

de las principales potencias europeas de la época como Austria y Francia, se impuso entre los teóricos militares un dogmatismo cientificista seudoclaweswitziano⁴⁵ que se difundiría rápidamente por los más diversos círculos militares de todo el mundo.

El funcionamiento casi perfecto de la maquinaria bélica prusiana, apoyada en un uso masivo de los últimos adelantos de la ciencia, encandilaron a los profesionales de la guerra en un momento –fines del siglo XIX y comienzos del XX– en que lo científico gozaba de un máximo grado de prestigio.

La –peyorativamente llamada– filosofía clausewitziana debía dar paso a una ciencia exacta de la guerra.

Estas formas del pensamiento militar calaron muy profundamente en la mentalidad de los militares chilenos, pasando a ser elemento central del nuevo espíritu que informa al ejército una vez terminada la Guerra del Pacífico.

Para el militar chileno que se mueve en torno al cambio de siglo no cabe ninguna duda de que la guerra había pasado a ser una ciencia y además exacta y que sus cultores debían tener el más alto grado de formación científica. Todo ello se afirmaba abiertamente en libros y revistas y se desprendía del lenguaje utilizado en las mismas fuentes.

“La guerra es hoy la más difícil de las ciencias”;⁴⁶ “hace tan poco tiempo que hemos principiado a iniciarnos en el estudio realmente científico de nuestra profesión”;⁴⁷ “a las cosas de la guerra nadie puede negar el fundamento científico”;⁴⁸ etc., son frases y expresiones que se repiten con singular frecuencia en la literatura objeto de esta investigación.⁴⁹

En uno de los primeros números de la Revista Militar, el comandante Salvo afirmaba enfáticamente: “la época actual es una época de

44 Participación ... *op. cit.*, p. 37.

45 Cfr. ARON, Raymond, Clausewitz. Pensar la guerra, Buenos Aires, 1987, tomo II, p. 122.

46 MUÑOZ, Alberto, El problema de nuestra educación militar, Santiago, 1914, p. 47

47 ARROYO, G., Estrategia. Nociones sobre su teoría y sus leyes, Santiago, 1898, p. 8.

48 MEDINA, Ernesto, El problema militar de Chile, Leipzig, 1912, p. 7.

49 Julio Bañados Espinoza afirmaba en la Revista Militar de 15 de febrero de 1886 que la guerra “ya no es un arte fundado en unas cuantas reglas antojadizas y por demás teóricas, es una ciencia tan complicada y llena de problemas como las matemáticas y las otras que son materia de estudio y

ciencia”,⁵⁰ y llevando las cosas todavía más al extremo en un artículo del Ensayo Militar se afirmaba que “en el estudio de la ciencia de la guerra se debe proceder de la misma manera que con cualquier otro ramo de la ciencia”.⁵¹ Se confiaba en que hasta el “acaso o accidentes como elementos de un problema militar podían hacerse un factor muy débil siendo posible eliminarlo enteramente, a medida que se aumentaba el conocimiento de la ciencia”.⁵²

La guerra estaría regulada por “leyes” que debían seguirse fielmente para asegurar el triunfo.⁵³ Así lo demostraba el ejemplo prusiano cuyos triunfos sobre Austria y Francia no habían sido más que la fiel ejecución de planes trazados por el Estado Mayor de Von Moltke de “manera matemática”.⁵⁴ Dicho organismo, cerebro director de la máquina de guerra alemana, aparecía como la materialización misma de lo científico en el campo militar y paradigma, entre otros, para el Ejército chileno. “La organización del Estado Mayor alemán”, afirmaba el sargento mayor Boonen Rivera, “es susceptible de ser aplicada como todo principio exacto”.⁵⁵

Frente a la figura romántica del guerrero dominante todavía en la época napoleónica y durante las guerras de la independencia americana y a la brava pero desordenada lucha que fue la Guerra del Pacífico, se levantaba ahora la del profesional que tenía “como arma el libro” y “como norte” el progreso. Se pensaba que la “profesión militar” “es la más difícil y la más complicada de las artes modernas”.⁵⁶

Se considera, por otra parte, que no sólo la guerra en sí misma había pasado a tener un carácter científico, sino que esta científicidad se

observación”.

50 Revista Militar, 1.3.1887, p. 14. Aparece evidente la profunda penetración que el positivismo de raíz comtiana había tenido entre nuestros militares (la “ley del progreso indefinido”, por ejemplo, aparecía mencionada continuamente. Cfr. Revista Militar, 1.7.1890, p. 614, Memorial, 1909, p. 103). El teniente coronel José de la Cruz Salvo, director de la Revista Militar, afirmaba: “La ciencia demuestra que debemos creer en el progreso general e indefinido de la humanidad”. Revista Militar, 1.8.1888, p. 14.

51 Ensayo Militar, 1889, p. 125.

52 *Ibidem*.

53 Cfr. BOONEN Rivera en la Introducción al libro de Foch, Ferdinand, Los principios de la guerra, Santiago, 1919, p. 5.

54 GUTIÉRREZ, Benjamín, Necesidad de nuestra organización militar, Santiago, 1895, p. 8.

55 Revista Militar, 1.12.1886, p. 315. El artículo lo firma Boonen con un seudónimo.

56 Discurso del general Indalicio Téllez, Memorial, 1926, p. 728. Cfr. Ensayo Militar, 1888, p. 2, donde se afirmaba que el camino del ascenso para los militares sería “el sedentario y noble del estudio, ya que

vería reforzada además por la apropiación que lo militar haría de prácticamente todas las ramas de la ciencia, poniéndolas a su servicio.⁵⁷ “La guerra ya hoy día no es una ciencia, es el conjunto, la fusión, la reunión de muchas ciencias”, se afirmaba en el Memorial, “que tienden todas a producir e inventar los elementos de una aplicación lo más eficaz posible, para herir al contrario con el menor riesgo”.⁵⁸

Todavía en 1934, superado quizá el momento más álgido del científicismo de raíz decimonónica, podía el Ministerio de Defensa, dentro del “Curso de altos estudios militares”, publicar un artículo del coronel Jorge Montt Tagle titulado “La ciencia al servicio de los ejércitos”. Allí se afirmaba cómo se ponían al servicio de la guerra la filosofía, la historia y la geografía, las ciencias sociales, las ciencias puras y las aplicadas.⁵⁹

Confirmando lo anterior, el general Sáez exigía que en la formación militar debía darse una “gran importancia” “a los estudios de carácter científico que tengan afinidad con nuestra profesión”.⁶⁰

Fuera de las obvias repercusiones que esta concepción de la guerra tendría necesariamente en los campos de la estrategia y de la táctica, refleja muy acertadamente el cambio de mentalidad que había tenido lugar en el ejército a partir del último tercio del siglo XIX: profunda profesionalización, gran curiosidad intelectual, deseos de prestigiar y elevar de categoría lo militar. Hasta el día de hoy el conocimiento sigue siendo un elemento fundamental del mérito profesional.

6. La infantería ante los nuevos desafíos de la industrialización de la guerra

En lo que se refiere específicamente a la táctica de infantería, el primer problema que se planteó, y tema obligado de las revistas militares que empezaron a circular en Chile en la década de los ochenta del siglo XIX,⁶¹ fue el de la conveniencia de introducir el orden disperso como forma de enfrentar el problema causado por el creciente poder de las armas de fuego. Lo que por lo demás denota que, al menos en teoría, se enten-

el de la gloria y sacrificio es al presente un recuerdo que pronto acabará por extinguirse”.
57 Cfr. Revista Militar, 1.2.1889, p. 5.
58 Memorial, 1920, p. 561.
59 Cfr. Revista Militar, 1.9.1890, pp. 14 ss., y Memorial, 1921, pp. 171 ss.
60 SÁEZ, Carlos, Estudios Militares, Santiago, 1933, p. 37.

día lo que iba a ser el problema clave en las guerras del porvenir y que, al no asimilarse en plenitud por los ejércitos europeos, terminaría por tener tan trágicas consecuencias durante el primer gran conflicto mundial.

El papel de la infantería en las batallas, se decía en uno de los primeros números de la Revista Militar de Chile, “se reduce en la actualidad a combatir en orden disperso haciendo sus fuegos con rapidez y oportunidad; a aprovechar todos los accidentes del terreno para ofender con ventaja al enemigo, y a evitar, en cuanto se pueda, los fuegos del contrario”. De tal forma que los movimientos en masas compactas debían pasar a ser la excepción. A ellos debía recurrirse sólo para defenderse de una carga de la caballería enemiga o cuando se tratara de cargar a la bayoneta. “Estos dos casos cada día tendrán que hacerse más y más raros por el perfeccionamiento de las armas y rapidez de los fuegos”. Por último se consideraba que este nuevo orden táctico de combate de la infantería coincidía con “la tendencia y la inclinación nacional del soldado” chileno. “El espíritu de las tácticas modernas se amolda perfectamente a la propensión de nuestros soldados a combatir en orden disperso y en pequeños grupos. Durante la última guerra ha habido repetidas ocasiones para observar esa propensión natural”.⁶²

Esta última conclusión llevaba a que algunos oficiales chilenos, sin perjuicio de adherir al nuevo esquema de combate (“necesidad absoluta que hay de suprimir la profundidad de las formaciones, o lo que es lo mismo, la adopción del orden disperso”), siguieran sin embargo afe-rrados a fórmulas que, teniendo en consideración la precisión, velocidad de tiro y alcance de las nuevas armas, podían resultar suicidas. “Para el soldado chileno”, afirmaba Juan Carlos Salvo, “nos lo dice la experiencia, el fuego más nutrido que pueda producir con su arma es sólo un medio, su fin es la bayoneta”.⁶³

61 Cfr. *ibidem*, p. 7.

62 Revista Militar de Chile. N° 18. 15.8.1885, p. 293. Cfr. *ibidem*. 1.12.1886, p.p. 468 ss. Allí se señala: “En resumen, las tropas de infantería que están en la primera línea del orden general de batalla, deben componerse de una línea de tiradores y de fracciones en orden cerrado, escalonadas a retaguardia en el sentido de la profundidad, formadas de manera que no estén expuestas al fuego enemigo. A esta disposición de las tropas se le ha dado el nombre de orden disperso”. En el número de 1.10.1887, p. 168, se decía que el orden disperso “es precisamente el que debe adaptarse en nuestro ejército, para recoger así o aprovechar las tendencias naturales de impetuosidad y de intrepidez de nuestras tropas”.

Toda la discusión en torno a la introducción en Chile del orden disperso estaba motivada, como ya se ha señalado, en la observación de la experiencia europea. En general, quienes propiciaban la introducción de la nueva forma de combatir tendían a copiar los reglamentos extranjeros que la contenían. Ello generó importantes discusiones dentro de las filas del ejército, pues hubo quienes miraban con recelo esta sumisión a las fórmulas europeas.

“No tenemos por qué ceñirnos muy ciegamente a los sistemas extranjeros en lo tocante a organización y táctica militar”, decía Jorge Wood en la Revista Militar. “No somos franceses, ingleses ni prusianos”.⁶⁴

Fundamentando la posición anterior, otro oficial chileno señalaba que “la idea de introducir entre nosotros una táctica moderna de una nación extranjera” no podía aceptarse “ni por un instante en vista de las siguientes razones: para que esa introducción surtiera el efecto que se persigue en el servicio militar sería preciso que hubiera sido escrita en vista del territorio, en virtud del carácter y costumbres de sus habitantes, de los medios de que se puede disponer, de la fuerza numérica que hay que armar, de la topografía del terreno y sus fronteras, etc.”.

Frente a ellos, y desde el momento en que ya teníamos en Chile instructores extranjeros trabajando en el ejército, se imponía la posición que dirigía esperanzada su mirada al viejo mundo. Uno de sus exponentes más representativos, traductor de alguno de los reglamentos de infantería franceses, era el famoso general Estanislao del Canto, quien consideraba que ya los “hombres de la ciencia y arte militar” habían dicho sobre el nuevo orden de combate todo lo que era necesario. “¿Y qué podría uno decir tendiente a ilustrar o criticar las obras de aquellos verdaderos sabios en milicia y que constantemente se están ocupando de la profesión? Nada, absolutamente nada. Somos, comparados con ellos, muy chicos, verdaderos pigmeos. Nuestra cordura y franqueza está en reconocerlo, y de ninguna manera en seguir las huellas extraviadas y ridículas de algunos pretenciosos que, con su vanidad, llegan hasta a creerse de que son capaces de marchar a la vanguardia en

la dirección de los nuevos inventos, ya sean de armas o ya de tácticas”.⁶⁵

Por lo demás, en esos momentos en Chile la influencia europea era algo que se materializaba de manera muy concreta por la presencia de los instructores alemanes. El mismo Emilio Koerner se encargaría de analizar en detalle –en las revistas militares chilenas– los efectos que la introducción de armas más efectivas traerían aparejada para la táctica militar. Al respecto, el punto de partida de su análisis estaría dado por la afirmación de que, en la táctica moderna, “en primer lugar se trata de utilizar la potencia de fuego contra el enemigo; en segundo, de sustraerse a la acción del fuego de éste. Y a las dos condiciones habrá que obedecer a la vez: eso es lo que dificulta la cuestión”.⁶⁶ Respecto a lo primero, resultaría clave asegurar la precisión “tiro por tiro”.⁶⁷ Para ambos efectos se imponía el orden disperso como forma de ordenar a las tropas en el campo de batalla. Ello sin perjuicio de que siempre debía conservarse parte de la tropa en formación cerrada. “Esta tropa cerrada tiene por objeto formar la base segura de los movimientos de las guerrillas, el centro sólido del vaivén tan líquido de su combate, el punto de reunión y último sostén de la compañía en las angustias de la lucha infeliz”.⁶⁸ Ella sería la base para resguardar los flancos y para conseguir la decisión en el momento clave de la batalla.

Las nuevas armas de fuego cuyo uso se estaba generalizando en el último tercio del siglo XIX hacían concluir a Koerner que la infantería debía actuar de formas muy distintas en el campo de batalla, según si

64 Revista Militar. 1.8.1888, p. 71.

65 Revista Militar. 1.11.1889, p. 303. Cfr. El Ensayo Militar. 1889, p. 199: “No se crea por un momento que deseamos copiar servilmente algún reglamento europeo; no, lo que queremos es que inspirados en los principios y fines que los dictaron, se componga uno que venga a satisfacer nuestras necesidades”. De alguna manera durante la guerra mundial esta tendencia se vería reforzada. Por ejemplo del Canto, Julio, “¿Cómo debe estar armada nuestra caballería?”, Memorial. 1915, p 918, decía: “Finalmente, la guerra europea en que se hallan empeñadas las más grandes potencias militares de la tierra, nos dará, sin duda, las soluciones de tantas incógnitas militares que acaloran los cerebros de los oficiales sudamericanos (...) Esperemos, pues, el desenlace de la guerra más colosal que haya presenciado la humanidad y que nosotros, desde el punto de vista militar, hemos tenido la feliz oportunidad de que se haya producido en nuestros días, para encuadrar las enseñanzas que nos deje, dentro del marco que exigen las circunstancias y condiciones en que viven y se desarrollan las naciones de este continente sudamericano”.

66 KOERNER, Emilio. “Las exigencias del combate moderno en la táctica”, Revista Militar. 1.5.1889, pp 328-9.

67 *Ibidem*, p. 335.

actuaba en función ofensiva o a la defensiva. “En la última, la infantería se desviste casi absolutamente de su índole como arma independiente del terreno, allegándose estrechamente a éste y aprovechando de sus abrigos, hasta transformarlos, por medio de las construcciones de la fortificación pasajera, en fortalezas improvisadas, con el fin de asegurarse de todos modos su posesión”.

Frente a ella, la ofensiva aparecía en dificultades, pues el infante que ataca “tiene que recorrer largas distancias antes de llegar al empleo de su fuerza de combate, y si la defensiva no ha dejado de reconocer y preparar debidamente su posición para el combate, tienen que ejecutarse estos movimientos bajo su vista y bajo sus fuegos más concentrados”. Según Koerner, “la acción de las modernas armas de fuego es tan destructora, que hay sólo dos medios de paralizarlas: el aprovechamiento del terreno y la mayor abreviación posible del tiempo en que se puede ejercerla. El primero de estos dos medios se puede y se tiene que aplicar sin perjuicio a la tendencia principal del ataque”, sostenía con razón el instructor prusiano, pues esa era la única forma de reducir el número de bajas. “El segundo”, continuaba, “es materialmente irreconciliable con una precipitación del fuego”, porque al disparar se reduce la velocidad del ataque. De ahí que el agresor debía “tratar de disminuir en lo posible el tiempo que transcurre entre su entrada a la vista del enemigo y el ataque al arma blanca, excluyéndose, por eso mismo, cada tiro que no fuera indispensable. La tendencia de acercarse sin fuego a la posición del enemigo sería la consecuencia más estricta de esta deducción”, lo que naturalmente sería imposible e iría en contra de la misma naturaleza humana. Koerner se encargaba incluso de señalar cuál era la oportunidad precisa para iniciar el fuego, “el momento en que las pérdidas causadas por el fuego del defensor principien a influir sobre el orden y la rapidez del movimiento hacia adelante”.⁶⁹ Parece todavía que no se captaba en su plenitud el mortífero poder destructor de las armas de fuego. Por lo demás éste pronto quedaría en evidencia en los campos de batalla de Concón y Placilla.⁷⁰

Sin perjuicio de ello, otro de los temas tácticos que aparece con relativa frecuencia en nuestras primeras revistas militares, es el de la im-

68 *Ibidem*, Revista Militar. 1.6.1889, p. 427.

69 *Ibidem*, Revista Militar. 1.8.1889, pp. 43 ss. Cfr. KOERNER, Emilio, “Reglamentos modernos de infantería”, *El Ensayo Militar*. 1889, pp. 412 ss.

portancia que estaban tomando las trincheras en la guerra moderna. Más todavía, y en directa relación a lo anterior, se destacaba la fuerza que había ido adquiriendo la defensiva como forma de lucha. Ya en el año 1886, se destacaba “el papel más y más preponderante que tiende a representar la fortificación en la guerra moderna”, “pues la acción siempre creciente de las armas de fuego hace casi imposible el combate a pecho descubierto e impone la necesidad de proteger a las tropas mediante abrigos metódicamente improvisados”.⁷¹

Ello llevaba a pensar a los oficiales del Ejército chileno “que las guerras del porvenir” serían “caracterizadas por una ofensiva estratégica enérgica y una defensa táctica activa”. Lo anterior se deducía del análisis de los reglamentos europeos, en los cuales había tomado un gran desarrollo el combate a pie de la caballería, el énfasis que se ponía en la fortificación pasajera y “las distancias asignadas al empleo de los fuegos de artillería”.⁷²

En los años posteriores, durante la Guerra Mundial y luego del término de ésta, la discusión entre los oficiales de infantería se centraría fundamentalmente en dos temas. Por una parte, la influencia que sobre la forma de combatir de los infantes ejercerían las nuevas armas, los nuevos adelantos técnicos aplicados en el campo de batalla y, por otra parte, y ya que debían reformarse los reglamentos de la infantería, si con ese objeto debían seguirse copiando los modelos alemanes o si correspondía separarse definitivamente de ellos para dar forma a una “táctica nacional”.

Respecto a lo primero, se dio particular importancia al creciente papel que estaban jugando las ametralladoras en la guerra moderna.⁷³ El general Koerner, gran promotor de su introducción en nuestro ejército, señalaba que el fusil ametralladora “representa la acción más concentrada” del antiguo fusil, “hasta el extremo de poder reemplazar con ventaja

70 Cfr. BLANCPAIN, Jean Pierre, *Les Allemands au Chili (1816-1945)*, Köln, 1974, pp. 729 ss.

71 DE LA CRUZ, A., “Bibliografía Militar”, *Revista Militar*. 1.11.1886, pp. 242 ss. Cfr. FUENZALIDA, Aníbal, “Conveniencia de dotar a los cuerpos de infantería con algunos útiles de “zapa””, *Revista Militar*. 1.7.1888, pp. 532 ss. Cfr. también *Revista Militar*. 1.8.1892, donde se analiza un simulacro de combate, señalándose al respecto: “Se nos olvidaba decir que este ejercicio tenía además el doble interés de ser la primera vez que en Chile se hacían por la tropa de ingenieros militares, trabajos de fortificación de campaña, zanjás para tiradores y trincheras para artillería”.

72 *Revista Militar*. 1895, p. 134.

73 Cfr., por ejemplo, ROJAS Sotomayor, Luis, “Las ametralladoras de nuestro ejército”, *Memorial*. 1909, pp. 285 ss.

a un pelotón de infantería”. Desde el punto de vista operativo, la conclusión del instructor prusiano era que ellas debían integrarse a todas las unidades y no reunirse y operar en forma autónoma.⁷⁴

Frente a las trincheras y, en general, a la superioridad que estaba demostrando tener la defensa en los últimos conflictos bélicos, los oficiales del Ejército chileno impulsaban diversas soluciones alternativas para romper el empate en beneficio de la ofensiva. Así se destacaba el papel que debían cumplir las tropas técnicas a través del uso de minas y contraminas, granadas de mano, etc.⁷⁵ Frente a las líneas de tiradores, típicas de la infantería del siglo XIX, se insistía en la necesidad de recurrir al “grupo de combate”, tal cual se había introducido en los ejércitos europeos –sobre todo en el alemán– en los años finales de la Guerra Mundial. “Esta formación de combate ha impreso a la batalla de nuestros días una fisonomía muy particular: en vez de esas grandes líneas paralelas que se estabilizaban eternamente una frente a la otra, lo que ahora se observa es un conjunto de mil pequeñas acciones parciales que se traban en diferentes sectores, con frentes diversos, con suerte variable”.⁷⁶ Por último, también se discutía sobre cuál debía ser el arma más apropiada para el acompañamiento de la infantería: un cañón liviano, que algunos estimaban no sería necesario fuera capaz de enfrentar a los tanques, “pues, según he oído decir a jefes de reconocida preparación, los tankes(sic) no tendrán en Sud-América el mismo desarrollo que en Europa”.⁷⁷

Con todo ello se seguía pensando que la ofensiva táctica, pese al desarrollo de las armas y la experiencia de las últimas guerras, continuaba siendo posible y hasta necesaria.⁷⁸

74 KOERNER. “La ametralladora”, Memorial. 1910, p. 76. Cfr. TOLEDO, Miguel, “El fusil ametralladora y su introducción en nuestro ejército”, Memorial. 1919, pp. 615 ss.

75 Cfr. CASTRO, Santiago, “La táctica y las tropas técnicas”, Memorial. 1911, pp. 233 ss.

76 GONZÁLEZ, Aníbal. “Reorganicemos nuestra infantería”, Memorial. 1921, p. 318.

77 MARÍN, Guillermo. “El problema del acompañamiento de la infantería en Chile, especialmente del cañón de infantería”, Memorial. 1926, p. 659. Cfr. POBLETE, Rafael, “Los elementos de acompañamiento del porvenir”, Memorial de 1925, pp. 420 ss.

78 La defensiva “se presenta a nuestro espíritu como la forma más débil de la acción de las armas, como la cantidad únicamente indispensable que impone el instinto de conservación y la lucha por la existencia personal. La ofensiva exige una superabundancia de esfuerzos, que sólo un carácter entero puede hacer realizar a los subordinados. El hecho de adoptar la ofensiva aumentará, además, la responsabilidad que incumbe a los jefes, a causa de las mayores pérdidas que padecerán las tropas durante su ejecución y la mayor parte de los hombres retroceden ante una responsabilidad de esta clase”. Illanes, M., “Conferencia Táctica”, Memorial. 1912, p. 198. Cfr. NAVARRETE, Mariano, “El refuerzo en el combate ofensivo de la infantería”, Memorial. 1917, pp. 394 ss.

En los años que siguen inmediatamente al fin de la Primera Guerra Mundial se desarrollaría una gran discusión que tenía por objeto determinar la forma como debían ser reformados nuestros reglamentos, particularmente el de infantería, en vista de las enseñanzas que ese conflicto había dejado. Ella no quedaría limitada a un mero análisis técnico, apoyado en las experiencias de la guerra europea, sino que tendría un componente más pasional, relacionado con el hecho de que el Imperio Alemán, el gran derrotado, había sido nuestra fuente de inspiración en materia militar desde fines del siglo anterior. Ello llevaría a que hubiera quienes quisieran aprovechar la oportunidad para zafarse de ese modelo.

Ya en el Memorial del año 1921 se insistía en que no se debía volver “a caer en el enorme yerro de copiar a fardo cerrado los reglamentos de otros ejércitos”. Y se agregaba: “Nos hemos limitado por espacio de muchos años a copiar servilmente los reglamentos alemanes, que si eran buenos y aun óptimos para ellos, no podían ser lo mismo para nosotros. Nunca se ha hecho, siquiera, una labor de adaptación al implantar en nuestro Ejército esos reglamentos; jamás se tomó en cuenta ni siquiera la idiosincrasia de nuestro pueblo, nuestras condiciones étnicas, la diferencia de cultura; las disposiciones de nuestras leyes; y ni siquiera los factores geográficos o topográficos de nuestro país, sus vías de comunicación, y así, mil otros factores que debieron contemplarse en nuestra variada reglamentación”.⁷⁹

El teniente coronel Téllez, por su parte, en el Memorial de 1923, afirmaba con énfasis: “Lucho, desde hace muchos años, contra lo que yo considero funesta tendencia de copiar servilmente los reglamentos extranjeros, en vez de adoptarlos a nuestra especial situación de país pequeño, pobre y de poca población. Pero de aquí a suponer que yo pretendo inventar una táctica local, hay la misma distancia que entre creerme normal y creerme desequilibrado”.⁸⁰

El enfrentamiento definitivo en estas materias se daría, ya en la década de los treinta, entre los generales en retiro Francisco Javier Díaz, de reconocida y constante tendencia germanófila, y Carlos Sáez.

79 Memorial. 1921, p. 561. “El nuevo reglamento de ejercicios para la infantería del ejército francés aprobado con fecha 20 de febrero de 1920”.

80 Memorial. 1923, p. 116. “Táctica Nacional”. Cfr. KRETZSCHMAR, W.J., “Las misiones militares extranjeras”, Memorial. 1927, p. 333. “Los Ejércitos americanos nunca deberían ser imitadores de otros europeos”.

Díaz dedicaría una serie de artículos, publicados originalmente en El Mercurio, a defender la conveniencia de seguir fieles al modelo germano, “escuela que hemos seguido en más de cincuenta años, escuela que ya conocemos a fondo, que está incorporada a nuestras costumbres, que en ninguna forma choca con nuestro carácter nacional y que otros ejércitos hispanoamericanos han introducido en vista de los buenos resultados que nosotros abrazamos mediante su aplicación”.⁸¹ En otro lugar agregaba: “No hemos tenido que arrepentirnos de haber seguido durante ese tiempo las normas alemanas, porque éstas han probado su eficacia en los campos de batalla y porque su aplicación en otros ejércitos, de variadas condiciones, ha dado los mejores resultados, debido a que ellas permiten adaptarlas a las circunstancias tácticas, geográficas y topográficas y hasta al carácter de las personas. No hay pues ningún motivo que aconseje desviarnos de ellas; lo importante es introducir cuanto antes las modificaciones que han experimentado”.⁸²

Frente a él se levantaría la figura del general Carlos Sáez: “Yo estoy con los que piensan que es posible crear una táctica nacional”, diría con fuerza; “más aún, creo que esto es indispensable. ¿De qué se trata al fin y al cabo? De que los procedimientos de combate consultados en los reglamentos correspondan a los medios de acción disponibles”.⁸³

No se renegaba de los reglamentos alemanes que habían servido de base a la modernización de nuestro ejército, pero, ya que era imperioso reformarlos, se quería ahora que se tuviera en consideración la realidad nacional: geografía, armamentos, educación de los soldados, etc.⁸⁴

7. La caballería y su tenaz defensa de la tradición frente a los avances de la técnica

Si hubo un arma que resultó afectada por el rápido progreso que tuvieron las armas de fuego en el último tercio del siglo XIX, ésa fue la caballería. En efecto, mientras los vertiginosos adelantos técnicos

81 DíAZ V., Francisco Javier, A propósito de nuestra política militar, Santiago, 1938, p. 54.

82 *Ibidem*, p. 58.

83 SÁEZ, Carlos, Estudios militares, Santiago, 1933, p. 186.

84 *Ibidem*. “Los reglamentos tácticos deben basarse en una justa apreciación de las posibilidades. Ellos deben ser un resumen de la experiencia de la guerra, pero de la experiencia interpretada con criterio nacional. Ellos deben también interpretar la evolución de la técnica, pero no de la técnica en general sino en aquello que guarde relación con los medios de que el ejército dispone”, p. 202.

que menudearon en el período que antecedió al estallido de la Primera Guerra Mundial obligaron a infantes y artilleros a modificar radicalmente sus tácticas de combate, la caballería empezó a vislumbrar su posible desaparición. Resulta evidente, hasta para un lego, que los fusiles de repetición y las ametralladoras, sin contar a los tanques y a los aviones, parecen poco compatibles con las bizarras cargas de caballería, tan comunes todavía durante las guerras napoleónicas.

Para los estudiosos del arma de caballería chilena, el punto de quiebre en la evolución de esa rama del ejército aparece representada por la guerra franco-prusiana de 1870. Recién con ese ejemplo se hizo evidente que estaba pasando la época más gloriosa y romántica de la caballería; que debía cambiar su forma de luchar, sus funciones dentro del campo de batalla. “Dando una mirada a la guerra franco-prusiana –se decía en la Revista Militar– encontraremos a la caballería, conservando su favorita formación de ataque, batiéndose con la infantería que ya había cambiado el suyo por el disperso, en cuyos repetidos y terribles encuentros la primera de estas armas no pudo alcanzar sobre la segunda resultados verdaderamente de consideración, sino que por el contrario, en casi todas fue rechazada o por lo menos tuvo que experimentar numerosas pérdidas; en una palabra, no pudo de ninguna manera obtener sobre la infantería, ni aun con superioridad numérica (Sadowa), las ventajas de otros tiempos”.⁸⁵

De manera similar a como ya lo hemos destacado para la infantería, paradójicamente en la década de los ochenta y noventa se observa entre los oficiales de caballería un mayor realismo para reconocer la real situación de su arma que en los años posteriores. En vista de que resultaba evidente que las antiguas cargas que le habían dado su gloria ya eran cosa del pasado, se trataba de descubrir misiones alternativas que la siguieran haciendo indispensable: la conclusión era que mientras disminuía su importancia táctica se acrecentaba su utilidad en el plano estratégico.

“La caballería dirige ahora el objetivo de sus esfuerzos no tanto al ataque por medio de las grandes cargas en masa como a la exploración

85

FUENZALIDA, A., “Principios fundamentales de táctica de combate y formaciones de ataque que la guerra moderna exige a la caballería”, Revista Militar. 1.1.1889, p. 495. Cfr. Revista Militar. 1.7.1892, p. 47, “La supresión del sable”.

de los contornos de su propio ejército, a las sorpresas de los convoyes, y en general, a la investigación de todo lo concerniente al enemigo”, decía, en la Revista Militar de Chile, J.C. Salvo.⁸⁶ Por consiguiente, el rol de la caballería no ha sido restringido en la táctica moderna, sino que ha desarrollado su acción con más amplitud en otra esfera de vital importancia para los ejércitos”.⁸⁷

El papel estratégico de la caballería incluía, según señalaban los oficiales especialistas, observar los primeros avances del enemigo, apreciar sus fuerzas e intentar detener las cabezas de sus columnas, cortar sus vías de comunicación o retirada y perseguir a la caballería enemiga. Se destacaba por ello que en su nueva faceta, sobre todo de exploración, se debía dejar a la caballería una gran libertad de acción.⁸⁸

Sin perjuicio de lo anterior, había también quienes se resistían a abandonar el papel decisivo que tradicionalmente había correspondido en los combates a las cargas de caballería. “Crear que la caballería no podrá intentar ya nada contra la infantería, a pretexto de que ésta está armada de un fusil de tiro rápido y de largo alcance –señalaba el sargento mayor de caballería Francisco Flórez– es suponer gratuitamente que las sorpresas no serán ya posibles, que los jefes no cometerán ya errores, que las tropas se mantendrán siempre sólidas, llenas de sangre fría, inaccesibles al pánico y a las emociones de un combate desgraciado”.⁸⁹

86 Revista Militar. 1.4.1888, p. 177.

87 Y agregaba: “En efecto, ¿qué sería de éstos sin el reconocimiento de las posiciones que ocupa el enemigo, de los caminos, de las aguadas y demás recursos del país en que se opera; qué sería de la salvaguardia de las retiradas que suelen efectuarse después de un combate iniciado o en presencia de un enemigo cercano sin el auxilio de la caballería? (...) Dedúcese de esto que la importancia estratégica de esta arma ha crecido en vez de disminuir”. Cfr. FUENZALIDA, Anibal, “Utilidad y manera de servirse de las armas de fuego en los cuerpos de caballería y conveniencia de organizar un servicio de zapadores en los mismos”, Revista Militar. 1.10.1888, pp. 260 ss. “Ligeros apuntes sobre la caballería”, Boletín Militar. 15.3.1896, pp. 371 ss.

88 Cfr. FUENZALIDA, Anibal, “Necesidad de reformar el reglamento de la caballería y funciones de esta arma en campaña y al frente del enemigo” Revista Militar. 1.11.1889, pp. 340 ss. “La caballería en el servicio de exploración”, Memorial. 1899, pp. 17 ss.

89 Memorial. 1899, p. 78. Para luego agregar: “... mientras el hombre sea una mezcla de carne, de hueso y de nervios, la aparición de improviso de la caballería será de un efecto desastroso para la moral de los individuos, y su tiro, bajo la influencia de estas circunstancias, tendrá una eficacia muy problemática”. Cfr. ANRIQUE, Ventura, “La instrucción militar del día y algunas reflexiones sobre la táctica actual de la caballería”, Boletín Militar. 1896, p. 537. “Se ha tenido razón al proclamar que los combates contra la infantería y la artillería son a menudo heroicos; pero, al mismo tiempo, hay que decirlo, son sencillos; la victoria está en la sorpresa, en las marchas rápidas devorando, por decirlo así, la distancia, en las disposiciones que se tomen para disminuir las pérdidas. En el choque ya ha pasado el momento crítico, está hecho lo más, esto es, el avance bajo el mortífero fuego de la infantería y artillería”.

En un detallado artículo publicado en el Memorial del Estado Mayor General del año 1908 se analizaban las distintas formas como debía pasar a la ofensiva la caballería en el campo de batalla, denotándose una clara falta de realismo frente al creciente poder ya demostrado a cabalidad, en distintas guerras, por las modernas armas de fuego. Por ejemplo, en el caso de que se ataque a la caballería enemiga, debía sacar ventajas “aquella masa que, avanzando en magnífico orden, en absoluta cohesión, sin que se produzca en sus filas el más pequeño claro, con perfecto dominio de sus cabalgaduras, aun cuando no avance más que al elegante aire del trote. Será aquella en cuyas almas predomine el inquebrantable propósito de llegar en esta forma difícil y de serenidad a toda prueba, contra la muralla erizada de penetrantes aceros”. En el caso del ataque a la infantería se creía que éste todavía era posible al inicio del combate, aún cuando conservara sus posiciones y orden inalterable, avanzando derechamente contra su frente. Además de aprovechar el terreno, se debía “tratar de disminuir en lo posible el efecto mortífero del fuego, desplegándose para ello lo más temprano que se pueda, tomando el galope a gran distancia y alargando este aire gradualmente”. Para concluir agregaba: “Se ha dicho con insistencia que la infantería nada debe temer de la caballería, gracias a su arma poderosa de repetición. A pesar de lo dicho, esta infantería verá su moral quebrantada por las bajas que le ocasionará la infantería y artillería contrarias y es en esos precisos y fugaces momentos en los cuales la caballería manejada diestra y enérgicamente” podrá terminar de derrotar a los infantes enemigos.⁹⁰

Todavía en el Reglamento de ejercicios para la caballería del año 1909 se seguía considerando el choque como forma de combate, aunque fuera tan sólo para enfrentar a la caballería enemiga: “En el combate de caballería, es la carga o ataque conducida en orden compacto la que da la victoria por medio de la potencia de su choque. Cada jinete debe tener la firme voluntad de penetrar en las filas enemigas sin consideración de ninguna especie y tratar de desmontar a los jinetes enemigos por medio de la lanza. Los oficiales son los primeros en penetrar en las filas enemigas”.⁹¹

Llama la atención el que, ya iniciado el siglo XX, y cuando se contaba con la experiencia de guerras sangrientísimas, en las que había

90 DEL CANTO, Julio César, “Breves comentarios sobre la tercera parte del Reglamento de ejercicios para la caballería”, Memorial. 1908, pp. 49 ss.

91 Reglamento de ejercicios para la caballería, Santiago, 1909, p. 138.

quedado demostrado, sin lugar a dudas, el inmenso poder destructivo de las armas de fuego –la ruso-japonesa y luego la Primera Guerra Mundial, por ejemplo– se siguiera pensando en la posibilidad de que la caballería pudiera todavía cumplir sus roles tradicionales.⁹²

“Cualquiera que sean los progresos de las armas de fuego”, se señalaba en el Memorial en un momento en que ya se vivía una carnicería de dimensiones gigantescas en las trincheras del frente occidental durante la gran guerra, “no lograrán descartar en absoluto los terribles ataques de una caballería enérgica y bien mandada, sobre todo cuando el terreno –que es factor decisivo– se ponga de su parte”.⁹³

En 1926, cuando las enseñanzas de la guerra mundial ya estaban suficientemente decantadas, un mayor de la caballería chilena insistía en “probar a mis compañeros que no sólo en la guerra ruso-japonesa sino también en la última gran guerra ha habido cargas de caballería con éxitos muy halagadores”.⁹⁴

El gran defensor del arma de caballería en estos años fue el coronel Ortiz Wormald, quien en innumerables artículos y libros buscó demostrar que ésta mantenía y hasta había acrecentado su vigencia. Para el oficial chileno, “ataques de caballería como los dados por nuestra propia caballería, por ejemplo en Chorrillos, estarán en condiciones de efectuarlos siempre las caballerías del vencedor”.⁹⁵ Haciendo unos cálculos cuyo origen es difícil reconocer, afirmaba con gran seguridad que “si nos fijamos bien, siempre el mayor porcentaje de las bajas le ha correspondido al defensor y no al ofensor, y la caballería en su combate como tal es netamente ofensiva y no defensiva”.⁹⁶

92 Cfr. ECHAVARRÍA, Agustín, “La caballería alemana en las maniobras imperiales de 1912”, Memorial. 1913, p. 912. “Los alemanes tienen una profunda y viva fe en su Caballería. Más positivos y con mayor reflexión que aquellos que tienden a no considerar a la Caballería sino como una institución de lujo y ya en desuso, piensan, por el contrario, en reforzarla aún más por medio de la creación de nuevos regimientos”.

93 TÉLLEZ, I, “La infantería ante un ataque de la caballería”, Memorial. 1916, p. 173.

94 GÓMEZ, H., “El combate a caballo no ha pasado a la historia”, Memorial. 1926, p. 635. Cfr. Memorial 1926, pp. 844 ss. y 892 ss.

95 ORTIZ Wormald, E. Nuestra caballería, Santiago, 1911, p. 19.

96 *Ibidem*, p. 20. Cfr. Ortiz Wormald, “Cuatro líneas en favor de nuestra caballería”, Memorial. 1921, p. 34. “Esta gran guerra ha evidenciado una vez más que es la ofensiva la que vence, y cosa curiosa, la que ha sufrido menos bajas. Ofensivas sin movimiento no son concebibles, y la caballería es herramienta para el movimiento”.

Consideraba, por ejemplo, que los japoneses no habían obtenido todo el provecho que correspondía de su victoria frente al Imperio de los zares, debido a que no dispusieron de una caballería suficientemente poderosa; por ejemplo, de haber dispuesto de las fuerzas adecuadas hubieran podido cortar el transiberiano, aislando a las tropas rusas en el frente de operaciones.⁹⁷

Su optimista conclusión era que “la circunstancia de ser múltiples las misiones de la caballería le permiten adueñarse del futuro, ya que esta multiplicidad de funciones: encubrir, taponear, combatir, proteger, perseguir, etc., le crean la consideración de que si es verdad que uno u otro de esos roles puede decaer, nada permite pensar que todos puedan desaparecer”.⁹⁸

La verdad es que, ya en la década de los veinte, la tendencia dominante sería destacar estos nuevos papeles de la caballería; tratar de justificar su existencia y funcionalidad en medio de la guerra mecanizada en los campos de batalla de Chile y América. “Fuera de las montañas, fuera de la guerra de posiciones o de trincheras”, se sostendría en el Memorial, “en la guerra de movimiento, que es la que deberá ocurrir como etapa final, ya que dos beligerantes estacionados no resolverán nada decisivo, especialmente en la América hispánica, donde los extensos frentes inamovibles son inverosímiles por escasez de efectivos, la caballería ha enriquecido sus roles, y para el cumplimiento y cabal ejercicio de ellos, habrá que dotarla de armamentos que antes no requería (...) Hoy la caballería en terreno llano, dotada de material aéreo, bandadas de aviación de observación y escuadrillas de bombardeo, de caza, etc.; armada con carabinas alargadas; acompañada por infantería a tracción mecánica (camiones, motocicletas, sidecar, etc.); con fusiles automáticos; con ametralladoras pesadas y livianas; con cañones de acompañamiento arrastrados a lomo, de montaña y de campaña; con armas blancas, etc, constituye un organismo de acción táctica y estratégica, completo y único, totalmente desconocido en la preguerra 1914-1918”.⁹⁹

Esa modernización del armamento debía ir en contra de la tradicional lanza, aunque también hubo discusión al respecto, que debía

97 Cfr. ORTIZ Wormald, Enrique, Papel de la caballería en la guerra del porvenir y necesidad de reorganizar nuestra caballería, Santiago, 1921, p 37.

98 *Ibidem*, p. 74.

99 MEDINA, Ernesto, “Armamento de la caballería”, Memorial. 1925, p. 1056.

dejar de ser arma de combate para pasar a adornar los casinos de los regimientos.¹⁰⁰

En definitiva, y más allá de los problemas que se presentaban para su empleo debido a la evolución de las armas de fuego, al desarrollo de la aviación y de los vehículos motorizados, todavía en la década de los veinte se confiaba en que la caballería debía cumplir un papel importante en las guerras del porvenir: exploración estratégica y táctica, ocupación y mantenimiento de líneas adelantadas, acciones contra las comunicaciones enemigas, movimientos envolventes contra las alas y espaldas del enemigo, perseguirlo en su retirada. No se pensaba en la posibilidad de desaparición de esta tradicional arma del ejército.¹⁰¹

Conclusión

La irregular –aunque exitosa– conducción de la Guerra del Pacífico, contrastada con el paradigma prusiano, provocó una auténtica revolución intelectual dentro del ejército chileno. Se desató una verdadera fiebre formativa que se nutrió fundamentalmente de los modelos europeos y que se expresó en la recepción y elaboración de una profusa literatura militar: artículos, libros y revistas. Lo militar debía ser elevado a un nivel científico y cultivarse con la rigurosidad propia de las ciencias. Era una profesión que requeriría tanto o más estudio que cualquier profesión liberal.

Los modelos europeos se recibieron al detalle y hasta sus últimas consecuencias: la científicidad de la guerra derivada de una interpretación seudoclauserwitziana, la idea de la inevitabilidad de las mismas, el concepto de nación en armas con sus derivaciones, como, por ejemplo, la insistencia en la necesidad de introducir y extender el servicio militar obligatorio y el de vivir preparados para la guerra. A Chile llegaron incluso los vicios ajenos a este tipo de mentalidad, como es el caso del militarismo.

En torno al cambio de siglo, desapareció el soldado romántico formado en la escuela francesa que dominó las guerras del siglo XIX, siendo reemplazado por el profesional forjado en la escuela de Von Moltke, en el que primaba la disciplina mental sobre la física.

100 Cfr. AHUMADA, A., “Cañones a lomo para nuestra caballería”, Memorial. 1926, p. 744.

101 Cfr. SALINAS, “¿Choque o fuego?”, Memorial. 1924, p. 244; BRAVO, Bolívar, “Empleo estratégico de la caballería en las guerras modernas”, Memorial. 1919, pp. 434 ss.

bl 182

EL EJÉRCITO EN LA GUERRA CIVIL DE 1891

GONZALO VIAL CORREA¹

Este trabajo trata de los efectos de la Guerra Civil de 1891 en el Ejército de Chile. Éstos son muchos y cada uno de ellos es muy extenso y complejo y además se relacionan con otros temas de la historia del ejército y de la historia de Chile. De modo que no puedo abarcar como quisiera la vastedad completa del tema y debo limitarme a tres de esos efectos, los que considero más importantes, y esos tres abordarlos en una forma un tanto sumaria, de modo que lo que voy a decir sirva de acicate para las reflexiones e investigaciones más profundas que ustedes puedan hacer.

Estos tres efectos son: primero, el de la guerra civil en la composición social del Ejército de Chile, en el origen social de la oficialidad; segundo, los efectos de la guerra civil en el proceso que corrientemente se llama de prusianización del Ejército de Chile, y tercero, los efectos que tiene la guerra civil en cómo el ejército ve la política chilena, o sea la perspectiva o la óptica del ejército para ver la política chilena, cómo es afectada por la experiencia de la guerra civil.

Empiezo por la composición social, el origen social del ejército en cuanto influido por la guerra civil, y esto me fuerza a adelantar una información muy conocida, que propiamente pertenece al tercer tema: “la relación del ejército con la política después de la guerra civil”. Esta información es la relativa a la postura que tomó el ejército en la guerra civil. Como ustedes saben, las Fuerzas Armadas se dividieron en 1891 y por

1 Bachiller en Humanidades, Licenciado en Derecho de la Universidad Católica de Chile. Miembro de número de la Academia Chilena de la Historia, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia (España) y miembro de número del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Sección Orígenes de la Emancipación. Ha desempeñado una serie de cátedras universitarias, entre ellas: Historia del Derecho, Historia de Chile siglos XVI y XVII, Historia Social de Chile y América e Historia Contemporánea de Chile. Ha publicado una serie de libros, entre ellos: “Historia de Chile 1891/1973”, de la cual han sido publicados cinco volúmenes; “1891 visto por sus protagonistas” (en colaboración); “Balmaceda y la guerra civil” (en colaboración); “Arturo Prat”, “Jorge Alessandri Rodríguez (1896-1986). Una biografía” (en colaboración), “Historia del Senado de Chile” (en colaboración); “Chile (1541-2000). Una interpretación de su Historia Política”, “Jaime Eyzaguirre en su tiempo” (en colaboración). Actualmente es Profesor de Historia Contemporánea de Chile en la Escuela de Periodismo de la Universidad Finis Terrae; De la Realidad Educativa de Chile en la Escuela de Educación de la misma universidad y del Diplomado de Historia Contemporánea de Chile del Departamento de Historia de la misma casa de estudios.

eso hubo guerra civil (las guerras civiles no son entre civiles, son entre facciones de las Fuerzas Armadas). La Armada estuvo con el Congreso, con los revolucionarios, más aún, la inició su alzamiento los primeros días de enero, a raíz de que el Presidente de la República declaró que no convocaría al Congreso para aprobar el presupuesto de 1891, sino que se regiría por el presupuesto de 1890. Fue ésta declaración y decisión del Presidente Balmaceda la que motivó que la Armada se alzara contra él, argumentado que se había puesto fuera de la Constitución. Y eso inició la guerra civil, y los que estaban detrás de esta acción, o sea los revolucionarios, la mayoría del Congreso, esperaban que el ejército hiciera lo mismo o que parte importante del ejército hiciera lo mismo, porque creían que se había comprometido a ello el general Manuel Baquedano, cuyo prestigio era legendario en el ejército. Pero o bien habían entendido mal al general Baquedano, o bien él no pudo o no quiso o no supo cómo cumplir este compromiso y no hubo ningún alzamiento dentro del ejército, ninguna unidad se pronunció por la revolución y el ejército siguió hasta el final del conflicto fiel y leal a Balmaceda. Entonces se produjo la guerra civil. ¿Por qué actuó así el ejército? El ejército actuó así porque estimó que era su deber profesional, constitucional y legal de acuerdo con la Constitución. Declaró el ejército: “Nosotros somos una institución profesional, apolítica, no deliberante y obediente, y de acuerdo con la Ordenanza del ejército vigente esa obediencia se manifiesta muy especialmente respecto al Presidente de la República”. El nivel de obediencia de las Fuerzas Armadas, y por lo tanto del ejército, lo conectaba la Ordenanza del ejército directamente con el Presidente. “¿En qué situación estamos?” se preguntaba el ejército. “Tenemos un presidente legítimamente elegido y eso no lo discute nadie, ni siquiera los revolucionarios; su período no ha terminado y le debemos obediencia y esa obediencia la vamos a seguir prestando hasta que termine su período”. “¡Pero es que el Presidente se ha salido de la Constitución!”, alegaban los revolucionarios. “Con esta resolución sobre el presupuesto de 1891 se ha salido de la Constitución, así que ya no es legítimo; puede haber sido legítimo de origen, pero ya no es legítimo de ejercicio”. “Ah!, sostenía el ejército, eso nosotros no podemos resolverlo; primero no podemos deliberar para resolverlo porque somos no deliberantes, y en segundo lugar, aunque pudiéramos deliberar, es una materia política sobre la cual nosotros tampoco podemos manifestarnos, ésa es una materia entre civiles, que la resuelvan los civiles, para eso tienen los instrumentos constitucionales y legales, no nos pidan ustedes deliberar sobre ella y mucho menos resolver sobre esa materia, no nos pidan sino que cumplamos nuestro deber

constitucional y el deber que nos impone la Ordenanza del ejército de obedecer al Presidente de la República”. El año 1890, en un acto público, el general más importante del ejército, que era el general Barbosa, pronunció un discurso en el cual está expresada esa tesis. “Los políticos –dijo– a sus puestos, los soldados al cambio de la guardia, la Constitución nos prohíbe deliberar y la ordenanza nos manda actuar, acatar y rendir ciega obediencia a las autoridades legalmente constituidas. El ejército no ha tenido y no tiene por qué medir situaciones más o menos difíciles, la ordenanza y la Constitución lo prohíben”.

Había en el ejército un grupo de generales que eran política y personalmente balmacedistas y que estaban en los puestos de mando más importantes, como el general Barbosa mismo, el general José Miguel Alzérrec, el general José Velásquez, el general Gana y otros. Pero el grueso de la oficialidad estaba efectivamente en la posición de que, podían ser en su fuero interno balmacedistas o antibalmacedistas, pero era un tema que no tenían por qué discutir, ellos lo que le debían era obediencia al Presidente de la República y así entonces el ejército obedeció al Presidente de la República durante toda la guerra civil, hasta el final. Ninguna unidad se levantó a favor de la revolución. Cuando la revolución se instaló en el norte lo hizo protegida por los cañones de la Escuadra. Ninguna unidad del norte se plegó a la revolución. Oficiales determinados –un centenar de oficiales de ejército– adhirieron a la revolución, pero para eso técnicamente tuvieron que desertar, abandonar el ejército y sus unidades y embarcarse clandestinamente hacia el norte.

Aunque parezca increíble, los oficiales de ejército tenían la ingenuidad de pensar que si triunfaba la revolución esto no iba a tener para ellos ninguna consecuencia. Bueno, triunfó la revolución. “¿Qué nos van hacer a nosotros? ¿Qué nos pueden reprochar a nosotros? Si nos hemos limitado a cumplir con nuestro deber profesional, con nuestra obligación de no deliberar, con nuestra obligación de no participar en política, con nuestra obligación de acatar la Constitución y la ordenanza que nos prescribe la obediencia al Presidente de la República”. Bueno, estos oficiales, que fueron casi todos, ciertamente no habían escuchado esa cuarteta española que oíamos siempre en nuestra infancia: “Vinieron los sarracenos, o sea los moros, /y nos molieron a palos,/ que Dios protege a los malos/ cuando son más que los buenos”. Eso efectivamente fue lo que sucedió. Terminada la guerra civil la oficialidad balmacedista fue lanzada implacablemente a la calle por centenares y procesada. Lo más

extraordinario de todo, procesada como si hubieran cometido algún delito. Perdieron sus carreras. Muchos, la mayor parte de ellos, cayeron en la pobreza, o aún en la miseria. Otros se exiliaron, ya sea para escapar de estas persecuciones o para encontrar trabajo afuera, especialmente en Argentina, y muy pocos, algunos sí, fueron reincorporados y cuando se reincorporaron lo fueron un tiempo considerable después y esto tuvo muchos efectos. Sin embargo, lo que me preocupa en este momento es que destruyó la clase social que había constituido hasta ese momento el ejército. Hasta ese momento el Ejército de Chile era un ejército formado en la guerra. En el siglo XIX el país había librado una serie de conflictos antes de la guerra civil, o sea había estado permanentemente en guerra durante todo el siglo: la Guerra de la Independencia, la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, la Guerra de España, que también implicó una movilización del ejército; la Guerra del Pacífico, por supuesto, y durante todo el tiempo, durante todo el siglo y muy en especial apenas liquidada militarmente la Guerra del Pacífico, la guerra en Araucanía. Entonces se había formado un ejército de guerra, un ejército que tenía una gran experiencia bélica y muy poca formación profesional. Se había formado en la guerra, ésa es la diferencia entre el ejército del siglo XIX y el ejército del siglo XX. El ejército del siglo XIX se improvisó, hizo la guerra improvisadamente, experimentalmente la ganó y no tuvo una gran formación profesional. En cambio el ejército del siglo XX tuvo una gran formación profesional que comenzó poco antes de la guerra civil y no ha tenido guerras justamente porque su existencia y eficacia es la que ha prevenido que se den. No tiene experiencia de guerra, tiene formación de guerra. El ejército del siglo XIX era al revés, no tenía una formación de guerra sino en la experiencia, pero ésta era enorme, y esta experiencia había conducido a que hubiera familias militares, tal como las hay ahora, pero de otra naturaleza, porque eran familias cuya tradición familiar era la guerra y eran las que constituirían la oficialidad de 1891. Esas familias no fueron eliminadas totalmente del ejército, pero en gran medida desaparecieron del ejército. En el siglo XIX había apellidos que eran tradicionalmente de militares. Por ejemplo, los apellidos Barbosa, Baeza, Yávar, Palacios, etc. Entonces la guerra civil destruyó estas familias militares, que eran familias de guerra y que constituían la oficialidad del ejército de Chile, y se perdió esa tradición militar de familias de guerra.

¿Qué grupo social formaban estas familias en los términos modernos? Desde luego no eran pueblo. Podría considerárselas quizás una alta clase media. Pero creo que no era así, en verdad eran una aristocra-

cia, aunque una aristocracia con ciertas características. Primero, era de provincia; segundo, no era rica, no era de fortuna, porque la profesión militar no es una que haga grandes fortunas por lo general; y tercero, eran familias en verdad aristocráticas de la aristocracia de provincias y sólo con el tiempo se fueron separando de la aristocracia santiaguina, porque la aristocracia capitalina las excluía, primero, porque eran de provincia; segundo, porque no eran ricas, y tercero, porque eran profesionales. Los profesionales en el siglo XIX no formaban parte de la aristocracia, sólo el abogado era un profesional aristocrático. Entonces, esta clase que fue destruída por la guerra civil tenía esas características, una aristocracia provinciana, profesional, no de gran fortuna y separada de la aristocracia que se llamaba a sí misma “la aristocracia” y que se iba a transformar en la oligarquía justamente por el parlamentarismo, por los resultados de la guerra civil. Quiero darles un ejemplo, sólo para aclarar este punto, que es justamente el del general Barbosa. El general Barbosa era hijo de un militar de la Guerra de la Independencia que había estado en todas sus acciones, y que después había servido con don Manuel Bulnes especialmente en las operaciones contra los Pincheira. Era un hombre de Ñuble. Ñuble y Concepción eran las grandes provincias de la clase guerrera. Se casó con una dama aristocrática de Chillán, doña Dolores Puga, y de allí nacieron tres hijos militares: el futuro general Orozimbo Barbosa, y sus dos hermanos, que sólo llegaron a coroneles, pero uno de ellos fue padre de dos generales. Orozimbo Barbosa hizo una campaña prolongadísima. Su vida fue una campaña, hasta morir, en Placilla. Estuvo 35 años en el ejército. Participó en la guerra contra España y en la Guerra del Pacífico, en Tacna. La acción de Orozimbo Barbosa en Tacna es considerada por los analistas militares como decisiva. Estuvo en Arica, en Chorrillos, en Miraflores. Era el favorito del general Baquedano. ¿Con quién se casó?; con doña Corina Baeza Yávar. Ella era militar por todos lados, por donde se mirara, y sus cuatro hermanos eran oficiales de ejército. Cuatro cuñados del general Barbosa eran oficiales de ejército. ¿Qué pasa, por ejemplo, cuando en Chorrillos el general Barbosa carga, hombre de caballería, carga a la cabeza de su regimiento, de su unidad? Bueno, también cargan en Chorrillos su suegro, su cuñado, su concuñado, su primo político y varios parientes más, todos combatiendo en Chorrillos. ¿Y cuál es el destino de esta familia militar después de la guerra civil? El general Barbosa muere en Placilla combatiendo a sable; en realidad es difícil decirlo en batalla, se puede decir que es asesinado, muere como consecuencia de la batalla, pero no en un acto de resistencia que tuviera cierto sentido, él de resistir y los demás de

matarlo, es una muerte apasionada al final de una batalla. Ninguno de sus hijos va a ser militar. Van a ser algunos muy distinguidos. Uno, un gran político balmacedista, Enrique Barbosa. Sus cuatro cuñados van a ser expulsados del Ejército, van a perder su carrera. Sólo uno será reincorporado al cabo de unos años y su mujer se exilia en Argentina y no vuelve más, no quiso volver más a Chile. Éste es el primer gran efecto de la guerra civil en el ejército de Chile. Socialmente desaparece la clase o el grupo de familias tradicionales, guerreras, no militares solamente, sino guerreras, que era hasta ese momento la espina dorsal del ejército. Desaparece por esta circunstancia que les he señalado. ¿Y cómo va a ser reemplazada esa clase o ese grupo o esa tradición familiar? Va a ser reemplazada desde dos ángulos. Por una parte muchos revolucionarios que habían participado en la guerra civil y que habían formado parte del ejército revolucionario por convicciones políticas, se quedan en el ejército y continúan su carrera y hay en eso por lo menos dos grandes generales muy conocidos: el general Patricio Larraín y el general Luis Briebe. Don Luis Briebe es un militar y muy respetado, que llega al más alto cargo del ejército, que en esa época es el de Inspector General. Un hombre que goza de universal prestigio en el ejército. Pero el general Luis Briebe era un funcionario de Aduana de Pisagua, al iniciarse la guerra civil.

Entonces con un teniente y con otros revolucionarios se las ingeniaron para dopar o sea narcotizar en una casa de fiesta de Pisagua al Jefe de la Guarnición y entregar el puerto a una nave de guerra revolucionaria, la Magallanes, que estaba a la espera de este acontecimiento. Ahí comienza la carrera militar del general Briebe, que fue un hombre importante en el ejército, y así hubo otros civiles que entraron a la guerra por el bando revolucionario y que terminado el conflicto siguieron su carrera militar y a ellos se agregan aquellos oficiales de los que les hablaba al comienzo, que “desertaron” del ejército de Balmaceda y se unieron a las fuerzas revolucionarias. También hubo allí oficiales de inmensa importancia futura en el ejército. El general Boonen, desde luego; el general Roberto Silva Renard, el del famoso enfrentamiento de Santa María de Iquique; el general Vicente Palacios, el general Roberto Wood, y éstos eran como un grupo selecto y privilegiado dentro del ejército, porque eran generales que habían sido antibalmacedistas y eran los antibalmacedistas los que habían ganado. ¿Y cómo se llenó el resto de las plazas de oficiales? Se llenó en verdad con clase media, pero francamente clase media. Los que entraron al ejército en adelante eran personas de franca clase media, no ya de una

clase semi media, semi aristocrática de provincia, sino de personas de franca clase media.

Hay que considerar que durante muchos años después de la guerra civil hubo una diferencia social entre el ejército y la armada, porque la armada había ganado la guerra civil y el ejército la había perdido. Entonces la armada fue mucho más estimada social y económicamente que el ejército y por muchos años, hasta los años 20, oficiales que tenían distinta denominación por supuesto, pero que tenían grados paralelos, en la armada ganaban más que los del ejército. Entonces se producía que postulaban más personas de ciertos medios de clase social superior a la armada que al ejército.

Un caso muy claro es el general Ibáñez y del almirante Marchant, dos muchachos adolescentes del liceo de Ñuble que van a Santiago a postular a la armada y queda aceptado Marchant, porque pertenece a una categoría social superior; en cambio Ibáñez, un hombre muy parecido a esto que hemos hablado de aristocracia de provincia, no es aceptado en la armada y por eso entra al ejército. Entonces se produce en el ejército, como efecto de la guerra civil, este cambio en la composición social. El ejército pasa a ser socialmente distinto de lo que era hasta la guerra civil. Incluso estos oficiales que habían sido antibalmacedistas, sea que ya estuvieran en el ejército y fueran oficiales de carrera, o que fueran civiles que entraron al ejército a favor de la revolución, y que después siguieron en él, porque les gustó la carrera, éstos al llegar al generalato producen uno de los fenómenos más graves de los años 20, que es una causa de los movimientos de los años 24 y 25, que es el fenómeno de “tapar” el “tiraje de la chimenea”, porque como eran personas muy estimadas por el rol que habían cumplido en la revolución y con muchas relaciones sociales, bueno no se retiraban nunca y se producía el fenómeno de que los rangos inferiores no subían.

Este es el primer cambio que se produce en el ejército con motivo de la guerra civil. El segundo cambio es acelerar la prusianización. La prusianización es el acomodo del Ejército chileno al modelo del Ejército de Prusia, o sea al Ejército del Imperio alemán. La tradición militar chilena era francesa, con los recuerdos de las campañas napoleónicas. En la segunda mitad del siglo XIX sólo algunos entendidos sabían que se estaba formando un ejército nuevo, que era el Ejército de Prusia, en que había por supuesto una gran tradición militar. Pero también había esto que para

entonces era una novedad; que el militar era un profesional que hacía estudios sistemáticos y que la guerra era una ciencia que tenía sus reglas y que podía estudiarse. Todo esto explotó y fue universalmente sabido con la victoria de Prusia sobre Francia en el año 1870. Este movimiento llegó a Chile a mediados de los años 80 con el Presidente Santa María, cuando se contrataron oficiales en Alemania para instruir al ejército, y el principal de estos oficiales fue Emilio Körner. Él empezó el proceso de modernización del ejército chileno. Transformó la Escuela Militar, creó la Academia de Guerra y dio gran importancia al Estado Mayor General. Pero tropezó con grandes dificultades en su trabajo, Körner y también todos los que entonces se llamaban alemanes o prusianos, algunos de los cuales eran perfectamente chilenos, por ejemplo el gran lugarteniente de Körner era justamente Jorge Boonen Rivera. ¿Con quién tropezaba? Tropezaba con los viejos generales, que no eran poca cosa, porque ellos decían: “¿Qué nos vienen ustedes a enseñar cómo ganar guerras, si nosotros no hemos hecho más en nuestra vida que ganar guerras, nosotros, los generales de la Guerra del Pacífico?”. Esta resistencia se acentuó enormemente y en esta resistencia “Körner y los suyos” (simplificó al decir Körner por el papel que va a jugar después) tuvieron siempre el apoyo del Presidente de la República, primero de Santa María y después muy especialmente de Balmaceda. Hubo un incidente famoso en que Boonen, o sea el hombre de confianza de Körner, en una repartición de premios en la Academia de Guerra pronunció un discurso en que atacó directamente a los que se oponían a las reformas militares. Dijo: “Como sucede en todas partes y con toda idea nueva, las instituciones nuevamente formadas han tropezado en los comienzos de su carrera con obstáculos suscitados los unos por la resistencia que toda innovación tiene que afrontar y los otros por la estrechez de miras de aquéllos que, desconociendo la importancia de la instrucción o refractarios a toda idea de progreso, luchan por la desaparición de esas nuevas entidades. Entre éstas la Academia de Guerra, con el fin de nivelar en la común ignorancia a los que con mal decidido empeño tratan a fuerza de trabajo y estudio de abrirse paso a los puestos superiores del ejército”.

Ustedes se imaginarán la furia de los generales presentes al oír a un oficial de grado medio atacarlos de esa manera. Inmediatamente después se llenó la oficina de la Academia de generales que venían a pedirle a Balmaceda que sancionara a Boonen. Balmaceda dijo: “Miren, no puedo hacerlo, porque el Ministro de Defensa que está a mi lado, Julio Bañados, y yo acabamos de felicitar a Boonen por su discurso”. Balmaceda apoyó

mucho a Körner, pero cuando se fue acercando la guerra civil Körner se dio cuenta, un hombre muy frío Körner, de que estos generales enemigos de él y enemigos de las reformas, enemigos de la prusianización, digamos, “los viejos cracks”, los grandes generales de la Guerra del Pacífico eran el apoyo fundamental de Balmaceda; eran Barbosa, Alzérreca, Gana y Velásquez. Entonces si esa influencia prevalecía, él iba a perder la batalla, su batalla, y cuando estalló la guerra civil, Körner hizo una cosa que incluso le mereció una crítica directa del Emperador, el Kaiser. Ningún oficial alemán, ni siquiera los dos ayudantes alemanes de Körner, se pronunciaron en la guerra civil. Todos dijeron: “Nosotros no somos chilenos, estamos aquí bajo contrata, no tenemos por qué meternos en un asunto que no nos corresponde”. Körner fue el único que inmediatamente se fue con la revolución. El Kaiser se molestó con eso y le hizo llegar una censura a Körner, que claro, cuando Körner ganó la guerra civil, se transformó en una condecoración, porque los países tienen que gobernarse por sus intereses, no por sus sentimientos.

Körner fue el hombre clave del bando revolucionario en la guerra civil e inmediatamente después de la guerra civil tuvo su gran choque con el general Estanislao del Canto, que era también un hombre de la vieja guardia, y ganó Körner y del Canto se fue a retiro. Entonces Körner durante 10 años hizo y deshizo en el ejército y lo conformó estrictamente al modelo alemán hasta los menores detalles, hasta en detalles bastante ridículos, como que el profesor de baile de la Escuela Militar era un oficial alemán, u otro detalle, por ejemplo, el uniforme chileno era exactamente igual al uniforme alemán, hasta el punto de que en una recepción diplomática en Londres el agregado militar de Alemania en 1909, al ver llegar al agregado militar chileno vestido exactamente igual que él, creyó que se estaba riendo de él y se retiró indignado de la reunión. Y don Arturo Ahumada, después general, cometió el disparate de ir a inspeccionar Bélgica recién ocupada por los alemanes en la Primera Guerra Mundial, vestido con su uniforme chileno, y lo recibieron de la forma más indignada. O sea, el ejército chileno de ese momento se prusianizó absolutamente. Esto por la decisión de Körner de irse con el bando que ganó. Probablemente el fenómeno hubiera seguido, pero no en las dimensiones que tomó, porque hasta el año 1906 Körner hizo lo que quiso en el ejército y cuando lo alejaron fue por una generación de oficiales que pintorescamente opinaban que Körner no era suficientemente alemán, porque Körner había construido un Estado Mayor que dirigía al ejército en forma total, es decir, no se movía un oficial, ni un cañón, ni un rifle que no pasara por el Estado Mayor.

En cambio, en Alemania se había producido un sistema que, conservando la importancia del Estado Mayor, daba a las divisiones una gran autonomía. Entonces, para implantar ese sistema por encima de Körner, se aprovechó una ausencia suya a Alemania. Cuando volvió se encontró en cierto modo “bypaseado”. Se retiró, se fue a Alemania en 1910 y murió más o menos en 1920. Este es el segundo efecto importante de la guerra civil en el Ejército de Chile, la aceleración y profundización y falta de discusión respecto a instaurar el modelo alemán. Eso tiene otras causas también. Por ejemplo, que en este período Chile estuvo dos veces al borde de la guerra con Argentina, el año 1898-1899 y el año 1901-1902. Entonces Körner y el ejército que habían sido preparados eran elementos esenciales para el conflicto y por consiguiente Körner tenía una importancia enorme y estaba muy deseoso de la guerra, porque, bueno, él era un profesional, él quería hacer funcionar su instrumento. Hasta el punto que, se dice, cuando Federico Errázuriz le comunicó que había llegado a un acuerdo de paz con Argentina, Körner lloró, porque no iba a ver el fruto de sus esfuerzos.

Desde que se produjo el desenlace de la guerra civil, el ejército quedó con la sensación de que no podía prescindir de la política. Ésa es la verdad, o sea la experiencia que había pasado el ejército con la guerra civil de haber adoptado una posición legalista y que hubieran llegado los sarracenos y los hubieran molido a palos, esa experiencia indudablemente influye sobre el ejército, porque el ejército cambia completamente de postura y desde el año 91, estrictamente desde el año 91, la que se llamó “la conspiración de las cafeteras”, en que intervino parece el general Del Canto, hasta el año 32, con los “cuartelazos” de la República Socialista, durante esos 30 años el ejército estuvo interviniendo constantemente en la política chilena, o sea el ejército en verdad abandonó completamente la prescindencia que había observado hasta 1891 y sólo volvió a ella después del año 32.

Los cuarenta años siguientes de prescindencia, son efecto de la reacción de rechazo que en verdad sufrió el ejército bastante injustamente a raíz de la presidencia Ibáñez y del período de anarquía, la república socialista, etc., que siguió a la presidencia de Ibáñez. Ahí el ejército sintió que había actuado en política de buena fe, un poco forzado por las circunstancias, y que ahora la civilidad que lo había impulsado actuar en el año 24 y 25, indudablemente le devolvía la mano con injusticia. Pero los años 24 y 25, la presidencia de Ibáñez entre 1927-1931, el golpe militar que trae la república socialista y los golpes que siguen, que ya no son

golpes, sino “cuartelazos”, hasta la reposición del régimen constitucional en la segunda presidencia de Alessandri, eso es un intervencionismo unificado muy visible, pero ya antes las Fuerzas Armadas habían tenido varias intervenciones, aunque casi siempre relativamente discretas. Voy a citar solamente dos. Primero, la Liga Militar, que debió haber dado un golpe en el año 1912, en que había una gran desilusión pública con el parlamentarismo. Se consideraba que el parlamentarismo ya había tocado fondo en materia de corrupción. Justamente ése era el sentimiento público y además los militares se sentían muy postergados. Entonces una institución que habían empezado con fines más bien académicos y mutuales, que era la Liga Militar, se fue deslizado hacia la posibilidad de dar un golpe militar en 1912 contra don Ramón Barros Luco, que en realidad parecía la encarnación viva del parlamentarismo y del no hacer nada en circunstancias que la sociedad estaba reclamando que se hiciera algo. El Presidente de Chile iba a ser un civil impuesto militarmente, de gran prestigio en el ejército, que era don Gonzalo Bulnes, hijo del general Bulnes y además historiador militar destacadísimo. Don Gonzalo Bulnes aparentemente aceptó en principio, pero después, en el momento digamos cumbre, y se dice que luego de unas conversaciones con el Arzobispo de Santiago don Crescente Errázuriz, don Gonzalo Bulnes dijo que no, que él no participaba en la empresa o aventura, y ahí se perdió la primera posibilidad de que hubiera un golpe militar antes de 1924. Y la otra gran conspiración militar de estos años es lo que se llamó el complot de Armstrong, con el general Guillermo Armstrong. Fue un complot, en el año 1919, que abarcó una cantidad muy grande de oficiales y no sólo del ejército, sino que en menor número también de la armada, y tiene su origen remoto en la revolución rusa del año 1917. La Revolución Rusa de 1917 produjo en la sociedad chilena el temor de que se reprodujera aquí un fenómeno parecido, de ahí surgió el complot de Armstrong que fue deshecho y sus responsables castigados.

El tercer gran efecto para mí de la guerra civil en el ejército es, en mi opinión, que se dice: “Mire, en caso de amenaza de un conflicto interno, que es algo muy relativo y muy elástico, una situación social muy delicada, yo no puedo mantenerme al margen, o sea yo tengo un papel político que cumplir en caso de una circunstancia social extrema. Tengo que cumplirlo, primero, porque es mi deber, y también porque si no voy a tener que pagar las consecuencias, como nos ocurrió en la guerra civil de 1891”. Y eso es exactamente lo que dice el último párrafo de la doctrina Schneider, que es también una tradición del ejército.

bl 194

PALABRAS DE CIERRE

GENERAL DE DIVISIÓN ROBERTO ARANCIBIA CLAVEL

Para el Ejército de Chile ha sido extraordinariamente grato haber podido compartir con ustedes estos dos días de historia militar, en este lugar tan trascendente para un ejército, como es el edificio que el gobierno de la época edificó en forma especial para instalar su Escuela Militar por el año 1895, y que hoy se ha transformado en el Museo Histórico y Militar de Chile, recientemente inaugurado o reinaugurado después de un incendio.

Hay una canción militar que dice la “Jornada está pronta a terminar”, que se canta cuando uno va a salir de la Escuela Militar. Esta jornada creo que nos ha dejado una enseñanza enorme, para todos los que hemos participado en ella, gracias al concurso de los distinguidos académicos que hemos invitado a compartir con nosotros esta puesta al día en la historia militar. Dijimos al principio de esta jornada que las inquietudes del presente son las que nos llevan al pasado, para entender las enseñanzas que nos dejó y proyectarlas hacia un futuro mejor; si no, no tendría objeto estudiar historia.

Por eso es extraordinariamente interesante ver en esta sala a jóvenes universitarios, a cadetes de la Escuela Militar compartiendo con los académicos más grandes, como se dice en Argentina, en el sentido de con más edad, con más experiencia, para conocer de una visión conceptual, de una visión más omnicomprendiva de lo que ha pasado con respecto a la historia militar en la región.

Quiero ser muy breve. En un resumen completo de lo que hemos visto en esta primera jornada, el profesor Julio Retamal Ávila nos hablaba del ejército del Reino; nos llevó al fijo de Valdivia y al ejército de la Frontera, a entender cómo podían pasar de soldado a general las personas que se incorporaban al ejército. Las solicitudes desesperadas al rey, que partían desde esta Capitanía General, buscando mejores recursos, un situado más contundente para echar andar este nuevo ejército; la llegada de Alonso de Ribera; los dos mil primeros hombres que lo conformaron; las sementeras, las crías de animales, todo el problema logístico que se va ir repitiendo a través de la jornada, como un aspecto sumamente importante en el desarrollo de los ejércitos; los primeros motines, justa-

mente porque no llegaban los abastecimientos, no llegaban las cosas en su oportunidad; y al final de su exposición, muy interesante, se insiste un poco a través del tiempo en esta alma de soldado que tiene el chileno, producto de su historia, que la hemos recordado a través de los distintos momentos, y él decía: “Todos tenemos algo de militar en nosotros”.

Posteriormente vino el profesor Juan Eduardo Vargas, que nos dio una visión muy interesante de la composición del ejército en el Reino de Chile durante el siglo XVII y nos hizo caminar por las calles de Lima, Quito, Riobamba, Cuenca, recogiendo a los soldados que venían a Chile, ruines y vagabundos, eso eran en un porcentaje importante, plebeyos como dijo él, los que conformaron ese ejército. Vinieron a luchar acá y conformaron un espíritu de cuerpo, un espíritu de unión que los hizo fuertes para enfrentar la dureza tremenda de la vida en la frontera. Esto no lo inventó, sino que lo sacó de los Archivos de Sevilla, como nos explicó en forma muy clara, y no todos eran plebeyos, pero sí en gran porcentaje; una minoría de oficiales eran hidalgos, hijos de algo, y esos hijos de algo fueron los que tuvieron la posibilidad de dirigir los destinos posteriores. De manera que en los oficiales se fue generando esta aristocracia que nos mencionaba recién don Gonzalo Vial respecto de la aristocracia militar de Chillán y de Concepción.

Enseguida el profesor Cristián Guerrero nos colocó frente a la formación del primer Ejército Nacional, y aquí entonces le da el nacimiento, el bautismo efectivo al ejército a partir de 1817. Dice que antes, la verdad no podíamos hablar de un ejército, ni siquiera profesional, se había formado, es cierto y aquí hubo una discusión muy interesante. El ejército antes y después de diciembre de 1810 estaba constituido por las primeras unidades que se conformaron, pero no había disciplina, no había quien hiciera bien la guardia como correspondía, había muchas deserciones. El mismo O’Higgins, la única instrucción que tenía era la de milicias, nos contaba, que Mackenna le puso un sargento al lado para que realmente le indicara cómo tenía que hacerlo, sin quitarle por eso mérito a su tarea. Esta falta de profesionalización se hizo evidente en todo este período y el bautismo real se puede decir que es a partir de 1817. También se refiere particularmente al tema de la logística, la necesidad de tener un ejército equipado con fusiles; por eso se crea una primera fábrica de fusiles en Santiago y de ahí entonces la preocupación para que esto saliera adelante. Luego el coronel Luis Rothkegel, el Jefe del Departamento de Historia Militar, nos habla del Plan de Defensa de

Mackenna, que tiene una relación muy íntima con el tema anterior. Nos dice que había dos posiciones, una que nos cuenta Jaime Eyzaguirre, de la revolución por la autonomía y posteriormente la revolución por la separación. Esa era un poco la idea de toda esta guerra civil que hemos hablado que se produce al inicio de la independencia y ahí entonces, dentro de esta visión de autonomía, tiene sentido este plan de Mackenna, porque si no existe el sentido real de fondo y ese sentido real era que no nos estábamos defendiendo contra los españoles, nos estábamos defendiendo –según nos cuenta el coronel– de los franceses. A Napoleón le podía seguir yendo bien allá en Europa y venir con sus tropas a conquistar incluso las colonias de España y entonces el plan en el fondo era un plan estratégico que la verdad necesitaba mucho tiempo. La gran duda que le queda al coronel al final, que la plantea y que se compromete a despejarla en la próxima jornada del año que viene, es si ése fue el plan que después fue seguido por los distintos gobernantes dentro de la vida de Chile y particularmente referido a la conquista de Valdivia, para recuperar Chiloé, la fundación de la Escuela Militar y la profesionalización o el inicio de la profesionalización del ejército. De manera que plantea que este plan fue muy interesante, pero en la realidad se hicieron muy pocas cosas de las que consideraba. Pero tiene la gracia, la fuerza y la profundidad de una visión estratégica que para esos años era bastante escasa y conociendo cuál era nuestra capacidad real profesional en la Guerra del Pacífico, imagínense ustedes que para esa época era ya bastante notable producto de la experiencia que había tenido en España el coronel Mackenna.

Posteriormente fracasamos en Rancagua. Hicimos una emigración rápida hacia Mendoza y ahí entonces viene la explicación que nos ha dado el comandante Guillermo Lafferriere, de Argentina, que ha sido muy interesante porque nos colocó en situación, desde el momento en que llegaron los primeros chilenos allá a Mendoza y todo el trabajo que le tocó al general San Martín desarrollar en la organización del Ejército de los Andes. Hemos conocido detalles de la gente que conformó las unidades, la logística de cómo se fue generando a través de distintas circunstancias, incluso de hacer creer que algunas herencias que se habían dejado eran para el Ejército de los Andes y no para los usuarios. Todo el tema de la inteligencia y de la contrainteligencia, cómo engañar o divertir para que los españoles creyeran que la invasión efectivamente iba a ser por otra parte, y el desarrollo de las operaciones. Seguimos las columnas, la del norte, las cuatro secundarias y las dos principales

con sus mandos, su organización, sus detalles. Realmente creo que fue una exposición muy completa que nos permitió vivir esa situación que al final trajo efectivamente a argentinos y chilenos juntos para reconquistar nuestra independencia. También se preguntaba algo muy interesante, para nuestro amigo español que está con nosotros, de por qué los realistas perdieron la oportunidad de quizás haber actuado desde el norte después del desastre de Sipe-Sipe y desde el oeste en este caso para actuar y hacer desaparecer la posible resistencia. De manera que también ahí nos deja una inquietud tremendamente interesante desde el punto de vista estratégico.

A continuación, don Sergio Villalobos, porque no crean que me lo haya saltado, sino que lo dejé aquí, porque cronológicamente era aquí donde cabía su interesantísima visión, que ha sido discutida muchas veces con respecto a la guerra en la Araucanía. Nos hablaba fundamentalmente del rol que había tenido esta guerra o esta situación de conflicto que vivimos en la Araucanía, particularmente cómo fue una escuela de guerra para la oficialidad chilena, pero también fue una escuela de convivencia y él nos ha hecho vivirla a través de las fuentes y juntos estuvimos en una comida o en un almuerzo con el cacique Canetón vestido de mariscal desde la mitad de la cintura hacia arriba y vestido de indio de la mitad hacia abajo, con el general en jefe del Ejército del Sur conversando. Todas estas cosas las cuenta don Ambrosio Letelier a través de sus memorias y de sus escritos. Ver cómo esta situación no fue militar en un principio, sino que los colonos se fueron metiendo a la Araucanía y fueron generando una situación que a la larga obligó a la participación del ejército, no solamente para ir a aniquilar, como decía muy bien don Sergio, sino que para civilizar. Es decir no era una guerra de aniquilamiento la que se buscaba con los indígenas, sino que realmente buscar una fórmula de incorporar al país, esa zona que estaba en conflicto. Nos habla de todas las obras que hizo el ejército, particularmente obras camineras, puentes y una cantidad enorme de acciones que produjeron que esa zona realmente se fuera incorporando a nuestra tierra. También la picaresca propia de la vida en la frontera que es un tema que abre toda una perspectiva de estudio para quienes se interesen más profundamente en esto.

Después tuvimos la suerte de escuchar a un general español, don Miguel Simón Contreras, con respecto a cuál es la influencia real que tiene el Ejército de España en el Ejército chileno, y nos hizo una presen-

tación de las Ordenanzas de don Carlos III y de su origen en una forma muy vívida, muy simpática, muy profunda, que nos ha permitido verificar cómo el Reglamento de Disciplina de las Fuerzas Armadas de Chile al día de hoy prácticamente fue copiado al pie de la letra, con algunas comas de más unas comas de menos, lo que es realmente el sentido heroico del soldado español, que se traslada en el tiempo y que está vivo, no solamente como hemos escuchado en el caso chileno, sino también en Perú, como lo ha reconocido nuestro amigo Percy Cayo. Se refirió también a la forma cómo se alimentaban los generales españoles y cómo el teniente general podía comer hasta 6 platos y 4 postres; lamentablemente esas costumbres no se han mantenido hasta la fecha.

Terminó diciendo algo que fue muy importante desde el punto de vista de la profesión militar. Hizo gala de la poesía, tan hermosa, de un ex militar español, Calderón de la Barca, que termina diciendo que efectivamente la profesión militar es una profesión para hombres honrados, lo que realmente sentimos los que vestimos este uniforme.

Enseguida tuvimos la suerte de escuchar a Percy Cayo con respecto a la formación del ejército del Perú, la Legión Peruana de la Guardia, y cómo Miller, padre de la Infantería de Marina chilena, también está activamente trabajando en la organización del Ejército en el Perú, también de la influencia española a través de estas mismas ordenanzas y de otras costumbres, porque muchos oficiales españoles se cambiaron de lado y formaron parte de nuestras actividades. La acción de las milicias anteriormente, como antecedente la sublevación de Tupac Amaru, y lo que significó ese esfuerzo de guerra para mejorar las condiciones. Después nos habla de una Lima y de un Trujillo amurallado, cosas que nos trae a la memoria la misma España, la Batalla de Junín y este idealismo americano, la América morena, nos dice, reunida en el campo de batalla, donde hay soldados de prácticamente todos los ejércitos americanos presentes en este esfuerzo final para derrotar al conquistador español. El origen diverso, el ascenso social en el caso peruano, descenso parece que en el caso chileno después de la Revolución del 91', de una aristocracia provinciana a una clase media, como recordábamos a O'Higgins, y cómo se premió a muchos extranjeros en el Perú, e hizo un verso que no lo copié exacto, pero es interesante con respecto a la presencia de los militares en la política del Perú y la importancia que tiene ella, las Constituciones de los países eran muy parecidas y ordenaban que el ejército "debía ser obediente y no deliberante", salvo que hubiera que

hacer un pronunciamiento interesante, eso le entendí yo, don Percy. A lo mejor hago un cambio ahí. Bueno y así caminamos por el laberinto de Bolívar, el motín de Balconcillos y otros temas que nos mostraron una visión de las dificultades que tuvo el Ejército peruano para organizarse especialmente en la primera mitad del siglo XIX, la presencia de los caudillos y cómo ese caudillaje afectó notablemente esa primera parte para posteriormente constituir el Ejército del Perú que combatió con nosotros en la Guerra del Pacífico.

Posteriormente tuvimos la posibilidad de escuchar a Enrique Brahm en una interesantísima idea del traslado de este Ejército chileno de oficiales románticos a un ejército profesional. Quiero hacer una aclaración: que los oficiales y el personal del ejército siguen siendo románticos y siguen siendo profesionales, ya que la parte del romanticismo no deja de estar muy presente en nosotros, es parte de nuestra vida, parte de nuestro ideal, porque también se dijo que los sueldos eran bajos y siguen siendo bajos igual y por lo tanto es mucho más romántico que material y científico. Pero este efecto de autocrítica como él plantea y este modelo que nosotros estamos mirando en Europa realmente es algo interesantísimo de cómo después de haberse podido decir “mire, nosotros somos estupendos, somos fantásticos, no necesitamos” –que como nos decía don Gonzalo– “que nadie nos venga a enseñar, especialmente los viejos generales que habían combatido en la Guerra del Pacífico”, se encuentran con una visión nueva que se trasmite con una claridad enorme en los escritos de la época, en la Revista del Círculo Militar. En ella efectivamente los oficiales escribían con mucho más vehemencia y con mucha más fuerza, lo que me hace pensar, y esto es una hipótesis conflictiva la que voy a plantear aquí, que quizás la prusianización del ejército a veces generó también una disciplina, quizás un poquito estricta, y que la capacidad crítica de nuestros oficiales a través de las revistas militares no fue tan grande después en el tiempo. Creo que fue disminuyendo si uno ve lo que se escribía entre el año 1885, que empieza esta visión, hasta el año 1900, prácticamente la fuerza, las ideas y el valor para plantear esas cosas en una revista militar eran realmente, para nuestra concepción, algo tremendamente complejo. Que un oficial opinara con respecto al sistema del servicio militar obligatorio o que planteara los cursos que debían hacerse y no los que se hacen, era crítica abierta al procedimiento que existía en el tiempo. Hoy esas son cosas que ya no están, salvo que con mucha inteligencia, se ubiquen dentro de cierta norma tácita que existe. Así que realmente vivimos un movimiento intelectual y en ese sentido

este ejército fue mucho más de “Tener como arma el libro” no es cierto y “Como norte el progreso”. Había una visión mucho más científica de lo que tenía que ser nuestra profesión, realmente ese cambio fue notable y todavía estamos viviendo un poco los efectos de esa modernización que se produce en la institución.

Finalmente llegamos a lo que acabamos de escuchar: la interesante presentación de don Gonzalo Vial, donde nos muestra cómo la Revolución del 91' tiene efectos notables en nuestra institución, un efecto social, donde se destruye un poco una clase social. Esta aristocracia de los oficiales, especialmente provinciana, se topa con la realidad de la revolución y después genera que los ingresos posteriores a nuestras academias, a nuestras escuelas, sean de un nivel de clase media a la cual pertenecemos todos. Tal como reconocimos el otro día que éramos muy orgullosos de ser mestizos, porque fue una conversación muy interesante que se produjo acá, también estamos muy orgullosos de ser de clase media. Posteriormente pasamos a los efectos que tuvo la prusianización. Vimos cómo efectivamente hubo una pugna. Esto lo habíamos recordado un poquito antes que usted llegara, don Gonzalo, a raíz de un comentario con respecto a la presentación de Enrique Brahm, que efectivamente hubo resistencias al interior del ejército con respecto a esto, pero que tuvo el efecto de que, como ganó Emilio Körner, como fue Inspector General del Ejército, tuvo la fuerza y la posibilidad de cambiar la institución y posteriormente sus hijos, los capitanes, los grandes capitanes de ese tiempo, que eran de mucha inteligencia, de mucho tesón, como Francisco Javier Díaz, el mismo Ahumada, etc.; fueron los que le dieron una visión quizás más alemana que la propia que tenía Körner. Quedamos en el apasionante tema de los militares y la política como efecto de la revolución, que creo tiene una actualidad enorme y vamos a tener que dejar pendiente la conclusión de la conferencia de don Gonzalo, porque realmente sería muy interesante ahondar más en un tema que nos toca muy directamente y que tiene una realidad en el día de hoy que no podemos dejar de conocer.

Bueno, eso ha sido nuestra jornada. Hemos disfrutado de encontrarnos con la historia, con nuestra historia militar. Quiero reiterar el agrado de haber compartido especialmente con representantes de España, de Perú y de Argentina, esta historia común y con percepciones que a veces nos han dividido en el tiempo, particularmente con Perú y Argentina. En ese sentido creo que este tipo de situaciones nos permite,

como muy bien nos decía Percy Cayo y también el comandante Lafferriere, reconocer cómo hemos estado unidos en la historia, cómo hemos trabajado juntos por un futuro común, con ciertas divisiones por supuesto y ciertos conflictos serios como con el Perú, pero que nos permitirían tener una visión más comprensiva, más de futuro de la realidad de nuestro continente, ayudando a nuestra política exterior y a nuestra política de defensa, de manera que la historia ayude a conformar una vida mejor entre nuestros pueblos. Con España, esta sensibilidad tan especial que tiene el pueblo chileno con España y que es de admiración, de respeto y cómo decía don Sergio Martínez alguna vez, hay una leyenda, que tiene dos caras de la medalla, la leyenda negra y la leyenda buena, nosotros nos quedamos aquí más con la leyenda buena para tranquilidad suya...

En lo interno y en lo académico, en primer lugar, creo que esta relación entre académicos civiles y militares es algo sumamente positivo para la institución. La presencia, vuelvo a insistir, de las universidades, de nuestros académicos más prestigiados en el ámbito de la historia, es muy interesante para nosotros, y quiero decirles que el ejército tiene sus puertas abiertas acá para que podamos continuar reflexionando, continuar avanzando en construir historia, porque eso nos hace muy bien a nuestra identidad y a nuestro entendimiento y para conocer de las capacidades mutuas para hacer algo más grande y mejor. También para aprender de la historia y no repetir los mismos errores de ayer, tanto, como nos recordaba el comandante Lafferriere, que nosotros no podemos estar en guerra permanente, sino que tenemos que aprender por los libros, por las lecturas, por el conocimiento de la historia, los ejemplos que nos dejan los grandes capitanes y también como este último caso que hemos visto, la relación con la sociedad, cuál es el lugar del ejército en una sociedad moderna, porque se escapa muchas veces, porque vivimos períodos de excepcionalidad. Hoy en día nosotros estamos luchando como ejército de salir de la excepcionalidad que tuvimos que vivir, no por culpa nuestra, tal como sucedió quizás también en la Revolución del 91'. Tenemos que salir de esa excepcionalidad y continuar en la vida normal que corresponde a un Estado en busca del desarrollo. En ese sentido, la historia nos entrega señales muy claras y muy precisas de cuándo estar, cuándo no estar, dónde estar, y por eso nos deja una enseñanza muy profunda que tenemos todavía que profundizar más e incluso compartirla. De manera de que las leyendas tampoco se mantengan en el tiempo y podamos convivir en busca de un futuro mejor. Creo que Chile tiene enormes capacidades y debemos aceptar que los

dolores de ayer y los triunfos y éxitos de ayer son parte de nuestro bagaje histórico. En conjunto tenemos que hacerlos nuestros para alcanzar los destinos que nuestros hijos quieren que alcancemos.

Finalmente quiero agradecer en forma muy particular al Departamento de Historia Militar, al Museo Militar, que nos acogió estos días, porque ésta es la primera vez que organizamos algo así, creo que lo han hecho en forma muy fluida, muy interesante, hemos aprendido muchas lecciones y la mejor muestra de que esto ha sido un éxito es la presencia de todos ustedes con nosotros. Gracias.

bl 204